

L A I S L A D E L
T E S O R O

R . L . S T E V E N S O N

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PARTE PRIMERA
EL VIEJO BUCANERO

1. El viejo lobo de mar en la posada del "Almirante Benbow"

Me ha sido imposible rehusar las repetidas instancias que el caballero Trelawney, el doctor Livesey y otros muchos señores me han hecho para que escribiese la historia circunstanciada y completa de la ISLA DEL TESORO. Pongo, pues, manos a la obra, relatándolo todo, desde el alfa hasta la omega, sin dejarme cosa alguna en el tintero, exceptuando la determinación geográfica de la isla, y esto sólo porque estoy convencido de que en ella existe aún un escondido tesoro. Tomo la pluma en el año de gra-

cia de 17... y retrocedo hasta la época en que mi padre era propietario de la posada del "Almirante Benbow" y hasta el día en que por vez primera, vino a alojarse en ella aquel viejo marino de tez curtida por los elementos, con su grande y visible cicatriz.

Aún lo recuerdo. Llegó a la puerta de la posada estudiando su aspecto, seguido de su maleta, que alguien conducía tras el en una carretilla de mano. Era un hombre alto, fuerte, de pronunciado color moreno avellana. Su trenza o coleta alquitranada caíale sobre las hombreras de su poco limpia blusa marina. Sus manos callosas y llenas de marcas, enseñaban las extremidades de unas uñas quebradas y negruzcas; llevaba en una mejilla aquella cicatriz de sable, sucia y de color blancuzco y repugnante. Paréceme verlo aún paseando su mirada investigadora en torno del cobertizo, silbando mientras examinaba, y prorrumpiendo en seguida en aquella antigua canción marina que tan a menudo le oí cantar después:

*Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto,
Son quince, ¡job, ob, ob!, son quince; ¡viva el ron!*

con voz temblorosa y grave, que parecía haberse formado y roto en las barras del cabrestante. Cuando pareció satisfecho de su examen, llamó a la puerta con un pequeño bastón, especie de espeque que llevaba en la mano, y cuando acudió mi padre le pidió, bruscamente, un vaso de ron. Lo saboreó, lenta y pausadamente, como un experto catador, paladeándolo con deleite y sin cesar de recorrer alternativamente con la mirada, ora las rocas, ora la enseña de la posada.

-Esta es una caleta de buen fondo -dijo, en su jergana-, y al mismo tiempo, una taberna muy bien situada. ¿Mucha clientela, patrón?

-Al contrario -le respondió mi padre-, bastante poca.

-Bien -dijo él-, entonces esto es lo que yo necesito. ¡Hola, tú, grumete! -gritó al hombre que hacía rodar la carretilla enlute venía su gran cofre de a bordo-, trae esa maleta y súbela. Y pienso fondear aquí un poco. -Y, luego, prosiguió: -Yo, soy un hombre llano; todo lo que yo necesito es ron, huevos y tocino y aquella altura que se ve allí, que domina la bahía. ¿Quieren ustedes saber cómo deben llamarme? Llámenme capitán. ¡Oh, sé lo que están esperando!

Mientras decía esto, arrojó tres o cuatro monedas de oro en el umbral, y añadió, con tono altivo y con una mirada tan orgulloso como la de un verdadero capitán:

- ¡Avísenme cuando se acabe!

Y, la verdad es que, aunque su pobre traje no predisponía en su favor, ni menos aún su lenguaje, no tenía aspecto de un tramposo, sino que parecía más bien un marino, un maestro de embarcación, acostumbrado a que se le obedeciese como capitán. El muchacho que traía la carretilla nos refirió que la posta del correo lo había dejado, la víspera, en la posada del Royal George, que allí se había informado qué albergues había a lo largo de la costa, y que, habiéndosele descrito el nuestro como muy poco concurrido, lo había, elegido para su residencia. Eso fue todo lo que pudimos averiguar acerca de nuestro huésped.

El capitán no pecaba de locuaz. Todo el día se lo pasaba, ya vagando a orillas de la caleta, ya encima de las rocas, con un largo anteojito marino. Por las noches se acomodaba en un rincón de la sala, cerca del fuego, y se dedicaba a beber ron y agua con todas sus fuerzas. Las más de las veces no contestaba cuando se le hablaba; contentábase con arrojar so-

bre el que le dirigía la palabra una rápida y altiva mirada, y con dejar escapar de su nariz un resoplido que formaba, en la atmósfera, cerca de su cara, una curva de vapor espeso. Los de la casa y nuestros amigos y clientes ordinarios pronto concluimos por no hacerle caso. Día a día, cuando retornaba a la posada de sus excursiones, preguntaba, invariablemente, si no se habla visto a algunos marineros atravesar por el camino. Al principio nos pareció que la falta de camaradas que le hiciesen compañía le obligaba a hacer esa constante pregunta; pero luego vimos que lo que el procuraba era más bien evitarlos. Cuando algún marinero se detenía en la posada, como lo hacían entonces y lo hacen aún los que siguen el camino de la costa para Bristol, el capitán examinábalo a través de las cortinas y, cuando tal concurrente se presentaba, el permanecía, invariablemente, mudo como una carpa.

Para mí, sin embargo, no había mucho de misterio ni de secreto en sus alarmas, en las cuales tenía yo cierta participación. Un día me llamó aparte, y prometió darme una pieza de cuatro peniques el día primero de cada mes, con la condición de que estuviese alerta y le avisara cuando notara la presencia de un *marino con una sola pierna*. Con frecuencia, sin

embargo, cuando el día primero del mes iba yo a reclamar el salario prometido, no me daba más respuesta que su habitual resoplido nasal, clavando sus ojos airados en los míos, obligándome a bajarlos; pero, antes de que hubiera pasado una semana, lo veía venir a mí trayéndome mi moneda, no sin reiterarme las órdenes de estar alerta.

Imposible me sería contar hasta qué punto ese esperado personaje turbaba y entristecía mis sueños. En las noches tempestuosas, cuando el viento hacía estremecer los cuatro ángulos de nuestra casa y cuando la marea bramaba, despedazando sus olas a lo largo de la caleta y sobre los abruptos riscos, yo lo vela aparecérseme, en sueños, en mil formas diversas y con mil expresiones diabólicas. Ya era la pierna cortada hasta la rodilla, ya desarticulada desde la cadera; ya se me aparecía como una especie de criatura monstruosa que nunca había tenido más de una pierna, y ésta de forma indescriptible. En otras ocasiones lo veía saltar, correr y perseguirme por zanjas y vallados, lo cual constituía la peor de todas mis pesadillas. Hay que convenir en que con aquellas visiones abominables pagaba bien cara mi pobre renta mensual de cuatro peniques.

Pero, si bien es cierto que tal era mi error a propósito del marino de una pierna, también es cierto que, por lo que respecta al capitán mismo, le tenía Yo mucho menos miedo que cualquiera de los que lo conocían. Algunas noches tomaba mucho más ron del que podía, razonablemente, tolerar su cabeza. Entonces se le veía sentarse y entonar sus perversas, salvajes y antiguas cantigas marina, de que ya nadie hacía caso. A veces, luego de un convite general, forzaba a su tímido y trémulo auditorio a escuchar sus patibularias historias o a hacer coro a sus siniestras canciones. Con frecuencia, oía yo a la casa entera estremecerse con aquel estribillo:

El diablo, ¡oh, oh, oh!, ¡viva el ron!

en el que todos los vecinos se le unían por amor a sus vidas, por el temor de que aquel ogro les diese muerte, y cada uno procurando levantar la voz más que el compañero de al lado, a fin de no llamar la atención por su negligencia; porque, durante aquellos accesos el capitán era el compañero más intolerable y arrebatado que se ha conocido.

Sus narraciones eran lo que espantaba a la gente más que todo. Historias de ahorcados, bárbaros

castigos, como el llamado paseo de la tabla, v temibles tempestades en el mar y en el paso de Tortugas, y salvajes hazañas y abruptos parajes en el mar Caribe y costa firme. Por lo que dejaban traducir sus narraciones, debió pasar su vida entera entre 19 hombres más perversos que Dios ha permitido que crucen sobre los mares; el lenguaje que usaba para contar todas sus historias disgustaba a aquel sencillo auditorio, casi tanto como los crímenes espantosos que describía. Mi padre decía siempre que la posada concluiría por arruinarse, pues la gente dejaría de concurrir a ella para evitar que se la tiranizase, se la asustase y se la mandase a acostar horripilada y estremecida; pero creo que, al contrario, su presencia nos fue de mucho provecho. La gente comenzó por tenerle un miedo atroz; pero a poco, según hoy puedo recordarlo, empezó a gustar de el. Porque, a la verdad, el capitán era una fuente de valiosas emociones en medio de aquella quieta y sosegada vida de campo. Algunos de los más jóvenes de nuestros vecinos no le escatimaban ya ni su admiración, llamándole un verdadero lobo marino, un tiburón legítimo y otros nombres parecidos, agregando que, hombres d su ralea son, precisamente, los que hacen

que el nombre de Inglaterra sea temido y respetado en el mar.

Pero, también, en cierto modo, no dejaba de llevarnos bonitamente a la ruina, porque su permanencia se prolongaba en nuestra casa semana tras semana, y después mes tras mes, de tal manera que ya aquellas primeras monedas de oro habían sido más que gastadas, sin que mi padre se atreviese a insistir demasiado en que las renovase. Sí alguna vez se permitía indicar algo, el capitán resoplaba de una manera tan formidable, que se podría decir que bramaba, y, con su feroz mirada, arrojaba a mi pobre padre fuera de la habitación. Yo lo vi, después de tales repulsas, retorcerse las manos con desesperación, y estoy seguro de que el fastidio y el terror, que se repartían su existencia, contribuyeron grandemente a acelerar su infeliz muerte.

En todo el tiempo que vivió con nosotros el capitán no hizo el menor cambio en su vestimenta. Habiéndosele caído una de las alas de su sombrero, no se ocupó de volver a su lugar primitivo aquel colgajo, que era para él una molestia, sobre todo cuando hacía viento. Recuerdo la miserable apariencia de su jubón, que remendaba el mismo en su habitación, y que antes de su muerte no era ya más que

remiendos. Jamás escribió ni recibió carta alguna ni se dignaba hablar a nadie que no fuese los vecinos que el conocía por tales, y hacía lo solamente cuando bullían en su cabeza los vapores del alcohol. En cuanto al cofre que ha a traído consigo, ninguno había logrado verlo abierto.

Sólo una vez se le vio realmente enojado y sucedió poco antes de su triste muerte, en ocasión en que la salud de mi padre iba declinando en la pendiente que acabó por llevarlo al sepulcro. El doctor Livesey había venido con cierto retardo, esa tarde, con el objeto de ver a su enfermo; tomó alguna ligera comida que le ofreció mi madre y entró en la sala para fumar su cigarro, mientras le traían su caballo desde el pueblo, porque en la posada carecíamos de caballeriza. Yo fui tras él, y recuerdo haber observado el contraste que ofreció a mis ojos aquel doctor fino y aseado, de cabellera empolvada, blanca como la nieve, de vivísimos ojos negros y maneras gratas y amables, con aquellos retozones palurdos del campo; y, más que todo, con el sucio, enorme y repugnante espantajo de pirata de nuestra posada, que veía sentado en su rincón habitual, bastante avanzado a aquella hora en su embriaguez cotidiana, y recargando sus brazos musculosos sobre la mesa. De

repente, nuestro huésped comenzó a canturrear su eterna canción:

*Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto,
 Son quince, job, oh, oh!, son quince ¡viva el ron!
 El diablo y la bebida hicieron todo el resto,
 El diablo, job, oh, oh!, el diablo, ¡viva el ron!*

Al principio habíame figurado que el cofre del muerto a, que el se refería en su canción sería probablemente aquel gran que guardaba arriba en su cuarto, y este pensamiento se -mezclado confusamente en mis pesadillas con la figura del esperado marino cojo. Pero cuando sucedió lo que ahora refiero, ¡ habíamos dejado de conceder la más pequeña atención al canto de nuestro hombre, que, con excepción del doctor Livesey conocido de todos. Pude observar, sin embargo, que al no. le producía efecto agradable, porque le vi levantar los ojos con aire de bastante disgusto hacía el capitán, antes -de iniciar conversación con el viejo Taylor, el Jardinero, acerca de una n va curación para las afecciones reumáticas. Entretanto, el capitán parecía alegrarse al sonido de su propia música, de una gradual, hasta concluir por golpear con su mano sobre la J11 de

aquella manera brusca y autoritaria que todos nosotros estamos muy bien que quería decir: "¡Silencio!". Todas las voces callaron a la vez, como por encanto, excepto la del doctor L que continuó dejándose oír Imperturbable, clara y agradable interrumpida solamente cada dos o tres palabras por las chupadas que daba a su cigarro. El capitán lo miró fijo por algunos momentos, volvió a golpear sobre la mesa, le una nueva mirada, más terrible todavía, y concluyó por vociferar con, un villano y soez juramento.

-¡Silencio, allí, los del entrepuente!

-¿Era a mí a quien usted se dirigía? -preguntó el doctor.

Nuestro hombre contestó afirmativamente, no sin añadir un nuevo juramento.

-No curé a usted más que una cosa -dijo el doctor-, y es que, si usted continúa bebiendo ron como hasta ahora, muy pronto el mundo se verá libre de una asquerosa sabandija. Sería inútil pretender describir la furia que se apoderó del viejo al escuchar esto. Púsose en pie de un salto, sacó y abrió una navaja marina de gran tamaño, y balanceándola abierta sobre la palma de la mano, amenazó clavar al doctor contra la pared.

Éste no hizo el más leve movimiento. Tornó a hablarle de nuevo, lo mismo que antes, por encima del hombro y con el mismo tono de voz, sólo que un poco más alto, de manera que oyesen todos los circunstantes, pero con la más perfecta calma y serenidad: -Si no vuelve usted esa navaja al bolsillo en este mismo instante, le juro a usted, por quien soy, que será ahorcado en la próxima reunión del tribunal del condado.

Siguió luego un combate de miradas entre uno y otro, pero pronto el capitán hubo de rendirse; guardó su arma y volvió a su asiento, gruñendo como perro que ha sido mordido. : -Y, ahora, amigo - :continuó el doctor-, desde el momento en que me consta la presencia de un hombre como usted en mí distrito, puede estar seguro de que ni de día ni de noche se le perderá de vista. Yo no soy solamente un médico; soy también un magistrado; así es que, si llega hasta mí la queja más insignificante en su contra, aunque sólo sea un rasgo de grosería como el de esta noche, sabré tornar las medidas necesarias para que se le de caza y se le arroje a usted del país.

Poco después llegó a la puerta la cabalgadura y el doctor Livesey partió sin dilación; contra lo que es-

perábamos, el capitán se mantuvo pacífico aquella noche, y aún otras muchas de las subsiguientes.

2. Black Dog aparece y desaparece

No mucho tiempo después de lo referido en el capítulo precedente, ocurrió el primero de los sucesos misteriosos que nos desembarazaron, por fin, del capitán- aunque no de sus negocios, como pronto lo verán los que continúen en esta narración. Sufría a 1a sazón. un Invierno crudo y frío, con largas y terribles das y deshechos temporales. Mi pobre padre empeoraba día a *de* tal forma que se creía . muy remota la probabilidad de llegase a ver una nueva primavera. El manejo de la posada ha caído enteramente en manos de mi madre y mías, y ambos Miramos demasiado que hacer con ella pata que nos fuese da el ocuparnos excesivamente de nuestro desagradable huésped.

Era una fría y desapacible mañana del mes de enero, muy temprano todavía; la caleta, cubierta de escarcha, aparecía gris o blanquecina, en tanto que la marea subía, lamiendo suavemente las piedras de la playa, y el sol, muy bajo *aún*, tocaba apenas las cimas

de las lomas y brillaba allá, muy lejos, en el confín del océano. El capitán se había levantado mucho más temprano que de costumbre y se había dirigido hacia la playa, con su especie de alfanje colgado bajo los anchos faldones de su vieja blusa marina, su antejo de larga vista bajo el brazo y su sombrero echado hacia atrás, sobre la cabeza. Todavía me parece ver su respiración, suspensa, en forma de una estela de humo, en el camino que iba recorriendo a largos pasos, y aún recuerdo que el -último sonido que, oí de el cuando se hubo perdido tras de la gran roca, fue un gran resoplido de Indignación, como sí todavía revolviese en su ánimo el recuerdo desagradable de la escena con el doctor Livesey.

Mi madre estaba a la sazón con mí padre, en su habitación, y yo me ocupaba en arreglar la mesa para el almuerzo, mientras volvía el capitán, cuando repentinamente se abrió la puerta de la sala y penetró en ésta un hombre que yo no había visto hasta entonces. Era un Individuo pálido y encanijado, en cuya mano izquierda faltaban dos dedos y que, aunque llevaba también su cuchillo al cinto, no tenía ni con mucho el aspecto de hombre de armas del mar. Yo siempre estaba en acecho de marineros de una sola pierna, o de dos; pero el que acababa de apare-

cérseme era, para mí, un enigma. No tenía el aspecto de un verdadero marino, y sin embargo había en el no sé qué aire de gente de mar.

Le pregunté, desde luego, en que podía servirle, y el me con. testó que deseaba tomar un poco de ron; pero apenas iba yo a salir de la. sala en busca de lo que pedía, cuando se sentó a *una* de las mesas, indicándome que me acercase a el. Yo me detuve, teniendo en mi mano una servilleta.

-Ven aquí, muchacho -me repitió-, acércate más.

Yo di un paso hacia el.

-¿Es para mi camarada Bill para quien has preparado esta mesa? -me preguntó, dirigiéndome cierta mirada extraña.

-Ignoro quién es su camarada Bill -le contesté; esta mesa es para una persona que se aloja en nuestra casa y a quien nos. otros llamamos el capitán.

-Eso es -replicó él;- mi camarada Bill. Puede ser llamado capitán o no; es lo mismo. Tiene una cicatriz en una mejilla y un modos valientemente agradables, muy propios de el, sobre todo cuando está bebiendo. Como señas, pues... ¿qué más? ... Te repito que tu capitán tiene una cicatriz en un carrillo y si quieres más, te diré que ese carrillo es el dere-

cho. .. ¡Ah, bueno! Ya lo había yo dicho... ¿con que mi camarada Bill está aquí, en esta casa?

-Ahora anda fuera -le contesté yo-; ha salido de paseo.

-¿Por donde se ha ido, muchacho?

Señalé yo entonces en dirección de la roca, diciéndole que el capitán no tardaría en volver; respondí a algunas otras de sus preguntas, y entonces el añadió: -¡Ah, vamos! Esto será tan bueno como un vaso de ron para mi querido camarada Bill.

La expresión de su cara, al decir esto, no tenía nada de agradable, y yo tenía mis razones para pensar que aquel extraño se equivocaba. Pero, al fin y al cabo, pensé, aquello no era negocio mío. Además, no era asunto muy fácil el saber qué partido tomar. El recién venido se mantenía esquivándose tras la parte interior de la puerta de la posada, ojeando, de soslayo, en torno de su escondrijo, como gato que está en acecho de un ratón. Una vez, salí yo hacia el camino; pero el me llamó inmediatamente, y como no obedeciese con la celeridad por el deseada, un cambio instantáneo y espantoso se operó en su semblante enjuto, y me repitió su orden, acompañándola de un juramento que me hizo brincar. Tan pronto como estuve adentro, reasumió el su primera

actitud, burlona, dióme una palmadita sobre el hombro y me dijo:

-Vamos, chico, tú eres un buen muchacho, yo no he querido más que asustarte en broma. Yo tengo un hijo de tu edad -añadió- que se te parece como un montón a otro, y te aseguro que ya es el orgullo de mi arte. Pero una gran cosa, para los muchachos, es la disciplina, chico... mucha disciplina. Mira, si alguna vez hubieras tú navegado con Bill, a buen seguro que no te hubieras quedado allí esperando que te llamaran por segunda vez; te aseguro que no. Nunca Bill ha obrado de otro modo, ni ninguno de los que han navegado con el. Ahora bien, si no me engaño, allí viene el camarada Bill, con su antejo bajo el brazo. ¡Bendito sea su viejo arte, que me permite reconocerlo! Sea enhorabuena; tú y yo, muchacho, vámonos allá detrás, a la sala, y nos esconderemos tras de la puerta para dar a Bill una pequeña sorpresa; ¡y bendito sea de nuevo su arte, una y mil veces!

Al decir esto, el hombre retrocedió conmigo a la sala y me colocó tras el, en el rincón, de manera tal que quedábamos ocultos por la puerta abierta. Yo estaba realmente inquieto y alarmado, como es fácil figurárselo, y añadía no poco a mis temores el ob-

servar que aquel nuevo personaje tampoco las tenía todas consigo, Le veía aflojar la hoja de su cuchillo en la vaina, sin que, durante todo el tiempo que duró la espera, hubiese cesado de tragar saliva como si hubiera tenido, según la expresión familiar un nudo en la garganta.

Por último, entró el capitán, empujó la puerta tras de sí, 514, mirar ni a Izquierda ni a derecha, y marchó directamente, a través del cuarto, hacia donde le esperaba el almuerzo.

Entonces mi hombre pronunció con una voz que me pareció se esforzaba en hacer hueca y campanada, esta sola palabra:

-¡Bill!

El capitán giró rápidamente sobre sus talones y se encaró a nosotros. Todo lo que había de moreno en su rostro había desaparecido -en aquel momento, y hasta su misma nariz ofrecía un tinte de una lividez azulada. Tenía el aspecto de un hombre *que* ve un espectro o al diablo mismo, o algo peor, si es que lo hay, y créaseme, bajo mi palabra, que sentí compasión por el, al verle, en tan corto instante, ponerse tan viejo y tan enfermo.

-Ven acá, Bill, tú me conoces bien. No has olvidado a un viejo camarada, Bill, estoy seguro de ello - continuó diciendo el recién venido.

El capitán exclamó entonces, en una especie de boqueada penosa:

¡Black Dog

-¿Pues quién habla de ser sino el? -replicó el otro, comenzando asentirse un poco más tranquilo-. Black Dog, al, que, lo mismo que antes, viene aquí a la posada del "Almirante Benbow para saludar a su viejo camarada Bill. ¡ Ah, -Bill, Bill, cuantas cosas hemos visto juntos, nosotros dos, desde la época en que perdí estos dos "garfios"! -añadió, levantando un poco su mano mutilada.

-Bien dijo el capitán-, ya veo que me has cazado... Aquí ¿de qué me tienes ... ; vamos..., ¿qué quieres?... Habla... Di..., se trata?

-Veo bien que eres el mismo -replicó Black Dog-, tienes razón, Bill, tienes razón. Voy a tornar un vaso de ron que me traerá este buen Chiquillo,-a quien tanto me he aficionado; en seguida nos sentaremos, si tú quieres, y hablaremos, lisa y llanamente, como buenos camaradas que somos.

Cuando yo volví con el ron, ya los dos se habían sentado en cada una de las cabeceras de la mesa en

que el capitán iba a almorzar. Black Dog hablase quedado más cerca de la puerta y se le veía sentado de lado, de modo que pudiese tener un ojo atento a su camarada antiguo, y otro, según me pareció, a su retirada libre.

Despidióme luego, ordenándome que dejase la puerta abierta de par en par, y añadió:

-Nada de espiar por las cerraduras muchacho, ¿entiendes?

Yo no tuve más remedio que dejarlos solos y retirarme a la cantina del establecimiento.

Durante largo rato, por más que puse mis cinco sentidos en percibir algo de lo que pasaba, nada llegó a mis oídos, sino un rumor vago y confuso de conversación; pero, al cabo, las voces comenzaron a hacerse más y más perceptibles, y ya me fue posible escuchar distintamente alguna que otra palabra, la mayor parte de las cuales eran juramentos e insolencias proferidos por el capitán.

-¡No, no, no, no! -le oí proferir-; ¡no!, y concluyamos de una vez- Y después añadió: -Si hay que ahorcar, ahorcadlos a todos; ¡y basta!

Luego, de una manera repentina, todo se volvió una tremenda explosión de juramentos y ruidos tremebundos. Rodaron la silla y la mesa, siguióse un

chis-chás de entrechocar de aceros y luego un grito de dolor. En ese instante pude ver a Black Dog en plena fuga y al capitán persiguiéndolo encarnizadamente, ambos con sus cuchillas desenvainadas, y, el primero de ellos manando abundante sangre de su hombro, izquierdo. En ese momento, al llegar a la puerta, el capitán descargó sobre el fugitivo una tremenda y que debió ser última cuchillada, con la cual, sin duda alguna, lo habría abierto hasta la espina si no hubiera tropezado su arma con la enseña de nuestra posada, que fue la que recibió el golpe, dejando una señal que es fácil ver todavía hoy en el marco de nuestro "Almirante Benhow hacia la parte de abajo.

Aquel mandoble puso fin a la riña. Una vez afuera, y sobre el camino público, Black Dog, a despecho de su herida, pareció decir, con una prisa maravillosa, "pies, para qué os quiero y en medio minuto le vimos desaparecer tras de la cima de la loma cercana. El capitán, por su parte, permaneció clavado cerca de la enseña del establecimiento, como un hombre extrañado. Después pasó su mano varias veces sobre sus ojos, como para cerciorarse de que no soñaba, y, en seguida, volvió a penetrar en la casa.

-¡Jim! -me dijo-. ¡Trae ron!

Y al hablarme, se bamboleaba un poco y, con una mano, se apoyaba contra la pared.

-¿Está usted herido? -le pregunté.

-¡Ron! -me repitió- Necesito irme de aquí... ¡Ron!
¡Ron!

Corrí a buscárselo; pero, con la excitación que los sucesos ocurridos me habían ocasionado, rompí un vaso, obstruí la llave, y cuando todavía estaba yo procurando despacharme lo mejor posible, escuché en la sala el ruidoso y pesado golpe de una persona que se desplomaba. Corrí y me encontré con el cuerpo del capitán tendido de largo a largo sobre el suelo. En el mismo instante mi madre descendía corriendo la escalera para venir en mi ayuda. Entre ambos levantamos la cabeza al capitán, que respiraba fuerte y, penosamente, cuyos ojos estaban cerrados y en cuya cara parecía un color horrible.

-Cielos, cielos santos! -gritó mi madre-. ¡Qué desre nuestra casa, y con tu pobre padre enfermo!

Entretanto, a mí no se me ocurría la más insignificante para socorrer al capitán, convencido de que había herido de muerte en su encarnizado combate con aquel extraño. T ron para asegurarme de - ello, y traté de hacerlo pasar por su ganta; pero tenía los

dientes terriblemente apretados unos contra otros, y sus quijadas estaban tan duras como si hubieran sido de acero. Fue para nosotros entonces un grandísimo alivio al ver abrirse la puerta y aparecer en ella al doctor Livesey, que venía a hacer a mi padre su visita diaria.

-¡Oh, doctor! -exclamamos mi madre y yo a la vez -. ¿Qué haremos? ¿En dónde estará herido?

-¿Herido? -dijo el doctor, ¡qué va a estarlo!; ni más ni menos que ustedes o yo. Este hombre acaba de tener un ataque, como yo se lo había pronosticado. Ahora bien, señora Hawkins, corra usted arriba y, si es posible, no diga usted a nuestro enfermo ni una palabra de lo que pasa. Por mi parte, mi deber es tratar de hacer cuanto pueda por salvar la vida tres veces Inútil de este hombre. Anda, pues tú, Jim, y trae una palangana.

Cuando volví el doctor había ya descubierto el nervudo brazo del capitán, desembarazándolo de sus mangas. Todo el aparecía pintado con esas figuras indelebles que se dibujan en el cuerpo los marineros y los presidiarios. "Buena suerte decía una de sus inscripciones y, en otras, "Vientos prósperos", "Capricho de Billy Bones" se podía leer, en caracteres claros y cuidadosamente ejecutados sobre el an-

tebrazo. Un poco más arriba, cerca del hombro, se veía un esbozo de patíbulo y, pendiente de el, un hombre ahorcado; todo, según a mí me pareció, ejecutado con bastante destreza y propiedad.

- ¡Profético! -dijo el doctor, tocando este último dibujo con su dedo- Y ahora, maese Billy Bones, si tal es su nombre, vamos a ver de qué color es su sangre.

Acto continuo tomó su lanceta y con gran habilidad picó una vena. Una gran cantidad de sangre salió antes de que el capitán abriera los ojos y echase en torno suyo una mirada vaga y anublada. Reconoció, luego, al doctor, a quien miró con un ceño imposible de equivocar; en seguida me miró a mí, y mi presencia pareció aliviarle un tanto. Pero, de repente, su color cambió de nuevo; trató de enderezarse por sí solo e inmediatamente exclamó:

-¿Dónde está Black Dog?

-Aquí no hay ningún Black Dog -díjole el doctor-, como no sea el que tiene usted dibujado sobre su espalda. Ha seguido usted bebiendo ron, y, como yo se lo había anticipado, ha venido un ataque. Muy contra mi voluntad me he visto obligado, por deber, a atenderlo, pudiendo decir que casi he sacado a usted de la sepultura. Y, ahora, maese Bones...

-Ése no es mi nombre - interrumpió él.

-No importa -replicó el doctor-; es el nombre de cierto filibustero a quien yo conozco, y le llamo a usted por el en gracia de la brevedad. Lo único que tengo que añadir es esto: un vaso de ron no le haría a usted ningún daño; pero si usted toma uno, tomará otro, y otro después, y apostarí a mi peluca a que, si no se contiene, se morirá en muy breve tiempo..., ¿entiende usted esto? ... Se morirá y se irá al mismísimo infierno, que es el lugar que le corresponde, como lo reza la Biblia. Ahora, vamos; haga un esfuerzo. Yo le ayudaré por esta vez a llevarlo a su cama.

Entre los dos, y no sin trabajo, logramos llevarlo a su cuarto, y acostarlo sobre su lecho, en cuya almohada dejó caer pesadamente la cabeza, como si se sintiera desmayar.

-Ahora, recuérdelo bien -dijo el doctor-; para descargo de mi conciencia debo repetirle que para usted ron y muerte son dos palabras de un mismo significado.

Dicho esto, se alejó de allí para ir a ver a mi padre, tomándome del brazo para que lo acompañase.

-Eso no es nada -dijo en cuanto hubo cerrado la puerta de sí-. Lé he extraído suficiente sangre para

mantenerlo por bastante tiempo. Debe quedarse por una semana en cama; es lo menos malo para el y para ustedes; pero un nuevo ata traería inevitablemente la muerte.

3. El disco negro

Hacia el mediodía me llegué hasta el cuarto del capitán. Lo encontré casi en la misma posición en que lo habíamos dejado, sólo que un poco más hacia arriba, pareciéndome al mismo tiempo, más débil y algo excitado.

-Jim -me dijo-, tú eres el único que vale aquí algo, y S muy bien que siempre he sido bueno para contigo. Jamás he dejado de darte, cada mes, tu moneda de cuatro peniques. Ahora, pues, chiquillo..., mira..., yo me siento muy abatido y abandonado de todo el mundo... Por lo mismo..., Jim..., vamos..., Y" a traerme, ahora mismo, un vasillo de ron, ¿no es verdad?

-El doctor...comencé yo.

Pero el me interrumpió, con una voz débil aunque animada.

Quiero saberlo. Pero soy un bendito. Yo jamás he derrochado un buen dinero mío, ni lo he perdido tampoco. Yo sabré pagárselas una vez más. No les tengo miedo; les soltaré otro rizo y ya los haré virar de bordo, chico, ¡ya lo verás!

En tanto que así hablaba, habíase levantado de la cama, aunque con gran dificultad, agarrándose -es la palabra-, agarrándose a mi hombro con una presión tan fuerte que casi me hizo llorar, y moviendo sus piernas como si fuesen un peso muerto. Sus palabras, que, como se ve, estaban rebosando un pensamiento activo y lleno de vida, contrastaban tristemente con la debilidad de la voz en que eran pronunciadas. Cuando se hubo sentado en el borde de la cama, se detuvo un poco y, luego, murmuró:

-Ese doctor me ha hundido... los oídos me zumban... Acuéstame otra vez.

Pero antes de que me hubiera adelantado para complacerlo, el había caído de espaldas, en su posición anterior, en la cual permaneció silencioso por algún rato.

Jim -me dijo al cabo-, ¿has vuelto a ver a ese marinero?

-¿A Black Dog? -le pregunté.

-¡Ah, Black Dog! -exclamó el- Black Dog es un perverso; pero hay alguien que es peor, que le obliga a serlo. Ahora bien; si no fuera posible marcharme de aquí de ninguna manera, y si me envían un disco negro, acuérdate de que lo que ellos buscan es mi viejo cofre de a bordo... Montas en un caballo..., lo harás, ¿no es cierto?.. . montas en un caballo y vas a ver..., pues.- si... no tiene remedio... a ese doctor del demonio y le dirás que se de prisa en reunir a todas sus gentes.. ., magistrados y cosas por el estilo...- y que haga rumbo con ellos y los traiga aquí, a bordo del "Almirante Benbow". lo mismo que a todo lo que haya quedado de la vieja tripulación de Flint, hombres y grumetes. Yo fui primer piloto, sí, primer piloto del viejo capitán Flint, y soy el único que conoce el sitio Verdadero. ¿1 me lo descubrió en Savannah, cuando estaba, como yo he estado hoy, próximo a la muerte. Pero tú no lo denunciarás, a menos que logren hacerme llegar su disco negro, o en caso de que vuelvas a ver nuevamente a ese Black Dog, o a un marinero con una pierna sola...

-Pero, ¿qué significa ese disco negro, capitán?
-pregunté.

-Esto no es más que una advertencia, chico -me contestó. Yo te lo explicaré, si ellos logran lo que

quieren. Entretanto, Jim, ten siempre tu ojo alerta, y por mi honor te juro, que tú serás mi socio a partes iguales.

Divagó todavía un rato más. Su voz era, por instantes, más y más débil. Le di en seguida su medicina, que el apuró como un niño, sin hacer la más ligera observación, y añadió luego: -Si alguna vez un marino ha querido drogas, ése soy yo, ahora.

Después de decir esto, cayó en un sueño profundo, muy parecido al desfallecimiento, y en este estado lo dejé.

¿Qué es lo que yo debía haber hecho, entonces, para que todo hubiera salido bien? No sé. Probablemente, debí haber contado todo al doctor, porque el hecho es que yo me encontraba en una angustia mortal temiendo que, cuando menos, se arrepintiera el capitán de sus confianzas y quisiera dar buena cuenta, de mí. Pero la muerte de mi pobre padre, ocurrida aquella noche, me obligó a dejar de lado cualquier otra cosa. Nuestra pesadumbre natural, las visitas de los vecinos, los arreglos del funeral y todo el que hacer de la posada, que había que desempeñar en el ínterin, me tuvieron tan ocupado, que no tuve tiempo para acordarme del capitán y mucho menos para pensar en tenerle miedo.

A la mañana siguiente, bajó por sí solo, según creo, a la sala; tomó sus alimentos como de costumbre, aunque mucho menos que de costumbre, y, en cambio, consumió mayor cantidad de ron que de ordinario, pues el se sirvió, por su propia mano, en la cantina, enfurruñado y resoplando por la nariz visto lo cual ninguno se atrevió a contrariarlo. Y esa noche, la víspera del entierro, el capitán estaba tan borracho como de costumbre y era, en verdad, una cosa escandalosa en aquella casa sumida en el luto y la desolación, oírle cantar su eterna y horrible cantilena marina. Pero, aun abatidos y tristes como estábamos, no dejaba de preocuparnos la idea del peligro de muerte que sobre aquel hombre se cernía, tanto más cuanto que el doctor había sido urgentemente llamado a mucha distancia de nuestra casa, para asistir a un enfermo, y después de la muerte de mi padre, no volveríamos a verlo por mucho tiempo.

He dicho que el capitán se hallaba débil, y la verdad es que no sólo lo estaba, sino que parecía decaer más y más visiblemente en vez de recuperar su salud. Yo veíalo subir y bajar la escalera sumamente agitado; y ya iba de la sala a la cantina, ya de la cantina a la sala; ya medio se asomaba a la puerta exte-

rior de la casa como para aspirar las brisas salobres del mar, sosteniéndose en las paredes para no caer, y respirando fuerte y aprisa como un hombre que asciende la pendiente abrupta de una montaña. No volvió a conversar reservadamente conmigo y yo creo que había olvidado sus confidencias; pero su carácter se había vuelto cambiante, y, teniendo en cuenta su debilidad, más violento que nunca. Cuando estaba ebrio, solía poner junto a sí, sobre la mesa y desenvainado, su enorme alfanje o cuchilla. Pero, como contraste, se preocupaba menos de los concurrentes, absorto enteramente en sus propios pensamientos, sin hablar casi nada, pero divagando un poco. Una vez, por ejemplo, con grandísima sorpresa nuestra, comenzó a dejar oír un canto nuevo para nosotros: era una especie de sonatilla amorosa, de gente del campo, que el debió haber aprendido en Su juventud, antes de que se dedicara a la carrera de marino.

Así siguieron las cosas hasta el día siguiente al entierro de mi padre. Como a las tres de una tarde nebulosa, helada y desagradable, estaba hacía unos momentos parado en la puerta del establecimiento, lleno de tristes y desconsoladoras ideas acerca de pobre padre, cuando noté que alguien se acercaba

por el camino lentamente. Era un hombre al parecer ciego, porque tanteaba delante de sí con un palo y llevaba puesta sobre sus ojos y nariz una gran venda verde. Elevaba una pronunciada joroba, que podía ser por efecto del peso de años o de alguna enfermedad. Ve una vieja y andrajosa capa marina con un capuchón, que le daba un, aspecto deforme y horroso. Yo nunca he visto, en mi y U" figura más horripilante y espantosa que aquélla. Detúvose un Instante cerca de la posada y, levantando la voz en tono de canturria extraña y gangosa, lanzó al viento esta súplica:

-¿Querrá algún alma caritativa informar a un pobrecito ciego que ha perdido el don preciosísimo de la vista en defensa voluntaria de su patria, Inglaterra (así bendiga Dios al rey Jorge), en dónde o en qué parte de este país se encuentra ahora?

Está usted en la posada del "Almirante Benbow". caleta d1 Plack Hill buen hombre -le dije yo.

- Oigo una voz, una voz de joven -me replicó el-. ¿Quisiera usted darme su mano y guiarme adentro, mi bueno y amable niño?

Tendíle mi mano y, rápidamente, aquella horrible criatura sin vista que tan dulcemente hablaba se apoderó de ella e una garra. Asustéme tanto que

pugné por desasirme; pero e me atrajo hacia sí con una sola contracción de su brazo.

-Ahora, muchacho -díjome-, llévame adonde está el Señor -le contesté-, bajo mi palabra, le aseguro que no me atrevo.

¡Oh! -replicó el con una risita burlona-, llévame en el acto, o te destrozo el brazo.

Y así diciendo, aumentó la presión de su mano de manera tan brutal que me obligó a lanzar un grito.

-Señor -añadí entonces-, si no me atrevo, es por usted. El capitán ya no es el mismo... Ahora tiene siempre junto a sí una cuchilla desenvainada. Otro caballero...

-¡Vamos, vamos, en marcha! -me interrumpió el ciego, con voz tan áspera, tan fría, tan ingrata y tan espantosa, como no he vuelto a oír jamás otra en mi vida. Me atemorizó más todavía que el dolor que antes había sentido, así es que, sin vacilar, le obedecí, llevándolo directamente hacia la sala, en donde nuestro filibustero permanecía sentado, entregado a su placer favorito.

El ciego se mantenía junto a mí, sujetándome con su mano formidable, y dejando cargar sobre mí

más peso de su cuerpo del que yo podía, razonablemente, soportar.

-Llévame derecho adonde está el -Me repitió- y cuando esté yo a su vista, grítale: "Bill, aquí está uno de sus amigos". Si no lo haces así, Yo te repetiré este juego.

Y diciendo esto volvió a retorcerme el brazo de una manera tan brutal y dolorosa, que creí que iba a desmayarme. Fue tal el terror que sentí por el mendigo ciego, que me olvidé de mi antiguo miedo al capitán, y tan pronto como abrí la puerta de la sala, exclamé, como me había ordenado: -¡Bill, aquí está uno de sus amigos!

El pobre capitán levantó los ojos y bastó una sola mirada para que huyeran de su cabeza los humos que el ron había alojado en ella y se pusiera de todo punto natural y despejado. La expresión de su rostro no era tanto ya de terror como de mortal y angustiada agonía. Hizo un movimiento para ponerse en pie, pero no creo que le quedaban fuerzas suficientes para realizarlo. -Veamos, Bill -díjole el mendigo-: no hay por qué incomodarse; quédate allí sentado en donde estás. Aunque no puedo ver puedo oír, sin embargo, hasta el movimiento de un dedo. No hablemos mucho; vamos al asunto; negocio

es negocio. Levanta tu mano izquierda..., muchacho, toma su mano izquierda por la muñeca y acércala a mi mano derecha.

Ambos obedecimos como fascinados, al pie de la letra, y noté, entonces, que el ciego hacía pasar a la del capitán algo que traía en la mano misma con que empuñaba su bastón. El capitán apretó y cerró aquello en la suya nerviosa y rápidamente.

-¡Ya está hecho! -dijo entonces el ciego, y al pronunciar estas palabras, se desasíó de mí brusca-mente, y con increíble exactitud y destreza, salió, de por sí, fuera de la sala y se lanzó al camino real, sin que yo hubiera podido todavía moverme del sitio en que me hallaba, como petrificado, cuando ya se había perdido, a lo lejos, el tap-tap de su caña tanteando, a distancia, sobre la vía por donde marchaba.

Pasó algún tiempo antes de que el capitán y yo nos recuperamos; pero al cabo, v casi en el mismo instante, solté su puño; lanzó el una mirada ansiosa a lo que tenía en la palma (le la mano y, en seguida, exclamó, poniéndose violentamente de pie: -¡A las diez!... ¡Aún es tiempo!

Al decir esto y al ponerse en pie, vaciló como un hombre ebrio, llevose ambas manos a la garganta, se quedó oscilando por un momento y, luego, con

un extraño ruido se desplomó cuan largo era, dando con su rostro en el suelo.

Yo me precipité hacia el, llamando a gritos a mi madre. Pero todo apresuramiento era vano. El capitán yacía exánime, fulminado por un ataque de apoplejía.

¡Cosa extraña y curiosa! Yo, que no había sentido jamás cariño por aquel hombre, aun cuando en sus últimos días me inspirase una gran compasión, tan pronto como comprobé su muerte, rompí en un verdadero torrente de lágrimas. Aquélla era la segunda muerte que yo veía, y el dolor de la primera estaba todavía demasiado reciente en mi corazón.

4. El cofre del muerto

Me faltó tiempo entonces para hacer lo que debía haber hecho mucho tiempo antes, y fue contar a mi madre todo lo que sabía. Luego de un breve análisis de la situación, vi que nos encontrábamos en una posición sobre manera difícil. Parte del dinero de aquel hombre -si alguno tenía- nos lo debía; pero no era muy presumible que por pagar las deudas del difunto los extraños y siniestros camaradas del ca-

pitán, sobre todo aquellos dos que ya me eran conocidos, consintieran en deshacerse de parte del botín que pensaban repartirse. Cumplir la orden que el capitán me, había dado, como se recordará, de que saltase al punto sobre un caballo y corriese en busca del doctor Livesey, hubiera dejado a mi madre sola y sin protección, por lo cual no había que pensar en ello. Lo cierto es que no nos era posible a ambos el permanecer mucho tiempo en la casa; los rumores más insignificantes, como el carbón cayendo en la hornilla del fogón de la cocina, el tic-tac del reloj de pared y otros por el estilo, nos llenaban de terror supersticioso. Un ruido apagado de pisadas cautelosas que se acercaban a las inmediaciones de la posada, llenaba el ambiente tétrico y así, entre el cadáver del pobre capitán yaciendo sobre el Piso de la sala, y el recuerdo de aquel detestable y horroroso pordiosero ciego, rondando, quizá muy cerca y, tal vez, pronto a volver, momentos había en que, como suele decirse, no me llegaba la camisa al cuerpo. Era preciso adoptar una resolución inmediata, cualquiera que fuese, y, al fin, se nos ocurrió irnos juntos y pedir socorro en la aldea cercana.

Era ya noche cerrada cuando llegamos a la aldea, y jamás olvidaré lo mucho que me animó el ver, en

puertas y ventanas, el brillo amarillento de las luces; aunque, ¡ay!, como después se vio, aquél era el único auxilio que podíamos esperar por aquel lado. Porque no hubo un solo -por más vergonzoso que esto sea para aquellos hombres-, no hubo quien consintiera en acompañarnos de vuelta a la posada. A medida que detallábamos nuestras desgracias, veíamos que hombres, mujeres y niños se aferraban más en quedarse al abrigo de sus hogares. El nombre del capitán Flint, por más que para mí era completamente extraño, era bastante conocido para algunos de aquellos campesinos y bastaba el sólo para llevar el terror a sus corazones. Algunos de aquellos hombres, que habían estado trabajando en el campo, en las cercanías del "Almirante Benbow", recordaban, además, haber visto a varios extraños, en el camino y tomándolos por contrabandistas, los habían obligado a alejarse; otros aseguraban haber visto una especie de bote de vela cuadrada en la parte de la costa que llamamos Caleta del Gato. Por lo visto, la sola mención de un simple camarada del capitán era suficiente para producir un terror mortal a aquellas gentes. Y si bien después de muchas vueltas revueltas encontramos a algunos dispuestos a montar e ir a p Venir al doctor Livesey de lo que sucedía,- debi-

do a que tenía que ir en dirección contraria a la posada, lo cierto es que ninguno quiso venir a ayudarnos a defenderla.

Se dice que el miedo es contagioso; pero, en cambio, la elocuencia posee fuerza de convicción, así que, cuando cada uno hubo expresado su opinión, mi madre les dirigió un pequeño discurso.

-Yo declaro- dijo-, entre otras cosas- que jamás consentiré", en perder dinero que pertenece a mi hijo huérfano, y si ninguno de ustedes se atreve a ayudarnos, Jim y yo nos atreveremos a todo. Ahora mismo nos volveremos por donde hemos venido, y pocas gracias doy a ustedes, camastrones, desentrañados, corazones de conejos. Solos abriremos esa maleta; aunque nos cueste la vida ese atrevimiento. Gracias mil a usted, señora Crossley, por este saquillo que me ha prestado, en el cual traeré mi "muy mío", y muy legítimo dinero.

Es Indudable que ratifiqué que Iría con mi madre, y lo es también que todas aquellas gentes protestaron contra nuestra temeridad; pero, con todo, no hubo uno sólo que se resolviera a acompañarnos. Todo lo más que hicieron fue darme una pistola cargada" por si acaso nos atacaban, y prometernos que tendrían listos los: caballos ensillados para el

caso de que fuésemos perseguidos en nuestra vuelta. Mientras, un muchacho corría en busca del doctor, para pedir auxilio armado.

Mi corazón latía violentamente cuándo mí madre y yo retornábamos, en medio de aquella noche helada, para afrontar tan temible y peligrosa aventura. La luna llena comenzaba a levantar su disco rojizo sobre las vagas siluetas de las nieblas del horizonte, cual nos Incitaba a acelerar el paso, porque no tardaría en que. dar todo Inundado de una diáfana claridad y nuestra partida queda. r expuesta, por lo mismo, a los ojos vigilantes de nuestros enemigos. Deslizándonos cautelosamente a lo largo de los setos y vallados sin hacer el menor ruido, y sin ver ni oír nada que aumentase nuestras zozobras, logramos, con gran consuelo nuestro que la puerta de la posada se cerrara tras de nosotros. Corrí instintivamente el cerrojo tan pronto como entramos, y nos quedamos por un momento en medio de la oscuridad, Jadeantes y palpitantes, sin más compañía que el cadáver del capitán. Mi madre fue al mostrador y tomó una bujía y, asidos ambos de las manos Introdujimos en la sala.

-Corre las persianas, Jim -murmuró mi madre; podría suceder que viniesen a espiarnos desde afue-

ra. Y ahora -añadió, cuando su orden fue ejecutada-, tenemos que buscar la llave de eso y veremos quién es el que lo caza.

Púseme de rodillas inmediatamente. En el suelo, muy cerca de la mano del difunto, me encontré un disco pequeño de papel, ennegrecido de un lado. No dudé de que esto era el disco negro a que el se había referido, y, levantándolo, encontré escrito, al otro lado, en letra muy buena y muy clara, esta intimación lacónica: "Se le da a usted de plazo hasta las diez de esta noche".

-Le dieron de plazo hasta las diez, madre -dije, y no bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando nuestro viejo reloj crujió y comenzó a sonar pausadamente sus campanadas haciéndonos estremecer con un movimiento involuntario.

-¡Una..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis! ¡Las seis! Son las seis; apenas... tenemos tiempo, Jim -dijo mi madre. Ahora, veamos; ¡esa llave!

Busqué en cada uno de sus bolsillos; algunas pequeñas monedas, un dedal, un poco de hilo, agujas gruesas, un pedazo de tabaco de pipa, su navaja de mango corvo, una brújula de bolsillo y una cajita con eslabón y yesca, fue todo lo que encontré.

-Tal vez la tenga colgada al cuello -sugirió mi madre, al notar mi desconcierto.

Sobreponiéndome a una gran repugnancia, me resolví a abrirle la camisa, y allí, suspensa de un sucio cordoncillo embreado que me di prisa a cortar con su propia navaja, estaba la llave que buscábamos. Esta primera victoria entonó nuestro valor y llenos de esperanza nos apresuramos a subir a la habitación del difunto, en la que había dormido por tan largo tiempo y en la cual su cofre de a bordo había permanecido desde el día de su llegada.

Era una maleta de marino común y corriente, sólo que por fuera llevaba esta inicial: B, hecha con un hierro candente, y las esquinas aparecían un poco rotas y estropeadas, debido, tal vez a un uso largo y poco cuidadoso.

-Dame esa llave -dijo mi madre; y a pesar de que la chapa estaba muy dura, la abrió y levantó la tapa de la maleta en un abrir y cerrar de ojos.

Un fuerte olor a tabaco y a brea salió inmediatamente del interior; pero nada pudimos ver en el compartimento de arriba, con excepción de un traje de muy buena tela cuidadosamente cepillado y doblado, que, según dijo mi madre, jamás debió haber sido usado. Bajo de el comenzaba la miscelánea: un

cuadrante, una cajilla de hojalata, varios palillos de tabaco, dos pares de muy buenas y hermosas pistolas, un trozo de lingote de plata, un antiguo reloj español y algunas otras baratijas de poco valor, en su mayor parte de estructura extranjera; un par de brújulas montadas en latón y cinco o seis extrañas y curiosas. conchas de los mares de las Indias Occidentales. Con frecuencia he pensado después, para qué había traído y guardado aquellos mariscos en el transcurso de su azarosa, culpable y agitada vida.

Entretanto, no habíamos encontrado nada de valor, excepto la barrilla y las baratijas de plata, que, por cierto, no era lo que buscábamos. Debajo había un viejo capote de a bordo, blanqueado., con las sales marinas, que mi madre levantó con impaciencia, des. cubriendo a nuestra vista las últimas cosas que contenía la maleta, gran éstas: un paquete o legajo de papeles, envueltos cuidadosamente en tela impermeable, y una talega de cáñamo, que nos bastó agitar para que su sonido nos dijese que contenía oro.

-Yo les probaré a esos pícaros -prorrumpió mi madre- que soy tina mujer honrada. Tomaré de aquí lo que se nos debe y ni un solo penique más. Ten el saquito de la señora Crossley.

- Y diciendo esto, comenzó a contar escrupulosamente el monto de lo adeudado, pasando las monedas de la talega del capitán al saquillo que yo sostenía abierto con mis manos.

Fue aquélla una operación larga y difícil, porque las monedas eran de todos los países y de todos los cuños Imaginables; doblones y liudes de oro, guineas y piezas de a ocho, y no sé, cuántas otras más todas mezcladas y en montón. Las guineas, además, escaseaban y ellas eran las únicas con que mi madre sabía contar.

Habríamos llegado a la mitad de nuestra tarea, cuando súbitamente tuve que poner mi mano sobre el brazo de mi madre e Imponerle silencio, porque acababa de oír un rumor que hizo que el corazón me latiera de nuevo hasta querer salirse por la boca; era el formidable tap-tap del bastón del ciego mendigo golpeando sobre la superficie helada del camino. 01 que se acercaba más y más, en tanto que nosotros procurábamos contener hasta la respiración. Por fin golpeó con firmeza la puerta de la posada y luego oímos, distintamente, que hacía jugar la perilla de fuera de la cerradura y el cerrojo crujía con los esfuerzos que aquel miserable hacía para entrar. Hubo -un silencio largo y angustioso, tanto

fuera, como dentro de la casa. Por fin, el tap-tap del bastón comenzó de nuevo y, con alegría indescrip-
tible de nuestra parte, acabó extinguiéndose a lo le-
jos lentamente, hasta que, por último cesó por
completo.

-Madre -le dije yo-, tome, usted todo de una vez
y vámonos. Parecíame que la puerta, con el cerrojo
cerrado, debió de excitar las sospechas de aquel
hombre y que, probablemente, nos echaría encima a
todo su nido de gavilanes. Por lo demás, nadie que
no se haya visto en presencia de aquel terrible ciego,
puede explicarse cuánto me felicité `de haber tenido
antes la ocurrencia de correr el cerrojo cuando en-
tramos.

Empero mi madre, azorada como estaba, no qui-
so tomar ni un céntimo más de lo que se nos debía;
pero tampoco uno menos.

-Todavía no han dado las siete -dijo-; falta mu-
cho aún; yo sé lo que me corresponde y lo que quie-
ro a todo trance.

Aún discutía conmigo cuando un ligero silbido
llegó hasta n otros, lanzado a buena distancia sobre
la loma. Aquello era tanto y más que bastante para
nosotros dos.

-Me llevaré lo que he contado -dijo mi madre -y yo tomo esto para redondear la cuenta -agregué, apoderándome del lío de papeles envueltos en tela impermeable.

Un instante después ambos bajábamos a toda prisa la escalera, dejando la vela junto al cajón vacío, y no tardamos sino pocos segundos en abrir la puerta exterior y ponernos en plena retirada. Un minuto más de dilación y hubiera sido ya demasiado tarde. La niebla se estaba desbaratando rápidamente y ya la luna brillaba con toda claridad en la parte elevada del terreno, a uno y otro lado nuestro, y apenas si quedaba ya un tenue velo a la orilla de la hondonada y las puertas de la taberna, para favorecer con su gasa, todavía no rota, los primeros pasos de nuestra fuga. Mucho antes de que hubiéramos podido llegar a la mitad del camino que lleva a la aldea, muy poco más allá del pie de la loma, debíamos penetrar forzosamente, en el espacio claro y descubierto alumbrado por la luna. Pero eso no fue todo: el rumor de pasos numerosos que se acercaban en tropel llegó hasta nuestros oídos, y, al mirar en dirección a ellos, pudimos notar, a causa de las oscilaciones de una lucecilla y de su rápida aproxi-

mación, que uno de los que se acercaban traía una linterna.

-Hijo mío -díjome mi madre de repente-, toma el dinero y escápate corriendo. Yo siento que voy a desmayarme.

Pensé que era el fin de todo para nosotros. ¡Cuánto execré en aquel momento la cobardía de los vecinos, cuánto no desaprobé a mi pobre madre por su honradez y su avaricia, lo mismo que por su pasado atrevimiento y su extrema debilidad, en aquella hora! Para nuestra gran fortuna, en aquel instante nos encontrábamos sobre el pequeño puente; yo la sostuve lo mejor que pude, vacilante como estaba, hasta la extremidad de la ribera, en donde exhaló un suspiro y se dejó caer sobre mi hombro. No podré decir ahora cómo encontré en mí fuerzas bastantes para hacer lo que hice en aquellas críticas circunstancias, y aun me temo que lo que ejecuté lo llevé a cabo con cierta brusquedad; el hecho es que logré fuerzas para hacerla bajar conmigo el paredón de la hondonada, casi arrastrándola y colocándonos bajo el arco del mismo puente. Nada más pude hacer después de esto, porque el puentecillo era demasiado bajo para permitirnos otra cosa que el acurrucarme a mí debajo de el, dejando a mi

madre casi enteramente afuera; pero quedando ambos a tan corta distancia de la posada, podíamos oír claramente lo que se hablara en ella.

5. El fin del mendigo ciego

Mi curiosidad, empero, pudo más que mis temores; comprendí que el permanecer allí no me traía más utilidad que la de pasarme agazapado Dios sabe cuánto tiempo, por lo cual trepé, como pude, una vez más, al paredón del barranco, y, ocultando mi cabeza entre las retamas, pude colocarme en posición de dominar desde allí toda la parte del camino que paga frente a nuestra puerta. Apenas había logrado acomodarme, cuando nuestros enemigos comenzaron a llegar en número de siete u ocho, a toda carrera, golpeando desacompadamente los pies en el sendero y trayendo a la vanguardia al hombre de la linterna. Tres hombres corrían juntos, tomados de las manos, y yo comprendí, luego, aun a través de la niebla, que el que formaba el centro del trío no era otro que mi formidable mendigo ciego. Un momento después, su voz me probó que no me había equivocado.

-¡Abajo la puerta! -gritó.

-¡Bien, bien, señor! -contestaron dos o tres de los asaltantes, los cuales se precipitaron en tropel sobre la puerta de la posada, seguidos por el hombre de la linterna; pero luego los vi detenerse y cambiar algunas palabras en voz baja, como sorprendidos de haber encontrado abierta la misma. entrada que se proponían forzar. Pero su sorpresa fue pasajera; el ciego volvió a lanzar órdenes, oyéndose su voz más fuerte y más levantada, como si se sintiera encendido por un grande anhelo y una violenta rabia al mismo tiempo.

-¡Adentro, adentro, adentro! -les gritaba, profiriendo maldiciones y juramentos por lo que a el le parecía tardanza.

Cuatro o cinco se apresuraron a obedecer, permaneciendo dos, en el sendero al lado de aquel mendigo formidable. Hubo otra, pausa, no muy larga, y tras ella resonó una exclamación de sorpresa, seguida por una voz que clamó desde adentro: ¡Bill ha muerto!

Pero el ciego, lanzóles un tremendo y nuevo juramento, por su poca diligencia, añadiendo: -Regístrelo alguno de ustedes, tramposos, vagabundos, ¡y los demás, arriba y a bajar la maleta!

Hasta mi escondite llegaba el ruido de las pisadas de aquellos hombres en los peldaños de madera de nuestra escalera; por tanto, es seguro que la casa entera debía retemblar con ella. En el momento se siguieron nuevas exclamaciones de sorpresa: la ventana del cuarto del capitán fue abierta de par en par con un empujón violento, acompañado de ruido de vidrios que se rompían. Un hombre apareció en ella, iluminado por la luz plena de la luna, y se dirigió al mendigo ciego, que se encontraba, como he dicho, en el camino, y, precisamente, debajo de la ventana recién abierta.

-Pew -le gritó-, nos han ganado de mano. Alguien ha registrado la maleta.

-¿Está eso allí? -preguntó.

-El dinero, sí -contestó el de arriba.

-¡Carguen mil diablos contigo y el dinero! Lo que yo pregunto es si está el manuscrito de Flint, ¡bergante!

-Por lo que he visto no hay nada -replicó el otro.

-Bueno; bajen y vean si está sobre el cadáver de Bill.

En ese momento, otro de la partida, probablemente el que se había quedado en la sala registrando el cuerpo del capitán, apareció en la puerta de la po-

sada, diciendo: -Bill ya ha sido registrado; no han dejado nada sobre el.

-Han sido las gentes de la posada, ha sido ese muchacho. De buena gana le hubiera arrancado los ojos -rugió el ciego Pew. No ha mucho que estaban aquí todavía; la puerta tenía cerrojo puesto cuando yo quise entrar. ¡A registrar, muchachos, a registrar y a encontrarlos!

Siguióse entonces una infernal batahola, un vaivén indecible dentro de la casa; ruidos de pisadas resonaban de un lado y otro; rumor de muebles arrojados al suelo; puertas abiertas a puntapiés; hasta las rocas repitieron, con sus ecos, aquel ruido infernal. Vióse entonces a todos aquellos hombres salir al camino, uno tras del otro, declarando que nada les quedaba que registrar y que, seguramente, no estábamos ocultos dentro de la casa. En aquel instante, el mismo silbido que tanto nos había alarmado a mi madre y a mí cuando contábamos el dinero del difunto capitán volvió a oírse clara y distintamente, en medio de la noche; pero, en esta ocasión, repetido dos veces. Yo había creído que ese sonido era algo como la trompeta del ciego, ordenando con ella a su tripulación lanzarse al abordaje; pero entonces comprendí que -no era sino una

señal soltada sigilosamente del lado de la loma en dirección de la aldea, y, según el efecto que ella produjo en nuestros filibusteros, era un aviso preventivo de algún peligro cercano.

-Dirk ha silbado -dijo uno-, ¡y dos veces! ¡Tenemos que ponernos en guardia!

-¡Pon en guardia al infierno malandrín! -gritóle Pew-. Dirk siempre ha sido un cobarde y un tonto, y ustedes no deben hacerle caso. Esas gentes deben estar por aquí, muy cerca, las tenemos a mano, con seguridad. Revolvedlo y registradlo todo ... ¿A qué hemos venido, si no, perros de Satanás? ¡Oh!, ¡por la vida del diablo! ... ¡Si tuviera yo mis ojos! ...

Estas exclamaciones parecieron producir algún efecto, pues dos de los de la banda comenzaron a registrar aquí y acullá, entre las duelas y trastos que había por afuera; pero con poca resolución, según me pareció, Y siempre teniendo un ojo listo para escapar al peligro que temían, mientras que los restantes estaban aún indecisos y vacilantes en el camino.

-¡Ah, imbéciles! -exclamaba el ciego-; tienen ustedes las manos puestas sobre millones, ¡y están ahí como idiotas, con los brazos cruzados! Todos ustedes pueden hacerse en un momento tan ricos como

reyes con sólo encontrar eso, que muy bien saben que está por aquí, a su alcance, ¡y ninguno quiere hacer su obligación! ¡Bergantes! ¡Bergantes! Ninguno de ustedes se atrevió a presentarse a Bill, y tuve que hacerlo yo...- ¡un ciego! Pues bien, no quiero perder la parte que me corresponde por culpa de ustedes. ¡Qué! ¿Voy a seguir siendo toda la vida un pordiozero que se arrastra chicaneando y trampeando por un miserable vaso de ron, cuando debo y puedo rodar en coches magníficos? ¡Si esas gentes se volvieran ojos de hormiga todavía deberían ustedes encontrarlas!

-Cierra tu escotilla, Pew -gruñó uno de los bandidos- Por lo menos, hemos pescado los doblones.

-Es seguro que ellos habrán escondido bien el maldito lío -saltó otro-; pero no perdamos tiempo, toma tú los Jorges¹, Pew, y no estés ahí chillando.

Chillando era la palabra exacta, y, al oírla, la mal contenida cólera del ciego hizo explosión, excitada ya por las objeciones precedentes, tan furiosamente, que su excitación se sobrepuso a todo; así fue que, empuñando su grueso bastón, arremetió con el a sus

¹ Las monedas inglesas que llevaban el busto del rey; recuérdese que en el talego las había de todos los cuños y de todas las naciones. (N. del T.)

secuaces, golpeando con rabia a derecha e izquierda, a pesar de su ceguera, llegando hasta mí los tremendos golpes que descargaba sobre los que no podían ponerse fuera de su alcance.

Éstos, a su vez, respondieron vomitando las más horribles injurias y amenazas sobre el perverso ciego y se lanzaron sobre el pretendiendo apoderarse del garrote.

Esta riña fue, para nosotros, la salvación, pues todavía estaban aquellos hombres empeñados en ella cuando el nuevo ruido del galope tendido de varios caballos se dejó oír hacia la cumbre de la loma, por el lado de la aldea. Casi en el mismo instante percibióse simultáneamente, la luz y el trueno de un pistoletazo que partió del lado del vallado. Aquélla era, evidentemente, la última señal de peligro, porque los filibusteros se pusieron en fuga al instante, en precipitada carrera. Todos corrieron en dirección diferente; rumbo al mar; otros hacia la caleta; otros, oblicuamente, por la loma, y así los demás, de tal manera que, en menos tiempo del que necesito para contarlos, no quedaban ya ni trazas de ellos, excepto el ciego Pew. En cuanto a éste, lo habían abandonado, no sabré decir si por el pánico que de ellos se apoderó o en venganza de sus inju-

rias y garrotazos. El hecho es que el estaba allí, detrás de todos, tanteando el camino con su bastón, loca y desesperadamente, y llamando a gritos a sus camaradas fugitivos., Finalmente, tomó por la peor dirección para el, rumbo a la aldea, y pasó a muy pocos pasos de mi escondite, clamando frenéticamente: -¡Juanillo, Black Dog, Dirk! -y otros nombres más- Ustedes no dejarán aquí a su viejo Pew; compañeros ... ¡no dejarán a su pobre Pew!

En aquel instante el ruido de los caballos llegó a la cumbre, y cuatro o cinco jinetes aparecieron sobre la loma, alumbrados por la luna y se precipitaron, a galope tendido, por el declive.

Comprendió entonces Pew su error; trató de volverse, prorrumpió en una maldición, y se dirigió hacia la zanja, en la cual rodó. En un segundo ya se había puesto en pie nuevamente e intentaba escapar; pero, descarriado ya como estaba, no hizo más que colocarse precisamente bajo el más próximo de los caballos que se acercaban. El jinete trató de evitarlo, pero fue en vano. El mendigo cayó, atropellado por el bruto, que le echó por tierra y estampó sobre el despedazándolo, entre sus cuatro herrados y poderosos cascos. Pew dejó oír un grito horrible y angustioso, que se perdió en el silencio trágico de la

noche; cayó sobre un costado, giró luego débilmente con el rostro a tierra, y no volvió a moverse.

Yo me enderecé entonces y saludé cortésmente a los jinetes, que retrocedían horrorizados, por el accidente ocurrido. No tardé en darme cuenta de quiénes eran ellos. Uno, que venía detrás de todos, era el muchacho que había ido a la aldea en busca del doctor Livesey; los demás eran aduaneros o guardas fiscales que aquél habla encontrado en su camino y con los cuales se había entendido para regresar sin pérdida de tiempo. La noticia de aquella extraña barca de vela cuadrada surta en la Caleta del Gato había llegado hasta el inspector Dance, que había resuelto hacer una excursión aquella noche en dirección a nuestras playas, circunstancia sin la cual es seguro que mi madre y yo habríamos perdido la vida.

En cuanto a Pew, estaba muerto. Por lo que hace a mi madre a quien condujimos a la aldea, algunos baños de agua fría y algunas sales que le hicimos aspirar, le volvieron por completo conocimiento; y, aunque quedó enteramente exhausta por sus terrores, continuaba deplorando el resto del dinero que no quiso tomar. En el ínterin, el Inspector apresuró su marcha tanto cuanto p en dirección a la Caleta

del Gato; pero sus guardas tenían desmontar e ir marchando a tientas por las escabrosidades de cañada, llevando del ronزال a los caballos, algunas veces conteniéndolos y, cautelosamente, con el temor de una emboscada. No pues ninguna sorpresa el que, cuando llegaron al lugar en que bien que la barca estaba fondeada, ésta se hubiera hecho ya a mar, el bien estaba aún a cortísima distancia de la playa. No obstante la voz del Inspector pudo llegar hasta los fugitivos, uno de los cuales le gritó que se quitase de la luz de la luna, porque p r Ir a saludarle un poco de plomo. No acababa de apagarse el eco de esta intimidación, cuando silbó una bala de mosquete rozando e el brazo de Dance, y, acto continuo; la embarcación dobló la punta de la caleta y desapareció. El Inspector se quedó, según su propia expresión, "como pez. fuera del agua y lo único que pudo hacer fue enviar un hombre a Bristol para prevenir el posible arribo de aquella falúa, lo cual en su opinión era lo mismo que nada. n conseguido salvarse -añadió-, y la cosa ha concluido allí. Me alegro, eso sí mucho, de que hayamos terminado con maese Pew, que, de no ser así, ya hubiera recibido noticias mías.

Volvime con 61 a la posada del "Almirante Benbow". Nadie podrá imaginarse el, cuadro de desolación, que encontré en nuestra casa. El reloj, con su gran caja de madera, había sido arrojado, al suelo por aquellos bárbaros en su desesperada cacería, de, la, cual ¡ni madre y yo éramos presa codiciada, y aun cuando nada se habían llevado, a excepción del talego con el dinero del capitán y algunas monedas de plata de nuestra gaveta, pude hacerme cargo, desde la primera ojeada, de que estábamos arruinados. El inspector Dance no podía hacer nada para remediar aquel caos.

-Bueno, Jim. -díjome-; tú afirmas que ellos tomaron el dinero, ¿no es así? Entonces, ¿qué fortuna era la que buscaban aquí? ¿Más dinero, tal vez?

-No, señor, creo que no era dinero -le contesté-; yo creo tener aquí, en la bolsa del pecho de mi jubón, lo que ellos buscaban, y quisiera depositarlo en un lugar seguro.

-¿Para ponerlo a salvo, muchacho? Me parece muy bueno -dijo-. Yo me lo llevaré, si tú quieres ...

-Yo pensaba tal vez que el doctor Livesey... -comencé yo.

-¡Excelente! ¡Magnífico! -me interrumpió el en muy amable tono-; tu idea es inmejorable; el es todo

un caballero y todo un magistrado. Y, ahora que pienso en ello, yo también debo ir allá a dar cuenta, ya sea a el, ya al caballero Trelawney, de la muerte de ese maese Pew, que ya no tiene remedio. Y, no es que yo la deplore, no; sino que las gentes poco benévolas podrían recriminar por ella a un oficial del fisco de Su Majestad, si recriminación cupiese en este caso. Ahora, pues, Hawkins, si tú quieres, puedo llevarte conmigo.

Le di cordialmente las gracias por su ofrecimiento, y nos fui a pie a la aldea, en donde estaban los caballos. Mientras ponía al tanto a mi madre de lo que iba a hacer, ya las cabalgaduras estaban ensilladas.

-Dogger -dijo el señor Dance-; tú llevas ahí un buen caballo; pon a este chiquillo en ancas.

No bien hube yo montado y asídome al cinturón de Dogger, el inspector dio la señal de partida, y toda la caravana se puso en movimiento, saliendo al camino, a un trote bastante vivo y cruzando el puente que nos sirvió de escondite, con rumbo a la casa del doctor Livesey.

6. Los papeles del capitán

Caminamos bastante de prisa hasta que, por fin, nos detuvimos a la puerta de la casa del doctor Livesey, que permanecía exteriormente oscura.

El inspector Dance me dijo que me apeara y llamase a la puerta, y Dogger me dio uno de sus estribos para que bajara por él. La puerta se abrió casi inmediatamente, y apareció la criada.

-¿Está en casa el doctor? -le pregunté.

-No -me contestó-, estuvo aquí por la tarde; pero volvió a salir con rumbo a la Universidad, en donde iba a comer y a pasar la velada con el caballero Trelawney.

-Entonces, vamos allá, muchachos -dijo el inspector.

Esta vez, como la distancia que había que recorrer era muy corta, no volví a montar, sino que marché asido a la correa del estribo de Dogger, hasta la puerta del parque, y después por la larga avenida de los árboles, alumbrada a aquella hora, por el resplandor de la luna, en medio de viejos jardines, hasta la blanca silueta del grupo de edificios que forman la Universidad.

El criado nos condujo por un pasillo esterado, a cuyo extremo nos mostró la gran biblioteca, toda

formada de inmensos estantes coronados de bustos de sabios de todas las edades. Allí encontramos al caballero Trelawney y al doctor Livesey, charlando animadamente, cigarro en mano, junto a un fuego vivificador.

Hasta aquella noche no había tenido la ocasión de ver de cerca al caballero Trelawney. Era un hombre de más de seis pies de estatura y de ancho proporcionado, con un rostro rudo, áspero, y encarnado, que sus largos viajes habían puesto así, como forrado por una máscara. Sus pupilas eran negras y se movían con gran vivacidad, por lo cual aparentaba poseer un temperamento, no diré malo, pero sí violento y altivo.

-Pase usted, señor Dance -dijo entonces, en tono benévolo y amable.

-Buenas noches, Dance -dijo, a su vez, el doctor, con una inclinación de cabeza- Y, buenas noches, tú también, amigo Jim. ¿Qué buenos vientos traen a ustedes por acá?

El inspector quedóse de pie, derecho y tieso como un veterano, y contó lo acaecido como un estudiante que recita su lección. Era de verse cómo aquellos dos caballeros se acercaban insensiblemente, y qué miradas se dirigían uno al otro, em-

bargándoles la sorpresa de tal modo, que hasta se olvidaron por completo de fumar sus cigarros. Cuando se les refirió cómo mi madre había vuelto sola conmigo a la posada, el doctor se dio una buena palmada en el muslo y el caballero Trelawney exclamó: -¡Bravo, bravo!

Y en su entusiasmo, arrojó su excelente habano a la chimenea. Mucho antes se había puesto de pie, y media, a pasos agitados, la habitación, en tanto que el doctor, como si esto le ayudara a oír mejor, se había arrancado la empolvada peluca y se nos exhibía, haciendo una figura extraña con su negro cabello, cortado a peine, como se dice en términos de barbería.

Al fin el inspector Dance concluyó su narración.

-Señor Dance -dijo el caballero-, es usted un hombre de noble corazón. En cuanto al hecho de haber atropellado a aquel perverso, lo considero como un acto meritorio, tal como el aplastar una alimaña venenosa. Por lo que se refiere a este buen mozalbete Hawkins, el ha sido el "triunfo" en este juego. Vamos, chicuelo, ¿quieres hacer el favor de tirar del cordón de esa campanilla? Es preciso que obsequiemos al señor inspector con un buen vaso de cerveza.

-Por lo visto, Jim, tú crees tener en tu poder lo que esos malvados buscaban -dijo el doctor.

-Aquí lo tiene usted -dije, alargándole el paquete envuelto en tela impermeable.

El doctor lo tomó y le dio vueltas y más vueltas, como si sus deseos danzaran con la impaciencia de abrir aquello; pero, en vez de hacerlo así, depositó el paquete tranquilamente en su bolsillo.

-Caballero Trelawney -dijo-, así que el señor Dance haya tomado cerveza, tiene, por fuerza, que salir de nuevo, al servicio de Su Majestad; pero, en cuanto a Jim, me propongo hacer que se quede esta noche en mi casa. Así es que, con su permiso, pondría yo que le mandáramos dar una buena tajada de pastel frío para que cene.

-Como usted quiera, Livesey -dijo el caballero-. Ha M w ha hecho acreedor a algo Mejor que Un Pastel frío.

Dicho esto trajeron y colocaron en una mesita lateral un grande y apetitoso pastel de pichón, con el cual me despaché concienzudamente y muy a mi sabor, porque la verdad es que tenía tanto apetito como un halcón. Entretanto, el señor Dance recibía nuevos cumplidos, tomaba su cerveza, y concluía, al fin, por pedirse.

-Y, ahora, caballero... -dijo el doctor.

-Y- ahora, Livesey... -exclamó, el caballero en el mismo tono-Cada cosa a su tiempo, como lo reza el proverbio doctor riendo-; usted ha oído hablar de ese Flint, a lo que creo- ¡Oído hablar de el!- exclamó el caballero-. ¡Oído de el! Pues ha sido el más sanguinario filibustero que jamás cruzado el océano ... Barbarroja era un niño de pecho junto el. Los españoles le tenían un miedo tan horrible que, debo decirlo con franqueza, me sentía yo orgulloso de que Flint inglés. He visto con mis ojos, las gavias de su navío, a la altura de la Trinidad, -y el gallinazo hijo *de* borrachín con quien yo había embarcado hizo proa atrás, refugiándose a toda prisa en Puerto España.

-Está bien -dijo el doctor-; también yo he oído hablar el en Inglaterra; pero la cuestión es ésta: ¿tenía dinero?

¡Dinero! -exclamó el caballero Trelawney-, ¡ha oído usted cosa! ¿Pues qué es lo que esos villanos buscaban, sino dinero? ¿les Importa a ellos nada que no sea dinero? ¿Y por qué otra arriesgaban vi- les pellejos que no fuese dinero?

-Eso lo veremos pronto -replicó el doctor-, pero usted tan, excitado que no acierto a sacar en limpio

lo que deseo. que yo quiero saber es esto: suponiendo que tenga yo en aquí, la clave para descubrir el punto en que Flint ha sepultado tesoro, ¿el tal tesoro será algo que valga la pena? -¡Que valga la pena! ¡Por San Jorge! Valdrá nada menos que esto al tenemos esa clave que usted sospecha, yo fletaré un buque en Bristol y llevaré con a -usted y a Hawkins, y créame que encontraré el tal tesoro aunque deba buscar un año entero.

-Muy bien; ahora, pues, si Jim consiente, abriremos este paquete -dijo el doctor poniéndolo sobre la mesa.

El envoltorio estaba cosido, y el doctor tuvo que sacar sus tijeras y cortar las hebras que lo aseguraban. Dos cosas aparecieron: un cuaderno y un papel sellado.

-Primero examinaremos el cuaderno -rió el doctor.

Tanto el caballero como yo estábamos ya observando por cima de su hombro, cuando lo abrió, porque el doctor me había invitado a que me acercase, sin ceremonias, dejando la M donde había cenado, para participar en el placer de la Investigación. En la primera página no había más que rasgos de manuscrito, como los que un hombre,

con una Pluma en la mano, puede hacer por vía de práctica o de entretenimiento. Una de las frases escritas era la misma que el capitán llevaba en los dibujos indelebles de su brazo: "Caprichos de Billy Bones-. Luego se leía esto: "Maese W. Bones, piloto . No más ron y Cerca de Punta de Palma lo hubo" y algunos otros motes y palabras sueltas, en su mayor parte inteligibles. No pude prescindir de que se excitara mi curiosidad pensando quién sería el que lo hubo y qué fue lo que hubo. Lo mismo podría tratarse de una buen, estocada en la espalda que de otra cosa cualquiera.

-No sacaremos de aquí gran cosa en limpio -dijo el doctor, volviendo la hoja.

Las diez o doce páginas siguientes estaban llenas con una curiosa serie de entradas. En la extremidad de cada una de las líneas se veía una fecha, y, en la otra, una suma de dinero, como en los libros de cuentas comunes y corrientes; pero, en vez de palabras explicativas, sólo se encontraba un número variable de cruces entre una y otra. En la fecha marcada, 12 de junio de 1745, por ejemplo se veía claramente que la cantidad de setenta libras esterlinas debía a alguno, y no se veían sino seis cruces para explicar la causa u origen de la deuda. En algu-

nos lugares, para mayor seguridad, añadía el nombre de alguna región, como "A la altura de Caracas" o bien una mera cita geográfica de latitud y longitud, como 53 17 20 y 19 2 40.

Aquel memorándum abarcaba un período de muy cerca veinte años, aumentando, como era natural, los guarismos a medida que el tiempo avanzaba, hasta que, al último, se vela el total sumado, después de cuatro o cinco adiciones equívocas rectificadas,, y, por todo apéndice, estas tres palabras: "Hucha de Bones".

-No le hallo a esto ni pies ni cabeza -dijo el doctor.

-Pues la cosa es clara como la luz del mediodía -exclamó ex caballero- éste es el libro de cuentas del malvado sabueso. Esas cruces ocupan allí el lugar de los nombres de buques y aldeas que y echó a pique o entró a saquear. Las sumas no son más que la parte que en cada hazaña de éstas tocó a nuestro escorpión, y en donde había algún error ya ve usted que cuidaba de añadir al que aclarara, como A la altura de Caracas ya puede usted colegir, por esta inscripción, que algún desdichado buque fue tomado al abordaje a la altura de las costas mencionadas. ¡Dios hay; recibido en su seno a las pobres almas

que tripulaban esa barca. Es verdad -dijo el doctor-.
Vea usted lo que sirve a un ser viajero; es verdad. Y
el monto aumenta a medida que el asciende, y en
categoría.

Muy poco más había en el libro, excepto deter-
minaciones geográficas de algunos lugares anotados
en las hojas en blanco, y hacia el fin del cuaderno,
una tabla para la reducción de monedas francesas,
Inglesas y españolas, a un valor común.

Hombre precavido! -exclamó el doctor-. No era a
el quien podían hacérsele trampas de seguro.

- Ahora -prosiguió el caballero-, veamos esto
otro.

El papel cuyo examen seguía estaba sellado en
diversos puntos, habiéndose usado un dedal por vía
de sello, tal vez el mismo que había yo encontrado
en la bolsa del capitán.

El doctor abrió los, sellos con gran cuidado, y
apareció, entonces, el mapa de una isla con su lati-
tud, longitud, sondas, nombres de montañas, bahías,
caletas, abras, y todos los pormenores necesarios
para poder llevar un buque a anclar a salvo, en sus
costas. Parecía como de unas nueve millas de largo y
cinco de ancho, teniendo la figura de una especie de
dragón en pie, y presentaba magníficos fondeade-

ros, perfectamente cerrados, y una eminencia en la parte central, marcada con el nombre de "El Vigía". Veíanse algunas adiciones hechas en fecha más reciente; pero lo que más saltaba a la vista eran tres cruces marcadas con tinta roja, dos en la parte norte de la isla y una al sudoeste, y, además, escrito con la misma tinta encarnada, en caracteres muy claros y elegantes, bien distintos de la tosca escritura del capitán, estas significativas palabras: "El tesoro está aquí".

Por detrás, la misma mano había trazado estas explicaciones complementarias:

"Un árbol grande, en la vertiente de «El Vigía», en dirección al N N E.

"Islote del Esqueleto, E S E., cuarto al E.

"Diez pies.

"La gran barra de plata está en el hoyo del lado norte; puede encontrársela siguiendo el declive del montículo, al este, diez brazas al sur del peñasco negro y frente a él.

Mas armas se encontrarán fácilmente en la loma de arena que está en la punta norte del fondeadero septentrional, en dirección al este, cuarta al norte".

Esto era todo; pero, conciso como era, y para mí incomprensible, llenó de júbilo al caballero y al doctor Livesey.

-Livesey -dijo el señor de Trelawney-, va usted a abandonar en el acto su desdichada y penosa profesión. Mañana salgo para Bristol. En tres semanas ¡no!, en dos semanas en diez días le aseguro a usted que tendremos el mejor buque, sí, señor, y la más escogida tripulación que pueda suministrar nuestra Inglaterra. Hawkins vendrá con nosotros como paje de a bordo. ¡Vamos! Yo sé que tú harás un famoso paje de a bordo, chico... Usted, Livesey, será el médico del buque; yo me gradúo almirante, desde luego. Nos llevaremos a Redruth, Joyce, Hunter. Tendremos vientos favorables, viaje rápido y, sin la menor dificultad hallaremos el sitio indicado, y, en el, dinero en cantidad bastante para comer, para poseer carrozas y para gastar como príncipes.

-Trelawney -dijo el doctor-, prometo acompañarle en la expedición, y puedo responder de su éxito; Jim también vendrá, por supuesto, y será una honra para la empresa. Pero hay un hombre sólo a quien yo temo.

-¿Y quién es el? -exclamó el caballero-; nombre usted a ese pícaro sin dilación.

-¡Usted! -replicó el doctor- Usted, que no tiene la fuerza necesaria para frenar su lengua. Nosotros no somos los únicos que conocemos la existencia de este documento. Esos individuos que han atacado la posada esta noche arrojados y valientes marruleros, sin duda alguna-, lo mismo que los que se habían quedado guardando la extraña barca de que nos habló Dance, todos esos, y me atreveré a afirmar que otros todavía, por angas o por mangas, manifiestan una resolución Inquebrantable de apoderarse del tesoro. Ninguno de nosotros debe, pues, salir solo, en adelante, hasta estar a bordo. Jim y yo andaremos juntos hasta entonces. Usted llevará consigo a Joyce y Hunter cuando salgo para Bristol, y, del primero al último de los que aquí estamos, debemos comprometemos a no decir nada de lo que hemos descubierto.

-Livesey -dijo el caballero-, usted siempre tiene razón; por mi parte, prometo permanecer mudo como una tumba.

PARTE SEGUNDA
EL COCINERO DE A BORDO

7. Salgo para Bristol

Pasó más tiempo del que el caballero Trelawney se imaginó al principio, antes de que estuviéramos listos para hacernos a la mar, y ninguno de nuestros planes primitivos pudo llevarse a ejecución, ni aun el de que el doctor Livesey me tuviese siempre consigo. Éste tuvo que marchar a Londres para buscar un profesional que se hiciera cargo de su clientela; el caballero se fue a Bristol, en donde puso, con todo ardor, manos a la obra, en los preparativos de la expedición, y, en cuanto a mí me quedé instalado en la Universidad, a cargo de Redruth, el montero o guardacaza, casi en calidad de prisionero; pero lleno de

ensueños marítimos y de los más atrayentes anticipos imaginativos de islas extrañas y aventuras novelescas. Me deleitaba reproduciéndome en un mapa, durante horas enteras, todos los detalles que recordaba.

Y, sin moverme de junto al fuego, en el salón del dueño de la casa, me acercaba con la fantasía a la ansiada isla, en todas las direcciones posibles; exploraba cada acre de terreno de su superficie, subía veinte veces a la cumbre de aquel elevado monte que llamaban "El Vigía", y, desde su cima, gozaba de los más deliciosos y variados panoramas.

Así fueron transcurriendo semanas y semanas, hasta que, un hermoso día, llegó una carta dirigida al doctor Livesey, con esta adición: "En caso de ausencia del doctor, abran esta carta Tom Redruth o el joven Hawkins". En acatamiento de esta orden encontramos, pues, o más bien dicho, encontré yo, puesto que el guardamonte era un hombre bastante atrasado en escritura y lectura que no fuesen letras de molde, encontré, digo, las importantes noticias siguientes:

"Hotel del Ancla, Bristol, marzo 19 de 17..."

"Querido Livesey:

"No sabiendo si ha regresado usted a la Universidad o si permanece todavía en Londres, envío ésta, por duplicado, a ambos lugares.

"Nuestro buque está ya adquirido y arreglado con todo lo necesario. Ahora mismo está surto y listo para levar anclas en el momento necesario. Usted no ha visto, en su vida, una goleta más esbelta ni más gallarda y velera. Cualquiera podría manejarla con la mayor facilidad: tiene doscientas toneladas de arqueo, y su nombre es La Española .

"La he comprado con la intervención de mi viejo amigo Blandy, que ha probado en esta ocasión ser un sorprendente conocedor de la materia. Este incomparable amigo se ha consagrado literalmente en cuerpo y alma a mis intereses, y -puedo decirlo lo mismo han hecho, en Bristol, todos, en cuanto han visto la clase de puerto a que nos dirigimos: es decir, a Puerto-Tesoro... -Redruth -díjele, interrumpiendo la lectura de la carta-, el doctor Livesey no se pondrá muy contento con esto. Veo que, al fin y al cabo, el caballero ha dejado deslizar su lengua.

-Bueno; ¿quién tiene más derecho a hacerlo?
-murmuró el guardacaza-. Apuesto una botella de ron a que el caballero puede muy bien hablar sin esperar el permiso del doctor Livesey.

Después de esto, creí prudente prescindir de todo comentario, y continué leyendo: Blandy en persona dio con «La Española», y con una habilidad que le admiro, la compró por una verdadera bicoca. Hay aquí, en Bristol, ciertos hombres monstruosamente hostiles al pobre Blandy. Parece que andan por esas calles de Dios pregonando que mi honrado y excelente amigo no ha hecho más que una grosera especulación; que La Española era propiedad suya y que todo lo que hizo fue vendérmela a un precio absurdamente alto. Todas éstas no son más que calumnias evidentes, y lo cierto es que ninguno de sus autores se atreve a negar las excelentes cualidades de nuestra goleta.

"Empero él, dije, no contaba ni con una sola vuelta de cabo. Los trabajadores, o por mejor llamarlos, los aparejadores, han andado verdaderamente a paso de tortuga. Pero esto no era sino obra de pocos días. Lo que me preocupaba era la tripulación.

"Yo quería una veintena redonda de hombres, pero es el caso que no daba ni con la mitad de lo requerido, hasta que un verdadero golpe de fortuna me trajo al hombre que necesitaba.

"Un día estaba parado en el muelle cuando, por mera casualidad, entré en conversación con él. Me enteré de que es un viejo lobo de mar, que tiene una especie de taberna en Bristol, conocida de todos los marinos; que ha perdido su salud en tierra y que recibiría de mucho agrado una plaza de cocinero a bordo, para volver de nuevo al mar. Díjome que aquella mañana andaba por allí con el objeto de aspirar un poco las brisas salobres del océano.

Conmoviome profundamente -como usted mismo se hubiera conmovido-, y, aunque no por mera conmiseración, lo contraté, sobre la marcha, para cocinero de nuestra goleta; John Silver es su nombre, y tiene una pierna menos, lo cual es, a mis ojos, una recomendación, puesto que la ha perdido en defensa de la patria, bajo las órdenes del inmortal Hawke. No goza de pensión alguna, Livesey ... Dígame, ¿en qué tiempos tan abominables vivimos?

"Ahora bien, amigo mío; al principio creí no haber encontrado otra cosa que un simple cocinero; pero fue, en realidad, toda una tripulación lo que yo descubrí. Entre Silver y yo hemos conseguido, en una semana, la más cumplida y característica tripulación que pudiera apetecerse; no de aspecto grato ni sonriente, a la verdad, sino sujetos, a juzgar por sus

caras, del más esforzado e indomable espíritu. Me atrevo a declarar que podríamos muy bien derrotar a una fragata de guerra.

"Silver ha llevado su escrupulosidad hasta licenciar a unos dos de los hombres que yo tenía ya ajustados. Sin gran trabajo, me demostró en un momento oportuno, que los aludidos no eran más que unos lampazos de agua dulce que para nada servirían y que, antes bien, nos estorbarían en un caso de apuro.

"Me siento con la más excelente salud y en admirable disposición de ánimo: como igual que un toro, duermo como un tronco, y, sin embargo, no me daré punto de tregua ni de reposo hasta que no oiga y vea a mis viejos lobos marinos maniobrar en torno del cabrestante. ¡A la mar!, ¡pronto a la mar! ¡A sacar ese tesoro! La locura de las glorias marítimas se ha apoderado de mi cabeza. Así, pues, Livesey, véngase volando: si en algo me estima usted, no pierda ni un minuto.

"Deje usted al jovencillo Hawkins que vaya, sin tardanza, a visitar a su madre, a cargo de mi viejo Redruth, y que ambos vengan luego, a toda prisa, para Bristol.

Juan Trelawney

"Post scriptum - Se me olvidaba decirle que Blandy, a quien dejo con el encargo de enviar una embarcación en busca nuestra, si no hemos regresado para fines de agosto, ha encontrado un sujeto admirable para capitán de nuestra goleta, un hombre muy serio y muy estirado -lo cual deploro, de paso-; pero, en todos los demás conceptos, es un verdadero tesoro. Silver, por su lado, nos ha traído un hombre muy competente para piloto: su nombre es Arrow. Tengo un contraamaestre que silba, para la maniobra, que es una gloria, así es que las cosas van a marchar, a bordo de La Española , como si hubiéramos fletado un verdadero buque de guerra.

"Se me olvidaba añadir que Silver es un hombre de sustancia: me consta personalmente que tiene su cuenta en el banco, y que sus gastos nunca han excedido de sus depósitos. Deja su establecimiento a cargo de su esposa, y como ésta es una mulata, podemos decirnos aquí, entre solteros, como ambos somos, que me parece que no sólo es la salud, sino la mujer, lo que hace que Silver quiera salir otra vez a correr los mares.

J. T...

P. P. S-Hawkins puede quedarse una noche con su madre. J.T."

Cualquiera se figurará, sin esfuerzo, la emoción que esta carta me produjo. Estaba medio fuera de mí de júbilo. Pero si hubo alguna vez un hombre despechado sobre la tierra, ése era, ciertamente, el pobre viejo Tom Redruth, que no hacía ni podía hacer más que gruñir y lamentarse. Cualquiera de los guardamontes subordinados suyos se habría cambiado por el con el mayor placer; pero no eran éstos los deseos del caballero, y tales deseos eran como leyes, entre aquellas buenas gentes. Nadie que no fuese el viejo Redruth se habría tomado la libertad de murmurar siquiera, como a él le era permitido hacerlo.

A la mañana siguiente, él y yo nos pusimos en marcha, a pie, hacia la posada del "Almirante Benbow", en la cual encontré a mi madre muy animada. El capitán aquel que por tan largo tiempo había sido para nosotros causa de tanto disgusto, había ido ya al lugar en que los perversos cesan de molestar. El caballero había hecho reparar todos los estragos a sus expensas, y tanto los salones de la parte pública de la casa como la enseña de la posada, habían sido

pintados de nuevo, habiéndose añadido algunos muebles de que antes carecíamos, entre ellos, principalmente, una muy cómoda silla de brazos para mi madre, tras el mostrador. Al mismo tiempo, le había buscado un muchachuelo, como de mi edad, en calidad de aprendiz, con el cual mi madre no necesitaba de más servidumbre, durante mi ausencia.

Pasó la noche, y, al día siguiente, después de la comida, Redruth y yo salimos de nuevo, por el camino real. Dije adiós, muy conmovido, a mi madre, a la caleta en que había vivido desde que nací, a aquel viejo y querido "Almirante - Benbow", que, sin embargo, me parecía menos querido desde el instante en que ya lo había tocado la mano profana del pintor. Una de las últimas cosas en que pensé fue en el capitán, que tan frecuentemente salía a vagar a lo largo de la playa, con su sombrero volándole sobre la espalda, con su gran cuchilla colgada bajo la blusa y su enorme catalejo bajo el brazo. Un instante después, ya habíamos doblado tras el ángulo de las rocas, y mi hogar y sus contornos habían desaparecido.

La tartana del correo nos recogió al oscurecer en el Royal George, hacia el brezal. Se me Incrustó en el coche aquél, entre un viejo gordo y mi amigo Re-

druth, y a pesar del despacible movimiento y del aire frío de la noche, debo haber cabeceado bonitamente desde un principio, y en seguida, entregádomme a un sueño de lirón, lo mismo de subida que de bajada, y estación tras estación, porque cuando desperté, lo hice gracias a una insinuación poco amable que sentí por el costado. Abrí los ojos y me encontré con que nos habíamos detenido frente a un gran edificio, y que hacía mucho rato que había salido el sol.

-¿En dónde estamos? -pregunté.

-En Bristol -dijo Tom-; bajemos.

El señor Trelawney había sentado sus reales en una posada cerca de los muelles, para vigilar personalmente los trabajos de la goleta. Para ella teníamos que enderezar nuestro rumbo inmediatamente. Con gran contento mío, nuestro camino corría a lo largo de los muelles y, por consiguiente, al lado de una verdadera multitud de barcos de todos tamaños y de todas nacionalidades.

En uno, los marineros cantaban alegremente mientras trabajaban; en otro veíanse hombres suspensos allá, muy arriba, sobre mi cabeza, asidos solamente de cuerdas que no parecían más gruesas que las hebras de la telaraña. Aunque toda mi vida la

había pasado en la playa, me parecía que sólo ahora conocía verdaderamente el mar. El penetrante olor del alquitrán y la sal eran para mí una novedad. Veía los más extraños rostros que jamás han surcado el océano. Veía viejos marinos, con extraños dijes en las orejas y con sus patillas en caprichosos rulos; y, los más, ostentando sus embreadas coletas sobre la espalda y marchando, todos, con ese paso cimbrador propio de los marinos. No debe dudarse que, si hubiera visto un cortejo de reyes o arzobispos no me hubiera deleitado más de lo que estaba en aquellos momentos.

Y yo yo mismo iba también a hacerme a la mar; iba a penetrar en una goleta con su contra-maestre mandando la maniobra con un silbato, con sus marinos de trenza cantando al compás de las ondas; ¡y todo navegando en pos de una isla desconocida, en busca de tesoros enterrados!

Continuaba deleitándome con este ensueño delicioso cuando, de repente, nos detuvimos frente a una gran posada. Allí nos esperaba el caballero Trelawney, vestido y aderezado como un oficial de a bordo, con un traje de grueso paño azul. Se adelantó con expresión sonriente en todo su semblante,

y con una perfecta imitación del andar contoneado de un marinero.

-¡Vamos!, ya están ustedes aquí -dijo-. El doctor ha llegado anoche de Londres. ¡Bravísimo! ¡La tripulación está completa!

-¡Oh, señor! -exclamé yo-, ¿y cuándo zarpamos?

-¿Zarpar? ¡Mañana sin falta! -me contestó.

8. *La taberna de "El Vigía"*

Terminado mí almuerzo, el caballero me dio una, carta dirigida a John Silver, en su taberna de "El Vigía". Me aseguró que sería muy fácil encontrarla siguiendo la línea de los muelles, hasta que viese una pequeña taberna con un catalejo por enseña. Partí alborozado con esta nueva oportunidad que se me presentaba de observar más atentamente y más de cerca todos aquellos, buques y marineros, y tomé mi derrotero por entre una verdadera masa de gentes, carrmatos y bultos de mercancías, por ser aquélla la hora de mayor que hacer y tránsito en los muelles, hasta que di, al fin, con la taberna en cuestión.

Era ésta, a la verdad, un sitio bastante aceptable. La enseña estaba recién pintada; las ventanas tenían

flamantes -cortinas rojas, y los pisos aparecían cuidadosamente enarenados. El establecimiento hacía esquina, teniendo una puerta hacia cada calle, abierta de par en par, lo que hacía que el salón bajo tuviese aire y luz a despecho de las nubes de humo que salían de las, bocas de los parroquianos. Eran éstos, en su mayor parte, de la marina mercante, y hablaban en voz tan alta que no pude menos de detenerme, vacilante y sin atreverme a franquear la puerta.

Un hombre salió de un cuarto contiguo al salón, y al primer vistazo tuve la certeza de que aquél no era otro que John Silver. Su pierna izquierda parecía amputada desde la cadera, apoyando el brazo izquierdo en una muleta que manejaba con la más increíble destreza, saltando sobre ella con la agilidad de un pájaro. Era alto y fuerte, con una cara grande como un jamón rasurada y pálida, perol Inteligente y risueña. No cabía duda de que estaba, a la sazón, del mejor humor del inundo, silbando al mente mientras. pasaba por entre las mesas, y soltando a cada broma graciosa, o dando una palmadita familiar sobre el hombro a cada uno de sus parroquianos favoritos.

Ahora bien, el he de decir la verdad, confesaré que, desde la primera mención de John Silver que el caballero hacía en su carta, comencé a temer, Interiormente, que éste no fuese otro que el marinero de una sola pierna" por cuya temida aparición vigilé tanto tiempo en el "Almirante Benbow". Pero me bastó la primera ojeada que eché sobre el para desvanecer mis temores. Ya había visto al capitán, y a Black Dog, y al ciego Pew, y creí que con eso me bastaba para saber lo que era o debía ser un filibustero, es decir, una criatura, según yo, bien distinta de aquel aseado, sonriente y bien humorado amo de casa.

Todo mi valor retornó inmediatamente, pasé al vestíbulo y me dirigí sin rodeos al hombre aquel, en el lugar mismo en que estaba apoyado en su muleta y conversando con un parroquiano.

-¿El señor Silver? -pregunté, tendiéndole la carta.

-Yo soy, chiquillo; ése es mi nombre. ¿Y tú, quién eres?

Luego, como observase la escritura del caballero en el sobre de la carta, pareció como que mal contenta un sobresalto involuntario.

-¡Oh! -díjome en voz muy alta y ofreciéndome su mano-, ahora comprendo; tú eres el pajecillo de cá-

mara de la goleta, ¿no es verdad? Tengo mucho gusto de verte.

Y diciendo esto tomó la mía en su larga y poderosa mano.

Precisamente en aquel momento uno de los parroquianos que estaban en el lado más retirado, se levantó rápidamente y se precipitó fuera de la puerta, que tenía muy cerca de sí, lo cual le permitió ganar la calle en un instante. Pero su precipitación me hizo fijarme en el y le reconocí a la primera ojeada. Era el mismo hombre de cara enjuta, a quien faltaban dos dedos de una mano y que fuera una vez al "Almirante Benbow".

-¡Oh! -grité yo- ¡Deténgalo! Ése es Black Dog!

-No me importa quién pueda ser -exclamó Silver-; pero no pagó su cuenta. ¡Harry, corre y atrápalo!

Uno de los que estaban cerca de la puerta se puso de pie de un salto y se precipitó afuera en persecución del fugitivo.

-¡Oh! Yo le haré que pague el consumo, así fuera el mismo almirante Hawke en cuerpo y alma-. En seguida añadió, soltándome la mano: -¿Quién dices tú que es éste?... Black... ¿qué?

-Black Dog, señor -le contesté- ¿No le ha contado a usted el señor Trelawney lo de los filibusteros? Pues ése era -uno de ellos.

-¡Es posible! -exclamó Silver, ¡Y semejante hombre en mi casa! Mira tú, Ben, corre y ayuda a Harry a perseguir a ése. Conque el era uno de esos pillastres, ¿eh? Hola, tú, Morgan, ven aquí, ¿estabas tú bebiendo con ese hombre?

El interpelado, que era un viejo bastante canoso y con cara color caoba, se acercó con un continente bastante marino, contoneándose.

-Veamos -dijo John Silver con bastante rigidez-, ¿no has Visto tú antes de ahora a ese Black..., Black Dog? ¡Di pronto!

-YO, no, señor -contestó Morgan con una reverencia.

-Tú no sabías cómo se llamaba, ¿eh?

-No, señor.

-¡Rayos Y truenos! Tom Morgan, dale gracias a Dios por ello -exclamó el irritado tabernero-, porque si yo averiguo que te andas mezclando con canallas de esa ralea, te prometo, por quien soy, que no vuelves a poner un pie en mi casa, entiéndelo bien. ¿Y qué te estaba contando?

-La verdad es que Yo no lo sé; no puse cuidado.

-¡Es increíble! Y luego dirán ustedes que tienen la cabeza sobre los hombros. ¿Conque no lo sabes? ¿Conque no pusiste cuidado? Tal vez ni supiste con quién estabas hablando, ¿no es verdad? Ni qué es lo que decía, ¿eh? Vamos, haz por acordarte, ¿qué es lo que charlaba? ¿Viajes? ¿Capitales? ¿Buques? ... Vamos, ¿qué era?

-Yo creo que estábamos hablando de estirar la quilla.

-Conque de estirla, ¿eh? ¡Gran asunto por cierto! ¡Es muy posible, sí!... ¡Anda, vuélvete a tu lugar, haragán!

Mientras Morgan se volvía a su asiento, Silver murmuró, casi a mi oído, en un tono confidencial que me pareció en extremo halagador para mí: -Ese pobre Tom Morgan es un hombre honrado: solamente tiene la desdicha de ser estúpido.

Y luego, levantando la voz de nuevo, prosiguió: -Conque, veamos... ¿Black Dog? ... Pues no, no conozco ese nombre; no, por cierto. Sin embargo, tengo cierta idea... Sí, yo creo haber visto ya antes a ese agua dulce por aquí. Entiendo que solía venir antes en compañía de un mendigo ciego.

-Por supuesto -le dije yo con seguridad-; puede usted creerlo. Yo conocí también a ese ciego. Se llamaba Pew.

-¡Es verdad! -exclamó Silver, en extremo excitado ya ¡Pew! Era ése su nombre, no cabe duda. ¡Ah! Parecía un tiburón completo, ¡de veras que sí! Así, si ahora pillamos a ese Black Dog, ya tendremos noticias que enviar a nuestro patrón el caballero Trelawney. Ben es un buen galgo; creo que pocos marineros tendrán piernas más ligeras que el. ¡Rayos y truenos! Yo creo que debería acogerlo y traerlo. Conque estaba hablando de estirar la quilla, ¿eh? ¡No le daré yo mal tirón de la quilla al belitre si melo traen!

En todo el tiempo que empleó en disparar esta andanada, no cesó de recorrer el salón de un lado al otro, brincando agitadamente sobre su muleta, golpeando con la mano sobre las mesas y manifestando una excitación tal que hubiera bastado para convencer al juez más ducho y para hacer caer en el garlito al más avisado. Mis sospechas se habían de nuevo despertado con gran fuerza al encontrarme con Black Dog en la taberna misma de "El Vigía", por lo cual me propuse tener la mirada atenta sobre el cocinero de "La Española" y espiar sus menores

movimientos. Pero aquel hombre era demasiado vivo, demasiado zorro y sobradamente astuto para mí; así es que pronto me distraje con la vuelta de los sa- buesos soltados en persecución de Black Dog, los cuales llegaban sin aliento, confesando que habían perdido el rastro de su presa en una apretura de gentes y que se habían visto regañados como si fueran ladrones. En esos momentos habría yo, con mi cabeza, garantizado la inocencia de John Silver.

-Mira ahora, Hawkins -dijo esto, qué compromiso para un hombre como yo. ¿Qué va a pensar de mí el caballero Trelawney? ¡Tener yo en mi misma casa a ese hijo del demonio, bebiendo mi propio ron! Dime si no es una picardía. ¡Y aquí mismo, a mis propios ojos, lo dejamos todos que tome las de Villadiego! ¡Rayos y truenos! Yo creo, muchachito, que tú me harás justicia con el capitán. Tú eres un chicuelo todavía; pero vivo como un zancudo. Lo presentí en cuanto que te puse el ojo encima. El asunto es éste: ¿qué puedo hacer yo con esta vieja muleta que es mi sostén? Si hubiese sido en los comienzos de mi carrera de marino, ya habría sabido yo traerme a ese agua dulce a empujones, no sin antes doblegarlo en una lucha cuerpo a cuerpo. SI,

entonces, lo habría hecho; pero, ahora, ¡rayos y truenos!

Cesó de hablar repentinamente, y se quedó con la boca abierta, suspenso, como si se hubiera acordado de algo.

-¡La cuenta! -murmuró al fin- ¡Tres vasos de ron! ¡Mil caronadas! ¿Pues no había yo olvidado ya la cuenta?

Y dejándose caer en un banco, prorrumpió en una risotada tan sostenida que las lágrimas comenzaron a rodar sobre su rostro. No pude menos que imitarle, así fue que reímos juntos, una carcajada tras de otra, hasta que la taberna resonó con los ecos de nuestras risotadas.

-¡Vamos! ¡Pues bonita foca soy yo! -dijo al fin, enjugándose las mejillas- Tú y yo haremos buenas migas, Hawkins, pues de haberlo permitido el diablo yo no sería más que un pajecillo de a bordo, como tú. Pero, ¡qué le vamos a hacer! No es tiempo para pensar patrañas. El deber es lo primero, camaradas, así es que voy a ponerme mi viejo sombrero y marcharemos sin pérdida de tiempo a ver al caballero Trelawney y a contarle lo que aquí ha pasado. Porque, acuérdate de lo que te digo, Hawkins, esto es serio, tan serio que ni tú ni yo saldremos de ello

decorosamente. Ni tú tampoco -dijo- ¡Vaya un par de tontos! Los dos parecemos ahora más que tontos. Pero, ¡voto a San Jorge, aquél sí que supo beberse mi ron!

Y diciendo esto, comenzó a reír de nuevo con todas sus ganas y con tal fuerza comunicativa que, por más que yo no encontraba ni sentido, ni maldita gracia a lo que acababa de decir, me vi arrastrado de nuevo a acompañarlo en su estrepitosa carcajada.

En nuestra pequeña excursión a lo largo de los muelles, se manifestó el más servicial e interesante compañero, explicándome acerca de cada uno de los principales buques a los cuales pasábamos todo lo relativo a su aparejo, capacidad, nación, obras que en ellos se ejecutaban, si el uno estaba a la carga y el otro a la descarga, si el de más allá estaba listo para zarpar, y a cada paso entreverando divertidas anécdotas de navíos y navegantes, o repitiéndome las frases de tecnicismo de a bordo hasta que yo las aprendía perfectamente. Así, antes de llegar a la posada, estaba convencido de que aquel hombre era, positivamente, uno de los mejores marinos posibles.

El caballero y el doctor Livesey estaban sentados, apurando la botella de cerveza con sus brindis

correspondientes, antes de ponerse en marcha para hacer una visita de inspección a "La Española".

John Silver les refirió lo que acababa de suceder sin omitir detalle, con charla amena y sin apartarse un ápice de la verdad.

-Esto fue lo que sucedió, ¿no es verdad, Hawkins? -se interrumpía de vez en cuando.

A lo cual tenía yo que contestar afirmativamente.

Los dos caballeros deploraron que Black Dog se hubiese escapado; pero todos tuvimos que convenir en que nada podía hacerse, por lo cual, después de haber recibido cordiales cumplimientos, John Silver tomó su muleta y se marchó de nuevo a su taberna. -Todo el mundo a bordo esta tarde, a las cuatro -le gritó el caballero cuando ya el iba alejándose.

-¡Bravo, bravo, bravo! -exclamó el cocinero con entusiasmo y siguiendo su camino.

-óigame usted, señor Trelawney -dijo el doctor-, por regla general yo no tengo una gran fe en sus descubrimientos, mas por lo que respecta a este John Silver, debo confesarle que me satisface por completo.

-Un hombre como el es "triumfo" en mano -declaró.

-Y ahora -añadió el doctor-, opino que Jim, debe venir con nosotros a bordo, ¿no le parece a usted?

-De acuerdo -replicó el señor Trelawney- Toma tu sombrero, Hawkins, y vamos a ver nuestro barco.

9. Pólvora y armas

Luego de un breve trecho entre elaboradas y elegantes proas de buques y popas de otros, cuyos cordajes y vergas una vez se liaban y yacían bajo nuestros pies, otras se balanceaban galanamente sobre nuestras cabezas, saltamos a bordo de nuestro barco, en el cual nos recibió el piloto, señor Arrow, un viejo marino bizco, de faz morena y con colgantes en las orejas. El caballero y el parecían congeniar bastante y llevarse en muy buenos términos; pero no tardé en observar que no acontecía lo mismo tratándose de las relaciones del señor Trelawney con el capitán de La pañola. Este era un hombre de aspecto severo y parecía disgustado con todo lo que sucedía a bordo de nuestra goleta. Pronto decirnos por qué, pues no bien habíamos entrado al salón principal, un marinero nos anunció: -Caballero, el capitán Smollet desea hablar con usted.

Siempre estoy a las órdenes del capitán -contestó el caballero-. Hágame usted pasar adelante.

El capitán, que estaba muy cerca de su mensajero, entró y cerró la puerta tras de sí.

-Bien, capitán Smollet, ¿qué es lo que usted tiene que decirnos? Supongo que aquí todo marcha bien y está dispuesto como entre, verdadera gente de mar.

-Vea, señor -contestó el capitán-; creo que hablar sin rodeos es siempre lo más práctico, aun a riesgo de parecer ofensivo. He aquí mi opinión: no me gusta este viaje, no me gusta la tripulación y no me gusta mi segundo de abordó. Esto es hablar -Tal vez, señor mío, ¿tampoco le gusta a usted el barco? añadió el caballero, bastante molesto, a lo que me pareció.

-En cuanto a eso nada puedo decir, puesto que aún no lo visto moverse. A simple vista me parece un hermoso velero; no puedo decir.

-También es muy posible que le disguste el patrón recalcó el caballero.

En este punto el doctor Livesey creyó oportuno intervenir diciendo: -Un momento, señores, un momento, si ustedes permiten. Esas discusiones no conducen nada más que a crear una perjudicial desinteligencia. Creo que el capitán ha dicho demasia-

do o dicho muy poco, y me creo en el deber de requerirle para ti nos explique sus palabras, Ha dicho usted, para comenzar, que le gusta este viaje. Veamos... ; ¿por qué?

-Se me ha contratado, señor, por el sistema de lo que llamamos nosotros "pliego cerrado". Se me ha requerido simplemente para gobernar un navío, llevándolo al punto y rumbo que ase el contratante. Hasta allí todo está bueno. Pero ahora encuentro con que todos y cada uno de los hombres de la tripulación saben mucho más que yo acerca de nuestro viaje. Yo no puedo calificar esto de recto y de natural; ¿tengo razón?

-Sí, sí, la tiene usted-dijo el doctor.

-Más tarde he sabido por mis propios marineros, que va en, busca de un tesoro. No olvide usted que son ellos los que lo, hacen saber. Ahora bien, eso de tesoros es una cosa que ti sus peligros. A mí no me gustan viajes de tesoros por ningún motivo, menos cuando son secretos, y, sobre todo, perdóneme señor Trelawney, cuando el tal secreto ha sido confiado al loro.

-¿Al loro de Silver? -preguntó el caballero.

-He hablado en sentido figurado. Quiero decir que ha sido divulgado. Yo tengo la certeza de que

ninguno de ustedes, caballeros, conoce el riesgo que corre. Les diré, pues, mi opinión lisa y llana; éste es asunto de vida o muerte y un albur sumamente delicado.

-Así lo veo Yo -dijo el doctor-, y me parece que es tan claro como cierto. Estamos expuestos a las contingencias de un viaje incierto, pero no nos hallamos tan en tinieblas como usted supone. Pero añadió usted también que no le gusta la tripulación. ¿Cree usted que los nuestros no son verdaderos marinos?

-No me agradan, señor - insistió el capitán Smollet- Por lo demás, creo que es facultad del capitán elegir sus hombres, más tratándose de una expedición como la que vamos a emprender.

-Quizá tenga usted razón -replicó el doctor-. Tal vez hubiera sido mejor que mi amigo hubiera hecho su elección de acuerdo con usted. Pero puede creer que la falta, si la hubo, fue enteramente involuntaria. Por último, dijo usted que tampoco le gusta su segundo, el señor Arrow.

-Así es, señor. Creo que es un buen marino; pero se roza demasiado familiarmente con la tripulación para ser un buen oficial. Un piloto, debe hacerse

siempre respetar y no permitirse brindar, como éste, en compañía íntima con los marineros.

-¿Quiere usted decir que el hombre bebe?

-exclamó el caballero.

-No, señor, solamente que mantiene una intimidad sobrado inconveniente con los hombres de la tripulación.

-Está bien, capitán -dijo el doctor-; pero, si hemos de zanjar dificultades, díganos usted lo que desea.

-Bien, señores; ¿están ustedes determinados a llevar a cabo esta expedición?

-Contra viento y marea -respondió el caballero.

-Muy bien -dijo el capitán- Pero ya que han tenido ustedes la paciencia de aguantar lo que han escuchado, oigan algunas palabras más. Primer punto: se está colocando la pólvora y las armas en la bodega de proa; ¿por qué no ponerlas en un lugar muy a propósito que hay aquí, precisamente debajo del salón? Segundo: ustedes traen cuatro personas de su servidumbre que, según he oído, van a tener sus dormitorios a proa, con los demás hombres, ¿por qué no darles los camarotes que hay aquí al lado de la cámara de popa?

-¿Hay algo más? -preguntó el señor Trelawney.

-Sí, hay otra exigencia -continuó el capitán- Por desgracia, ya se ha charlado y divulgado mucho sobre la expedición.

-Si, demasiado -apoyó el doctor.

-Diré a ustedes lo que yo mismo he oído -siguió el capitán-: dicen que ustedes poseen un mapa de cierta isla en el cual hay cruces rojas que marcan el lugar exacto en que ciertas riquezas están enterradas; añaden que la isla está... (y aquí nombró la longitud y latitud de ella con toda exactitud).

-Jamás he dicho tal cosa -exclamó el caballero.

-El hecho es que los hombres lo saben -replicó el capitán.

-Livesey, tal vez alguna indiscreción suya; o tal vez tú, Hawkins- exclamó el señor Trelawney.

-No logramos nada con averiguar quién ha sido el indiscreto -replicó el doctor.

Me fue fácil notar que ni el ni el capitán daban mucho, pábulo a las afirmaciones y protestas del señor Trelawney; por mi parte, pensaba como ellos, pues me constaba que el caballero era un conversador incorregible. Sin embargo, en esta ocasión, decía la verdad, según creo, ya que era exacto que nadie había revelado la posición geográfica de la isla.

-Enhorabuena, caballeros -continuó el capitán- ; yo no sé en manos de quién está ese mapa; pero pongo por condición estricta que se lo mantenga de todo punto secreto y oculto aun de mí mismo y de mi segundo, el señor Arrow, o de no ser así, renuncio a mi puesto en este mismo instante.

-Entendido -dijo el doctor-; lo que usted quiere es que el objeto real se mantenga tan velado como sea posible, y que, entretanto, convirtamos la popa en una especie de fortificación, guardada por nuestros propios hombres y provista con toda la pólvora y armas de que podamos disponer a bordo. En otras palabras, teme usted una rebelión.

-Caballero -dijo gravemente el capitán Smollet-, sin intención de lastimar a usted, permítame negarle el derecho de poner en mis labios las palabras que yo no he pronunciado. No existe capitán alguno que pudiera juzgarse autorizado para hacerse a la mar si tuviese las pruebas necesarias para decirle lo que usted me ha supuesto. Por lo que hace al piloto, lo creo de todo punto honrado; algunos de nuestros tripulantes lo son también, sin duda, y quizá lo sean todos, por lo que se ve. Pero ustedes se servirán tener en cuenta que sobre mí pesa la doble responsabilidad de la seguridad de la embarcación y de la

vida de cada hombre que nuestra goleta lleva a bordo. Me ha parecido que las cosas no iban por un camino derecho y he juzgado prudente pedir a ustedes que se tomaran ciertas precauciones: eso es cuanto tengo que decir. -Capitán Smollet -comenzó a decir el doctor con cierta sonrisa en los labios-, ¿ha oído usted hablar alguna vez de cierta fábula de la montaña y el ratón? Le pido a usted mil perdones pero la verdad es que me ha traído usted a la memoria la tal fábula. Cuando usted penetró aquí, apuesto mi peluca a que usted pensaba más de lo que confiesa.

-Doctor, es usted muy listo -respondió el capitán, cuando entré aquí pensé que se me iba a separar del buque. No me imaginé que el señor Trelawney hubiese oído una sola palabra de cuanto he dicho.

-Y no ha ido usted descaminado -exclamó el caballero- A no ser por la oportuna mediación de Livesey, yo lo hubiera enviado a usted al diantre. Pero, por ahora, ya lo he escuchado y se hará todo lo que usted desea, mas eso no me impide creer que está usted equivocado en este asunto.

-En cuanto a eso, crea usted lo que le guste -dijo el capitán- Usted verá, en todo caso, que cumplo con mi deber.

Dicho esto, saludó y salió sin agregar una sola palabra.

-Trelawney -dijo el doctor-, contra todo lo que yo me figuraba, veo que usted se ha ingeniado en traer a bordo a dos hombres honrados: el capitán Smollet y John Silver.

-Silver, si usted lo quiere -gritó el caballero- En cuanto a este intolerable desconfiado, declaro que su conducta no me parece digna de un hombre, ni de marino, ni mucho menos de inglés.

-Está bien -dijo el doctor-, ya lo veremos.

Cuando subimos sobre cubierta, ya los hombres habían comenzado a cambiar de lugar las armas y la pólvora, canturreando mientras trabajaban, en tanto que el capitán y el piloto inspeccionaban el traslado.

El nuevo orden de cosas era todo de mi gusto. El arreglo primitivo del buque había sido cambiado. Se habían hecho seis lechos-literas en el castillo de popa, tras de lo que constituía la parte posterior del salón principal, siendo accesible esta sección de camarotes, para la galera y el castillo de proa, únicamente por un estrecho pasadizo a babor. Se había dispuesto, al principio, que el capitán, el piloto, Hunter, Joyce, el doctor y el caballero ocupasen esos seis camarotes. Ahora se convino en que Re-

druth y yo tomásemos dos de ellos y que el señor Arrow y el capitán durmiesen sobre cubierta, en lo que en náutica se llama la carroza, la cual había sido ensanchada de un lado y otro hasta ponerla en estado de casi poder llamarle la toldilla. Era ésta bien baja, pero no tanto que no permitiese colgar con comodidad un par de hamacas, y aun creo que el piloto pareció muy contento con el arreglo, aunque el, quizá, no estaba muy seguro de la tripulación. Empero, esto no pasaba de simple conjetura, pues como se verá muy pronto, no tuvimos por largo tiempo el beneficio de sus opiniones.

Estábamos todos trabajando rudamente en el cambio de la pólvora y armas y en el arreglo de las literas y camarotes, cuando los últimos de los tripulantes, y John Silver con ellos, llegaron en un bote-cito costanero.

El cocinero saltó a bordo con la ligereza de un mono, y no bien hubo visto lo que estábamos haciendo, exclamó: -Hola, muchachos, ¿de qué se trata?

-Cambiando las municiones y las armas, ya lo ve usted -respondió un marinero.

-¿Por qué? ¡con mil diablos! -prorrumpió Silver-
¡Si nos entretenemos en eso, vamos a perder la marea de la mañana!

-Yo lo he mandado -dijo el capitán secamente-
Usted, amigo, bájese a su cocina, que la gente no tardará en sentir apetito.

-Conforme, voy corriendo -contestó el cocinero
y tocándose, por vía de reverencia, la frente, corrió en dirección a su galera.

-Es un buen hombre, capitán -dijo el doctor.

-Es muy posible, caballero -replicó el capitán-; en paz con ése, en paz con todos.

Urgió, en seguida, a los que estaban cambiando la pólvora, y, de repente, fijándose en mí, que estaba muy entretenido examinando el eslabón de vuelta que traíamos en el medio del navío, me gritó con aspereza: -¡Hola, tú grumete, largo de ahí! Márchate a la cocina y busca algo que hacer.

Y aunque me di prisa en obedecerle, oí todavía decirle, en voz bien alta al doctor.

-Yo no traigo favoritos en mi navío.

Puedo asegurar a ustedes que en aquellos momentos superabundaba yo las opiniones y sentimientos del señor Trelawney respecto al capitán, a quien aborrecía con todas mis fuerzas.

10. El viaje

Toda aquella noche la pasamos en gran movimiento, alistándolo todo, poniendo cada cosa en su lugar y viendo llegar, uno tras de otro, botes llenos de amigos del caballero, como el señor Blandy y otros por el estilo, que iban a desearle un buen viaje y feliz regreso. Nunca, en nuestro "Almirante Benbow", pasé una noche semejante, ni siquiera la mitad del que hacer que tuve en ésta y puede creérseme que estaba rendido de cansancio cuando un poco antes del alba el contramaestre hizo sonar su silbato, y la tripulación toda comenzó a maniobrar al cabrestante. Pero, aunque mi fatiga me doblagara, no me hubiera separado de sobre la cubierta. Todo aquello era nuevo e interesante para mí; las concisas órdenes, la penetrante nota del silbato y los marineros moviéndose hacia sus lugares al tenue resplandor de las linternas del navío.

-Y ahora, Barbacoa, suéltanos una estrofa -gritó una voz- La conocida -añadió otra voz.

-Vaya por la vieja conocida, camaradas -dijo, Silver, que estaba allí de pie, con su muleta

bajo el brazo y al punto prorrumpió en aquella horrible cantilena que me era tan conocida:

Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto,

A lo cual, la tripulación entera contestaba en coro-

Son quince, ¡oh, oh, oh!, son quince; ¡viva el ron!

Y a la tercera repetición del coro, empujó las barras del cabrestante al frente de ellos con gran brío.

En aquel momento de excitación, ese canto lúgubre me trasladó con la imaginación, de un modo especial, a mi vieja posada del "Almirante Benbow", en la cual oía de nuevo la voz del sombrío capitán sobresaliendo sobre el coro. Pronto el ancla estuvo afuera y se la dejó colgar, escurriendo junto a la proa. Pronto se izaron también las velas, que comenzaron a hincharse suavemente con la brisa, y las costas y los buques empezaron a desfilar ante mis ojos de uno y otro lado, de tal manera que, antes de que hubiera ido a buscar en el sueño una hora de descanso, ya La Española había zarpado gentilmente, emprendiendo su travesía hacia la isla del Tesoro.

No es mi deseo referir todos y cada uno de los detalles de ese viaje; básteme decir que fue en extremo próspero; que nuestra goleta dio pruebas de ser una buena y ligera embarcación; que los tripulantes eran, todos, marineros experimentados, y que el capitán entendía muy bien lo que manejaba. Pero antes de que llegásemos cerca de las costas de la Isla del Tesoro, acontecieron dos o tres cosas que es indispensable referir para la inteligencia de esta narración.

Arrow, el piloto, pronto se tornó peor de lo que el capitán había temido: no tenía la menor autoridad sobre los marineros, los cuales hacían con el lo mejor que les acomodaba. Pero no era esto lo peor, sino que uno o dos días después de nuestra partida, comenzó a presentarse sobre cubierta con los ojos inyectados, los pómulos enrojecidos, la lengua torpe y todas las señales más evidentes de la embriaguez. Una vez y otra se lo tuvo que mandar a la cala, castigado. Algunas veces se caía, rompiéndose la cara; otras se echaba el día entero en su tarimón, al lado de la toldilla. Como una reacción que durara uno o dos días, se le podía ver sobrio y listo, atender a su trabajo, por lo menos pasablemente.

Entretanto no podíamos averiguar dónde tomaba lo que bebía; éste era el misterio de nuestro buque. Nuestra vigilancia redoblada y multiplicada nada pudo; fue inútil cuanto hicimos para descubrirlo. Soltamos preguntárselo abiertamente, y entonces, una de dos: o se nos reía en las barbas si estaba borracho, o nos negaba tercamente que se embriagase si acontecía que estuviera en su juicio, protestando que no probaba nada que no fuese agua.

No solamente era inútil en su calidad de oficial del buque, y Pésimo como fuente de las malas influencias entre los hombres de la tripulación, sino que se vela muy claramente que, al paso que iba, muy pronto acabaría por matarse. Así es que nadie se sorprendió, ni se apenó mucho tampoco, cuando, en una noche muy, oscura, en que el mar parecía menos sosegado que de costumbre, el hombre aquel desapareció sin que volviésemos a verle.

-¡Hombre al agua! -dijo el capitán- Enhorabuena, señores; esto nos ahorra la molestia de tener que mandarle poner grillos.

Lo cierto es que, desaparecido el, nos encontrábamos enteramente sin piloto, y era preciso, en consecuencia, ascender a uno de los tripulantes. Job

Anderson, el contra maestre, era el más apto de los de a bordo, así fue que, aunque conservando su título primitivo, pasó a desempeñar el cargo. El señor Trelawney, que había estudiado náutica y viajaba mucho, como se recordará, tenía conocimientos que lo hacían muy útil en aquellas circunstancias, y realmente los puso en práctica, ejerciendo la vigilancia propia del piloto en los días en que el tiempo era propicio. En cuanto al timonel, Israel Hands, era un viejo y experimentado marino, cuidadoso y astuto, de quien podía uno fiarse en todo y para todo.

Era, éste el gran confidente de Silver, cuyo nombre me lleva a hablar del cocinero Barbacoa, como la tripulación lo llamaba.

A bordo de la embarcación cargaba éste su muleta, suspendiéndola al cuello por medio de un acolador, a fin de tener ambas manos libres y expeditas lo más que podía. Era digno de llamar la atención el verlo acuñar el pie de su muleta contra la abertura de alguna tablazón, y apoyándola en ella, despachar bonitamente su cocina, como podría hacerlo cualquier hombre sano en tierra. Pero todavía era más extraño verle en los días de mal tiempo atravesar la cubierta. Veíasele trasladarse de un lado a otro, ya usando su muleta, ya arrastrándola tras de sí por

medio del acollador, tan rápidamente como pudiera hacerlo un hombre que tuviera el uso de sus dos piernas. Y, sin embargo, algunos de los marineros, aquellos que ya habían hecho travesías con él, decían que daba -lástima el verle tan abatido.

-Este Barbacoa no es un hombre común -me decía una vez el timonel-. Allá en sus mocedades tuvo sus estudios y, cuando se ofrece, puede hablar como un libro. Y valiente, ¡eso sí! Un león nada es comparado con Barbacoa. Yo lo he visto despachar a cuatro enemigos de una sola vez, haciéndolos morder el polvo, y sin tener un arma en la mano.

Toda la tripulación lo respetaba, y aun puedo decir que lo obedecía. Poseía un modo muy peculiar de insinuarse al hablar a cada uno, y siempre hallaba ocasión de hacer a todos un pequeño servicio. Respecto a mí, Silver era siempre extraordinariamente amable y siempre se mostraba contento de verme aparecer en su galera, que tenía siempre limpia y brillante como un espejo: las cacerolas colgaban bruñidas y lustrosas, y su loro estaba en su reluciente jaula, en un rincón.

-Ven acá, Hawkins, ven acá -solía decirme- Ven a echar un párrafo con tu amigo John. Nadie más bien venido que tú, hijo mío. Siéntate y ven a oír lo

que pasa. Aquí tienes al capitán Flint -as! lo llamo yo a mi loro en memoria del célebre filibustero-, aquí tienes al capitán Flint, prediciéndonos el buen éxito de nuestro viaje. ¿No es verdad, capitán?

MY el perico, como si le dieran cuerda, se soltaba gritando: "¡Piezas de a ocho! ¡piezas de a ocho! ¡piezas de a ocho! ¡piezas de a ocho!" Y esto con una rapidez tal que había que maravillarse de cómo no se le acababa el aliento; y no cesaba hasta que Silver no sacudía su pañuelo sobre la jaula del animal.

-Ahora bien, Hawkins, ahí donde lo ves, ese pájaro debe tener ya lo menos doscientos años. Casi todos ellos son poco menos que eternos, y yo creo, respecto de éste, que solamente el diablo habrá visto más atrocidades y horrores que el. Figúrate que fue del capitán England, del célebre y gran pirata inglés. Ha estado en Madagascar y en Malamar, en Surinam, en Providencia y en Porto Bello. En éste asistió a la exploración y repesca de los buques cargados de plata echados a pique, y allí fue donde aprendió su refrán de piezas de a ocho, lo cual no es muy de maravillar, porque figúrate, Hawkins, que se sacaron de ellas más de trescientas cincuenta mil. Concurrió, también, al abordaje del virrey de las In-

días, cerca de Goa, y, al verle, ahora, se creería que entonces estaba recién nacido. Pero ya has olido la pólvora, ¿no es verdad, capitán?

-¡Prepárate para el zafarrancho! -gritó ruidosamente el animal.

- ¡Ah! Este animalito es una joya -añadía con tono alegre el cocinero, alargándole los trozos de azúcar que sacaba de su faltriquera.

Entonces el pájaro se pegaba a los barrotes de su jaula y comenzaba a jurar y a maldecir redondo, de una manera tan llena de maldad, que parecía increíble. Entonces, John, se veía obligado a añadir: -El que entre la brea anda, que pegarse tiene. Aquí tenemos, si no, a este inocente animalito mío, jurando como un desesperado, pero no debemos recriminárselo. Puedes creer que lo mismo juraría, es un decir, delante de monjas capuchinas y frailes descalzos.

Y John, entonces, se tocaba su melena de aquel modo solemne y peculiar que el tenía y que me confirmaba a mí en la creencia de que aquél era el mejor de los hombres.

Entretanto, el caballero y el capitán continuaban todavía sus relaciones en términos muy poco amistosos. El caballero no hacía gran misterio de sus

sentimientos, sino que menospreciaba claramente al capitán. Éste, por su parte, jamás hablaba sino cuando le dirigían la palabra, y aun en esos casos, corto, seco, y brusco, y sin una palabra inútil. Reconocía, cuando se lo llevaba a un rincón, que había estado injusto y equivocado acerca de su tripulación; que algunos de sus hombres eran tan vigorosos y aptos como el pudiera desearlos, y que todos se habían conducido, hasta allí, perfectamente bien.

Por lo que respecta a la goleta, estaba el hombre enamorado de ella, y solía decir:

-Siempre está lista para enfilarse al viento, con más docilidad y ligereza que si fuera una buena esposa complaciendo a su marido. No obstante -añadía-, todavía no estamos de vuelta en casa, y repito que no me gusta- esta expedición.

A estas últimas palabras, el caballero volvía la espalda y se ponía a recorrer la cubierta, dándose a todos los diablos, como de costumbre.

-Una palabra más de ese hombre y un día de éstos estallo - solía decir.

Tuvimos un poco de mal tiempo, lo cual sirvió para probarnos las buenas cualidades de "La Española". Todos los hombres parecían contentos, y la verdad es que hubieran pecado de exigentes si hu-

biera sido de otra manera, pues tengo para mí que jamás tripulación alguna estuvo más mimada y consentida desde que el patriarca Noé navegó en su bíblica arca. Con el menor pretexto doblábase el ron cotidiano, y el pudding de harina en días extraordinarios, Por ejemplo, si el caballero sabia que era el cumpleaños de alguno de los marineros, y nunca faltaba un barril de buenas manzanas, abierto y colocado en el combés, para que se despachara por su mano todo aquel a quien se le antojara comerlas.

-No es cosa de andar con tratamientos parecidos -decía el capitán al doctor Livesey- Al que cuervos cría, éstos le sacan los ojos: ésta es simplemente mi opinión.

Sin embargo, lo del barril de manzanas resultó cosa buena, como se verá muy pronto, pues a no haber sido por el, no nos habríamos prevenido a tiempo y habríamos todos perecido a manos de la traición y de la infamia.

He aquí lo que sucedió: hasta entonces habíamos navegado, a favor de los vientos alisios para ponernos en dirección de la isla que buscábamos. No me es permitido ser más explícito. A la sazón, bajábamos ya en sentido opuesto manteniendo una asidua y cuidadosa vigilancia día y noche. Era aquél ya el

último día, según el más largo cómputo presupuesto para el viaje, y de un momento a otro, durante esa noche, o, a más tardar, a la mañana siguiente, antes de mediodía, debíamos llegar a la vista de la Isla del Tesoro. Nuestra proa enfilaba al suroeste, y llevábamos una firme brisa de baos, con mar muy quieta. "La Española" se deslizaba con seguridad, sumergiendo en las ondas, de cuando en cuando, su bauprés y produciendo con el algo como pequeñas explosiones de espuma; todo seguía su curso natural desde las gavias hasta la quilla, y todos parecían llenos del ánimo más esforzado, ya que casi hablamos cumplido la primera etapa de nuestra aventura.

Mucho después de puesto el sol, cuando mi trabajo del día estaba concluido y ya me iba en derecha a mi camarote, acometióme el deseo de comer una manzana. Subí sobre la cubierta La vigilancia estaba toda a proa, a la espera de descubrir la isla: El timonel observaba la orza de la vela y se divertía silbando alegremente. Éste era el único ruido que se escuchaba, a excepción del rumor del mar, hendido por la proa, y que murmuraba suavemente sobre los costados de la goleta.

Me lancé hasta el fondo del gran barril de las manzanas en busca de alguna, y me encontré con

que apenas si habían quedado una o dos. Crucéme de piernas tranquilamente en aquel fondo oscuro, sin más intención que la de concluir con mi manzana; pero, ya fuese el monótono rumor del mar, ya el suave balanceo de la goleta en aquel momento, el hecho es o que dormité por unos instantes o que estuve a punto de hacerlo, cuando un hombre pesado se sentó repentinamente junto a mi escondite. El barril se estremeció cuando aquel hombre recargó su espalda, y ya iba yo a saltar afuera, cuando el recién venido comenzó a hablar. Era la voz de Silver, y no había ya oído una docena de palabras todavía cuando ya no hubiera osado asomarme ni por todo el oro del mundo. Quedéme, pues, allí, trémulo y atento, angustiado y lleno de curiosidad, porque aquellas pocas palabras bastaron para darme a entender que las vidas de todos los hombres honrados *que* iban a bordo dependían de mi serenidad.

11., Lo que oí desde el barril

-¡No! ¡yo no! -decía Silver- Flint era el capitán; yo no era más que el contramaestre, con mi pierna de palo. En el mismo abordaje perdimos, yo mi pierna

y el viejo Pew la vista. Me acuerdo que fue un cirujano recibido, con su título con muchos latines, que no sabía más que pedir el que me aserró esta pierna; pero todas sus retóricas y sus serruchos no lo libraron de que lo ahorcáramos como a un perro y lo dejáramos secándose al sol en el castillo del Crosso . ¡Esos eran los hombres de Flint, éstos, sí señor! Ése fue el resultado también de cambiar nombre a sus navíos, "Royal Fortune" y otros. Pero yo sostengo que el nombre con que han bautizado a un navío es el que debe quedársele. Así aconteció con "La Casandra", que nos trajo sanos y salvos a nuestra casa después que England se apoderó del virrey de Indias, y lo mismo con el viejo Walrus , que era el antiguo buque de Flint, que yo vi rojo de sangre de popa a proa, algunas veces, y otras repleto de oro hasta zozobrar con su peso.

-¡Ah! -exclamó otra voz, que luego conocí por la del más joven de los de la tripulación, y que expresaba la admiración más completa-. ¡Ah! ¡Flint sí que era la flor de toda esa banda!

-Davis también era todo un hombre cabal, no lo dudes -dijo Silver-, yo nunca navegué con el, sin embargo. Mi historia es ésta: primero con England, luego con Flint y, ahora, por mi cuenta.. . Yo pude

ahorrar novecientas libras durante mi servicio con England y dos mil con Flint. Ya ves tú que eso no es poco para un simple marinero. Y todo eso bien guardadito en el Banco, muy guardado, no te quepa duda. ¿Y qué se ha hecho hoy de los hombres de England? ¡No sé! ¿Y de los de Flint? En cuanto a éstos, la mayor parte están aquí, a bordo, con nosotros. Al viejo Pew, que había perdido la vista, le tocaron mil doscientas libras que vergenza da decirlo- gastó completamente en un año, como puede hacerlo un lord del Parlamento. ¿En dónde está ahora? Muerto bien muerto y bajo escotillas. Pero, dos años antes de morir ... ¿qué hizo? ¡Mil tempestades! Ladrar de hambre como un perro; pedir limosna, mendigar, robar, degollar gentes, y con todo eso morir de hambre y de miseria ... ¡voto al demonio!

-Voy creyendo, que no sirve, pues, de mucho la carrera -observó el joven catecúmeno de Silver,

-No les sirve de mucho a los manirroto y locos; por supuesto que no -replicó Silver-. Pero, en cuanto a, ti, mira; tú eres un chicuelo todavía; pero vivo como un zancudo. Yo te conocí en cuanto te puse el ojo encima, y ya ves que te hablo como a un hombre hecho.

Se comprenderá sin esfuerzo lo que sentí al oír a este viejo abominable bribón dirigiendo a otro las mismísimas palabras aduladoras que había usado para conmigo. Créaseme que si hubiera podido, con todo mi corazón lo habría anonadado a través de mi, barril. Pero el prosiguió, entre tanto, muy ajeno de que alguien lo estaba escuchando:

-Mira tú lo que sucede con los caballeros de la fortuna. Se pasan una vida dura y están siempre arriesgando el pescuezo; pero comen y beben como canónigos y abades, y cuando han llevado a cabo una buena expedición, ¡ca!, entonces ... los ves ponerse en las faltriqueras miles de libras en ves, de puñaditos de miserable? peniques. Ahora, los más de ellos lo tiran en orgías y francache las, también eso es cierto, y luego los ves volviendo al mar, en camisa, como quien dice. Pero a fe que yo no he ido por semejante vereda. ¡No, que no! Yo he puesto todo muy bien asegurado, un poquito aquí otro poco allá, y en ninguna parte mucho para no excitar sospechas inútiles y peligrosas. Ya tengo cincuenta años, fijate bien, y una vez de vuelta en esta expedición me establezco como un perezoso rentista. Ya es tiempo de ello, me parece que replicas. ¡Ah, sí! Pero puedo asegurarte que entretanto he vivido con

desahogo. Jamás me he privado de nada que me haya pedido el cuerpo; sueños largos, comidas apetitosas, y todo esto, día por día, excepto cuando viajo por el agua salada. ¿Y cómo comencé? Pues ni más ni menos que como tú ahora, de puro y simple marinero.

-Bueno -replicó el joven -; pero lo que es ahora, todo ese otro dinero es como si ya no existiera, ¿no es verdad? Porque, a buen seguro que, después de esta expedición, ¡vaya usted a dar la cara en Bristol!

-¡Bah! -contestó Silver irónicamente - ¿Pues en dónde te figuraste que ese dinero estaba?

-Pues ... en Bristol, es claro, en los Bancos y a rédito -contestó su interlocutor.

-Es verdad, allí estaba cuando levamos anclas; pero a esta hora, mi mujer..., ya tú me entiendes mi mujer lo tiene ya todo bien realizado, y todo en su poder. La taberna de "El Vigía" está ya vendida, o arrendada, o regalada, o qué sé yo. Pero, en cuanto a la muchacha, yo te aseguro que ya ella ha salido de Bristol para reunirseme. Yo te diría de muy buena gana en dónde va a esperarme; pero esto haría que nacieran celos entre tus compañeros por mi preferencia, y no quiero celos aquí.

-¿Y tiene usted plena confianza en su ... mujer, como usted la llama? -preguntó el catecúmeno.

-Los caballeros de la fortuna -replicó el cocinero-, generalmente, somos poco confiados entre nosotros mismos, y a fe que, puedes creerlo, no nos falta razón para ello. Pero yo tengo unos modos míos muy particulares; de veras que sí. Cuando un camarada es capaz de tenderme una celada ... quiero decir, uno que me conoce, ya puede estar seguro de que no le será posible vivir en el mismo mundo que el viejo John. Había algunos que le tenían miedo a Pew; otros que se aterrorizaban de Flint; pero yo te digo que el mismo Flint no las tenía todas consigo tratándose de mí, con ser quien era. Sí, me tenía miedo, y eso que estaba orgulloso de mí, vamos al decir. Nunca ha habido sobre los mares una tripulación más escabrosa que la de Flint, al extremo de que el mismo diablo hubiera temido ir con ella a bordo. Pues, sin embargo, tú me ves, no soy ningún finchado ni ningún fanfarrón, Y sé hacer la campaña con todos mis camaradas con tanta llaneza como si no fuera quien soy. Pero,. cuando era yo contra-maestre.... ¡ah, diablo!, entonces sí que no podía decirse de ninguno de nuestra camada de viejos filibusteros que fuese un corderito. ¡Ah! yo sé lo que

te digo: puedes estar seguro de ti mismo en este navío del viejo John.

-Está bien -replicó el mancebo-; ahora le diré a usted que cuando vine aquí no me gustaba el proyecto ni tanto así; pero ahora ya que hemos tenido esta explicación, John, ya sabe usted que cuentan conmigo suceda lo que suceda.

-Mucho me alegro, porque tú eres un muchacho de provecho -contestó Silver sacudiendo la mano de su converso de la manera más cordial- Puedes creer que no he visto en mi vida una apariencia mejor que la tuya para ser uno de los caballeros de la fortuna.

Al llegar aquí, yo ya había comenzado a comprender que por caballeros de la fortuna entendían aquellos hombres ni más ni menos que piratas comunes y corrientes, y que aquella pequeña escena que yo había oído era nada más que el último acto en la corrupción de uno de los hombres honrados que iban a bordo, tal vez ya el último de ellos. No obstante, pronto debía recibir algún consuelo sobre este particular, como se verá luego; Silver, en aquel momento, dejó oír un ligero silbido, y un tercer personaje apareció muy pronto y vino a reunirse a aquel conciliábulo.

-Dick es hombre de pelo en pecho -dijo Silver al recién venido.

¡Oh! eso ya me lo sabía yo -replicó una voz que reconocí por la del timonel, Israel Hands-. Este Dick no tiene un pelo de tonto. Pero vamos allá -prosiguió-, lo que yo quiero saber es esto, Barba-coa: ¿tanto tiempo nos vamos todavía a quedar afuera, en esta especie de maldito bote vivandero? Digo esto porque ya tengo bastante del capitán Smollet, ¡con mil diablos!; ya bastante me ha aburrido, y quiero poder instalarme en su cámara; quiero sus pickles, quiero sus vinos, quiero todo eso.

- Israel -le replicó Silver-, tú has tenido ahora y siempre la cabeza llena de humo. Pero creo que te podrá entrar la razón, ¿no es esto? Abre, pues, las orejas, que bien grandes las tienes, para oír lo que te voy a decir: seguirás durmiendo a proa, y seguirás pasándola penosamente, y seguirás hablando con suavidad, y seguirás bebiendo con la mayor medida hasta que yo de la voz, y entretanto te conformarás con eso.

-Está bien, no digo que no -gruñó el timonel- Lo único que digo es esto: ¿cuándo? ¡Eso es todo!

-¿Cuándo? ¡Mil tempestades! -exclamó Silver- Conque cuándo, ¿eh?; pues mira, puesto que lo quie-

res voy a decirte cuándo. Hasta el último momento que me sea posible: ¡entonces! aquí traemos a un excelente marino, a este capitán Smollet, que viene dirigiendo en provecho nuestro el bendito buque. Aquí traemos, igualmente, a ese caballero y a ese doctor con su mapa y demás cosas que nos interesan y que ni yo ni ustedes sabemos en dónde diablos las guardan. En hora buena; entonces tenemos que aguardar a que este caballero y este doctor encuentren la hucha y no» ayuden hasta ponerla a bordo del buque, ¡con cien mil diantres, Entonces veremos. Si yo estuviera completamente seguro de ustedes, hijos del demonio, dejaría al capitán Smollet que nos condujera de vuelta hasta medio camino, antes de dar el golpe definitivo.

-Este asunto no me parece tan dudoso. ¿Acaso no somos marinos todos los que estamos aquí a bordo? Yo creo que sí -dijo el muchacho Dick.

-Quieres decir que entendemos la maniobra, ¿no es verdad? -prorrumpió Silver-. Nosotros podemos seguir una dirección dada; ¿pero quién puede dárnosla? He aquí en lo que se dividen todas las opiniones de ustedes, desde el primero hasta el último. En cuanto a mí, si yo pudiera obrar conforme a mi solo deseo dejaría al capitán. Smollet que nos lleva-

ra hasta la última hora en nuestro regreso para no exponernos a cálculos erróneos y a andar luego a ración de agua por esos mares del diablo. Pero Yo sé muy bien qué casta de bichos son ustedes, y- no hay remedio, acabaré con ellos en la isla, tan luego como nos hayan ayudado a poner la hucha a bordo, lo . cual es una lástima. ¡ Que reviente yo. en hora mala, si no es cosa que me gusta el navegar con zopencos como ustedes!

-Eso sí que es hablar por hablar -exclamó Israel- ¿Quién te da motivo para enojarte, John?

-¡Hablar por hablar! -replicó exaltado Silver- ¿Pues cuántos navíos de alto bordo te figuras que he visto al abordaje, y cuántos vigorosos muchachos secándose al sol en la plaza de los Ajusticiados, y todo esto. solamente por esta maldita prisa? ¿Me oyes bien? Pues. mira; yo he visto una que otra cosa en el mar, puedes creerlo, y te digo que si ustedes se limitaran a poner sus velas siguiendo al viento que sopla, llegarían sin duda, un día al punto de poseer carrozas, ¡por supuesto! ¡Ah!, ¡pero no será así! Los conozco muy bien a ustedes. Comenzarán por andar de taberna en taberna, ahítos de ron, y mañana u otro día ya irán por sus pasos contados a hacerse ahorcar. -Todos sabíamos bien que tú has sido

siempre una especie de abad, John. Pero hay otros que han podido maniobrar y gobernar tan bien como tú -dijo Israel-. Y, sin embargo, a ellos les gustaba un poco el jaleo y la diversión. Ellos no eran tan entonados, ni severos, tomando su parte como camaradas alegres y de buen humor.

-Es verdad- dijo Silver-, es muy cierto. Sólo que, ¿en dónde están éstos ahora? Pew era de ese Jaez, y ha muerto mendigando, Flint era también así y murió borracho en Savannah. ¡Oh eran muy alegres y muy divertidos, sí, señor; pero, lo repito, ¿en dónde esta ahora?

Yo pude apenas recoger dos o tres frases; pero en ellas supe, sin embargo, algo interesante, pues además de otras palabras que tendían a confirmarlo, esto llegó muy distintamente a mis oídos.

-Ninguno de ellos quiere ya entrar en el negocio.

Era claro, por lo tanto, que todavía quedaban hombres leales a bordo.

En aquel punto cierta claridad cayó sobre mí, adentro del barril; alcé la vista y me encontré con que la luna acababa de aparecer en el cielo, plateaba la gavia de mesana y comunicaba un tinte blanquecino a la palma del trinquete. Casi en el mismo ins-

tante la voz del vigía se alzó gritando: -¡Tierra! ¡Tierra!

12. Consejo de guerra

Pasos precipitados sonaron por dondequiera, al grito de ¡tierra!, apresurándose tanto mis amigos de la cámara de popa como las gentes de la tripulación a subir sobre cubierta. Yo salté rápidamente afuera del barril; me deslicé, cubriéndome con la vela del trinquete, di la vuelta hacia el alcázar de popa y volví a aparecer sobre cubierta a tiempo para reunirnos a proa.

Todo el mundo estaba ya congregado allí. Una cinta de niebla se había alzado casi al tiempo en que aparecía la luna. Allá a lo lejos, hacia el sudoeste, divisábamos dos montañas no muy altas, como a unas dos millas de distancia, y por encima de una de ellas aparecía una tercera mucho más alta que las otras y cuya cumbre se miraba envuelta entre las gasas de la niebla. Las tres parecían de figura aguda y cónica.

Esto fue a lo menos, lo que yo creí ver, puesto que aún no me había repuesto de mis terrores de

hacía pocos minutos. En seguida oí la voz del capitán Smollet dando órdenes. "La Española" fue puesta uno o dos puntos más cerca de la dirección del viento, y comenzó a enderezar el rumbo de manera que enfilase la costa oriental de la isla.

-Y ahora, muchachos -dijo el capitán, cuando la maniobra estuvo ejecutada, ¿alguno de ustedes ha visto esa tierra antes de ahora?

-Yo -dijo Silver- Siendo cocinero de un buque mercante, anclamos aquí para proveernos de agua.

-El fondeadero está al sur, tras un islote, ¿no es cierto? -preguntó el capitán.

-Sí, señor, el islote del Esqueleto, que se llama. Este lugar cuales llaman, con nombres marinos, el Trinquete, el Mayor y el Mesana. Pero el principal es el más grande, que tiene el pico sumido en la nube. Lo llaman también el cerro del Vigía, a causa de la vigilancia que desde su cima mantenían esos hombres, mientras sus embarcaciones permanecían al ancla, para la limpieza, porque aquí es donde ellos llevaban a cabo esa operación.

-Aquí tengo un mapa -dijo el capitán Smollet;- vea si éste es el lugar que usted dice.

En los ojos de Silver pasó algo como un relámpago de alegría feroz al tomar la carta que le alargaba

ba el capitán. Pero en el mismo instante en que sus ojos cayeron sobre el papel, su esperanza de un segundo sufrió una terrible decepción. Aquél no era el mapa encontrado en la maleta de Billy Bones, sino una copia cuidadosa en todos sus detalles, nombres, alturas y sondajes, con la sola excepción de las cruces rojas y de las notas manuscritas. Sin embargo, por profunda que fuese la contrariedad de Silver, tuvo la necesaria presencia de ánimo para dominarse y aparecer sereno.

-Sí, señor -contestó-; éste es el lugar, según entiendo, y muy bien trazado, ciertamente. ¿Quién habrá sido el autor de esta carta? Los piratas eran demasiado ignorantes, a lo que creo, para poder dibujar esto. ¡Ah!, ¡vamos!, aquí está marcado: Ancladero del capitán; precisamente éste es el nombre que le dio mi patrón. Allí existe una fuerte corriente a lo largo de la costa sur, y luego sube en dirección norte, a lo largo de la costa occidental. Tenía usted razón -prosiguió- en ceñir el viento y poner la proa hacia la isla, por lo menos si su intención era la de entrar a carenar allí, porque la verdad es que en todas estas aguas no hay lugar más a propósito que éste.

-Gracias, mi amigo -dijo el capitán Smollet- Luego pediré a usted algunos otros informes. Puede retirarse.

El capitán Smollet, el caballero y el doctor Livesey se quedaron conversando junto al alcázar de proa. A pesar de mi impaciencia por contarles lo que la casualidad me habla hecho oír, no me atreví a interrumpirlos abiertamente. Entretanto, y cuando más absorto estaba yo en mis pensamientos para encontrar alguna excusa probable, el doctor Livesey me llamó. Hablasele olvidado su pipa en la cámara, y, como era un verdadero esclavo del tabaco, me iba a indicar que bajara a traérsela, pero en cuanto estuve bastante cerca para que me oyese el sólo, le dije rápidamente: -Doctor, permítame usted que le hable. Llévase consigo al capitán y al caballero inmediatamente abajo, a la cámara, y, con cualquier pretexto, manden ustedes por mí. Tengo nuevas terribles.

El doctor pareció por un instante desconcertarse; pero, en el acto fue otra vez dueño de sí mismo.

-Gracias, Jim dijo en voz bien alta-; eso es todo lo que quería saber.

Fingía con esto, haberme hecho alguna pregunta, a la que yo hubiese respondido.

En seguida giró sobre sí mismo y se volvió a reunir al grupo. Hablaron los tres algunos instantes, y aun cuando ninguno de ellos dio muestras de sobresalto ni levantó la voz, me pareció evidente que el doctor Livesey les acababa de comunicar mi súplica, porque lo primero que llegó a mis oídos fue que el capitán daba órdenes a John Anderson y el silbato sonó luego llamando sobre cubierta a toda la tripulación.

-Muchachos- dijo el capitán cuando todos estuvieron reunidos-; tengo dos palabras que decir a ustedes. Esa tierra que acabamos de ver es el lugar de nuestro destino. El patrón de este buque, hombre muy liberal y generoso, según todos lo sabemos por experiencia, acaba de hacerme dos preguntas que yo he podido contestar diciéndole que cada marinero de esta goleta ha cumplido con su deber, desde el tope hasta la cala, de tal manera, que nada mejor pudiera pedirse. Por tal motivo, el, el doctor y yo, vamos a la cámara a beber a la salud y buena suerte de todos ustedes, mientras que a ustedes se les servirá un buen grog para que brinden, por nosotros. Yo les daré a ustedes mi opinión sobre esto: yo lo encuentro magnífico. Si ustedes son de mi pa-

recer, les propondré, pues, que envíen un buen aplauso al caballero que así se porta.

El aplauso se dejó oír, esto era claro; pero estalló tan compacto y tan cordial, que confieso que me fue difícil convencerme de que aquellos mismos que lo daban estaban arreglando tramas infernales contra nuestras vidas.

-¡Un aplauso más por el capitán Smollet! -gritó Silver cuando el último hubo cesado.

Lo mismo que el anterior, este segundo aplauso parecía enteramente sincero y voluntario.

Apenas pasado esto, los tres caballeros bajaron a la cámara, y no pasó mucho rato sin que enviasen un recado diciendo que se necesitaba a Jim Hawkins en el salón.

Encontréles en torno de la mesa, con una botella de vino es. pañol y algunas uvas delante de ellos; el doctor, fumando fuertemente y con la peluca puesta sobre sus rodillas, lo cual me constaba que era un signo de agitación en él. La ventanilla de popa estaba abierta porque la noche era bastante cálida, y podía verse perfectamente desde dentro el resplandor de la luna centelleando sobre la estela de nuestro buque.

-Ahora bien, Hawkins -díjome el caballero-, parece que tienes algo que decirme: habla.

Hícelo como se me mandaba y, sin alargarme demasiado, conté todos los detalles de la conversación de Silver. Ninguno trató de hacer la más pequeña interrupción hasta que lo hube dicho todo, ninguno, tampoco, hizo movimiento de ninguna especie, sino que todos mantuvieron sus ojos clavados en mi semblante desde el principio hasta el fin de la narración.

-Siéntate, Jim -dijo el doctor.

-Ahora, capitán -dijo el caballero-, es ya tiempo de proclamar que usted estaba en lo justo y yo estaba equivocado. Me declaro sencillamente un borrico y espero las órdenes de usted.

-Nadie más borrico que yo -replicó el capitán-. Yo no he visto jamás tripulación alguna tramando una rebelión que no deje escapar imperceptiblemente algunos signos de su descontento, de manera que todo hombre que no es ciego puede ver el peligro y tomar las medidas necesarias para evitarlo. Pero confieso que esta tripulación derrota toda mi experiencia.

-Capitán -dijo el doctor-, con su permiso diré que ésta es obra de Silver y que éste es un hombre notable.

-Me parece que más notable aparecería colgado en un pañol de las vergas -replicó el capitán- Pero esto no es más que charla que no conduce a nada. He fijado mi atención en tres o cuatro puntos, y con permiso del señor Trelawney voy a exponerlos.

-Caballero -dijo el señor Trelawney en un tono solemne-, Usted es el capitán, y a usted es a quien toca hablar.

-Primer punto -comenzó el capitán Smollet-: tenemos que seguir adelante porque ya es imposible retroceder. Si esto último se intentara, la rebelión estallarí­a inmediatamente. Segundo punto: tenemos a nuestra disposición tiempo hasta que se encuentre ese Tesoro. Tercer punto: todavía nos quedan hombres leales a bordo. Ahora bien, señores, es una cosa que no tiene remedio el que tarde o temprano debamos entrar en hostilidades. Hay que tomar, pues, la ocasión cuando nos presente sus cabellos, es decir, propongo que seamos nosotros los que rompamos el fuego, el día más a propósito, y cuando ellos menos lo esperen. Me parece, señor Trelaw-

wney, que podemos fiar en los criados de su casa, ¿no es verdad?

-Tanto como en mí mismo -declaró el caballero.

-Tres -dijo el capitán-, y con nosotros cuatro, somos ya siete, incluyendo a Hawkins. ¿Y cuántos serán los hombres leales?

-Probablemente -replicó el doctor-, han de ser los contratados personalmente por Trelawney antes de que se hubiera echado en brazos de Silver.

-No, por cierto -replicó el caballero- Hands es uno de esos hombres.

-Yo hubiera creído que podríamos tener fe ciega en este último -dijo el capitán.

-¡Y pensar que todos ellos son iguales! -prorrumpió el caballero- ¡Señores, crean ustedes que ganas me vienen de hacer volar este buque!

-Pues bien, señores -agregó el capitán-, lo mejor que yo puedo decir ahora es bien poco. Debemos tenernos por advertidos y mantener la más exacta vigilancia. Esto es desagradable para un hombre, yo lo sé. Preferiría, por lo mismo, que se rompieran las hostilidades ahora mismo; pero no tendremos ayuda suficiente hasta que sepamos cuáles son nuestros hombres. Estémonos quietos y esperemos la oportunidad: ése es mi parecer.

-Este Jim -dijo el doctor- puede sernos más útil que todo lo demás que hagamos. El enemigo no tiene ninguna mala voluntad respecto de él, y yo sé que él es un chico muy observador.

-Hawkins -añadió el caballero-, en ti pongo fe ciega y completa.

Al oír esto no dejaba de comenzar a sentirme punto menos que desesperado, porque me consideraba enteramente sin apoyo. Y, sin embargo, por un extraño encadenamiento de circunstancias, no fue sino por mi conducto por el que todos nos salvamos. Entretanto, por más vueltas que se le diera al asunto, el hecho es que de veintiséis hombres de a bordo, no había sino siete con los que se pudiera contar, y todavía de esos siete uno no era más que un niño; de suerte que, en realidad, los hombres que teníamos de nuestro lado eran seis, para diecinueve de nuestros enemigos.

PARTE TERCERA
MI AVENTURA EN LA COSTA

13. Cómo empezó la aventura

Cuando subí sobre cubierta, a la mañana siguiente, el aspecto de la isla había cambiado grandemente. Aun cuando la brisa de la víspera había cesado, el camino hecho durante la noche era muy considerable, y a la sazón nos encontrábamos detenidos como a una media milla al sudeste de la costa baja oriental. Bosques de un color pardo cubrían una gran parte de aquella tierra. Sin embargo, ese tinte se interrumpía aquí y acullá por listas amarillentas de arena, en los terrenos más bajos, y por algunos árboles más elevados de la familia de los

pinos, que se alzaban por entre las copas de los otros, algunos de ellos aislados y dispersos, otros reunidos; por el aspecto y el colorido general la Isla era triste y uniforme. Los cerros se alzaban libremente por encima de la vegetación, en espirales de desnudas rocas. Todos eran de extraña configuración, y el de "El Vigía", que sobrepasaba en trescientos o cuatrocientos pies a la eminencia próxima a él en elevación, era, probablemente, el de aspecto más raro, alzándose casi derecho por todos lados, y apareciendo después cortado repentinamente en la cima, como un pedestal listo para recibir una estatua.

"La Española" vaciaba a torrentes sus imbornales en la agitada superficie de un mar de leva. Los botalones chocaban con los motones, el timón golpeaba de un lado a otro y todo el navío rechinaba y parecía que gemía y temblaba como una gran fábrica en operación. Yo me vela obligado a asirme a los brandales de los masteleros con todas mis fuerzas y sentía que el mundo entero daba vueltas vertiginosamente en torno de mi cabeza, porque aunque yo era un marino bastante regular, cuando el buque iba en marcha, aquella movible inmovilidad (permítaseme la frase), aquel balanceo desesperante sin salir

de un punto y aquel verme rodando de aquí para allá como una botella suelta, fueron cosas que jamás afronté sin sentirme desfallecido, sobre todo a la mañana y cuando el estómago estaba completamente vacío.

Quizá fue por esto; tal vez fue por el aspecto de la Isla con sus cenicientos y melancólicos bosques, con sus salvajes espirales de rocas y con su marejada, que podíamos ver y oír quebrándose tronante y espumosa, en la escarpada costa; el hecho es que, aunque el sol brillaba claro y ardiente y los pájaros costaneros pescaban y gritaban alegremente en torno nuestro, y aun, cuando era de creerse que después de tantos días de no verse m, que a y cielo todos deberían sentirse contentos de saltar a tierra, mi, valor y mi sangre, como dice el adagio, se habían bajado los talones, y desde el primer Instante en que mis ojos la ve aquella esperada Isla del Tesoro me inspiraba al más profundo cordial aborrecimiento.

Tuvimos que afrontar aquella mañana, de todas maneras, trabajo ímprobo y pesado. No había la menor traza de viento, hubo necesidad, en consecuencia, de echar los botes al agua y ponerlos al remo para remolcar la goleta en una extensión de tres o cuatro millas, rodeando la Isla hasta penetrar por

el estrecho paso que nos condujo a la rada o abrigo que se abre tras el islote del Esqueleto. Yo me ofrecí espontáneamente Para uno de botes, en el cual, como es de suponerse, nada tenía que hacer. calor era sofocante y los hombres al remo gruñían abiertamente a causa de su tarea. Anderson tenía el mando del bote en que iba, y en lugar. de conservar a su tripulación en orden, 61 mismo tan alto y tan groseramente cómo el que más.

-Pero no hay cuidado -dijo en una blasfemia-; al fin esto no es para siempre.

Parecióme este un malísimo signo, porque lo cierto es que hasta aquel día nuestros hombres habían desempeñado sus tareas voluntaria y vigorosamente; pero la sola vista de la isla había bastado para relajar las cuerdas de la disciplina.

Durante toda esta travesía, Silver se estuvo junto al timonel y dirigió, en realidad, el chinchorro. Él conocía el paso como la palma de su mano, y así es que, aun cuando el hombre que estaba maniobrando a las cadenas encontró por todas partes más agua de la que marcaban los sondajes del mapa, John no vaciló ni un solo momento.

-Hay siempre un grande arrastre con el reflujo -dijo el-, y este paso parece haber sido ahondado con un azadón.

Llegamos, por fin, al punto preciso marcado en el mapa como ancladero, como a un tercio de milla de las costas, de la isla principal por un lado, y del islote del Esqueleto por otro. El fondo era arena pura. Cuando nuestra ancla se sumergió, se levantó una verdadera nube de aves acuáticas revoloteando y chillando sobre nuestras cabezas, lo mismo que sobre los árboles; pero un minuto después todo había quedado de nuevo en el más completo silencio.

Nuestro fondeadero estaba enteramente rodeado de tierra, sepultado en medio de bosques por todos lados, cuyos árboles bajaban hasta la marea más alta de la pleamar; las playas eran casi llanas, y allá, en una especie de anfiteatro distante, se divisaban las cimas de las montañas, una aquí, otra más allá. Dos riachuelos, o más bien dos pantanos, desaguaban en aquel que muy bien pudiéramos llamar estanque.

Desde a bordo no alcanzábamos a ver nada de la casa o estacada que había allí, porque estaba demasiado oculta entre la espesura de los árboles, y de no haber sido por la carta que nos acompañaba, hubiéramos podido creer muy bien que nosotros éramos

los primeros que arrojábamos el ancla en aquel sitio desde que la isla brotó del fondo de las aguas.

No soplaban ni la más pequeña ráfaga de viento, ni se oía más sonido que el de la resaca tronando a media milla de distancia sobre las playas, contra las abruptas peñas de las costas. Sentíase un olor peculiar y desagradable en donde estábamos anclados, olor como de hojas y troncos de árboles en putrefacción. Yo observé que el doctor absorbía aire y hacía muecas con la nariz.

-No aseguro que haya o no tesoros aquí -dijo-, pero en cuanto a fiebres, apuesto mi peluca a que es un semillero de ellas.

- Entretanto, si la conducta de los marineros era alarmante en el bote, se hizo ya realmente amenazadora cuando volvieron a bordo de la goleta. Estaban agrupados sobre cubierta y refunfuñando en medio de la conversación. La orden más insignificante era recibida con miradas torvas y murmuraciones entre dientes y no se la obedecía sino con verdadera negligencia. Es posible que aun los no contaminados en el *motín* se hubieran ya contagiado con la relajación de la disciplina, porque lo cierto es que no había a bordo hombre alguno a propósito para corregir a otro. La rebelión -esto era palpable- estaba

ya suspensa sobre nuestras cabezas como una tempestad próxima a desencadenarse.

Y no sólo los pasajeros de cámara éramos los que comprendíamos el peligro, John Silver trabajaba infatigablemente yendo de grupo en grupo, distribuyendo consejos a todos y siendo un modelo verdadero con su ejemplo de sumisión y dulzura. Nada podía igualarse en aquellos momentos a su comedimiento y, cortesía; era una perenne sonrisa la que había en sus labios para todos y cada uno de nosotros. Si se le mandaba algo, al punto saltaba, sobre su muleta, clamando con el tono más complaciente del mundo- "¡Corriendo, corriendo, señor!". Y cuando no había nada especial que hacer, él cantaba una canción tras de otra, como si tratara de ocultar con ellas el descontento de los demás.

De todos los detalles sombríos de aquella tenebrosa tarde, esa, notorio ansiedad de John Silver se me figuraba el peor de todos. Celebramos consejo otra vez en el gabinete de popa.

-Señores-dijo el Capitán-, si aventuro la más insignificante orden, la tripulación entera se *nos* viene encima. Aquí tienen ustedes lo que pasa: se me da una respuesta áspera, ¿no es esto? Pues bien, si replico en un tono más alto, las cuchillas, saldrían lue-

go a relucir a mandobles. Si no hago esto, si me callo, Silver..., notará al punto que hay algo por debajo de nuestro silencio, entonces el juego queda descubierto. Ahora bien: no hay más que un hombre en quien podamos fiar en la situación actual.

-Y quién es el? -preguntó el caballero.

-Silver -replicó el capitán-. ti está tan deseoso como ustedes y como yo de poner las cosas en su lugar. Pronto hablara, a tus hombres pata calmarlos, si se le presenta la ocasión.

- Lo que yo propongo, en consecuencia,es darle la oportu

- Vamos a dejar que pasen una tarde en tierra.

- Si se van todos, está bien, nosotros peharemos encastillados en nuestro barco.

- Si ninguno quiere bajar, entonces nos, mantenernos en nuestra cámara de popa y Dios ayude la buena cal. Si algunos se van acuérdense ustedes de lo que les digo- Silver los volverá a bordo, más mangos que unos corderos.

Así se acordó. Al mismo tiempo que se proveyó a todos los hombres de confianza de pistolas cargadas, Hunter, Joyce y Redruth fueron puestos en antecedentes de lo que pasaba y, por fortuna recibieron la confidencia con menos sorpresa y más

valor del que nos habíamos figurado con lo cual el capitán fue sobre cubierta y arengó a la tripulación.

-Muchachos -les dijo-, hemos tenido un día sofocante todos estamos cansados y sin aliento de nada. Yo creo, sin embargo, que un paseo por la playa no le hará mal a ninguno; los botes están todavía a flote. Pueden ustedes tomar los esquifes y, todos los que gusten, ir a tierra por el resto de la tarde. Yo cuidaré de disparar un cañonazo media hora antes de la puesta del sol.

Yo supongo que aquellos malvados debieron figurarse que todo era desembarcar y caer, sin más ni más, sobre el tesoro, porque en un instante todos ellos echaron instantáneamente el mal humor a paseo y prorrumpieron en un aplauso y en un hurra espontáneo, tan estruendoso, que despertó los ecos dormidos de una de las montañas distantes y produjo un nuevo levantamiento de aves que revolotearon y chillaron en número infinito en torno.

El capitán era demasiado vivo para saber lo que convenía en aquellos críticos momentos, así es que sin aguardar respuesta alguna, se eclipsó como por encanto, dejando a Silver el cuidado de arreglar la partida, en lo cual creo que obró perfectísimamente. Si se hubiera quedado un momento más sobre cu-

bierta, le hubiera sido imposible prolongar por más tiempo su pretendida ignorancia de lo que sucedía., Esto era ya claro como la luz meridiana. Silver era el capitán y disponía de una imponente tripulación de rebeldes. Los hombres aún no corrompidos (y pronto iba yo a ver la prueba de que los había a bordo), debían ser unos hombres de muy poco talento. O por lo menos, supongo que la verdad era que todos estaban dispuestos por el ejemplo de los cabecillas, sólo que unos lo estaban más que otros, y que algunos de ellos, siendo en el fondo buenos sujetos, no podían ser ni convencidos ni arrastrados o ir más allá que el simple disgusto. Una cosa es sentirse con laxitud y mal humor, y otra muy diferente el pensar en apoderarse de un navío asesinando a un buen número de personas inocentes.

Por fin, la partida quedó organizada. Seis de ellos se quedaron a bordo, y los trece restantes, incluyendo a Silver, comenzaron a embarcarse.

Fue entonces, cuando se me ocurrió la primera de las insensatas ideas que contribuyeron a salvar nuestras vidas. Si Silver dejaba a seis de sus hombres, era claro que nuestro grupo -no podía montarse en la goleta, en pie de guerra, cómo una fortaleza; y no siendo los de la dicha reserva más

que seis, era también Indudable que el bando de popa no necesitaba, por el momento, de ninguna ayuda. Ocurrióseme, pues, instantáneamente, el Ir a tierra. En un abrir y cerrar de ojos me deslicé sobre la balaustrada, y dejándome correr por una de las escotas de proa, caí dentro de uno de los botes en el instante en que se ponía en movimiento.

Ninguno notó mi. presencia; sólo el remero de proa me dijo:

-¡Ah!, ¿eres tú, Jim? Baja bien la cabeza.

Pero Silver, desde el otro bote, comenzó a lanzar miradas penetrantes e Investigadoras para tratar de averiguar si era yo el que iba allí. Desde ese mismo instante comencé a arrepentirme de lo que habla hecho.

Los dos grupos de marineros se divertían remando a cuál mas fuerte, en una especie de carreras de apuesta, a cuál de los botes llegaba primero a la playa. Mas como el bote que me había cabido en suerte ocupar había -recibido mayor empuje, estaba más ligero e iba mucho mejor remado, muy pronto dejó muy atrás a su competidor. La proa ya había atracado en medio de los arbustos de la playa; ya me había yo asido de una rama, lanzándome hacia afuera y emboscándome en el matorral más próximo,

cuando Silver y los suyos estaban todavía a unas cien yardas detrás.

-¡Jim, Jim! - le oí que me gritaba.

Pero ya se supondrá que no hice maldito el caso de sus gritos. Brincando, agazapándome, rompiendo breñas, corrí y corrí por el terreno que se me presentaba delante, al acaso, desafortadamente, hasta que materialmente ya no pude más.

14. El primer golpe

Me sentía yo tan satisfecho de haber dejado a Silver con un palmo de narices, que ya comenzaba a recrearme y a pasear mis ojos ávidamente por la extraña tierra en que me encontraba.

Había cruzado ya un trecho cenagoso, lleno de sauces, juncos, feos y lodosos arbustos de vegetación más acuática que de tierra, y acababa de llegar a las faldas de un terreno abierto, ondulado y arenoso, como de una milla de largo, dotado con uno que otro pino y algún número de árboles tortuosos, no muy diferentes del roble en su configuración, pero de hojas pálidas como las del sauce. En el término abierto de aquel terreno se alzaba uno de los cerros,

con dos picos ¡extraños, fragosos y escarpados que reverberaban vívidamente al sol.

Por primera vez en mi vida sentía el gozo y la emoción del explorador. La isla estaba deshabitada. Mis camaradas quedaban a mi espalda, y nada viviente tenía ante mis ojos, si no eran animales de tierra y aire, mudos para mí. Aquí y acullá, se alzaban algunas plantas en flor que me eran totalmente desconocidas; más allá veía culebras, una de las cuales alzó la cabeza sobre su nido de piedra, miróme y lanzó una especie de silbido muy parecido al zumbar de una peonza. Bien ajeno estaba yo de que aquel enemigo llevaba la muerte consigo y que su silbato no era otra cosa que el famoso cascabel.

Llegué, en seguida, a un espeso grupo de aquellos árboles a manera de robles, cuyo nombre, según lo supe después, era el de árbol de la vida, que crecían bajos, entre la arena, como zarzas, con sus brazos curiosamente trenzados y con sus hojas compactas como una pasta artificial. El monte se alargaba hacia abajo desde la cima de una de las lomas arenosas, desplegándose y creciendo en elevación conforme bajaba, hasta llegar a la margen del ancho y juncoso pantano, a través del cual desaguaba, en el fondeadero, el más pequeño de los riachuelos que morían

en el. El marjal vaporizaba bajo los rayos de un sol tropical, y la silueta de "El Vigía" palpitaba con las ondulaciones de la bruma solar.

De repente comenzó a notarse cierto bullicio entre el juncal de la ciénaga: un pato silvestre se levantó gritando; otro le siguió, y muy pronto se vio sobre toda la superficie del marjal una nube verdadera de pájaros revoloteando, gritando y revolviéndose en el aire. Desde luego supuse que alguno de mis compañeros de navegación debía de andar cerca de los bordes del pantano, y no me engañé en mi suposición, pues muy pronto llegaron hasta mí los rumores débiles y lejanos de una voz humana que, mientras más escuchaba, más distinta y más próxima llegaba a mis oídos.

Esto me infundió un miedo terrible, y ya no pude más que agazaparme bajo la espesura del más cercano grupo de árboles de la vida que se me presentó, y acurrucarme allí, volviéndome todo oídos, y mudo como una carpa.

Otra nueva voz se dejó oír contestando a la primera y luego ésta, que conocí luego ser la de Silver, se alzó de nuevo y se des. ató en una verdadera avalancha de palabras que duró por largo tiempo, interrumpida de vez en cuando por una que otra

frase de la otra voz. A juzgar por las entonaciones, debían estar hablando acaloradamente, tal vez con ira; pero ninguna palabra llegó distintamente a mis oídos.

Al fin los interlocutores hicieron, al parecer, una pausa, y supuse yo que se habían sentado, porque no sólo sus voces cesaron de aproximarse, sino que los pájaros empezaron ya a aquietarse y la mayor parte de ellos a volver a sus nidos en el pantano.

Comencé a temer que estaba yo faltando a las obligaciones que voluntariamente me había impuesto, por el solo hecho de haber venido a tierra con aquellos perdidos, y a decirme que lo menos que podía hacer era. escuchar sus conciliábulos, acercándome a ellos tanto como me fuese posible, a favor de los espesos zarzales y de los árboles echados por tierra.

Me era fácil fijar la dirección de los dos interlocutores, no sólo por el sonido de sus voces, sino también por el cálculo que me permitían hacer los pocos pájaros que todavía revoloteaban alarmados sobre las cabezas de los intrusos.

Marché agazapado, en cuatro pies, y muy calladito; pero muy en derechura hacia ellos, hasta que, por último, alzando un poco la cabeza a la altura de

un pequeño claro entre el ramaje, pude ver distintamente, en el borde de una pequeña hondonada cubierta de verduras, cerca del pantano y respaldada por los árboles, a John Silver y a otro de los de la tripulación, conversando frente a frente. El sol caía de lleno sobre ambos. Silver había arrojado a un lado su sombrero, sobre el césped, y toda su enorme, rasa y rubicunda cara, sudorosa y brillante con el calor, estaba fija en el semblante de su interlocutor como en demanda o espera de alguna cosa.

-Mira, camarada -decía Silver-, si yo no creyera que tú vales oro en polvo, puedes creerlo como lo (ligo, oro en polvo, sí, señor, yo no te habría traído a este negocio que ya está calentito como perol de brea hirviente. Si así no fuera, yo no estaría aquí previniéndote. Todo está ya dispuesto y listo, y tú no puedes hacer ni remediar nada. Si yo trato de convencerte, es sólo para salvarte el pescuezo, pues puedes tú creer que si alguno de aquellos salvajes lo supiera, ¿dónde estaría yo, Tom?

Silver -replicó el otro (y yo pude observar que no solamente tenía roja la faz, sino que también la voz tenía ronca como la de un cuervo, y oprimida como por una cuerda muy apretada) Silver, usted es ya viejo, usted es honrado o pasa al menos por tal, us-

ted tiene, además, una fortuna que infinitos marinos le envidiarían, usted es valiente, si no me equivoco. Pues bien, dígame usted, ¿va usted a dejarse gobernar por esa caterva de sucios lampazos? ¡Yo creo que no! Y tan cierto, como que Dios me ve en este momento, preferiré que me arranquen la mano antes de faltar a mi deber!...

Repentinamente fue su palabra interrumpida por un ruido inesperado. Acababa yo de ver a uno de los hombres honrados de a bordo, y acto continuo iba a tener noticias de otro de ellos. Allá, a lo lejos, al lado del pantano, se oyó súbitamente un rumor tomo Un grito, de angustia, y luego otro y después un largo y horrible alarido. Las rocas de "El Vigía" lo repitieron con sus ecos, varias veces; la bandada de aves acuáticas tornó a alzarse de nuevo, nublando el cielo, con un chillido simultáneo, y todavía aquel alarido de muerte no cesaba de vibrar en mi cerebro, cuando el silencio había ya restablecido su imperio y no se escuchaba más rumor que el suave aleteo de los pájaros bajando de nuevo a sus nidos y el murmullo distante de la marea perturbando débilmente la languidez de la tarde.

Al resonar aquel grito de suprema angustia, Tom se había puesto en pie de un salto, como un caballo

que siente el acicate; pero Silver no había siquiera pestañado. Quedóse en donde estaba, apoyándose apenas en su muleta y con los ojos clavados en su compañero como una víbora lista para abalanzarse.

-¡John! -gritó el marinero, extendiendo su mano hacia Silver.

-¡No me toques! -replicó éste, saltando hacia atrás como una yarda, según me pareció, con toda destreza y seguridad de un gimnasta de profesión.

-No lo tocaré, si usted lo quiere así. John Silver -dijo Tom-. Sólo una conciencia negra puede - hacer que me tenga usted miedo; pero, en nombre del cielo, dígame usted, ¿qué ha sido ese grito?

Silver sonrió de una manera horrorosa, siniestra, pero sin perder su actitud cautelosa y expectante. Sus ojos, de ordinario pequeños, no eran en aquel momento, más que unos puntos como la cabeza de un alfiler, en su inmensa caraza; pero relampagueando como dos carbunclos.

-¿Ese grito? -dijo aquella furia-, ese grito me supongo *que* ha sido de Alan.

-¿Alan?... ¡Descanse, pues, en paz esa alma de marino leal! Por lo que hace a usted, Silver, ¡usted, ha sido, hasta hoy, un camarada mío, pero, desde hoy, ya no lo es usted! Si me mata como a un perro,

¡qué importa!, moriré cumpliendo con mi deber. Conque ha hecho usted matar al pobre Alan, ¿no? ¡Pues máteme también a mí, si puede; le desafío a ello!

Y, al decir esto, aquel bravo y leal muchacho, volvió la espalda al cocinero y se puso en marcha dirigiéndose hacia la playa. Sin embargo no era su destino el ir muy lejos. Con un grito salvaje, John se afianzó a la rama de un árbol, se sacó violentamente la muleta de bajo el brazo y lanzó aquel Improvisado proyectil, con una furia inaudita, zumbando por el viento, y alcanzando al pobre Tom, en medio de la espalda. Sus manos se agitaron en el aire, dio una especie de boqueada y cayó de frente contra el suelo.

Nada podré decir sobre si aquel, golpe fue mortal o no. Sin embargo, a juzgar por el sonido, es casi seguro que la espina dorsal fue rota con el choque; pero no tuvo tiempo para recobrase en lo más mínimo, porque Silver, ágil como un orangután, aunque sin muleta ni ayuda alguna, cayó sobre su víctima en un momento, y en menos tiempo del que tardo en contarlo, había ya hundido dos veces su largo cuchillo, hasta la empuñadura, en aquel desdichado inerme. Desde mi escondite de arbustos pude

oír los resoplidos feroces de su respiración al sepultar el arma innoble en aquel cuerpo sin defensa.

Yo no sé hasta qué punto tendrá un hombre derecho de desmayarse, pero sí sé que por cierto tiempo, en aquel instante, me pareció que el mundo entero daba vueltas en derredor de mí, en un remolino nebuloso; Silver y los pájaros y el altísimo "Vigia" danzante ante mis ojos en un torbellino, todos invertidos, mientras mil campanadas diferentes, mezcladas con ecos distantes, repicaban furiosamente en mis oídos.

Cuando me hube recobrado un poco, el monstruo ya se había compuesto y organizado de nuevo, por decirlo así, con su sombrero sobre la cabeza y su muleta bajo el brazo. Junto a él yacía precisamente el cuerpo inmóvil e inanimado del pobre Tom sobre la tierra, sin que su asesino se ocupara por eso en lo mínimo, pues lo pude ver que, con una calma verdaderamente satánica, limpiaba en el césped la sangre de que estaba empapada la hoja de su puñal. Todo lo demás continuaba en el mismo estado, sin el menor cambio: el sol, radiando despiadadamente sobre el marjal que vaporizaba y sobre el alto pico de la montaña. Y a mí me parecía imposible persuadirme de que un asesinato se aca-

baba de cometer allí, delante de mis ojos, que una vida humana había sido brutalmente segaba en mi presencia misma.

Vi luego a John Silver llevarse la mano a la bolsa, sacar un silbato y hacer vibrar varias veces sus moduladas notas, que volaron a través de la atmósfera caliginosa -No me era posible, Por descontado, explicarme la significación de aquella señal, pero sí me di cuenta de que con ella se despertaban de nuevo todos mis temores anteriores. Los demás hombres iban a acudir, y estaba, pues, en peligro de ser descubierto. Acababan de asesinar a dos de nuestros leales y honrados hombres; ¿no era, muy posible que después de Tom y Alan me tocase el turno a mí?

En un abrir y cerrar de ojos comencé a internarme, agazapado siempre y con todo el silencio y la velocidad que me fuera posible, hacia la parte del monte más abierta. Mientras ejecutaba este movimiento, pude oír todavía saludos cambiados entre el viejo pirata y sus camaradas, y a este rumor, indicación clara de mi peligro, sentí que me nacían alas en los pies.

No bien estuve fuera de la espesura, eché a correr como jamás había corrido antes en mi vida, sin

cuidarme de la dirección que seguía, sino en cuanto que ella me alejaba de los asesinos, y mientras más corría, el miedo más y más se agigantaba en mi alma hasta tornarse en un verdadero frenesí de terror.

Y, en verdad, ¿podía haber alguien en situación más perdida de todo punto que la mía? Cuando tronase el cañonazo ofrecido, ¿cómo iba yo a atreverme a presentarme en los bots, en medio de aquellos entes Infernales, cuyas manos humeaban todavía con la sangre de sus víctimas? ¿Acaso el primero de ellos que me viera no iba a retorcerme el cuello como a una agachona? ¿Acaso mi sola ausencia no era ya, para ellos, una evidencia de mí alarma, y, por consiguiente, de mi fatal conocimiento de los hechos? Todo, pues, había concluido para mí. ¡Adiós "La Española", adiós el caballero, el doctor y el capitán! ¡Nada me quedaba ya que esperar sino la muerte por Inanición, o a manos de los sublevados!

Mientras esto pensaba, no cesaba de correr, y sin darme cuenta de ello, me encontraba ya cerca del pie de uno de los pequeños picos, y habíame Internado en una parte de la isla. en que los árboles de la vida crecían más distantes unos de otros y semejaban más a verdaderos árboles de bosque por su corpulencia y dimensiones. Entremezclados con éstos ha-

bía uno que otro pino, algunos de ellos como de cincuenta pies de altura, y otros como hasta de setenta. El aire tenía ya aquí también un olor más fresco que allá abajo, cerca del pantano.

Pero, al llegar a este -sitio, me esperaba una nueva alarma que me hizo latir el corazón a punto de escapárseme del pecho.

15. El hombre de la isla

De uno de los lados del cerro, que era, en aquel sitio, escarpado y pedregoso, un guijarro se desprendió por el cauce seco de una de las vertientes cascajosas, saltando, rebotando y haciendo estrépido en sus choques repetidos, contra árboles y piedras. Volví los ojos instintivamente en aquella dirección Y vi una forma extraña moverse y ocultarse tras del tronco de uno de los árboles. ¿Era aquello un oso, un hombre o un orangután? Me era imposible decirlo. Me parecía negro y velludo; pero esto era lo único de que me podía dar cuenta en aquel momento. Sin embargo, el terror de esta nueva aparición hizo contener mi carrera.

Me veía, según toda probabilidad, cortado por el frente y por la retaguardia: detrás de mí, los asesinos, y delante, aquella forma indescriptible que me acechaba. En el acto comencé a preferir los peligros que me eran conocidos a aquellos que parecían velados. El mismo Silver se me figuraba ya menos terrible comparándolo con aquella extraña criatura, especie de gnomo de la montaña, y así fue que, sin más vacilaciones, le volví la espalda, no sin volverme azoradamente para verle por sobre, el hombro, y comencé a correr de nuevo, esta vez en dirección de los botes.

Pero, en pocos segundos, la horrible figura, después de dar una gran vuelta, se me igualó en la carrera y aún comenzó a avanzar delante de mí. Yo estaba exhausto ya, no cabía duda; pero aun cuando hubiese estado fresco y descansado, vi pronto que era una locura el pretender luchar en velocidad con adversario semejante. De un tronco a otro, aquella extraña criatura parecía volar como un ciervo; corriendo a semejanza del hombre, en dos pies, pero diferenciándose de la carrera humana en que, como ciertas aves se dejan ir en el espacio por largo tiempo, con las alas cerradas, ésta se deslizaba a trechos hacia abajo por la pendiente, de una manera fantás-

tica, maravillosa e inexplicable para mí. Y, sin embargo, era un hombre; ya -no me era posible dudar por más tiempo.

Vínome a la imaginación en el acto todo cuanto había oído o leído sobre caníbales, y aun estuve apunto de gritar ¡socorro! Pero el mero hecho de ser aquel un hombre, aunque fuese un salvaje, me había ya serenado un poco, y el miedo que Silver me inspiraba reapareció vivo y formidable.

Me detuve, pues, y buscando en mi atribulada imaginación alguna puerta de salvamento. o de escape, me acordé, de pronto; de la pistola que llevaba conmigo. No bien comprobé que no estaba tan indefenso, sentí que el valor volvía a mi corazón, y dando el rostro resueltamente al hombre de la isla, marché hacia el con paso vigoroso.

En este momento estaba oculto tras de otro tronco de árbol; pero debía estar espiándome muy atentamente, porque tan luego como yo me adelanté hacia donde el estaba, se mostró de repente y dio un paso para, venir a mi encuentro. Pero, acto continuo, vacilé, dio algunos pasos hacia atrás, luego otros hacia mí de nuevo, hasta que, por último, con extraordinaria sorpresa y confusión mía, le vi caer

de rodillas y tenderme, en ademán suplicante, sus manos enclavijadas.

Al ver esto torné a detenerme indeciso.

-¿Quién es usted? -le pregunté.

A lo cual se apresuró el a contestarme, con una voz ronca, opaca, como el rumor que produce una cerradura enmohecida y en desuso.

-¡Soy Den Gunn! ¡Soy el pobrecito Den Gunn, que por tres años no ha tenido delante un cristiano con quien hablar. Al oír esto pude darme cuenta de que aquél no era un caníbal, como lo creí al principio, sino un hombre de raza blanca como yo, y aún observé que sus facciones eran regulares y agradables. Su cutis, en todos los puntos que parecía descubierto, estaba tostado por el sol; sus labios estaban ennegrecidos y sus ojos claros eran una cosa sorprendente en aquel conjunto de facciones oscuras. De todos los mendigos que en mi vida había podido ver o figurarme, era éste el número uno por lo destrozado y harapiento. Estaba vestido con jirones de lona de velamen, añadidos y mezclados con retazos informes de paño azul marino, y toda aquella extraordinaria estructura de andrajos estaba sujeta y rodeaba su persona con la más incongruente confusión de broches y costuras; botones de metal,

espinas de pescados, correas de pieles crudas, pedacitos de madera a guisa de agujas, y presillas de alquitranados cordones. Ciñendo su talle llevaba un viejo cinturón de cuero con hebilla de metal, prenda que era la única cosa sólida y sin soluciones de continuidad de cuanto llevaba encima.

-¡Tres años! -exclamé yo- ¿Naufragó usted acaso, cerca de esta costa?

-No, amigo mío, me aislaron² aquí.

Yo había oído esta palabra, aplicada a una especie de castigo horrible, muy común entre los piratas, cuya esencia era desembarcar al condenado en una isla deshabitada, dejándole solamente un fusil y un poco de pólvora y abandonándolo allí para siempre.

-¡Aislado por tres años! -continuó aquel mísero- Tres años mortales durante los cuales he vivido de cabras montesas, de berzas silvestres y de otras de la playa. Yo sé que dondequiera que un hombre se encuentre colocado, aquel hombre puede ayudarse y valerse por sí mismo. Pero, amigo, mi corazón ya

² El verbo inglés *to maroon*, usado por el autor, significa abandonar a hombre en una isla desierta, Por castigo o por venganza. Según Webster. la palabra está tomada del español *cimarrón*, pero careciendo nuestro Idioma de la facilidad de convertir en verbos los nombres, como el inglés, nos vemos precisados a usar convencionalmente el verbo *aislar*.

suspira por alguna comida de cristianos. Tú traerás ahí por casualidad un pedacillo de queso, ¿no es verdad?. .. ¡Pues, dámelo, anda!. .. ¿No traes? ... ¡Ah! ¡si tú supieras qué noches -tan largas me he pasado aquí soñando con una tajadilla de queso, con una tostada, sobre todo!

-Si Dios quiere que alguna vez pueda yo volver a bordo, le prometo a usted que tendrá queso hasta hartarse -le repliqué.

Todo el tiempo que habla durado nuestro corto diálogo, Ben Gunn no habla cesado de asentar con su mano el paño de mi jubón, de tocarme suavemente las manos, de contemplar mis botas, y, en una palabra, de manifestar el placer más infantil con la presencia de un semejante suyo. Pero, al oír mis últimas frases, se enderezó con cierta especie de sobresalto.

-¿Si Dios quiere que puedas volver a bordo has dicho? Y bien, ¿quién es el que te lo impide?

-No es usted, por cierto -le contesté.

-Y dices muy bien en eso -exclamó-. Pero, antes de pasar adelante, vamos a ver, ¿cómo te llamas, camarada?

Jim -le dije.

Jim, Jim -repetía el con aparente complacencia- Ahora bien, Jim, debo decirte que yo he vivido una vida tan borrascosa que ni aún me atrevo a contártela, porque te avergonzarías sólo de oírme. ¿Cree-rás tú, al escuchar esto, que yo nunca tuve una madre, buena y piadosa, para dirigirme y velar por mí?

-¡No! No he pensado tal cosa -le respondí.

-¡Ah! -dijo el- ¡Pues sí que la tuve, y muy santa y muy piadosa. Yo era un muchachito paisano, muy bueno y muy aprovechado, que sabia bien el cate-cismo, que cuando me soltaba a recitarlo, lo repetía como si fuera una sola palabra, y sin respirar, desde el principio hasta el fin. ¡Ah! Pero aquí va ahora lo que sucedió, Jim. Un día comencé a jugar a las canicas y al hoyuelo; por allí comencé, no te quepa duda, Mi pobrecita madre me sermoneaba y me decía lo que me iba a suceder, ¡pobre señora, me acuerdo muy bien! Pero la Providencia me trajo aquí. Yo no he cesado de pensarlo todo el tiempo que he estado olvidado en esta isla desierta, y, lo que es ahora, ya me siento bueno otra vez. Ya nadie me volverá a pillar nunca probando el ron..., a no ser un dedalito..., nada más que un dedal, por accidente, cuando se me presente una ocasión. Inevitablemente tengo

que ser bueno y sé cuál es el camino para lograrlo, porque, óyeme bien, Jim...

-Y al decir esto miró en torno suyo y bajó la voz hasta convertirla en un murmullo-, ¡soy muy rico!

Al escuchar esto, no me cupo duda sobre que aquel desgraciado se habla vuelto loco en su soledad, y supongo que debo haber dejado conocer mi pensamiento en mi semblante, porque el se apresuró a repetir calurosamente: -¡Rico, rico, sí señor! Yo te diré cómo y haré de ti todo un hombre, Jim. ¡Ah, muchacho, dale a Dios una y mil veces gracias de que hayas sido tú la primera criatura humana que se ha encontrado conmigo!

Pero no bien había pronunciado estas palabras, su semblante se oscureció repentinamente, como si se viese asaltado por una idea ingrata; estrechó mi mano con mayor fuerza entre las suyas Y levantó el dedo índice ante mis ojos con un ademán amenazador, diciendo: -Pero, ante todo, Jim, dime la verdad... ¿no es ese de allí el buque del capitán Flint?

Oyendo esto me vino una inspiración rápida y feliz. Comencé a creer que lo que yo había encontrado era un aliado, y en tal concepto me apresuré a contestarle: -No, por cierto. Flint ha muerto. Pero si le he de decir a usted la verdad, como usted me lo

pide- a bordo de esa goleta vienen varios de los hombres del tal Flint, para desgracia de todos los demás, de la partida.

¿No viene un hombre con una sola pierna?

-¿Silver,? -le pregunté.

- ¡Ah! ¡ Silver! -contestó el, ¡ Silver! ¡ Ese es su nombre!- ¡Es, el cocinero de a bordo y, al mismo tiempo el cabecilla o director de esos hombres.

Al llegar aquí, Ben Gunn, que todavía me tenía sujeto por la muñeca, dióme una especie de fuerte 1 sacudida.

Sí tú has sido enviado aquí por John Silver -dijo-, estoy ya tan bueno como un cerdo, muy bien lo sé. ¿Pero en que pensaste tu, muchacho?

Yo -había formado una resolución en un instante, así es Por vía de respuesta, le conté la historia completa de nuestro, y el difícil predicamento 1 en que nos encontrábamos a horas. . Escuchóme el con el más profundo interés y cuando hube concluído, exclamó, dándome una palmadita en la cabeza:

-Jim, tú eres un buen, muchacho, y tú y los tuyos están en un apuro del demonio, ¿no es esto? Pues no tengas cuidado. Ten confianza en mí. Ben Gunn es el hombre para sacaros de vuestro varadero. Pero antes, dime, ¿crees tú que el caballero resultará ,ser

un hombre bastante liberal para quien sepa sacarlo de un aprieto en que se ve metido?

-¡Oh! ¡En cuanto a eso, el caballero es el hombre más liberal y generoso que yo he conocido! -le respondí.

-Pero hay que ver bien -dijo Ben Gunn-; yo no quiero decir, que me recompensará dándome una covacha de conserje para guardar una puerta, o una librea dorada de lacayo, o cosa por el estilo. ¡Oh, no! Lo que yo quiero decir es si me daría, por ejemplo, un buen millar de libras esterlinas, contantes y sonantes, que es tanto cuanto puede apetecer, para ser dichoso, un hombre como yo. ¿Qué dices tú?

-Pues digo que estoy seguro de que lo hará -le respondí yo. Tal como venían las cosas, todos los expedicionarios estábamos llamados a dividirnos la hucha.

-¿Y me dará también un pasaje a Inglaterra? -añadió con una mirada recelosa y desconfiada.

-¿Pues cómo no? -le dije-. El señor de Trelawney es un hombre de honor. Y, además de esto, ¿no ve usted que si con su :auxilio logramos desembarazarnos de los otros, necesitaríamos de usted sin remedio para ayudarnos a maniobrar el buque?

-¡Ah, pues es verdad! -replicó Ben Gunn- Yo les sería indispensable. -Y con esto pareció aliviado de un gran peso- Ahora -prosiguió-, voy a contarte cómo pasaron los sucesos ni más ni menos. Yo estaba a bordo del buque de Flint cuando éste sepultó aquí su tesoro. Él se vino a tierra con seis hombres, grandes, fuertes- Permanecieron aquí cerca de una semana, y nosotros, entretanto, allá afuera... esperando... anclados en el fondeadero, en su viejo buque el "Walrus". Un hermoso día vimos, por fin, la señal. esperada. Flint venía solo..., enteramente solo, en su pequeño bote, con la cabeza rodeada de una venda azul... El sol comenzaba a levantarse y el aparecía pálido..., pálido como un muerto, junto al tajamar... Pero allí estaba, eso sí! En cuanto a los seis..., ¡todos muertos!, ¡muertos y enterrados!... ¿Cómo se arregló para ello? Ninguno de los que íbamos a bordo pudo jamás averiguarlo. ¿Fue lucha leal, asesinato, sorpresa, qué fue?... ¡Quién sabe! Lo único que sabíamos es que ellos eran seis y el no era más que uno..., ¡uno contra seis! BÍlly Bones era el piloto del barco; John Silver era el conrtramaestre y ambos le preguntaron dónde quedaba oculto el tesoro. ¡Ah -contestó el-, si ustedes quieren ir a averiguarlo, pueden ir a tierra y quedarse allí buscando.

Lo que es el barco vuelve a la mar en busca de más, ¡con mil diablos! .

"¡Eso fue lo que el dijo!... Tres años después de aquello, me cupo en suerte venir en otro buque. Cuando vimos la isla yo dije: "Ea, muchachos; el tesoro del capitán Flint está aquí. ¡Vamos bajando a tierra y encontrémoslo!"

"El capitán se disgustó con esto; pero mis camaradas fueron de mi opinión y bajamos a tierra. Doce días consecutivos buscaron y buscaron en vano, Creían que yo les había jugado una horrible aroma y cada vez me llenaban de nuevos y más duros insultos, hasta que una mañana, ya cansados, se volvieron a bordo.

-Por lo que hace a ti, Benjamín Gunn- me dijeron al partir-, aquí tienes un mosquete, un pico y una azada: ¡quédate aquí y encuentra para ti solo el tesoro del capitán Flint!

"Tres años hace de esto, Jim; ¡tres años que he estado aquí sin probar un solo platillo de cristianos, hasta hoy!... Pero, dime ahora..., mírame..., ¿tengo yo el aspecto de un marino? ... ¡Ya te oigo murmurar que no!... ¡Ah! Es que yo también lo digo., Yo..., ¡Yo mismo!

Al decir esto guiñó los ojos y me oprimió la mano fuertemente. Luego prosiguió: -Tú repítele a tu caballero mis propias palabras. Jim. Dile esto: tres años hace que Ben Gunn es el único habitante de esta isla, lo mismo a, la hora de la luz que, en medio de la noche lo mismo en la tempestad que en el buen tiempo, Tal vez ha pensado en su anciana madre, que anciana ha de ser si vive aún; quizás a veces, habrá caído de rodillas para decir una oración. Pero la mayor parte del tiempo de Ben Gunn se ha empleado en otro asunto. Y, al decirle esto, le darás un pellizco como éste que te doy aquí.

E hizolo como lo decía, de la manera más confidencial que imaginarse pueda, prosiguiendo en el acto: -Pero, continuarás al punto y le dirás: Gunn es un buen chico, no cabe duda, y el deposita el precioso don de su confianza -no olvides decírselo con esas mismas palabras- en un caballero por nacimiento, más que en uno cualquiera de esos caballeros de la fortuna, de los cuales el ha sido uno.

-Pero vamos allá- le dije yo-; prescindiendo de que no alcanzo a entender una palabra de todo lo que me ha estado usted diciendo aquí, ¿cómo podría yo repetírselo al caballero si no veo la posibilidad de volver a bordo?

-¡Ah! ¡Allí está la vuelta del Cabo! Y bien, aquí está mi bote, que yo he fabricado con mis propias manos. Yo lo tengo oculto bajo la peña blanca. Si sucede lo peor de lo peor, creo debemos intentar esa travesía después de que oscurezca.

En este punto tuvo que interrumpirse bruscamente, porque aun cuando el sol tenía todavía una hora o más que alumbrar hasta ocultarse en el horizonte, oímos repentinamente, repetido por todos los ecos de la isla, el trueno imponente de un cañonazo.

-¡Eh! ¿Qué es eso? -preguntó Ben Gunn.

-Es que han comenzado a batirse -le contesté-. ¡Sigame!

Y olvidando en aquel punto todos mis temores precedentes, me di a correr hacia la rada, en dirección del ancladero, acompañado por el hombre aislado que corría junto a mí velozmente, sobre sus cacles de piel de cabra, con gran destreza y facilidad.

-¡A la izquierda! ¡A la izquierda! -me decía- ¡Cárgate siempre hacia la izquierda, camarada! -repetía-. ¡Quién diría que yo aquí bajo los árboles, contigo! Mira, allí es donde maté mi primera cabra. Ahora ya no bajan hasta aquí; ahora las tienes siempre enca ramadas en sus masteleros, allá entre las jarcias y los

montones de sus montañas, todo, no más que por mido de" Ben Gunn. ¡Ah, mira tú!... ¡Allí tienes el cementerio!... ¿No, ves sus terraplenes? ... Cuando, por mil cuentas, creo que debe ser domingo, sabes tú ... suelo venir aquí y me arrodillo y rezo. No tiene esto muchas trazas de capilla ni siquiera de una pobre ermita, ¿no es verdad?..., pues, mira tú..., yo le encuentro no sé qué cosa solemne, imponente. Y luego, ya lo ves, no he tenido las manos muy llenas. ..-, ni una Biblia, ni una enseña... y en cuanto a capellán, pues..., ni soñarlo.

Y seguía así, charla y charla mientras corríamos, sin esperar ni recibir respuesta alguna.

Un rato considerable había transcurrido después del disparo del cañón, cuando oímos una descarga de armas de menor calibre.

Siguióse una pausa, y luego, a menos de un cuarto de milla frente a mí, divisé, repentinamente, en el aire flotando sobre las cimas de los árboles del bosque, la gloriosa bandera de Inglaterra.

PARTE CUARTA
LA ESTACADA

16. El doctor prosigue con el relato. El abandono del barco

Sería la una y media de la tarde cuando los dos botes de "La Española" se fueron a tierra. El capitán, el caballero y yo estábamos discutiendo acerca de la situación, en nuestra cámara de popa, Si hubiera soplado en aquellos momentos la brisa más ligera, hubiéramos caído, por sorpresa sobre los seis rebeldes que se nos, había dejado a bordo, hubiéramos levado anclas y salido a alta mar. Pero el viento faltaba de todo punto, y para completar nuestro desamparo, vino muy pronto Hunter a traernos

la nueva de que Hawkins se había metido en uno de los botes y marchóse con los expedicionarios de la isla.

Jamás se nos ocurrió poner en duda la lealtad de Hawkins; pero sí nos temimos por su vida. Con la excitación en que aquellos hombres se encontraban, nos parecía que sólo una casualidad podía hacer que volviésemos a verlo vivo. Corrimos sobre cubierta. El calor era tal que la brea que unía la juntura de los tablones comenzaba a burbujear, derritiéndose; el nauseabundo hedor de aquel sitio me ponía verdaderamente malo, y si alguna vez hombre alguno aspiró los gérmenes de mil enfermedades infecciosas, ése fui yo, sin duda, en aquel abominable fondeadero. Los seis sabandijas estaban sentados a popa, re-funfuñando, a la sombra proyectada de una vela. Hacia la playa ya podíamos divisar los botes sujetos a tierra, y a un hombre de los de Silver, sentado en cada uno de ellos. Uno de aquellos dos conjurados se divertía silbando el Lilibullero.

Esperar era una locura, así que decidimos que Hunter y yo iríamos a tierra en el chinchorro en busca de informes y para explorar el terreno.

Los botes se habían recargado sobre su derecha, pero Hunter y yo remamos recto en dirección de la

estacada marcada en nuestro mapa. Los centinelas y guardianes de los esquifes parecieron desconcertarse un tanto con nuestra aparición. El Lilibullero cesó de oírse y pude ver a aquel par de alhajas, discutiendo lo que debían hacer. Si se hubieran marchado para avisar a Silver lo que ocurría, abandonando sus botes, es claro que las cosas hubieran pasado de muy distinta manera; pero supongo que tenían sus órdenes v, consecuentes con ellas, decidieron permanecer en donde estaban, y luego oímos que la música del Lilibullero comenzaba de nuevo.

Había en aquel punto una ligera curva en la costa y yo no perdí tiempo, remando cuan fuertemente pude para ponerla entre los hombres de los esquifes y nosotros, de tal suerte que, antes de que llegásemos a tierra, ya nos habíamos perdido mutuamente de vista. Salté, por fin, a la playa, y púseme a correr tan de prisa como podía atreverme a hacerlo, desplegando sobre mi cabeza un gran pañuelo de seda blanco para evitar la insolación y con un buen par de pistolas, enteramente listas, por precaución contra cualquier sorpresa. No había recorrido aún cien yardas cuando llegamos a la estacada.

He aquí lo que había en ella: una fuente de agua límpida y clara que brotaba casi en la cumbre de la

colina; sobre ésta, y encerrando la fuente, por supuesto, se habla improvisado una espaciosa cabaña de postes de madera, arreglada de manera de poder encerrar una o dos, veintenas de hombres, en caso de apuro, y con troneras para mosquetes por todos lados. En derredor de esta cabaña hablase limpiado un espacio considerable y, para completar la obra, se había levantado una empalizada bastante fuerte, corno de seis pies de elevación, sin ninguna puerta o pasadizo, con resistencia suficiente para no poderla echar por tierra sino con tiempo y trabajo; pero bastante abierta para que no pudiera servir de parapeto a los sitiadores. Los que estuvieran en posesión de la cabaña del centro podrían llamarse dueños del campo y cazar a los de afuera como perdices. Lo que se necesitaba allí era una vigilancia continua y provisiones, porque a menos de una completa sorpresa, los sitiados podían sostenerse muy bien contra un regimiento entero.

En lo que yo me fijé entonces de una manera más particular, fue en la fuente, porque aun cuando en nuestro castillo de popa de "La Española" teníamos armas y municiones en gran cantidad, y abundancia de víveres y vinos excelentes, lo cierto es que de una cosa estábamos ya bien escasos, y era

de agua. Estaba yo preocupado con este pensamiento, cuando de pronto llegó a mis oídos distintamente, desde algún punto de la isla, el grito supremo de un hombre que se moría. Yo he servido a Su Alteza real el duque de Cumberland, y también fui herido en Fonteroy; pero, el aquel instante, mi pulso se detuvo y no pude menos que verme asaltado por esta idea: ¡Han matado a Hawkins!

Haber sido uno veterano en la guerra es ya algo: pero es todavía más haber sido médico. No tiene uno tiempo para vacilaciones ni cosas inútiles, así es que en un instante formé mi resolución y sin perder un segundo, regresé a la playa y salté de nuevo a bordo del chinchorro.

Por fortuna, Hunter era un remador de fuerza. Hicimos volar a nuestro botecillo y muy pronto estábamos ya al costado de "La Española", a cuyo bordo subimos a toda prisa.

Encontré a todos emocionados, como era natural. El caballero estaba sentado, lívido como un papel, lamentando, ¡alma de Dios! los peligros a que nos había traído. Uno de los seis hombres quedados a bordo estaba ya en mejores condiciones.

-Allí hay un hombre -dijo el capitán Smollet apuntando hacía el-, que es novicio en la obra de

estos malvados. Ha venido aquí, a punto de desmayarse, en cuanto oyó aquel grito de muerte. Con otra vuelta de cabrestante, lo tenemos con nosotros, eso es seguro.

Explicué entonces al capitán Smollet cuál era mi plan, y entre los dos arreglamos los detalles de su realización.

Pusimos a nuestro viejo Redruth en la estrecha galería que, como se recordará era la única comunicación posible entre la popa y el castillo de proa, dándole tres o cuatro mosquetes cargados y poniéndole un colchón por vía de barricada para protegerle. Hunter trajo el botecillo de madera, colocándolo precisamente bajo el portalón de popa, y Joyce Y yo nos pusimos inmediatamente a la tarea de cargar en el botes de pólvora, mosquetes, bultos de bizcochos, galletas, jamón, una damajuana de cognac y mi inestimable estuche de cirugía.

Entretanto, el caballero y el, capitán permanecían sobre cubierta, y el último de ellos hacía al timonel la siguiente amistosa y cortés intimación: -Amigo Hands, aquí nos tiene usted a dos personas con dos pistolas cada una. Si alguno de ustedes seis hace el menor movimiento para acercársenos, puede tenerse por hombre al agua.

Los hombres aquellos deliberaron un corto rato y después de su pequeño consejo de guerra se fueron, dejándose caer, uno tras otro, de la carroza abajo, pensando, sin duda alguna, sorprendernos por la retaguardia. Pero, en cuanto se encontraron con Redruth esperándolos, mosquete en mano, en la estrecha galería de comunicación, volvieron otra vez a querer recobrar su lugar primitivo a proa, apareciendo sobre cubierta la cabeza de uno de ellos, por una escotilla.

-¡Abajo otra vez, perro pirata -gritó el capitán-, o te vuelo la tapa de los sesos!

La cabeza aquella se hundió de nuevo como por encanto, en la escotilla y, por entonces, nada volvimos a oír ni a saber de aquellos miserables.

Mientras esto pasaba, nuestro ligero chinchorro estaba ya tan cargado, como era prudente hacerlo. Joyce y yo saltamos por la puerta de la popa y tornamos a remar hacia la playa, tan de prisa como nuestras fuerzas nos lo permitían.

Este segundo viaje despertó ya de una manera indudable la alarma de los vigilantes de los esquifes. El Lilibullero fue dado de mano otra vez y precisamente antes de perderlos de vista tras del pequeño cabo de la playa, uno de ellos había ya saltado a tie-

rra y desaparecido rápidamente. Estuve entonces a punto de cambiar de táctica e irme derecho a sus botes y destruírselos; pero temí que Silver estuviese por allí, demasiado cerca, con los restantes y era, en tal caso, muy posible que todo se perdiera por querer hacer demasiado.

Muy pronto llegamos de nuevo a tierra, al mismo lugar que en el viaje precedente. Los tres hicimos el primer transporte del bote hasta la cabaña muy bien cargados, y depositamos allí nuestras armas y provisiones. Dejamos entonces a Joyce en la empalizada, de guardia, para custodiar nuestro depósito, y aunque es ver, dad que se quedaba enteramente solo, tenía a su disposición media docena de mosquetes muy bien preparados. Hunter y yo volvimos otra vez al botecillo, tornamos a cargar lo más que pudimos y regresamos a la estacada. Así continuamos, casi sin tomar aliento, hasta que toda la carga puesta en el bote había sido trasladada a la cabaña, en la cual los dos criados tomaron definitivamente posiciones, mientras yo, con todas mis fuerzas, remaba otra vez en el ya ligero chinchorro, hasta llegar de nuevo a "La Española".

El arriesgar una segunda carga era, en realidad, menos atrevido y peligroso de lo que pareció. Es

cierto que ellos tenían la ventaja del número; pero nosotros teníamos la de las armas. Ninguno de los hombres que estaban en tierra llevaba mosquete consigo, y así es que, antes de que hubieran podido acercárenos a tiro de pistola, es seguro que hubiéramos dado buena cuenta de ellos.

El caballero estaba esperándome en la puerta de popa, ya restablecido su valor y su ánimo. Tomó el cabo de la amarra que yo le arrojé, lo sujetó arriba, y comenzamos a hacer ya un *cargamento* de necesidad vital para nosotros, consistente en carne, Pólvora y bizcochos, sin añadir más armas que un mosquete y un sable por cabeza, para el caballero, para mí, Redruth y el capitán. El resto de las armas y la pólvora lo arrojamos al agua a dos brazas y media de profundidad, de manera que podíamos distinguir el limpio acero de los mosquetes, brillando con los reflejos del sol, allá abajo, en el fondo arenoso del ancladero.

A esta hora la marea comenzaba, a bajar y el buque empezaba á columpiarse en jorno del ancla. Oímos voces llamándose mutuamente, muy lejos y muy débiles, allá en dirección de los quifes, y, aun cuando esto nos tranquilizó por lo que hacía a Joyce y a Hunter, que por lo visto, quedaban todavía en su

posición d este sin ser molestados nos hizo comprender, sin embargo o debíamos darnos prisa.

Redruth, entonces, abandonó su trinchera de lana en la galería y se replegó al bote con nosotros. Dirigido el pequeño bote por Smollet en persona, dimos vuelta al buque y nos vinimos a colocar junto a la escotilla de proa.

-Ahora amigos -gritó el capitán-, ¿me oyen ustedes? Ni una voz respondió, sobre cubierta

-¡Es a ti, Abrahan Gray, a quien hablo!...

El mismo silencio anterior.

-¡Gray! -volvió a decir el capitán en voz más alta aún-. En este momento voy a dejar este buque, y como tu capitán que soy, te ordeno qué me sigas. Yo sé que tú eres, en el fondo, *un* buen muchacho, y hasta me atrevo a decir que ninguno de los marineros que están allí es tan malo como aparenta *serlo*. Aquí tengo en la mano un reloj abierto: te doy treinta segundos de plazo para que te *me* reúnas.

Hubo un nuevo, silencio.

Ven pronto, muchacho mío-continuó el capitán;- no te detengas tanto- en vacilaciones. Estoy aquí, exponiendo mi vida y la de, estos excelentes caballeros cada segundo que pasa.

Oyóse entonces el ruido repentino de una pendencia, el rumor de golpes cambiados, y en unos cuantos segundos apareció Abraham Gray en la puerta, con la herida de arma blanca en una de sus mejillas; pero corriendo presuroso a la llamada del capitán como un perro puede venir al silbato, de su amo.

-¡Estoy con usted, mi capitán! -dijo aquel leal muchacho.

Un instante después, con Gray ya a bordo, habíamos empujado de nuevo nuestro barquichuelo en dirección a la playa.

Y cierto es que nos encontrábamos ya fuera de la peligrosa goleta; pero, ¡ay!, aún no nos veíamos en tierra, dentro del recinto de la estacada.

17. Continúa el doctor. El último, viaje del chinchorro

Este quinto viaje fue, sin embargo, distinto de los precedentes. En primer lugar, aquella cascarita de nuez en que íbamos estaba demasiado cargada. Cin-

co hombres, de los cuales Redruth, el capitán y Trelawney eran de más de seis pies de altura, era más de lo que nuestro botecito podía, racional y cómodamente, cargar. Añádase a esto la pólvora, las armas y las provisiones de boca, y se comprenderá que el chinchorro se balancease de una manera inquietante, alojando agua de cuando en cuando, por la popa, en grado tal, que todavía no habíamos andado cien yardas, y ya una buena parte de mis vestidos estaba empapada.

Hízonos el capitán que aparejásemos el bote compartiendo el peso más proporcionalmente, lo que nos apresuramos a ejecutar, consiguiendo equilibrarlo un poco. Pero aun así no dejábamos de sentirnos con temor, no del todo infundado, de zozobrar. En segundo lugar, el reflujo producía, a la sazón, una fuerte corriente de olas en dirección poniente, atravesando la rada y moviéndose en seguida hacia el sur, en dirección del mar, por el estrecho que nos había franqueado el paso en la mañana hasta el ancladero. Las olas, de por sí, eran ya un peligro para nuestro sobrecargado esquife; pero lo peor de todo era que dicha corriente nos arrastraba fuera de nuestra vía y lejos del lugar de la playa en que teníamos que desembarcar, tras de la punta de

que ya he hablado. Si permitíamos a la corriente realizar su obra, el resultado iba a ser que antes de mucho nos encontrásemos en tierra, es verdad, pero precisamente al lado de los esquifes de los piratas, que quizá no tardarían mucho en presentarse.

-Me es imposible enderezar el rumbo hacia la estacada, capitán -dije yo, que iba sentado al timón, en tanto que el y Redruth, que estaban de refresco, llevaban los remos- La marea nos arroja hacia abajo; ¿no podrían ustedes remar un poco más fuerte?

-No sin echar el bote a pique -contestó- Sostenga usted el gobernalle inmóvil hasta que vea usted que vamos ganando la vía.

Hice lo que se me indicaba y pronto vi que, si bien la marea continuaba empujándonos hacia el poniente, logramos que el bote enderezara la proa al este, siguiendo una línea que marcaba precisamente un ángulo recto con el camino que debíamos tomar.

-De esta manera no vamos a tocar tierra jamás -dije yo.

-Si no nos queda otro derrotero libre más que éste, no podemos hacer otra cosa que seguirlo -contestó el capitán- Tenemos que ir contra la bajamar. Ya ve usted, pues, que si seguíamos bordeando el sotavento de nuestro desembarcadero, era muy

difícil calcular dónde tocaríamos tierra; esto sin contar con la probabilidad de ser abordados por los botes de Silver, en tanto que, por el camino en que nos hemos puesto, la corriente puede amortiguarse pronto y entonces virar rectamente hacia la playa.

-La corriente ha aminorado ya mucho, señor -díjome Gray, que iba sentado hacia proa- Ya puede usted hacer que viremos de bordo un poco.

-Gracias, muchacho -le contesté como si nada hubiera sucedido, puesto que todos hablamos hecho tácitamente la resolución de tratarlo, desde luego, como a uno de los nuestros. De repente, el capitán habló de nuevo y noté que había una perceptible alteración en su voz: -¿Y el cañón?

-Ya pensaba en eso -le respondí, seguro como estaba de que el se refería a la posibilidad de que se bombardeara nuestro reducto- No crea usted que les sea posible bajar el cañón a tierra, y aun en el supuesto de que lo consiguieran, jamás podrían hacerlo subir por entre el monte.

-Pues mire usted a popa, doctor -replicó el capitán.

volví la cabeza... La verdad es que nos habíamos olvidado completamente de nuestra pieza de artillería en la goleta, y de ahí nuestro horror cuando vi-

mos que los cinco bandidos estaban muy atareados, despojándola de lo que ellos llamaban la chaqueta, o sea el abrigo de grueso cáñamo embreado eón que la manteníamos envuelta durante la navegación. No era esto todo, sino que al punto me acordé de que las balas y la pólvora de la misma pieza habíanse quedado a bordo, en un cajón, por lo cual no necesitaban nuestros enemigos sino dar un golpe con una hachuela para ser dueños de aquellas terribles municiones de guerra.

Aquel olvido no podía tener más disculpa que la prisa con que nos vimos precisados a evacuar la embarcación; -pero, desgraciadamente, era irremediable.

-Hands era el artillero de Flint -dijo Gray con voz ronca.

No me quedaba, pues, otro recurso que, a cualquier riesgo, poner decididamente proa a tierra. A esta sazón, por fortuna nuestra, la corriente quedaba ya tan lejos de nosotros que nos fue fácil seguir rumbo a la playa por un camino tan recto como nuestra quilla, a pesar del impulso necesariamente poco vigoroso que los remos imprimían a nuestro bote. Pero lo malo era que, en la dirección que íbamos, presentábamos a "La Española" un costado,

ofreciendo a su tiro un blanco de tal tamaño que parecía imposible que se le errara.

Erame fácil ver Y oír a aquel bribón de Hands con su cara de borracho consuetudinario, arreglando sobre cubierta un cartucho para el cañón.

-¿Quién es aquí el mejor tirador? -preguntó el capitán.

-El señor de Trelawney, aquí y dondequiera -le contesté-Pues bien, señor de Trelawney, ¿quiere usted hacerme el favor de quitarme de en medio a uno de aquellos pícaros? A Hands, de preferencia, si es que fuera posible -dijo el capitán.

Trelawney estaba frío como el acero; sin decir palabra preparó el arma.

-Ahora- díjonos el capitán-, mucho cuidado, Dispare usted su arma sin hacer movimiento alguno, o, de lo contrario, nos vamos a pique. ¡Todo el mundo listo para equilibrar, si el bote zozobra_al disparo!

El caballero levantó el arma y los remos cesaron de hender el agua; todos nos inclinamos del lado contrario, para mantener el equilibrio, y todo fue ejecutado con tal felicidad, que no entró al bote ni una sola gota de líquido.

En ese instante, nuestros enemigos tenían ya su pieza montada y lista, y Hands, que estaba junto a la boca, con, el escobillón en la mano, era el más expuesto de todos. Sin embargo, no tuvimos fortuna, pues precisamente en el momento en que, ya seguro de su puntería, disparó Trelawney, el astuto timonel se en rápido como el pensamiento, y la bala, que pasó, silbando de él, fue a herir a otro de los piratas, que cayó al suelo.

El grito que éste lanzó fue repetido, -no sólo por sus compañeros, sino por; otras muchas voces desde la playa. Volví la vista en esta, dirección y noté que todos los piratas salían de entre los árboles y se apresuraban a ocupar sus lugares en los esquifes.

-Ahora bien, allí los botes, señores- dije.

-Enfile usted, pues, recto-gritó el capitán-. Ahora hay miedo de zozobrar; ¡firme a los remos!

-No han tripulado más que uno de los botes, capitándí-. Lo hombres del otro van por tierra, a cortarnos el paso,-El calor es excesivo y la distancia no es tan corta para lo consigan fácilmente -replicó el capitán. Marineros, en tierra, no son muy temibles. Lo que me preocupa es el tiro que nos van a largar de a bordo, ¡Rayos y truenos! Nuestro flanco es tal una beata podría pasarnos la bala de lado a lado, sin

error. Señor de Trelawney, avísenos usted en cuanto vea encender el estopón y nosotros remaremos a popa.

Entretanto, habíamos, avanzando, a una velocidad harto para un esquife tan cargado como el nuestro. Y estábamos a pocas brazos de la orilla; unas cuantas remadas más y podría atracar; p«que el reflujó acababa de descubrir una cinta de, a debajo de un grupo de árboles de la -Costa- esquife que t de darnos caza ya no podía, pues, hacernos daño alguno; el reflujó que tanto nos había detenido a nosotros, estaba, en compensación deteniendo a nuestros perseguidores. El único peligro era el cañón.

-Si me atreviese -dijo el capitán-, de buena gana haría alto para cazar a otro de, los bandidos.

Los que habían quedado a bordo trataban de acelerar el empleo del cañón. Ni siquiera hablan hecho el menor caso de su camarada caído que no estaba muerto, sino simplemente herido, y al cual yo divisaba, tratandose de arrastrarse a un lado. Por dónde pasó la bala ninguno de nosotros lo supo precisa. mente; pero supongo que debe haber sido por encima de nuestras cabezas y que el viento de ella debe haber contribuido. a nuestro desastre.

Nuestro bote se había hundido por la popa, como he dicho con la mayor facilidad, en una profundidad de tres pies de agua, dejándonos al capitán y a mí, de pie el uno junto al otro, en tanto que los tres restantes, que se habían inclinado para evitar, en lo posible, la bala del pedrero, salían del agua empapados y escurriendo de la cabeza a los pies. ,Aún así el daño no era tan grande. No había perecido ninguno de nosotros, y desde allí podríamos caminar las pocas brazas que nos separaban de la playa. Lo malo era que nuestras provisiones estaban en el fondo del esquife y que de los cinco mosquetes que traíamos, sólo dos quedaban secos y aptos para usarlos: el mío, que yo había tomado sobre mis rodillas levantándolo en alto, con un movimiento rápido e instintivo, y el del capitán, que lo llevaba puesto en la bandolera y que, en su calidad de hombre experto, había cuidado su arma antes que nada. Los restantes yacían ya bajo el agua.

Como complemento de nuestra tribulación, oímos voces que se acercaban entre el bosque, a lo largo de la playa. Así es que no sólo sentíamos ya encima el peligro de quedar cortados de nuestro reducto, en aquel estado de semicatástrofe y derrota, sino que nos agujijoneaba el temor de que, si Hunter

y Joyce se velan atacados por una media docena de hombres, no tuviesen el valor y el buen sentido de mantenerse firmes a la defensiva. Hunter era un hombre de firmeza y corazón, esto lo sabíamos bien; pero en cuanto a Joyce, el caso era diferente, y bastante dudoso: Joyce era un lacayo muy agradable, de muy finas maneras, y excelente para limpiar un par de botas o cepillar un vestido; pero la verdad es que no le conocíamos condiciones de hombre de coraje.

Todo esto, como llevo dicho, nos aguijoneó para llegar a tierra tan pronto como era posible, dejando abandonado a su suerte al pobre bote que, para desgracia nuestra, había guardado en su fondo algo como la mitad de nuestra pólvora y provisiones de boca.

18. El doctor relata cómo concluyó el primer día de pelea

Una vez en tierra, dímonos toda la prisa que era posible para franquear el trecho del bosque que nos separaba de nuestro baluarte. A cada paso que dá-

bamos, las voces de los piratas que venían por la playa llegaban menos y menos distantes a nuestros oídos. Pronto nos fue fácil distinguir el rumor de sus precipitados Pasos y el crujido de las ramas de los arbustos a través de cuyos matorrales se venían abriendo camino. Comencé a creer entonces que la cosa se agravaba, y hasta requerí el fiador de mi mosquete.

-Capitán -dije-: el señor Trelawney es el de puntería infalible entre nosotros; déle usted su mosquete.

Sin responderme cambiaron rápidamente de armas, y Trelawney, callado y frío como habla estado desde el principio del combate, se detuvo por un instante para cerciorarse de que aquel arma estaba en buen estado. En el mismo momento, notando que Gray, iba desarmado, le alargué mi cuchillo. Mucho nos reconfortó el ver a aquel chico escupirse la mano, remangarse la camisa, empuñar el arma y hacerla zumbar, blandiéndola por el aire.

A unos cuarenta pasos de aquella breve pausa, llegamos al lindero del bosque Y vimos la estacada frente a nosotros. Nos, lanzamos a ella, entrando a su recinto por el lado sur, cuya empalizada salvamos rápidos como el rayo, y casi en el instante mismo

siete de los amotinados, con Job Anderson, el contramaestre, a la cabeza, aparecieron en el lado suroeste, lanzando gritos tremendos.

Detuviéronse un momento al llegar allí, como si se sintieran pillados por retaguardia; pero antes de que ellos tuvieran tiempo de recobrase de su sorpresa, no sólo Trelawney y yo, sino también Hunter y Joyce, tuvimos tiempo de hacer fuego desde el reducto. Los cuatro tiros no sonaron en una descarga muy simultánea, pero hicieron su efecto, eso sí. Uno de los enemigos cayó redondo, y los restantes, sin vacilar más tiempo volvieron la espalda y se parapetaron tras los árboles.

Después de cargar de nuestras armas salimos afuera de la empalizada para reconocer al enemigo que había caído. Para reconocer al enemigo que había caído. Estaba muerto, con el corazón atravesado de parte a parte do en aquel mismo instante una detonación de pistola se dejó oír en el matorral más cercano; la baja silbó junto a mi oído, y el pobre Tom Redruth se tambaleó y cayó en el suelo de largo a largo. Ya comenzábamos a felicitarnos de nuestra buena suerte, cuando el matorral más cercano; Tanto el caballero corno yo devolvimos el tiro; pero como no teníamos sobre qué hacer puntería, es

muy probable que no hiciéramos más que desperdiciar nuestra pólvora. Cargamos otra vez y volvimos a ver al Pobre Tom.

El capitán y Gray estaban ya examinándolo y en cuanto a mí, me bastó una ojeada para comprender que aquello no tenía re. medio.

Creo que la prontitud con que respondimos a su disparo dispersó a los rebeldes una vez más, porque, aunque estábamos a descubierto, ya no se nos hostilizó mientras levantábamos al pobre guardamonte para trasladarlo al interior de la cabaña.

Una vez acostado, el caballero se dejó caer sobre sus rodillas, junto a el, besándole la mano y llorando como un chiquillo.

-¿Cree usted que me voy, doctor? -preguntó el moribundo.

-Tom, hijo -le contesté-, vas a volver a tu verdadera patria-Siento mucho -replicó el agonizante-, no haber dado antes a esos pillos una lección con mi mosquete.

-Tom -exclamó a la sazón el caballero tan conmovido- Tom dime que me perdonas, ¿no es caballero tan conmovido-verdad que sí?

-Señor -fue su respuesta- ¿no cree usted que eso pare. cerca una falta de respeto de mi `Parte? Pero

hágase como usted lo Pide..., sí, señor, con toda mi alma.

Siguió Un silencio no muy largo, al cabo del cual murmuró que desearía que alguien dijese cerca de su cabecera alguna oración, añadiendo, en tono sencillo y corno disculpándose de su atrevimiento: -Creo que esa es la costumbre... ¿no?

Luego de una corta agonía sin pronunciar palabra, el alma de Redruth Partió de este mundo.

Entretanto, el capitán, cuyo pecho y faltriqueras había yo visto en extremo abultados, durante la travesía, fue sacando de ellos todo un almacén de objetos: una bandera inglesa una Biblia una adujada o lío de cuerdas bastantes fuertes, plumas, tinta, el registro diario de a bordo Y algunas libras de tabaco Hablase encontrado en nuestro recinto de la estacada un largo ya enderezado tronco de abeto, que, con la ayuda de Hunter, levantó y puso en el ángulo de la cabaña, en que los troncos se cruzaban. Acto seguido continuó subiendo ágilmente sobre el techo del reducto, colocó con su propia mano e izó en alto la bandera de nuestra patria. Volvió a entrar a la cabaña, y como si nada hubiera de particular, se puso tranquilamente a hacer el recuento de nuestras provisiones. Pero no dejaba de mirar con disimulo

de lado del pobre Tom Redruth, así es que, no bien hubo éste expirado, cuando se acercó con otra bandera y la desplegó reverentemente sobre el cadáver.

En seguida, sacudiendo virilmente la mano del caballero, le dijo:

-No hay que afligirse, señor. Todo temor es vano tratándose del alma de un leal, que ha sucumbido cumpliendo con su deber para con su capitán y con su señor.

Dicho esto, me llevó a un lado y me dijo: -¿Dentro de cuántas semanas esperan usted y el caballero que vendrá el buque que ha de enviar Blandy?

-No es cuestión de semanas, sino de meses -le contesté- En caso de que no estemos de vuelta para fin de agosto, Blandy mandará buscarnos. Usted puede calcular por sí mismo.

-Yo creo que sí -contestó rascándose la cabeza de un modo muy significativo-. Así es que, no sin dar a la Providencia una buena ración de gracias por todos sus beneficios, debo decir que no por eso hemos estado menos desafortunados.

-¿Qué quiere usted decir con eso? -le pregunté.

-Quiero decir -me respondió-, que es una lástima que hayamos perdido aquel segundo cargamento del

botecito. Por lo que hace a pólvora y balas, tenemos bastante; pero, en cuanto a provisiones de boca, estamos muy escasos, tanto, doctor, que quizás nos viene muy bien el tener aquella boca de menos.

En aquel mismo instante oyóse el trueno y el silbido de una bala de cañón que pasó rozando el techo de nuestro reducto y fue a enterrarse entre los árboles del bosque.

-Ajá -dijo el capitán- ¡Salva tenemos! Bastante poca pólvora tienen esos chicos para que la desperdicien así tan locamente.

Otro segundo disparo arrojó su, bala con mejor puntería, pues el proyectil penetró adentro de la estacada.

-Capitán -dijo el caballero-, -me consta que nuestro reducto, de por sí, es enteramente invisible desde el buque. Creo, por tanto, que es la bandera la que les está sirviendo para hacer blanco... ¿No cree usted que sería más prudente traerla acá adentro?

-¿Arriar mi pabellón? ¡Jamás! -exclamó el capitán.

Fuimos todos de su misma opinión, porque aquello no sólo tenía un aspecto marcial, marino e imponente, sino que entrañaba una buena política, cual era la de mostrar a nuestros enemigos que se nos daba un ardite de su cañoneo.

Toda la tarde continuaron su fuego. Bala tras bala venían; las unas pasaban por encima del techo, otras caían a un lado, otras entraban al recinto de la empalizada, desparpajando la arena del piso. Pero como tenían que hacer su puntería sobre una mira muy alta, sus tiros no lograron más que encontrar sepultura en la leve arena de la lona. No teníamos rebote que temer, y aun. que una bala penetró a la cabaña por el techo y luego salió de nuevo por un costado, muy pronto nos acostumbramos a esa especie de broma pesada, y no hicimos más caso de ella que el que habríamos hecho de una partida de vilorta.

-Se me ocurre una buena idea -dijo el capitán- El bosque, frente a nosotros, está bastante claro, la marea ha dejado un buen espacio en seco y a esta hora nuestras provisiones están ya, probablemente, en descubierto. Creo que si algunos de los nuestros se prestaran a hacer una pequeña salida con ese objeto, podríamos recobrar parte de nuestra carne salada.

Gray y Hunter se ofrecieron desde luego, y, muy bien armados, salvaron la empalizada. Su misión fue, sin embargo, inútil. Los rebeldes eran más intrépidos de lo que creíamos, o no tenían más fe de la que se merecía en su artillero Hands, porque el

hecho era que ya cinco o seis de ellos estaban muy ocupados sacando nuestras provisiones del fondo del chinchorro y trasladándolas a uno de sus esquifes, que estaba allí cerca, mantenido contra la corriente por el manejo constante de un remo. Silver estaba en la popa, al mando de las operaciones, y cada uno de sus hombres aparecía ya provisto de su mosquete correspondiente, tomado de algún oculto arsenal de ellos mismos.

El capitán se sentó para escribir en su diario de a bordo, y he aquí el principio de lo que trazó en él: "Alejandro Smollet, capitán; David Livesey, médico de a bordo; Abraham Gray, carpintero de la goleta; John Trelawney, propietario; John Hunter y Ricardo Joyce, criados del propietario, que no son marinos; éstos son los que se conservan leales de toda la gente embarcada a bordo de "La Española"; tenemos víveres para diez días a racines cortas; hemos desembarcado hoy e izado luego la bandera inglesa en la estacada o reducto que hemos hallado en esta Isla del Tesoro. Tom Redruth, otro sirviente del propietario, ha sido muerto por los rebeldes. James Hawkins, paje de cámara..."En este momento yo estaba lamentándome acerca de la triste, suerte y fin

desastroso del pobre Hawkins, cuando oímos algunos gritos y llamados del lado de tierra.

-Alguien nos vocea por acá -díjome Hunter.

-¡Doctor! ¡Caballero!... ¡Capitán!... ¡Hola! ¿Eres tú, Hunter? -decían los gritos aquellos.

Corrí a la puerta de la cabaña y llegué a tiempo para ver de nuevo, sano y salvo, a Jim Hawkins, salvando la empalizada.

19. El primer narrador, toma otra vez la palabra. La guarnición de la estacada

No bien Ben Gunn hubo visto la bandera, hizo alto inmediatamente, me tomó por el brazo para detenerme y se sentó.

-¡Ah! Lo que es ahora, Jim, allí están tus amigos. -Más bien creo que sean los rebeldes -le repliqué.

-¡Ca, no! -dijo él- ¿Crees tú que en un lugar como éste, al cual no abordan sino piratas, había de venir Silver a enarbolar el pabellón inglés? ¡Ni por pienso! Son tus amigos, Jim, no tengas la menor duda. Además, ya ha habido pelea, y me sospecho que los tuyos han llevado la mejor parte, y ahora los tienes

instalados en esa estacada y reducto que fue construido hace años y años por el capitán Flint. ¡Ah! Puedes creer que el tal capitán era hombre que sabía lo que se traía entre manos. Quitándole lo borracho, era persona que jamás dejaba traslucir su juego. No le tenía miedo a nadie... A nadie más que a Silver. Silver puede jactarse de ello.

-Bueno, pues siendo esto así, como creo que lo es, tanta más razón para que yo me apresure a reunirme con mis amigos.

-Como tú quieras -replicó él-. Tú eres un buen muchacho, o yo me equivoco. Pero muchacho nada más, y con esto está dicho todo. En cuanto a Ben Gunn éste se escapa. Ni un vaso de ron podría seducirme bastante para ir allá, ni el mismo ron, ¡no!, hasta que no vea yo a tu caballero de nacimiento y le entregue eso bajo su palabra de honor. Pero no olvides mis palabras. .. El precioso don de su confianza, esto es lo que tú debes decirle... Y al decirle esto le das el pellizco que ya sabes.

Y añadiendo la acción a la palabra, me largó, por tercera vez un pellizco, con el mismo aire de confianza que los anteriores.

-Así pues, cuando necesiten a Ben Gunn, ya sabes en dónde encontrarle, Jim: precisamente en el

mismo lugar en que me has visto hoy. El que vaya en mi busca que lleve en la mano, por señal, algún lienzo blanco, y que vaya solo, enteramente solo. Para esto, añadirás, Gunn tiene sus buenas razones muy particulares.

-Está bien -le dije-; creo haber entendido. Usted tiene algo que proponer y desea usted ver bien al caballero o bien al doctor, para lo cual se le puede encontrar a usted en el mismo lugar en que hoy le he hallado; ¿es esto todo?

-¿A qué hora? ¿Quieres saber también a qué hora, no es verdad? Pues estaré allí diariamente, desde el mediodía hasta las seis de la tarde.

-Entiendo -le contesté-; ahora, ¿no cree usted que debemos despedirnos?

-Sí; pero mira..., cuidado con olvidar las palabras esas: el precioso don de su confianza, y las otras de sus buenas razones muy particulares. Mira que esto es de lo muy esencial... razones muy particulares, ¿eh? ¡como de hombre a hombre!

Y sin soltarme del brazo todavía, añadió: -Creo que ya puedes marcharte, Jim... Pero, óyeme: si por desgracia fueras a tropezar ahora con Silver, ¿no es verdad que ni con caballos brutos te arrancará la confesión de lo que te he dicho? ... ¿Verdad que no?

... ¡ Ah, bueno! Pero, y si los piratas acampan esta noche en tierra, Jim, ¿no podremos esperar que para mañana estén ya un poco menos salvajes? ...

Al llegar aquí fue interrumpido por una fuerte detonación, y una bala del pedrero de a bordo vino rebotando entre los árboles y se enterró en la arena, a menos de cien yardas de donde estábamos hablando. Sin esperar más, fue aquella como una señal de nuestra despedida, y cada uno de nosotros echó a correr en dirección opuesta.

Por espacio de cerca de una hora, frecuentes disparos continuaron haciendo estremecer la isla, y las balas siguieron rompiendo y astillando los árboles del bosque. Yo me iba acercando de escondite en escondite, para evitar aquella clase de persecución pero, como hacia el fin del bombardeo, aunque todavía osaba aventurarme a entrar abiertamente en la estacada, en recinto, vela yo que caían las balas con más frecuencia, ya h comenzado a cobrar más ánimo, y después de un considerable rodeo hacía el este, logré deslizarme entre los árboles de la playa y me tendí allí en observación.

El sol acababa de ponerse; la brisa del mar crujía y revoloteaba entre los ramales del bosque, encrespando la parda superficie del fondeadero. El reflujo

iba ya muy lejos y grandes porciones de playa aparecían descubiertas. El aire, después de terrible calor del día, era más que fresco, y yo sentía ya frío través de mi jubón.

La Española permanecía aún al ancla en el mismo lugar que habíamos fondeado en la mañana; solamente que en el t de su palo mayor no flameaba la bandera del Reino Unido, -la enseña siniestra de los piratas. Desde mi escondite pude una nueva luz relampaguear a bordo, y oí una nueva detonación al par que otra bala zumbaba por el aire mientras los ecos repetían aún el trueno del disparo. Aquel fue el último cañoneo.

Permanecí todavía por cierto tiempo en mí observatorio siendo espectador pasivo del alboroto que siguió al ataque. Algunos los piratas se ocupaban de despedazar con hachas algo que esta en la playa, no lejos de la estacada: era nada menos qué el, chinchorro, según descubrí después. Allá, más. lejos, cerca de desembocadura del riachuelo, se vela un resplandor de un fuego brillando entre la arboleada, y entre aquel punto y el bu uno de los esquifes andaba yendo y viniendo, , con sus reme a, quienes poco antes había visto yo, hoscos y amenazadores, cantando ahora y silbando como chiquillos, si bien

es verdad que sus voces denunciaban el ron desde una legua.

Pensé, al cabo, que podía y debía efectuar mi vuelta a la espada. Habíanse colocado muy abajo, en la punta arenosa que cerraba el ancladero hacia el este y que se hallaba unida a la 1. del -Esqueleto por una cinta de agua de poquísima profundidad. Al ponerme en pie, mis ojos tropezaron, a alguna distancia, a abajo de la punta, con una roca aislada que se alzaba las alta entre los matorrales y que presentaba un notable color. Se me ocurrió al punto que aquella debía ser la Peña Blanca que me había hablado Ben Gunn, que algún día u otro necesitábamos un bote, era ya una ventaja saber adónde podíamos ir a buscarlo.

Me escurrí luego entre el bosque hasta - ganar otra vez espalda de nuestro baluarte; lo escalé, entré y fui cordialmente saludado por aquel grupo de leales y valientes.

Poco tardé en contarles mi aventura y comencé a m torno mí¿, para darme cuenta de nuestra posición. El reducto estaba construido con troncos de pino, sin cuadrar, así el techo como los muros y el piso. Este último se elevaba, en algunos lugares, a un pie y medio sobre la superficie de la arena. En la

puerta se había formado un portalillo o vestíbulo, bajo el cual la fuente brotaba, arrojando sus cristalinas aguas en un tazón artificial de bien extraña ralea, que no era otra cosa que un gran caldero de hierro tomado de algún navío con el fondo arrancado, e incrustado allí en la arena.

Bien poca cosa había en aquel recinto a excepción de la obra misma de la casa; en un rincón una gran piedra lisa, colocada allí para servir de fogón o brasero, y un tosco cesto de hierro para contener el fuego y ponerlo sobre la piedra.

Los declives de la loma y todo el interior de la empalizada habían sido limpiados de árboles que habían servido para la construcción de la casa Y de la estacada exterior. Por los troncos, que aún sobresalían de la tierra, podía verse qué soberbio bosque se había derribado para la erección de aquel reducito. Todos los desechos y ramas habían sido arrojados lejos o enterrados en algún vallado, después de la traslación de los maderos. La única verdura que quedaba allí era un lecho de musgo por donde corrían los derrames de la fuente que se escapaban fuera de su tosco tazón de hierro, y a un lado y otro de la corriente algunos helechos, zarzas rastreras Y matas pequeñitas, surgiendo penosamente de entre

la arena. Aún cerca de la estacada. -demasiado cerca para que sirviese de defensa según oí decir-, el bosque se extendía aún denso y elevado, todo de abetos, por el lado de tierra, y mezclado con una cantidad de árboles de la vida por el mar. La brisa fría de la noche de que antes he hablado, silbaba en cada una de las aberturas del rústico y primitivo edificio y hacía caer sobre el piso una continua lluvia de menudísima arena. Teníamos arena en los ojos, en los dientes, en los oídos, en nuestra cena y revoloteando en el desfondado caldero de la fuentecilla, que parecía una gran olla a punto de hervir. Nuestra chimenea se limitaba a un agujero cuadrado en el techo, y sólo una muy pequeña parte de humo acertaba a escaparse por allí, en tanto que todo el resto se quedaba revoloteando por la pieza, haciéndonos toser y obligándonos a enjugarnos a cada instante los ojos.

Añádase a esto que Gray, nuestro nuevo aliado, tenía la cara casi cubierta con un gran vendaje a causa de una herida que había recibido en el bosque al desprenderse de los amotinados; y que el pobre Redruth aún estaba allí insepulto, rígido y frío, a lo largo del muro, y cubierto con la bandera inglesa.

Si se nos hubiera permitido sentarnos a descansar, es claro que todos lo habríamos hecho a pierna tirante; pero el capitán Smollet no era hombre para eso. Todos fuimos llamados a su presencia y divididos en diversas facciones: el doctor, Gray y yo para una; el caballero, Hunter y Joyce para otra. Cansados como estábamos, se ordenó a dos de nosotros que fuéramos por leña, otros dos a arreglar, como mejor se pudiera, una fosa para sepultar a Redruth; el doctor fue nombrado cocinero; a mí se me puso de centinela a la puerta de la cabaña, y el capitán se empleó en andar de uno a otro levantando nuestros ánimos y prestando su ayuda material en dondequiera que se la necesitaba.

De vez en cuando, el doctor salía un momento a la puerta, separándose de su cocina para tomar un poco de aire fresco y dejar descansar algo sus ojos, que ya parecían querer salirse de las órbitas a causa del humo, y cada vez que venía a mi sitio de guardia me dirigía algunas palabras. En una de sus salidas me dijo:

-Ese hombre Smollet vale mucho más que yo. Y mira, Jim, que el decir yo eso significa mucho.

En otra ocasión, vino y se estuvo callado por un corto rato. Luego volvió la cabeza y me preguntó:

-Dime, Jim, ¿ese Ben Gunn es de veras un buen hombre?

-No podría decírselo a usted, señor -le contesté- Por lo menos dudo mucho que esté en su juicio.

-Bueno, si es posible la duda, entonces es seguro que sí lo está -replicó el doctor- Ya tú comprendes, Jim, que un hombre que durante tres años se ha estado solo en una isla desierta no puede conservar su razón tan cabal como tú y yo. Eso no es posible dentro de la naturaleza humana. ¿Dices que lo que a el parecía urgirle más era comer un pedazo de queso?

-Queso, sí, señor -le contesté.

-Está bien; pues mira tú ahora lo que es venir uno sobrenadando en la abundancia. Has visto mi caja de rapé; ¿no es verdad? Y nunca me habrás visto tomar un polvo: la razón es que en esa cajilla lo que traigo precisamente es un pedazo de queso de Parma, un queso hecho en Italia, y extraordinariamente nutritivo. Pues bien: ese queso es ahora para Ben Gunn.

Antes de que nos pusiéramos a cenar dimos sepultura al cadáver del viejo Tom en una fosa cavada en la arena, en torno de la cual permanecimos pia-

dosamente, por algún rato tristes y preocupados, con las cabezas descubiertas en aquel acto solemne.

No dudábamos que habían agotado el debate para resolver qué haríamos, siendo, como eran, tan escasas nuestras provisiones, no siendo posible prever si al fin, nos veríamos obligados a rendirnos mucho antes de que pudiese llegarnos socorro. Así, pues, se decidió que nuestra mejor esperanza era la de procurar matar a cuantos piratas pudiéramos, o largarse, al fin, con "La Española". De diecinueve que ellos eran ya se veían reducidos a quince, habiendo dos heridos, y, por lo menos uno de ellos, el que cayó junto al cañón, de gravedad. Cada vez que tuviésemos batalla, debíamos aprovechar bien nuestra pólvora con gran cuidado de no exponer inútilmente nuestras vidas. Teníamos, además, dos magníficos aliados: el ron y el clima. Por lo que hace al ron, aun. que estábamos a más de media milla del enemigo, podíamos oír su baraúnda y sus cánticos, que duraron hasta bien entrada la noche y en cuanto al clima, el doctor apostaba, su peluca a que, anclados en donde estaban, cerca o casi en medio del pantano, sin remedios disponibles, por lo menos una media docena de ellos esta. rían tendidos con fiebre antes de una semana.

-Por tanto -añadió-, si nos matan a todos nosotros de una vez, ya se darán por santos con empacarse en el buque y marcharse con viento fresco a piratear de nuevo por esos mares de Dios, que, al fin y al cabo, nuestra goleta puede servirles para ese objeto.

-Sería el primer navío que haya perdido yo en mi vida dijo el capitán Smollet.

Yo me sentía inmensamente cansado, como es fácil figurárselo, así es que en cuanto se me dejó tenderme, lo cual no sucedió sino después de mucho molestarme, caí en un sueño tan pesado que entre un tronco y yo no había la menor diferencia.

Todos los demás estaban ya levantados hacía mucho tiempo; ya habían almorzado y traído casi doble cantidad de leña que la acarreada la víspera, cuando me desperté con una baraúnda repentina y un rumor desusado de voces.

-¡Bandera de paz! -oí que decía alguno; y luego percibí, casi en seguida, que, con una exclamación de sorpresa, añadían: -¡Es Silver en persona!

Al oír esto, di un salto, y restregándome todavía los ojos, corrí a una de las troneras del reducto.

20. *La embajada de Silver*

¡Era cierto! Dos hombres estaban allí, fuera de la estacada, uno de ellos agitando una bandera blanca, y el otro de pie, junto a él, con tranquilo continente: éste era, nada menos que el mismísimo Silver.

Era todavía bastante temprano, y la mañana era tan fría que jamás sentí otra peor fuera de Inglaterra, pues un cierzo helado penetraba hasta la médula de los huesos. El cielo estaba claro, sin la más pequeña nube, Y las cumbres de los árboles tenían en aquel instante el tinte rosado de la mañana. Pero, en el bajo en que estaban Silver y su acompañante, todavía quedaba bastante sombra y aparecían como sepultados hasta la rodilla de una bruma baja, que durante la noche habla brotado del pantano. El cierzo frío y el vapor aquel, existiendo al mismo tiempo, daban una idea de la isla, tristísima por cierto. Evidentemente, aquel era un lugar húmedo, pantanoso, ardiente e insalubre por excelencia.

-¡Todo el mundo adentro! -gritó el capitán;-
apuesto diezcontra uno que esto envuelve alguna mala pasada.

-¿Quién va? ¡Alto ahí, o hacemos fuego!

-¡Bandera de paz! -respondió Silver.

Dicho esto se volvió de nuevo a los rebeldes, gritándoles: -¿Y qué vienen ustedes a buscar aquí con su bandera de parlamento?

A esta interpelación fue el hombre que agitaba el lienzo el que respondió:

-Señor, el capitán Silver desea pasar a tordo para hacer pro. posiciones.

-¿El capitán Silver? ¡No sé quién es el, no lo conozco! -gritó el capitán Smollet.

Y pude oír que añadía para sí, en voz más baja:

-¿Capitán, eh? ¡Diantre! ¡vaya si hay ascensos en la carrera!

-Silver respondió entonces por sí.

-Se trata de mí, señor. Esos pobres muchachos me han elegido su capitán después de la deserción de usted.

Recalcó muy bien la palabra deserción y prosiguió:

-Estamos resueltos a someternos si no es posible obtener algún arreglo y nada más. Todo lo que yo pido es que me de usted su palabra, capitán Smollet, de que me dejará salir sano y salvo fuera de esa estacada y un minuto de plazo para ponerme fuera de tiro antes de que se haya disparado un arma.

-Pues oiga usted esto -replicó el capitán Smollet-: lo que es yo no tengo prisa ni deseos de hablar con usted. Si quiere hablar conmigo, puede entrar aquí, y basta. Yo no tengo que empeñar mi palabra a un hombre de su calaña; si hay en esto alguna traición oculta, será sin duda, del lado de ustedes, y, en tal caso, Dios les ayude.

-Me basta con eso, capitán -contestó John Silver en tono satisfecho- Una palabra de usted es más que suficiente. Yo sé lo que es un caballero; puede usted creerlo.

Entonces pudimos ver al hombre de la bandera tratando de hacer retroceder a Silver. No era esto muy de sorprendernos atendiendo al tono caballeresco de la respuesta del capitán. Pero Silver se le rió en las barbas, y golpeándole sobre el hombro pareció decirle que la idea de todo temor o alarma era perfectamente absurda. Entonces avanzó hacia la estacada, arrojó su muleta al otro lado, y con gran vigor y destreza, logró salvar el cercado, saltando, sano y salvo, el recinto de la empalizada.

Debo confesar que lo que sucedía en aquellos momentos me atraía demasiado para que me fuera dable servir en lo mínimo como centinela. Desde luego había ya desertado de mi tronera de oriente,

que fue la que me designó el capitán y me había deslizado detrás de éste, que acababa de sentarse en el umbral del portalón, cruzando estoicamente las piernas, recargando la cabeza sobre una de sus manos y dirigiendo la vista, con la mayor indiferencia, a la fuente, que burbujeaba y salía rumorosa del caldero, para perderse correteando sobre la arena. Puse además a silbar el sonecillo del Venid, mozos y mozas!

A Silver le costada gran trabajo el subir por la ladera de la loma. Lo escabroso de ésta, los troncos de los árboles cortados, que estaban aún allí pegados unos a otros, y lo suave de la arena, hacían que el y su muleta me parecieran como un navío. dando tumbos entre las olas, sin velas y sin timón. Pero soportó aquello como un hombre, en silencio, y, por último, llegó a la presencia del capitán, a quien saludó de la manera más cortés del mundo. Habíase colocado sus mejores arreos: una gran casaca azul toda llena de botones de metal le colgaba hasta las rodillas, y un hermoso sombrero galoneado que ostentaba sobre su cabeza, ligeramente echado hacia atrás.

-¿Y bien?, ya está usted aquí -dijo el capitán levantando la cara-. Me parece que usted puede sentarse.

Vos-¿Es que no me va usted a recibir allá adentro? -dijo Silver un tanto quejoso- Me parece ésta una mañana demasiado fría para que nos estemos aquí, sentados sobre la arena.

-Silver -replicó el capitán-, si usted se hubiera conducido como un hombre honrado, a estas horas estaría usted sentado muy agradablemente en su galera. Esto no es más que obra suya. Como cocinero de mi buque, que era usted, era tratado de la mejor manera del mundo; como capitán Silver, o sea como amotinado y pirata, tiene usted por perspectiva la horca.

-Sea enhorabuena, capitán -respondió el cocinero sentándose en la arena, como se le indicaba

- Luego tendrá usted que darme la mano para levantarme, he ahí todo. ¡Bonito lugar, de veras, que se han encontrado ustedes! ¡Ah! ¡Allí está Jim! ¡Santos Y felices días tengas tú, Hawkins! ¡Doctor! ¡Usted también! Aquí me tiene usted, a sus órdenes. Y bien, ustedes están todos juntos, como en familia, por decirlo así, ¿no es esto?

-Silver -dijo el capitán-, si ha venido usted para decir algo, me parece bien que se despache pronto.

-Razón le sobra, capitán Smollet -contestó el pirata- El deber antes que todo, no cabe duda. Pues bien, vamos al asunto ayer nos han dado ustedes buen que hacer; muy buen que hacer, no lo niego, sí, señor. Hemos visto que algunos de ustedes no se chupan el dedo llevando un espeque entre las manos, ¡vive Dios que no! Por lo mismo, no trataré de ocultar tampoco que algunos de mis muchachos se han bamboleado de miedo; quizá todos estén en ese caso; tal vez yo mismo no las tenga todas conmigo, y sea ésa la razón de que me tenga usted aquí buscando un avenimiento. Pero, sépalo usted bien, capitán; ¡esto no sucederá dos veces, por vida del diablo! Tendremos que hacer nuestro cuartos de centinela, y no ir muy lejos en materia de ron. Puede que ustedes se figuren que nosotros no fuimos más que una hoja de papel lanzada en un remolino. Pero, le diré a usted: lo cierto es que yo estaba en mis cabales; lo que me pasaba es que me sentía cansado como un mulo de noria, y con sólo que se me hubiese llamado un segundo antes, los habría pillado a ustedes en el acto. Todavía a esa hora el estaba bien vivo, no le quepa a usted duda.

-¿Y bien? -dijo el capitán Smollet con la mayor calma y sangre fría del mundo.

Todo cuanto Silver decía en su enmarañado e inextricable lenguaje era, para el capitán, un verdadero enigma; pero nadie se lo habría figurado por el tono de su voz. En cuanto a mí, comenzaba a tener una sospecha. Las últimas palabras de Ben Gunn me vinieron a la memoria y me di a suponer que quizás habría hecho una visita a los piratas mientras estaban reunidos en torno de su hoguera, completamente borrachos o poco menos, y acaricié con alegría la esperanza de que quizá ya no teníamos, a estas horas, sino catorce enemigos con quienes lidiar.

-Y bien -contestó Silver-, lo que hay es esto; que queremos ese tesoro y lo tendremos; ésa es nuestra base. Ustedes, a su vez, pueden sin pérdida de tiempo, asegurar sus vidas, a lo que creo; ésa es la base de ustedes. En su poder obra un mapa, ¿no?

-¡Bien podría ser! -murmuró el capitán.

-¡Oh! Lo es, de seguro, no me cabe duda -replicó Silver. No hay para qué hacerse el misterioso con un hombre como yo; es esta una treta del todo Inútil, puede creerlo. Lo que quiero decir es que nosotros necesitamos ese mapa. Por lo demás, nunca ha-

bíamos pensado en hacer a ustedes el menor daño, ¡no señor!

-Silver, no nos crea ingenuos -le interrumpió el capitán-, sabemos perfectamente lo que se proponían hacer con nosotros, y lo cierto es que no nos importa un bledo, porque ya bien ve que, lo que es por ahora, los tales propósitos son imposibles.

Y diciendo esto, el capitán miró con la mayor calma a su interlocutor y se puso a llenar su pipa con tabaco.

-Si es que Gray ha podido... -comenzó Silver.

-Suposición inexacta - interrumpió Smollet-. Gray nada me ha dicho, por la sencilla razón de que nada se le ha preguntado. Y, lo que es más, antes de acceder, preferiré ver volar en pedazos a usted y a el y a toda esta isla bendita. Eso y nada más, mi amigo, es lo que yo opino de sus proposiciones.

Esa bocanada -perdónese la palabra en gracia de esta exactitud-, esa bocanada de mal humor del capitán, pareció enfriar bastante a Silver. Un momento antes sus palabras iban ya tomando cierto tono provocativo, que cesó ante aquella explosión.

-¡Basta con esto! -dijo- No quiero más. No discutiré lo que caballeros como usted consideran dentro o fuera de las reglas y del espíritu de verda-

deros marinos. Entretanto, y puesto que lo veo a usted a punto de encender su pipa, voy a tomarme la libertad de hacer otro tanto.

Dicho esto, llenó en efecto, su pipa y la encendió.

Durante un rato considerable, aquellos dos hombres se quedaron silenciosos, sentados con la mayor calma, ya mirándose a la cara mutuamente, ya arreglando su tabaco, ya inclinándose hacia adelante para escupir.

-Veamos, pues -resumió Silver-, he aquí las cosas sin rodeos: ustedes nos dan ese mapa para encontrar con el el tesoro y cesan ya de fusilar a pobrecillos marineros y de calentarse la cabeza aun en medio del sueño. Ustedes hacen esto, y nosotros, en cambio, les damos a escoger una de dos cosas: o vienen ustedes a bordo con nosotros, una vez que el tesoro haya sido embarcado, y, en ese caso, les doy a ustedes, bajo verdadera palabra de honor un *afilavis* (*affidavit* quería decir), de que en una costa habitada y segura los desembarcaré, sanos y salvos; o si esto no les conviniera mucho por ser medio salvajes algunos de mis hombres, o por tener recelo de despertar antiguos rencores, entonces, ¡qué demonio! pueden ustedes estarse aquí, ¡sí, señores! Dividimos las provisiones de boca con ustedes a lo legal y justo, en

proporción de lo que nos toque, a tanto por cabeza, y, lo mismo que en el caso anterior les doy mi *afilavis* de que el primer buque que encontremos lo mando acá para recogerlos. No dirá usted que esto es pura charla: la verdad es que ustedes no pueden esperar nada mejor de lo que yo propongo. Espero, pues (y al decir esto levantó la voz considerablemente), que toda la tripulación -vamos al decir-, que toda la tripulación de este reducto, considerará bien mis palabras, porque lo que he hablado para uno, hablado está para todos.

El capitán Smollet se puso en pie, sacó las cenizas del fondo de su pipa, sacudiéndola sobre la palma de la mano y luego, con toda su calma anterior, interrogó así a Silver.

-¿Eso es todo?

-¡Sí, por vida del infierno, ésa es mi última palabra! Rehuse usted eso y no volverán a oír ustedes de mí más que el zumbido de las balas de mis mosquetes.

-Está muy bien -dijo el capitán- Pues, ahora, óigame usted a mí. Si vienen ustedes a presentarse aquí, de uno en uno y desarmados, me comprometo a ponerlos a todos con grillos y esposas y llevarlos para que tengan un proceso en regla, hasta In-

glaterra. Si mi proposición no le conviene a usted, me llamo Alejandro Smollet, la bandera de mi soberano está enarbolada sobre esta casa, y prometo enviarle a usted y a todos los suyos a los apretados infiernos. Ustedes no pueden hallar, ni hallarán ningún tesoro. Ustedes no pueden navegar con esa goleta. Ustedes no pueden batirnos. Gray solo pudo salir dócilmente de entre las manos de cinco de los suyos. Su navío está como encadenado, maese Silver; ustedes están como varados en una playa de sotavento, y muy pronto se convencerá usted de ello. Yo, pues, me quedo aquí después de decirle lo que le he dicho, que es, por cierto, lo último que me oirá usted de buenas palabras, porque, ¡por vida del diablo! la primera vez que vuelva a encontrar a usted, maese Silver, le meto una bala en la cabeza, como tres y dos son cinco. Pase usted de allí. Sálgase en el acto de este lugar, mano sobre mano, y despáchese pronto.

Silver era, en aquel momento, la estampa de la ira. Los ojos parecían salirse de las órbitas, de indignación. Sacudió el tabaco fuera de la pipa y luego gritó: -¡Deme usted la mano para levantarme!

-¡No, por cierto! -replicó el capitán.

-¿Quién de ustedes quiere darme la mano? -aulló, dirigiéndose a nosotros.

Ninguno en nuestras filas se movió siquiera. Vomitando entonces las más horribles blasfemias, se arrastró sobre la arena hasta que tuvo a su alcance una de las pilastras del portalón, de la cual se asió, y ya entonces pudo enderezarse y ponerse de pie con su muleta. Caminó en seguida, Y con una acción insultante, bramó: -¡Eso valen ustedes! Antes de que haya pasado una hora ya los pondré a ustedes a hervir como ponche encendido, en su estacada. Rían ustedes, ríanse, ¡con mil diablos! Antes de una hora ya podrán reír en el infierno, y para ese tiempo los que hayan muerto podrán llamarse los más afortunados.

Con un nuevo y terrible juramento se alejó cojeando, señaló a su paso la arena en que iba enterrándose, trepó sobre la estacada con ayuda del hombre de la bandera, no sin fallar sus esfuerzos tres o cuatro veces, y, un instante después, desapareció.

21. El ataque

No bien hubo desaparecido Silver, el capitán, que le había seguido escrupulosamente con la mirada, se volvió hacia el interior del reducto; con excepción de Gray, no encontró a ninguno de todos nosotros en su sitio. Fue aquélla la primera vez que le vi verdaderamente enojado.

-¡A sus puestos! -gritó.

Y cuando todos retornamos humildemente a nuestras posiciones, prosiguió:

-¡Gray! tendrás hoy una mención honorífica en el diario de a bordo: has cumplido con tu deber como un buen marino. Señor de Trelawney, me sorprende su conducta. Doctor, yo creí que alguna vez había usted llevado encima el uniforme del rey; ¿es así como serviría usted en Fontenoy, señor? Si era así, mejor hubiera hecho usted en quedarse en su casa.

Los centinelas mandados por el doctor estaban ya todos en sus troneras; los demás hombres se ocupaban de cargar las armas, todos con la cara bien encendida, puede creérseme, y, como dice el adagio inglés, con una pulga en su oído.

El capitán vio a todos en silencio por algún rato y en seguida habló así:

-Amigos míos, acabo de descargar sobre Silver una verdadera andanada. Le he puesto, a propósito,

a punto de brea hirviente, y así es que, como nos lo ha anunciado 61 que transcurra una hora tendremos que sufrir más que nosotros, no necesito recordarlo; pero nosotros peleamos a cubierto; un minuto hace que tal vez habría añadido yo y con disciplina". No cabe duda, por lo mismo, de que p una buena sacudida, si ustedes gustan.

Dicho esto recorrió las filas rara cerciorarse de que todo estaba listo y en orden.

En los costados más angostos, o sea, en las cabezas d cabaña que veían al este y al oeste, no había más que dos troneras; en el lado sur, que era en el que estaba el portalón, poco había más que dos y cinco en el muro del lado sur, que era en el que estaba el portalón, teníamos unos veinte mosquetes, para, siete que éramos, La. habla sido arreglada en cuatro pilas -llamémosles mesas-, hacia el medio de cada uno de los lados, y, sobre cada una de mesas, se colocaron cuatro mosquetes bien cargados, listos los defensores del reducto los tuvieran a la mano. En el centro todos los sables estaban alineados en orden.

-Apáguese, el fuego-dijo el capitán-. El frío ha pasa, no es conveniente que tengamos humo en los ojos. El cesto de hierro, con sus leños encendidos,

fue sacado por el señor Trelawney en persona fuera de la cabaña, y W se apagaron con la arena.

-Hawkins no ha almorzado todavía -continuó el
 ¿Vamos, chico, despáchate por tu mano y vuélvete a tu puesto a comer. Vivo vivo, muchacho; podría ser que no tuvieses tiempo de terminarlo. Tú, Hunter, sirve a todos un buen vaso de cognac.

Mientras esto se hacía, el capitán completaba en su imaginación el plan de defensa.

-Doctor, usted se situará en la puerta -con exponerse; manténgase a cubierto y haga fuego por el portalón. Hunter, tú te situarás en el costado orle tú al otro lado, al oeste. Señor de Trelawney, a mejor puntería, se le encomienda, ayudado por de este largo do del norte, que tiene cinco troneras. peligro corremos, ese peligro está en ese punto. Si ellos subir hasta aquí y hacer fuego hacia adentro del reducto, por nuestras propias troneras, las cosas comenzarían a ponerse, Hawkins, ni tú ni yo. somos muy hábiles, según puntería; nosotros, pues, permaneceremos al lado ocupados en cargar las armas.

Como el capitán había dicho, el frío había, como el sol hubo pasado sus rayos por sobre, las copas de los árboles hasta nosotros, se dejó sentir con toda su fuerza sobre las partes no sombreadas y disipó,

en un instante, la bruma del pantano. Muy pronto la arena estaba Ya abrasándose y la resina de los abetos comenzaba a derretirse en los muros del reducito. Colgamos a un lado sacos y jubones, las camisas se abrieron por las peche. ras, descubriendo nuestros cuellos casi hasta los hombros, y ya en esa actitud, cada uno estuvo de pie firme, arma al brazo, en su puesto, con la doble fiebre del calor y de la mayor expectativa.

Así pasó más de una hora.

-¡Mal rayo los parta! -dijo el capitán- Esto si que es tan pesado como una calma chicha. Gray, síbale al viento.

Como si alguien hubiera oído los votos del capitán, en aquel mismo instante nos llegó la primera noticia del ataque.

-Dispense usted, capitán -dijo Joyce-; si descubro a alguno, ¿debo hacer fuego?

-Ya lo he dicho antes -contestó el capitán.

-Mil gracias, señor -contestó Joyce con cortesía.

Por algunos momentos nada sucedió; pero aquel corto diálogo nos había puesto a todos alerta, concentrando toda nuestra vida en los oídos y los ojos. Los tiradores seguían con sus mosquetes en las ma-

nos; el capitán en el centro del reducto, con los labios muy apretados y con el ceño fruncido.

Así transcurrieron unos segundos más, hasta que, de repente, oímos a Joyce preparar su arma y disparar acto continuo. Todavía no se apagaba el eco de su detonación, cuando ya lo oímos repetido por disparos que partían de afuera, uno tras de otro, en una descarga nutrida, sobre cada uno de los cuatro costados del reducto. Varias balas dieron contra los postes de los muros; pero ninguna penetró adentro. Cuando el humo se había disipado, la estacada y el bosque que la circundaban aparecían tan quietos y desocupados como antes: ni una rama se movía, ni el brillo del canon de un solo mosquete denunciaba la presencia de nuestros adversarios.

-¿Le acertaste a tu hombre? -preguntó el capitán.

-No, señor -replicó Joyce-, me parece que no.

-Pues podías hacer algo mejor que eso, a decir verdad -refunfuñó el capitán Smollet- Hawkins carga otra vez el mosquete. ¿Cuántos cree que había del lado de usted, doctor?

-Puedo decirlo con toda precisión: tres disparos se hicieron de este lado. He visto tres llamaradas, dos de ellas muy juntas y la otra más lejana, hacia el poniente.

-¡Tres! -dijo el capitán-. ¿Y cuántas por el lado de usted, señor de Trelawney?

Esta pregunta no fue contestada con tanta exactitud. Según el caballero, los disparos hechos sobre el costado norte eran unos siete, y ocho o nueve según el cómputo de Gray. De los lados este y oeste sólo un tiro había partido. Era, pues, indudable, que el ataque iba a verificarse sobre el lado norte, y que en los costados restantes solamente se nos iba a molestar con un conato de hostilidades. -Sin embargo, el capitán Smollet no hizo el menor cambio a sus disposiciones anteriores. Si los sublevados lo salvar la empalizada y posesionarse de algunas de nuestras troneras no ocupadas, de seguro que se nos iba a fusilar impunemente como a ratas, dentro de nuestra misma fortaleza.

Pero no se nos dio mucho tiempo para deliberaciones. Retinamente, con un fuerte grito de "¡Arriba!" una pequeña n de piratas saltó de entre los árboles, en el lado norte, y se pitó directamente sobre la estacada. En el mismo Instante, tiradores ocultos en el bosque abrieron el fuego nuevamente,"- una bala de rifle silbó a través de la, puerta y, golpeando sobre el mostrador del doctor se lo hizo literalmente añicos.

Los asaltantes se encaramaron sobre la empalizada como nos; el caballero y Gray hicieron fuego una y otra vez, y tres hombres de aquellos cayeron, uno, dentro del recinto de la empalizada y dos hacia afuera aunque de estos últimos uno parece que estaba más azorado que herido, porque no tardó, en ponerse pie y, desaparecer, en un abrir y cerrar de ojos, entre los árboles.

Dos, pues, habían mordido, el polvo, uno había huído y habían ya logrado entrar de pie firme en el recinto de defensa, mientras que al abrigo de los árboles, siete u ocho hombres, cada uno de los cuales tenía evidentemente, un su mosquetes, mantenían un fuego vivo y nutrido aunque ,el menor resultado, contra los muros de nuestro reducto.

Los cuatro que se habían arriesgado al asalto se lanzaron derechos sobre ellos varias voces; pero se movían, eón tal y era tal la prisa de nuestros tiradores que no se logró alguna de sus balas diera en el blanco. En un momento, los cuatro piratas habían trepado el declive de la loma y estaban ya sobre nosotros.

La cabeza de John Anderson apareció en la tronera del centro, gritando con una voz de trueno: - ¡Todos a ellos! ¡Todos a ellos!

Al mismo instante otro pirata logró apoderarme del bosque, de Hunter, sujetádoselo violentamente por el cañón y desea sobre aquel leal un golpe tan tremendo que lo hizo rodar en un sin sentido. Entretanto, un tercero corrió, sano y salvo, en torno de la casa y apareció, súbitamente en la puerta, cayendo sobre el doctor, cuchillo en mano. Nuestra posición había cambiado por completo. Un momento antes peleábamos nosotros a cubierto y el enemigo a campo ahora nosotros éramos los descubiertos e imposibilitados para devolver golpe por golpe.

El Interior del reducto estaba lleno de humo, a cuya circunstancia debimos, en parte, nuestra salvación relativa. Gritos, confusión, relámpagos de armas de fuego, detonaciones y un gemido muy prolongado y perceptible, todo esto repicaba de una manera atronadora en mis oídos.

-¡Afuera, muchachos, afuera! -gritó el capitán-. ¡A pelear al descubierto y mano al arma blanca!

Yo arrebaté una cuchilla de las del centro, y alguno que al mismo tiempo se apoderaba de otra me infirió una cortada en los nudillos de la mano, que casi ni sentí. Me lancé hacia la puerta. saliendo a la luz del sol. Alguien, no sé quién, venía detrás de mí. Frente a mí, el doctor perseguía a su atacante ladera

abajo, y precisamente en el momento en que mis ojos tropezaron con el grupo, el doctor dejaba caer sobre su enemigo un tajo soberbio que lo tiró en tierra, revolcándose, con una cuchillada que le dividía toda la cara.

-¡Rodead la casa, muchachos! -gritaba el capitán.

Al oírle aquel grito noté, a pesar de la baraúnda general, que en su voz había un cambio muy notable.

Obedecí como un autómatas girando hacia el costado este, con mi cuchilla levantada. Pero, al dar vuelta a la esquina del reducto, me encontré frente a frente con Anderson. Aquel hombre rugía como una fiera, y su marrazo se alzó sobre su cabeza, brillando la hoja en el aire al rayo del sol. No tuve tiempo para sentir mi aquel hombre aún no descargaba su mandoble sobre mí, cuando la pisa, yo resbalé instantáneamente en el declive, y perdí sobre la arena, rodé cuan largo era por la bajada.

Gray que seguía a tres pasos de mi carrera, había derribado gran contramaestre en tierra antes de que hubiera tenido tiempo de recobrase por haber fallado su golpe sobre mí. Otro de ellos había recibido un tiro mortal en el momento mismo en que hacer fuego por una de las troneras, y estaba allí,

agoniza con la pistola -todavía humeante entre sus manos. El doctor, aún pude notar, había dado buena cuenta de un tercero con un tajo magnífico. De los cuatro que habían escalado la empalizada uno sólo quedaba Intacto, y éste, que había dejado escapar su chilla en la refriega, va iba en aquel momento saltando de nuevo sobre la empalizada para ponerse a cubierto de la muerte que cernía sobre su cabeza. -¡Luego, desde adentro! -gritó el capitán-. ¡Y ustedes, muchachos, al reducto de nuevo!

Pero su orden ya no tuvo efecto; ningún disparo partió los troneras, y el último de los asaltantes pudo escapar, sano salvo, y desaparecer con todos los demás en el bosque. En segundos , no quedaban ya más trazas de los asaltantes que cinco de ellos que hablan caído en la refriega, de los cuales cuatro yacían dentro y, el quinto fuera del recinto de la estaca.

El doctor, Gray, y yo corrimos con todas nuestras fuerzas para ponerlo al abrigo, pues era probable que los asaltantes volvieran pronto al lugar en que hablan dejado sus mosquetes y abrieran, , una vez más el, fuego sobre nosotros.

Nuestra casa, a la sazón, estaba ya bastante despejada humo y pudimos ver, a la primera ojeada, el precio a que habíamos comprado la, victoria. Hun-

ter yacía sin sentido al pie de tronera; Joyce, cerca de, el, con una bala en el cerebro, yacía también para no volver a moverse nunca y, en el medio del recinto el caballero sostenía al capitán, tan pálido el uno como el otro.: -91 capitán está herido -dijo el señor de Trelawney. corrido ésos? -preguntó el capitán Smollet.

linternas les faltaban -contestó el doctor-. Pero allí está, cinco de ellos, que no volverán a correr más.

-¿Cinco? -exclamó el capitán-. ¡Tanto mejor, vamos! cinco, de ellos y tres de nosotros; eso nos deja nueve contra cuatro. Eso es ya mucho menos desproporcionado que en un principio. Entonces éramos siete para diecinueve; al menos así lo creíamos, cual es casi tan malo como serlo en realidad.

Los sublevados no fueron ya muy pronto sino ocho, pues hombre herido por el caballero, a bordo del buque, con su disparo hecho desde el bote, murió aquella misma noche a causa de sus lesiones. Esto, sin embargo, no se supo en nuestro reducto sino después.

PARTE UINTA
MI AVENTURA EN EL MAR

22. De cual fue el comienzo de una aventura

Los sublevados no volvieron ya; ni siquiera un disparo más volvió a salir de entre los árboles. Habían recibido su ración por aquel día, según la frase del capitán, y quedábamos, por tanto, en posesión de nuestro reducto, con tiempo para cuidar y trasladar los heridos y para hacer la comida. El caballero y yo pusimos nuestra cocina afuera, a pesar del peligro que corríamos; pero aun allí podíamos difícilmente atender a lo que traíamos entre manos, a causa de los quejidos y lamentos que nos llegaban de los pacientes del doctor.

De ocho personas que habían caído durante la batalla, sólo tres respiraban aún: el pirata que fue herido junto a la tronera, Hunter y el capitán Smollet; y aun de éstos, los primeros eran, poco menos que muertos. El sublevado murió, en efecto, bajo el bisturí del doctor, y en cuanto a Hunter, por más esfuerzos que se hicieron para volverlo a sus sentidos, no tuvo ya conciencia de si mismo en este mundo, por lo cual, al llegar la noche, sin voz ni estremecimiento alguno, entregó el alma a su Hacedor.

Las heridas del capitán eran graves, en verdad; pero no fatales. No había órgano alguno interesado con lesión mortal. La bala de Anderson, que fue la que primero lo hirió, había roto la parte superior del hombro y tocado ligeramente uno de los pulmones. La segunda bala le había nada más atravesado la pantorrilla, rasgándole y dislocándole algunos músculos. Su restablecimiento era seguro, al decir del doctor; pero, entretanto y por el espacio de semanas enteras, no debería ni andar ni mover el brazo, y aun de hablar debía abstenerse hasta donde le fuera posible.

Mi cortada accidental en los nudillos era un rasguño insignificante; el doctor me curó poniéndome

algunas tiras de tela en plástica y me dio un tirón de orejas por haber salido tan bien librado.

Cuando terminamos nuestra comida, el caballero y el doctor se sentaron en consulta al lado del capitán, y cuando ya habían hablado cuanto tenían que decir, y siendo a la sazón cerca del mediodía, el doctor tomó su sombrero, se puso al cinto sus pistolas, depositó en su bolsa de pecho la carta del capitán Flint, y Poniéndose un mosquete al hombro y un sable a la cintura, cruzó la empalizada por el lado norte y se aventuró entre los árboles.

Gray y yo estábamos sentados juntos en el extremo opuesto del reducto, de manera de estar fuera del alcance de la covicción de nuestros superiores en consulta. Gray retiró la pipa de sus labios y no volvió a acordarse de llevarla a ellos nuevamente tan atónito le dejaba cuanto vela.

-¡Por vida del demonio! -exclamó-. ¿Se ha Vuelto loco doctor Livesey?

-No, a lo que creo -le respondí-. Me parece que de nosotros es el el menos expuesto a ese accidente, chico, pues si no lo está el, oye bien lo que digo: debo estarlo yo!

-¡Es posible -le repliqué-. El doctor tiene su idea, y, si no me equivoco, creo que va ahora a buscar a Ben Gunn.

Los sucesos demostraron que estaba yo en lo justo y racional. Pero entretanto, como el reducto aquel estaba caliente como horno y la arena de afuera ardiente como una brasa con el mediodía, comenzó a bullir en mi cabeza una idea de la cual no podía decirse, como de la otra, que era racional y justa, lo que me pasó fue que empecé a envidiar al doctor, mareando, fresca sombra de los árboles, rodeado de pájaros y aspirando aire fresco olor de los pinos, mientras yo estaba allí, asándome, espalda pegada a aquellos maderos que saturaban mi traje, una resina a medio fundir, rodeado de sangre por todas partes, en medio de tantos cadáveres tendidos a mi alrededor, y pensé en ello que acabé por sentir hacia aquel lugar un disgusto que era casi tan fuerte como el miedo mismo.

Todo el rato que estuve ocupado lavando el interior del reducto y en seguida aseando los trastos para la comida, ese disgusto y esa envidia continuaron acentuándose más y más en mi ánimo, hasta que, por último, encontrándome a mano con una canasta de pan y no habiendo en aquel instante nadie que

me observara, me llené de bizcochos todas las faltriqueras y di, con eso, el primer paso en la vía de mi escapada.

Era yo un buen tonto, si se quiere, y ciertamente lo que yo iba a hacer no podía calificarse sino como una locura y un acto temerario; pero yo estaba bien determinado a llevarlo a cabo, con todas las precauciones que me era dable tomar. Aquellos bizcochos, caso de que algo me sucediera, podrían alimentarme, por lo menos, hasta el día siguiente.

Después de los bizcochos, la próxima cosa de que me apoderé, fue de un par de pistolas, y como yo tenía ya de antemano un polvorín y balas, me sentí suficientemente provisto, de armas.

Por lo que hace al proyecto en sí, tal como estaba encabeza, me parece que no era del todo malo: iba a buscar, en división arenosa existente -entre el fondeadero y el mar abierto, la peña blanca que había visto la víspera, y cerciorarme sí era o no la que escondía el bote de Ben Gunn; cosa bien digna de ejecutarse, según todavía hoy me parece. Pero teniendo tenla la seguridad de que no se me permitirla abandonar el recinto de la estacada, mi plan se redujo a despedirme a la francesa y deslizarme afuera cuando nadie pudiera verme, lo cual era en muy malo. Pero

yo no era más que un muchacho, y mi resolución estaba perfectamente tomada.

Ahora bien, las cosas, se me presentaron, al cabo, de tal manera, que encontré una oportunidad admirable para mi objeto. El caballero y Gray estaban muy entretenidos arreglando los, vendajes del capitán, la costa estaba libre; me lancé ágilmente sobre í, estacada, me interné en la espesura de los árboles, y antes de que Mi ausencia pudiera ser notada, ya estaba yo fuera del alcance de la voz - de mis compañeros.

Esta era ya mi segunda locura, mucho peor que la primera, supuesto que no dejaba en la casa sino dos hombres sanos y Vos para custodiarla; pero, como la primera, en segunda calaverada contribuyó a salvarnos a todos nosotros.

Hice rumbo derecho hacía la costa oriental de la isla, pues t resolución era Ir a la punta por el lado que daba al mar, por evitarme toda probabilidad de ser observado desde el fondo de la tarde estaba ya bastante adelantada; pero todavía brillaba el y no era poco el calor que se hacía sentir aún. Mientras proseguía mi marcha, cortando el alto y espeso bosque, escuchaba a lo, lejos delante de mí, no sólo el trueno continuo de la majada, sino cierto frotamiento de

hojas y crujidos de ramas que demostraban que la brisa del mar se había desatado más que de ordinario. Muy pronto, bocanadas de aire fresco comenzaron a llegar hasta mí y a pocos pasos me encontré ya bordes abiertos del bosque y pude ver el mar azul y lleno reverberando desde la orilla hasta el límite lejano del horizonte mientras sus oleadas murmuraban, recortando sus capricho de espuma a lo largo de la playa. Nunca he visto el mar tranquilo en todo el derredor de Isla del Tesoro. El sol Puede lanzar desde arriba cuanto calor sea posible-, puede muy bien la atmósfera estar sin una sola gota de viento, y la superficie lejana de las aguas tersa y azul; esto no impedirá jamás que aquellas ¡grandes moles de agua espumante rueden a lo largo de toda la costa tronando de día y de noche, de tal suerte que apenas habrá lugar alguno en la ¡ala entera de se pueda uno librar de oír aquel rumor eterno.

Yo seguí entonces el borde de la playa, marchando junto a la rompiente, con gran deleite mío, hasta que, juzgándome ya bastante lejos hacia el sur, me interné de nuevo en la espesura del bosque y me fui acercando cautelosamente hacia la parte elevada de la punta término de mi viaje.

A mi espalda estaba el mar y al frente el fondeadero. La brisa del mar, como si hubiera gastado toda su fuerza en el soplo violento de hacía un rato, habla cesado ya y le sucedían ahora suaves corrientes de aire cuya dirección variaba del sur al sudeste, arrastrando grandes masas de niebla. El ancladero, a sotavento de la isla del Esqueleto, seguía terso y plomizo como cuando penetramos en el la mañana del día anterior. "La Española". se reproducía toda entera en aquel tranquilo espejo, retratando su casco desde la línea de flotación hasta los topes de los mástiles, en que flotaba la bandera de los piratas.

A uno de los costados se vela uno de los esquifes y Silver aparecía junto a una de las velas de popa. Al hombre aquel siempre me era fácil reconocerlo. Dos de los sublevados aparecían recargados en la balaustra; uno de ellos era el mismo hombre de la gorra encarnada que pocas horas antes había yo visto a horcajadas sobre la empalizada. Al parecer no hacían más que hablar y reír, aun cuando a la distancia a que yo me encontraba de ellos -algo más que una milla- no podía llegarme, por supuesto, ni una sola palabra de lo que conversaban. En aquel instante comenzó de repente el más horrendo e indescriptible rumor de alaridos, que de pronto me alarmaron

bastante, aunque luego reconocí, por fortuna, la voz del "Capitán Flint", y aun me pareció distinguir al pájaro mismo, con su brillante plumaje verde, saltar sobre el puño de su amo.

Pocos momentos después vi que el esquife se movía, empujado hacia la playa por el hombre de la gorra encarnada y su compañero, que habían descendido a él por la puerta de la popa.

Al mismo tiempo que sucedía esto, el sol se ocultaba tras la cumbre de El Vigía y como la niebla se amontonaba rápidamente, todo comenzaba a ponerse oscuro. Ví, en consecuencia, que no tenía tiempo que perder si es que debía encontrar el bote aquella misma tarde.

La Peña Blanca, bastante visible sobre los arbustos, estaba todavía como a un octavo de milla distante de mí, hacia la parte baja de la punta, y así es que tardé aún un poquito en llegar a ella, teniendo, a trechos, que marchar en cuatro pies, entre las zarzas y retamas. Era ya casi de noche cuando puse mis manos sobre sus ásperos y escabrosos costados. Justamente abajo percibí un pequeño hueco de verde césped, oculto por montoncillos de tierra y un matorralillo de arbustos no más altos que la rodilla, que crecían allí abundantemente, y en el centro de la

hondonada, no me cabía duda, se miraba una pequeña tienda hecha de pieles de cabra, como las que los gitanos tienen la costumbre de llevar sigo en Inglaterra.

Me deslicé adentro de la, cuenca, levanté uno de los lados de la tienda, y allí, en efecto, estaba, el bote de Ben Gunn, de factura casera sí alguna vez los hubo. Era éste una tosca estructura de madera, correosa, apenas desmochada y extendida ella una piel de cabra con el pelo hacia adentro. Aquel juguete era en extremo pequeño, hasta para mí, y puedo difícilmente que hubiera podido sostenerse a flote con un hombre de ordinaria. Veíanse en el un banco de remeros tan bajo como posible imaginarse, una especie de apoyo para los pies hacia, proa y unos dos canaletes o remos para propulsión.

Hasta aquel día jamás me había sido dable tener ante mis ojos, uno de esos botes enteramente rudimentarios y primitivos una: por los antiguos pescadores bretones, y aun parece que también por los egipcios y que en la vieja Bretaña se llamaron coracles³ pero, en aquel momento tenía un verdadero coracle en mi presencia y no me será posible dar

³ El coracle era hecho con un débil armazón de madera recubierta pieles

mejor idea de el sino diciendo era, sin duda alguna, igual al primero y más imperfecto aparato de flotación que fabricara el hombre. Pero la verdad es que, todos los defectos del coracle, tenía, como éste, la gran ventaja de ser en extremo ligero y portátil.

Ahora bien; se supondrá que una vez que hube encontrado mi bote, tuve ya con eso bastante para sentirme satisfecho de, truhanería, por aquella vez; pero el caso es que, durante tiempo, otra ocurrencia había venido a herir mi imaginación, y tanto, me apasioné de ella, que se me figuraba la h cabo en las barbas del mismo capitán Smollet. Esta la de aventurarme en aquel bote, protegido por la noche, llegar suavemente hasta "La Española", cortar el cable su ancla y dejarla echarse sobre la playa, adonde la llevar buena o mala ventura. Yo me había fijado en que, después lección que los rebeldes acababan de recibir aquel día, probablemente no encontrarían cosa mejor que hacer que levar anclas lanzarse con la goleta al mar. Parecióme conveniente y grato de veras el impedirles llevar a cabo tal resolución, y me afirmé en la practicabilidad de mi pensamiento cuando vi que, no dejaban al guardián de la nave, encastillado en ella, ni un solo bote.

Me senté, pues, a esperar que se hiciera bien densa la oscuridad y me puse, entretanto, a comer, con gran apetito, al de mis bizcochos. Era aquélla una noche, ea quizá, entre mil para realizar mi propósito. La niebla había sepultado completamente el cielo y el horizonte. Conforme los últimos rayos crepúsculo desaparecían, la oscuridad más completa cala sobre la isla del Tesoro. Así es que, cuando concluí para echarme a cuestras el botecillo aquel y me encaramé, como Dios me ayudó, para salir de la hondonada en que acababa de cenar, no quedaban ya más que dos puntos visibles en todo el ancladero.

Uno de ellos era la gran hoguera encendida en la playa, en torno de la cual los derrotados piratas se consolaban de su desastre en medio de una tremenda borrachera, a orillas del juncal. El otro, que no era sino un reflejo de luz opaca rompiendo apenas las tinieblas, indicaba la posición del navío. La bajamar le habla hecho describir un semicírculo completo en torno de su amarre, de manera que, a la sazón, la proa estaba vuelta hacia mí. Las únicas luces encendidas a bordo estaban en la popa y en la cámara, de suerte que el ligero resplandor que yo vela no era más que el reflejo, sobre la niebla, de los

fuertes rayos luminosos que se escapaban de la ventanilla de popa.

La marea había bajado hacía ya mucho rato, así es que tuve que ir vadeando por largo trecho en una arena pantanosa en la cual varias veces me sumí hasta la pantorrilla, antes de que pudiera llegar al límite en que el agua seguía su marcha de retroceso. Con alguna fuerza y no escasa destreza vadeé el agua del mar cómo lo había hecho en la playa y con toda felicidad boté quilla abajo mi coracle sobre la movediza superficie.

23. El reflujo corre

El esquife de Ben Gunn, como yo me lo figuré desde antes, con sobra de razón, era un bote muy seguro para una persona de mi estatura y de mi peso, y tan ligero como boyante siguiendo su vía por el mar; pero era, al mismo tiempo, el más intratable y desobediente navichuelo que puede imaginarse para lo que se refería a su manejo. Por más que uno hiciera, el siempre se iba de lado, a sotavento de preferencia a cualquiera otra dirección, así es que el

ir siempre volteando era la maniobra, que más se acomodaba con su naturaleza. Recuerdo que el mismo Ben Gunn me había dicho que su bote era extraño y difícil para manejar hasta que se le encontraba el modo.

Y la verdad es que yo no le "encontraba su modo". Entre mis manos iba y volvía en todas direcciones, excepto en la que yo necesitaba. Nuestra marcha, casi constante, era sobre un costado, y tengo la seguridad de que, a no ser por causa de la marea, jamás hubiera logrado llegar el barquichuelo aquel adonde yo quería.« Por mi buena suerte, por más que yo remaba, el reflujo seguía arrastrándome siempre hacia abajo, en la dirección precisa en que estaba anclada "La Española", de la que, por tanto, era punto menos que imposible desviarse.

Al principio no veía delante de mí más que un borrón, más negro aún que la misma oscuridad; a poco, casco, mástiles y cordaje comenzaron a tomar forma distinta a mis ojos, y un momento después (que no fue más, supuesto que la corriente de la marea me arrastraba cada vez con mayor violencia), ya estaba mi botecillo al lado de la guindaleza, de la cual me así en el acto.

La guindaleza estaba tan tirante como la cuerda de un arco, y la corriente era tan fuerte que mantenía a la goleta en una gran tensión sobre su ancla. En torno del casco la corriente bullía, escarceaba y, burbujeante y murmuradora, se rompía sobre los costados por las vertientes de una montaña. No tenía ya que hacer otra cosa sino dar un corte a aquella cuerda con mi navaja de a bordo, y "La Española" se iría zumbando corriente abajo.

Todo esto estaba muy bueno; pero cuando ya me disponía a completar mi hazaña se me ocurrió repentinamente que una guindaleza cortada de súbito es una cosa tan peligrosa como un caballo que da coces. Las probabilidades eran diez contra una de que, si era bastante temerario para cortar a "La Española" de su ancla, tanto mi navichuelo como yo teníamos que pagar demasiado caro aquel atrevimiento, tal vez con un naufragio seguro.

Esta consideración me detuvo en el acto, y si la fortuna no me hubiera favorecido de nuevo, de una manera muy particular, habría tenido que abandonar mi designio por completo. Pero los vientos mansos que habían comenzado a soplar del sudeste y del sur habían cambiado, después de entrada la noche, en dirección del sudeste. Precisamente en el tiempo que

yo gasté en reflexionar, vino una bocanada que tomó a la goleta, empujándola hacia la corriente y, con gran regocijo mío, sentí que la tensión de la guindaleza, que tenía aún asida, disminuyó tanto que, por un momento, la mano con que la sujetaba se encontró sumergida.

Esto bastó para que yo formara mi resolución: saqué mi navaja, la abrí con los dientes y con las mayores precauciones fui cortando uno tras otro los hilos de aquella cuerda, hasta que la goleta quedó sostenida por dos únicamente. Entonces me detuve, esperando, para cortar estos dos últimos, a que la tensión se aligerase de nuevo por otra ráfaga de viento.

Durante todo este tiempo no había cesado de oír voces que, Partiendo de la cámara de popa, se elevaban en diapasón bastante alto; pero, a decir verdad, mi imaginación estaba de tal manera preocupada con otras ideas, que apenas si había prestado oído. Pero, a la sazón, que ya tenía mucho menos que hacer, comencé a parar mientes algo más en lo que se decía.

Desde luego pude reconocer la voz del timonel Israel Hands, el antiguo artillero del buque del capitán Flint. La otra era, por descontado la de mi co-

nocido, el hombre del birrete rojo. Ambos estaban borrachos como cabras, lo que nos les impedía seguir bebiendo pues durante mi escucha, uno de ellos, con un grito de ebrio, se asomó a la popa y arrojó por ella un objeto que me pareció ser una botella vacía. Pero no solamente estaban bebidos, sino que pude cerciorarme fácilmente de que se encontraban en pleno estado de riña. Los juramentos menudeaban como granizos y, a cada instante, se dejaban oír tales explosiones de ira, que me pareció indudable que aquello iba a concluir a golpes. Sin embargo, una y otra de esas explosiones pasaron sin ir a más; las voces se tornaban a gruñir en tono más bajo por algún rato, hasta que se presentaba la próxima crisis y pasaba, como las precedentes, sin resultados.

Allá, bajo la playa, distinguíase aún el resplandor de la gran hoguera del campamento brillando vigorosa a través de los árboles de la playa. Alguien de entre los piratas estaba cantando una vieja y monótona canción marina. Más de una vez, durante la travesía, oí esa misma cantilena, de la cual recordaba estos dos versos:

No tornó a bordo sino un hombre vivo,

Cuando eran, al zarpar, setenta y cinco.

Parecióme aquel un estribillo muy dolorosamente adecuado a una tripulación como la nuestra, que acababa de sufrir pérdidas tan crueles en la mañana misma de ese día. Pero, a la verdad, lo que yo vi me confirmó en la idea de que aquellos filibusteros eran tan insensibles como el mar sobre el que navegaban.

La ráfaga de brisa que yo esperaba llegó al fin; la goleta se ladeó un poco y se acercó más a mí, en medio de la oscuridad.

Una vez más sentí que la guindaleza se aflojaba en mi mano y con un bueno, aunque penoso esfuerzo, corté las últimas fibras que aún sujetaban a "La Española".

La acción de la brisa sobre mi navichuelo era casi imperceptible, lo que no impidió que casi al punto me sintiera arrastrado contra la proa de la goleta. Pero, libre ya de sus ligaduras, "La Española" comenzó a girar sobre su propio eje, tornándose con lentitud a través de la corriente.

Trabajé como una furia, porque a cada instante esperaba verme sumergido, y tan luego como vi que me era imposible dirigir mi barquichuelo de modo de salir resueltamente del círculo que describía la

goleta, preferí empujarlo en derechura hacia la popa. Por último, me vi libre del alcance de mi peligrosa vecina; pero, en el instante mismo en que imprimía el último impulso a mi coracle, mis manos tropezaron con una cuerda ligera que la goleta iba arrastrando a popa, de sobre la borda. Rápida e instintivamente, me apoderé de ella.

¿Qué fue lo que dictó ese movimiento? Me sería muy difícil explicarlo; fue, como antes dije, un acto de mero instinto; pero, no bien tuve en mis manos aquel cabo y me cercioné de que estaba bien sujeto por arriba, la curiosidad comenzó a sobreponerse en mí a todo otro sentimiento, y determiné satisfacerla, echando una ojeada al interior del buque, a través de la ventanilla de popa.

Fui avanzando una mano y después otra por la cuerda, y cuando me creí a una buena distancia, no sin un inmenso peligro, me hice cuidadosamente hasta una altura doble que la elevación de mi cuerpo, poco más o menos, lo cual me permitió pasear la vista por el techo y una parte del interior de la cámara.

A este punto, tanto la goleta como su microscópico apéndice, se iban ya escurriendo con bastante velocidad sobre las aguas, y no cabía duda de que

nos hallábamos a la altura del campamento de los piratas. El navío, como dicen los marinos, iba hablando en voz alta, hollando los incontables borbotones, con un bamboleo incesante y desordenado. No bien hube visto, a través de la puerta, comprendí por qué razón aquel bamboleo extraño no había provocado alarma alguna en los vigilantes de la goleta. Una ojeada bastó para explicármelo, y debo añadir que una ojeada fue todo lo que me atreví a aventurar desde aquel inseguro apoyo. Lo que vi fue que Hands y su compañero estaban encerrados juntos, empeñados en un combate encarnizado, cada uno con la mano echada a la garganta del adversario.

Me deslicé otra vez sobre el travesaño de mi esquiife, y a te que ya era tiempo, pues con un segundo más de dilación habría sido hombre al agua infaliblemente. No podía ver nada por el momento, a no ser aquellas dos horribles caras amoratadas por la furia, retorciéndose en gestos abominables, bajo la humeante lámpara; tuve, pues, que cerrar los ojos para acostumbrarme de nuevo a la oscuridad por algún rato.

Cuando esto pasaba, la balada aquella cantada en el campamento, que amenazaba durar eternamente,

había concluido ya, y la bien sisada compañía de piratas, reunida en torno del fuego, prorrumplía a la sazón en aquel coro que tan conocido me era:

*Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto,
Son quince, ¡oh, oh, oh!, son quince; ¡viva el ron!*

Precisamente, pensaba yo, a aquella misma hora, ¡qué ocupados andaban la bebida y el diablo en la cámara de "La Española"! En esto sorprendiome sobremanera sentir que mi esquife -zozobraba repentinamente; guiñó de una manera viva y pareció cambiar de dirección. Observé, al mismo tiempo, que la rapidez de la marcha aumentaba de una manera extraña.

La sacudida me había obligado a abrir los ojos. En todo mi derredor advertí pequeñas hinchazones de agua que se entumecía acompañada de un sonido agudo y áspero y presentaba reflejos fosforescentes. La misma "Española", en cuya estela iba yo arrastrando a pocas yardas de distancia, me pareció que tambaleaba en su curso y que sus mástiles y cordajes se echaban un poco de lado, contra la negrura de la noche; más aún, examinando con más atención, no

me cupo duda de que la goleta iba rodando rumbo al sur.

Di una pálida mirada sobre mi hombro y el corazón me dio un vuelco terrible, presa de espanto. Allí, precisamente a mi espalda, se veía el resplandor de la hoguera del campamento. La corriente había volteado en ángulo recto, barriendo con ella, en su curso rápido, lo mismo al alto buque que al diminuto y danzarín coracle. Y, a cada instante, su velocidad aumentaba, y cada vez brotando más altas sus burbujas, cada vez murmurando más y más recio, corría y corría, alejándose a través del estrecho para engolfarse en alta mar.

De repente, la goleta, que iba de frente, dio una guiñada violenta, virando quizá como unos veinte grados, y casi en el acto se oyeron a bordo exclamaciones, una tras de otra, y luego el ruido de pasos precipitados en la escala de la carroza.

Era, pues, evidente que los dos borrachos se habían dado cuenta, al cabo, del desastre que interrumpía su querella y los hacía despertar a la realidad.

Me tendí entonces boca abajo en el fondo de mi esquife y de, todas las veras encomendé mi alma a Dios, porque creí llegado mi último momento. Te-

nía por cosa inevitable que a la salida del estrecho deberíamos embarrancar en algún esquife o estrellarnos contra algunas rompientes enfurecidas, en las cuales todas mis cuitas encontrarían un pronto término. Pero, aun cuando no me asustaba tanto la muerte en sí, me era imposible ver con serenidad el género de ejecución capital que se aproximaba por instantes.

En aquella posición debo haber permanecido horas enteras, empujado de aquí para allá por las altas olas, mojado de cuando en cuando por la espuma que volaba en copos, y creyendo sin cesar que a la primera sumergida me aguardaba la muerte. Gradualmente la laxitud y el cansancio se fueron apoderando de Mi estropeado cuerpo; luego un entorpecimiento extraño, un estupor desusado, cayeron sobre mí, aun en medio de mis terrores, hasta que el sueño llegó, por último, y en aquel mi traído y mi llevado esquife, dormí, dormí, soñando con mi casa y con el viejo "Almirante Benbow".

24. El viaje del coracle

Era ya día claro cuando desperté y me encontré caracoleando sobre las olas, al sudeste de la isla. El

sol se había ya levantado; pero todavía estaba, para mí, oculto tras la gran peña de El Vigía, que por aquel lado casi bajaba hasta el mar en riscos formidables.

El crestón de Bolina y el cerro de Mesana estaban, por decirlo así, al alcance de mi mano: el uno, negro y desnudo; el otro, rodeado de riscos de cuarenta a cincuenta pies de altura y franjeado con grandes cantidades de rocas desprendidas. No estaba yo a más de un cuarto de milla distante de la costa, por lo cual mi primer pensamiento fue remar y saltar a tierra.

Pero muy luego tuve que desistir de semejante idea. Sobre las rocas desparramadas en la costa, las olas despejaban en mil pedazos, bramando enfurecidas; un trueno sucedía a otro trueno y una explosión de espuma a otra explosión, segundo por segundo, lo que me hizo comprender que, si me aventuraba a aproximarme, o tendría que perecer estrellándome contra la escarpada orilla, o que gastar mi fuerza, tratando de escalar, en vano, los enhiestos despeñaderos.

Pero no era eso todo. Como queriendo reunirse para arrastrarse juntos sobre una misma meseta de rocas, o precipitándose al agua con estrépito formi-

dable, percibí una multitud de monstruos marinos, colosales, viscosos, horrendos, que se me figuraron inmensos y blandos corales de dimensiones increíbles. Creo que habría allí unos cuarenta o cincuenta de ellos, haciendo retumbar los huecos de las rocas con sus espantables gritos.

Después he sabido que aquellos animales no eran sino focas o becerros marinos, enteramente inofensivos. Pero su aparición en aquellos momentos, añadida a lo escabroso de la playa y a la violencia desusada con que se rompían las olas sobre ella, acabó por quitarme completamente toda gana de bajar a tierra en semejante paraje. Más que a desembarcar allí, me sentí dispuesto a morir de hambre en el océano, antes de afrontar aquellos peligros.

Pero lo cierto es que tenía en expectativa una oportunidad mucho mejor de lo que yo suponía. Al norte del crestón de Bolina, la tierra ofrece una larga prolongación que deja, a la hora de la bajamar, una cinta de arena amarillenta al descubierta. Al norte de esa cinta aparece otro cabo -el Cabo de la Selva, según lo marcaba la carta-, sepultado literalmente en una masa de altísimos pinos que bajaban hasta la misma orilla del mar.

Recordé lo que había dicho Silver acerca de la corriente, que se dirige hacia el norte, siguiendo en toda su longitud la costa occidental de la isla, y viendo, por mi posición que me encontraba yo dentro de aquella preferí dejar a mi espalda el crestón de Bolina y reservar mi fuerza para una tentativa de desembarque en el cabo de la Selva, cuyas playas eran, sin duda, mucho más abordables y seguras.

Había a la sazón, una gran cantidad de tumefacciones suaves sobre el mar. El viento, que soplaba manso, pero firme, de sur a norte, no era obstáculo, sino más bien ayuda para seguir el curso de la corriente, y las oleadas alzaban y abatían sus ondas sin despedazarlas.

Advertí entonces que cada ola, en vez de la montaña suave, luciente y enorme que se ve desde la tierra o desde la cubierta de un navío no era sino una cadena de montañas de tierra firme, erizada de picos hacia arriba y rodeada de sitios suaves y valles abiertos. Mi botezuelo, abandonado a sí mismo, viraba de un lado para otro, se devanaba, por decirlo así, serpenteando por las partes más bajas del agua, evitando siempre trepar a las cimas o aventurarse a los declives peligrosos de aquellas líquidas alturas.

-Sea enhorabuena -díjeme a mi mismo- Es claro que debo continuar tendido en donde estoy y no perturbar el equilibrio; pero también me parece evidente que, de cuando en cuando, puedo darme trazas, en los parajes más tranquilos, para dar una o dos Paladas de remo en dirección de tierra.

Era aquél un trabajo lento y fatigoso por demás, y, sin embargo, me sentía ganar terreno; tanto que, conforme nos acercábamos al cabo de la Selva, si bien veía que no me era dable aún ganar aquella punta, pude notar con alegría que había ya avanzado como unas cien yardas hacia tierra, al este. Muy cerca estaba de ella, en verdad. Ya me era dable distinguir las frescas y verdequeantes copas de los árboles meciéndose suavemente juntas al soplo de la brisa, y tuve por cosa segura, en consecuencia, que en el promontorio próximo era ya evidente mi desembarque.

Y a fe que no sería sino muy a tiempo, pues la sed comenzaba a hacerme sufrir bastante. El resplandor del sol cayendo sobre mi cabeza, y sus rayos quebrándose sobre las olas en mil reflexiones diversas; el agua del mar, que caía y se secaba sobre mi cuerpo, cubriendo mis labios con una capa salobre; todo esto se combinaba para hacer que mi gar-

ganta ardiera y mi cabeza fuera presa de un dolor violento. La brisa de los árboles a tan corta distancia me puso casi fuera de mí con el anhelo vehemente de desembarcar. Empero, la corriente me había arrastrado, antes de mucho, lejos de la punta, y cuando me encontré de nuevo en mar abierto, percibí algo que desde luego hizo cambiar la naturaleza de mis pensamientos.

Precisamente frente a mí, a menos de media milla de distancia, se aparecía ante mis ojos "La Española", con sus velas desplegadas.

El barco llevaba al viento la vela mayor y dos foques, y la blanquísima lona brillaba al sol como nieve o plata. En el momento en que la descubrí, sus velas hinchadas la empujaban bien, haciéndola seguir una línea en dirección noroeste, lo que me hizo presumir que los hombres a bordo iban con la intención de dar la vuelta a la isla para llegar así de nuevo al ancladero. Pero en aquellos momentos comenzó a inclinarse más y más hacia el poniente, visto lo cual me di a creer que me habían descubierto e iban a darme caza. Antes de mucho, empero, hizo proa decididamente contra el viento y se vio detenida en su marcha por algún tiempo, falta de

propulsión, con sus velas estremeciéndose y flameando inútilmente.

-¡Vaya unos animales! -me dije- Esos bárbaros deben estar todavía más borrachos que un alambique. ¡Ah! Si el capitán Smollet fuera a bordo, ya tendrían que saltar listos esos desmañados.

En el ínterin la goleta viró un poco, hizo un bordo, y su lona la hizo marchar de nuevo por uno o dos minutos para caer inmóvil, una vez más, contra el viento. La misma ocurrencia se repitió una y otra vez. De aquí para allá, de arriba para abajo, de norte a sur y de Oriente a Poniente. "La Española" se ponía en marcha con una especie de arremetidas o disparos instantáneos; pero cada repetición de éstas concluía como había comenzado, dejando el velamen inutilizado y tremolando débilmente. No tuve trabajo en comprender que nadie iba dirigiendo la embarcación, y siendo esto así, ¿qué había sido de los dos hombres? O estaban abogados de borrachos, o habrían abandonado el buque, pensé yo, por lo cual, si lograba entrar a bordo, tal vez me fuera dable volver aquel buque a su capitán.

Con sólo que me atreviese a sentarme otra vez y tentar de nuevo el remo, estaba seguro de que pronto me sería dable estar sobre ella. El proyecto

tenía un sabor de aventura que despertó mi apetito, no sin que lo acrecentara, duplicando mi energía, el recuerdo de que frente a la carroza de proa estaba un buen depósito de agua dulce en la codiciada "Española".

Sentéme, pues, y, como la primera vez que lo hice, fui saludado por un azote de agua y espuma, con la diferencia de que, por esta vez, el empuje impreso al coracle fue en mi favor. Dedicuéme entonces a remar con toda precaución; pero con toda la energía de que era capaz, hacia la no gobernada "Española". En uno de mis impulsos, sin embargo, alojé dentro del botezuelo tal cantidad de agua, que tuve que parar mi maniobra y estarme alerta, sintiendo que los latidos del corazón iban a ahogarme. Pero, ya más cauto y muy gradualmente, púseme, al fin, en el verdadero camino de mi meta, guiando mi esquife bordeando las grandes olas y sin poder impedir, con todo eso, que la cresta de alguna azotara la proa de mi barquilla y salpicara mi rostro con su desbaratada espuma.

A la sazón, mi avance sobre la goleta era rápido y perceptible. Ya podía distinguir bien el brillo del metal en la caña del timón cuando éste se movía golpeando, y, sin embargo, todavía no aparecía un

alma sobre cubierta. No pude suponer otra cosa, en consecuencia, sino que la goleta había sido abandonada. De no ser así, los hombres aquellos deberían estar abajo borrachos, como muertos, en cuyo caso me sería fácil quizás asegurarlos y hacer con la goleta lo que me pareciera.

La oportunidad, al cabo, concluyó por presentármese, la brisa se puso por algunos momentos sumamente baja, y la corriente que desvió con lentitud a "La Española", hizo que ésta concluyera por presentarme su popa con la porta todavía abierta de par en par, y la lámpara sobre la mesa encendida aún, a pesar de ser de día. La vela mayor colgaba, en aquel instante, desmayada y cala como una bandera. Nada, con excepción de la corriente, interrumpía la inmovilidad de la embarcación aquélla.

No me faltaban ya ni cien yardas para llegar a ella cuando el viento llegó otra vez con estruendo hinchando la lona sobre las amuras de babor, y acto continuo se me alejó otra vez, deslizándose, ondeando y casi volando como una golondrina.

Mi primer impulso fue de desesperación; pero el segundo fue de alegría, porque he aquí que, describiendo una gran curva, "La Española" vino hacia mi hasta ponerse frente a uno de mis costados, y conti-

nuando la misma inesperada evolución, muy pronto la vi a la mitad, y luego a un tercio, -y luego a un cuarto de la distancia que nos separaba hacia poco. Ya distinguía yo las olas que hervían bajo su gorja. ¡Qué enorme me parecía la mole de aquella goleta vista desde mi bajísima estación en el botezuelo!

Pero instantáneamente comprendí aquella situación, y apenas si tuve tiempo para pensar y menos aún para ponerme a salvo. Estaba yo con mi coracle en la cresta de una alta ola, y la goleta venía sobre la cima de la inmediata, abatiéndose sobre mí. ¡Un segundo de vacilación y mi muerte era segura! El bauprés estaba sobre mi cabeza en aquel instante. Rápido como un pensamiento, me puse en pie, y con un impulso desesperado, salté haciendo desaparecer el coracle bajo el agua. Con una mano me habla asido al botalón del foque, en tanto que mi pie estaba alojado entre el estay y la braza. Y todavía no había yo tenido tiempo de hacer el más pequeño movimiento para cambiar mi posición, que la goleta se habla cargado hacia abajo acabando de hundir y despedazar al coracle y que, por consiguiente, allí quedaba yo, colgado entre cielo y mar, sin retirada posible de "La Española".

25. *¡Abajo la bandera del pirata!*

Apenas me había sido dable encaramarme en el bauprés cuando el ondulante foque aleteó, por decirlo así, cargándose sobre la otra amura con un ruido semejante a un cañonazo. La goleta se estremeció hasta la quilla con aquella vuelta formidable; pero un momento después las otras velas, que aún continuaban empujando, hicieron retroceder el foque a su lugar anterior, y ya entonces quedó suspenso e inmóvil.

En esos movimientos casi me vi zambullir dentro del agua; pero, a la sazón, ya no perdí tiempo. Y me arrastré para atrás o más bien me deslicé por el bauprés hacia la cubierta, en la cual caí como llovido del cielo, con el rostro hacia el océano.

Me encontré a sotavento del castillo de proa, y la vela que continuaba todavía henchida, me ocultaba una buena parte de la cubierta de popa. No vi un alma por todo aquello. Las mas, que no habían sido lavadas desde que estalló la re enseñaban las huellas de numerosas pisados, y una botella, por el cuello, rodaba de aquí para allá, al vaivén del buque, e, sí fuera una cosa viva.

Inesperadamente, La Española enfiló el viento en una, sus bordeadas: los focos, tras de mí, tronaron con fuerza: el timón se cerró de golpe; el navío entero se irguió y estremeció como desfallecido ya, y en el mismo momento el botalón del se colgó hacia adentro, y la vela, cayó también, gimiendo débilmente sobre los montones, y, al plegarse, me descubrió a sotavento la parte de cubierta, a popa, antes oculta.

Sólo entonces aparecieron a mí vista los dos guardianes la embarcación. ¡No me cabía duda, eran ellos! Gorro Encarnado tendido boca arriba, tieso como un espeque, con sus brazos atados como los de un crucifijo y con los labios separados, Mi asomar su amarillenta dentadura. Israel Hands, recargado la balaustrada de la cubierta, con las barbas sobre el pecho, y manos abiertas, apoyándose sobre el piso y con el rostro tan blanco, bajo su tinte curtido, cómo la cera.

Por algún rato el buque siguió ladeándose o encabritándose, como un caballo mañoso y las velas hinchándose, ya sobre amura, ya sobre la otra, y el botalón, colgando y golpea que el mástil pareció, quejarse al esfuerzo de aquellos tirones -De vez en cuando también una rociada de espuma cubría la

balaustra, y el buque daba un fuerte golpe por la proa contra las hinchazones del agua en aquel mar de leva. Convertíase en un temporal mucho más violento, para un navío de alto - ¡La Española! que lo era para mi caserito coracle, como aquellas horas yacía en el fondo del océano. A cada salto goleta, Gorro Encarnado se resbalaba de aquí para allá; ¡cosa terrible! ni su actitud cambiaba, -ni sus apretados asomando por entre sus abiertos labios, se ocultaban por ningún movimiento de éstos en aquel brusco traqueteo. A cada brinco también Hands parecía irse como sumiendo más y más, deslizándose sobre el piso de cubierta, avanzando sus pies hacia el de proa, y la cala del cuerpo inclinándose hacia popa, de tal que su cara se me fue ocultando gradualmente hasta que -e por no ver nada de ella, excepto la oreja y una de las sor la patilla.

Al mismo tiempo observé, en derredor de ambos, echar sangre negruzca sobre las tarimas, y comencé a abrigar la de que aquellos hombres se habían dado muerte mutuamente su querella de borrachos.

Todavía contemplaba aquel espectáculo sin volver en la sorpresa, cuando, en un momento de calma y antes de que el buque se meneara, Israel Hands

medio se volvió, y con un quejido vago se enderezó penosamente hasta colocarse en la posición en que primero le vi. Aquel quejido que acusaba, al mismo tiempo, dolor y debilidad mortal, y el aspecto que presentaba su quijada caída, me inspiraron de pronto una compasión inmensa. Pero, al pronto, recordé las palabras que oí en boca de aquel malvado desde el barril de las manzanas, y todo sentimiento de piedad desapareció de mi corazón.

Marché resueltamente a popa y grité, con un acento irónico: -¡Hola, amigo Hands, venga usted a bordo!

Paseó penosamente la mirada en torno suyo; pero su trastorno y decaimiento eran tales que, a aquellas horas, no cabía la sorpresa en su ánimo. Lo único que hizo fue dejar escapar esta palabra: - ¡Aguardiente!

Se me ocurrió entonces que no debía perder un solo instante, y así fue que, esquivando el botalón, que aún seguía golpeando como antes, marché a popa y bajé a la cámara por la escalera de la carroza.

La escena de confusión y desorden que allí presencié era indescriptible. Todos los armarios y muebles con cerraduras de llaves habían sido rotos para buscar la carta de Flint. El piso estaba saturado

de lodo, sobre el cual los malvados aquellos se habían sentado a beber y a consultar, después de embriagarse en el marjal en torno de su hoguera.

Las mamparas, cuyo color era blanco mate con franjas de oro, mostraban en toda su extensión las huellas de manos inmundas. Docenas de botellas vacías chocaban entre sí por los rincones o rodaban con el movimiento de la goleta. Uno de los libros de medicina del doctor estaba allí, abierto sobre la mesa, con un buen número de hojas arrancadas, de seguro para usarlas en encender las pipas con ellas. Y, en medio de todo aquello, la humeante lámpara enviaba aún su resplandor, débil, casi tan oscuro como la sombra misma.

Bajé a la bodega: los barriles habían sido todos agotados, y en cuanto a las botellas, era sorprendente el número de ellas que habían sido vaciadas y tiradas luego. Era evidente que desde que el motín comenzó, ni uno de aquellos hombres había estado en su juicio.

Registrando aquí y allá me encontré una botella con un poco de cognac para Hands. Para mí tomé algunos bizcochos, frutas en conserva, un gran racimo de uvas y una tajada de queso. Con estas provisiones me presenté de nuevo sobre cubierta,

coloqué tu parte a salvo, tras la cabeza del timón, fuera del alcance del timonel, avancé a proa, en donde se guardaba el agua, sacié tu sed concienzudamente, y entonces, y sólo entonces, fui a Hands para darle su cognac.

Yo creo que debe haber bebido un cuarto de litro, por lo menos, antes de que hubiera apartado la botella de sus labios. Entonces dijo: -¡Ah! ¡Voto al infierno! ¡Un poco de esto era lo que yo quería!

Oído aquello, me senté tranquilamente en el lugar que había escogido y comencé a regalarme el paladar con aquel inesperado almuerzo.

-¿Se siente usted muy mal? -le pregunté.

-Si aquel doctor estuviera a bordo -contestó con una voz mitad gruñido mitad ladrido-, si el estuviera aquí, yo estaría sano en dos patadas. Pero, ¡el demonio y su cola!, yo no tengo suerte... ¡de veras no, no! ... y eso, y no más que eso es lo que me pasa. Por lo que hace al "agua-dulce", ése, ya se enfrió de esta hecha -añadió señalando con el dedo al hombre del birrete rojo- Bueno, ¿qué?. .. ¡al cabo, ése ni era marino, ni nada! ... ¡Vamos! ... Y ahora que caigo... tú ¿de dónde has brotado aquí?

-Amigo -le contesté-, he venido a bordo a tomar posesión de este buque, y así es que, hasta nuevas

órdenes, se servirá usted considerarme como su capitán.

Al oír esto, me miró de una manera demasiado agria; pero no contestó palabra. Algo de su calor natural había vuelto a sus mejillas, si bien continuaba con una gran apariencia de enfermedad y aún proseguía resbalándose y dando vueltas, según que el buque se iba para un lado o para otro.

-Por lo pronto, amigo Hands -continué yo-, no me place ver esta bandera izada en el tope de mis mástiles; así es que, con su permiso, procedo a arriarla acto continuo. De eso a nada, prefiero nada.

Esquivando de nuevo los golpes del botalón, fuime derecho a las correderas del pabellón, tiré de ellas hacia abajo, abatiendo la pirática bandera negra, y no bien la tuve entre mis manos, 12. arrojé al mar resueltamente.

-¡Viva el rey! -grité entonces agitando en el aire mi birrete- ¡Ha concluido aquí el capitán Silver!

Hands continuó observándome con cierto aire mordaz, aunque a hurtadillas, sin levantar, empero, la barba, que seguía , apoyada sobre el pecho. Un rato después añadió: -Me parece, capitán Hawkins, que tendrá usted necesidad de alguna ayuda para

bajar a tierra, ¿no es verdad? ¿Pues qué le parecería a usted que nos entenderíamos?

-Me parece muy bien, amigo Hands; con toda mi alma: hable usted.

Y diciendo esto me entregué de nuevo a mi comida con el mayor apetito.

-Este hombre -comenzó el timonel apuntando débilmente al cadáver-, según entiendo, se llama O'Brien, y era un rematado irlandés; ese hombre, como decía, y yo, desplegamos las velas con el objeto de llevarnos la goleta a su lugar otra vez. ¡Pero, ahora, qué! Ahora ya se enfrió, y está ahí tan tirante como un pantofo, por lo cual lo que yo digo es quién va ahora a gobernar el buque; eso es lo que no veo. Si yo no le doy a usted mi ayuda, no es usted el que podrá llevar la goleta, o nada entiendo yo de goletas ni de marina. Bueno; pues la cosa es ésta: usted se asegura mi comida y mi bebida, y una corbata vieja o cualquier cosa para vendar mi herida, y yo le diré cómo se ha de llevar el buque. Me parece que no puede ser más redondo el negocio que propongo.

-Le diré a usted una cosa, maese Hands -prorrumpió yo-;

mi intención no es volver "La Española" a su antiguo ancladero sino llevarla a la bahía del norte y acercarla allí a la playa tranquilamente.

-Bueno, ya lo entiendo -gritó Hands- Me parece que Yo no soy un haragán tan endemoniado, después de todo. Yo bien sé entender las cosas como son, ¡dijo que sí! Yo ya traté de sacar el pie adelante y no pude: pues ahora le toca a usted, capitán Hawkins. Usted ha ganado la partida. ¿Conque a la bahía del norte? Pues vamos a ella; yo no tengo que andar escogiendo, ¡digo que no! Le ayudaré a usted a llevar el buque aunque vayamos a fondear a la playa de los Ajusticiados. ¡Por cien mil diablos que sí!

Me pareció que aquel hombre no iba muy desatinado en su resolución. Cerramos nuestro trato en el acto mismo, y a los tres minutos, "La Española" ceñía gallardamente el viento a lo largo de la costa de la isla con muy buenas esperanzas de doblar la punta norte a eso de mediodía, y de bajar de nuevo en dirección de la bahía antes de pleamar, a fin de poder, a ese tiempo, orillarla en punto seguro y aguardar hasta que el reflujo nos permitiera bajar a tierra.

Abandoné, entonces, por algún rato, la caña del timón y baje a la cámara para buscar en mi maleta de a bordo una suave mascada de mi madre, con la cual, y con mi ayuda personal, Hands se vendó una gran herida que había recibido en el muslo y que todavía le sangraba. Con este alivio y después de haber comido un poco y -tomado un trago o dos más de cognac, el timonel comenzó a reanimarse muy visiblemente, se sentó ya derecho, habló más claro y más alto, y, en una palabra, parecía otro hombre positivamente.

La brisa nos ayudó de una manera admirable. "La Española" se deslizaba ante ella con la ligereza de un pájaro; la costa de la isla corría, en apariencia, a nuestro lado; a cada momento, cambiaba la decoración que se presentaba a nuestra vista. Muy pronto dejamos atrás los terrenos altos, y bordeando por una costa baja y arenosa, sembrada de un pinar no muy espeso que antes de mucho dejamos también a nuestra espalda, pasamos, al fin, la punta de la escabrosa montaña que limita la isla por el norte.

Sentíame yo sobremanera engreído con mi carácter de capitán de buque, y no menos contento con el tiempo claro y favorable que hacía, al par que

con el variado panorama que mis ojos iban gozando sobre la costa. Tenía, a la sazón, agua suficiente y excelente comida, y mi conciencia, que no había cesado de remorderme por mi deserción, estaba ya harto sosegada pensando en la gran conquista que había hecho. Me había parecido que no me quedaba cosa alguna que desear, a no ser por los ojos del timonel, que me seguían en todas mis maniobras con una mirada burlona, y por la sonrisa extraña que aparecía en sus labios incesantemente. Era aquélla una sonrisa que llevaba en sí una mezcla de dolor y de maldad, huraña sonrisa de viejo, montaraz y agreste. Pero, además de eso, su semblante dejaba traslucir una expresión de escarnio, una sombra de no sé qué traidores pensamientos de... no puedo atinar el nombre... una botella de vino, vamos. que bullían en su cabeza, pues mientras yo trabajaba, el, con su mañoso disimulo, espiaba, y espiaba sin cesar.

26. Israel Hands

El viento, que parecía servirnos al pensamiento, cambió al ceste. Esto facilitó muchísimo nuestro

curso de la punta noroeste de la isla hacia la desembocadura de la bahía septentrional. Sólo que, como no nos era posible anclar y no nos atrevíamos a aproximarnos a la orilla hasta que el reflujo hubiera bajado bien, nos encontramos con tiempo de sobra. El timonel me dijo lo que debía hacer para poner el buque a la capa; después de dos o tres ensayos desgraciados, logré el objeto, y entonces los dos nos sentamos en silencio a tomar una nueva comida.

Hands fue el primero que rompió el silencio diciéndome con su mofadora y sardónica sonrisilla:

-Oiga, usted, capitán. Aquí está rodando de un lado para otro mi viejo camarada O'Brien. ¿No le parece a usted que sería bueno que lo echara a los peces? Yo no soy muy delicado ni muy escrupuloso, por lo regular, ni me pica la conciencia por haberle cortado las ganas de hacer conmigo un picadillo; pero, al mismo tiempo, no me parece que ese trozo sea un adorno muy bonito. ¿Qué dice usted a eso?

-Digo -le contesté-, que ni tengo fuerza suficiente para hacer eso, ni es de mi gusto semejante tarea. Por lo que a mí hace, que se esté ahí.

-Esta "Española", Jim -exclamó tratando de disimular-, es un buque muy sin fortuna. Ya va una porción de hombres muertos y desaparecidos desde

que usted y yo tomamos pasaje a bordo de ella en Bristol. Nunca, en mi perra vida, me he metido en un buque de tan mala suerte. Y si no, aquí está ese pobre O'Brien; ya también se ha enfriado; ¿no es verdad? Bueno: pues lo único que yo digo es esto: yo no soy ningún estudiante, y usted es un chicuelo muy leído y escrito que sabría sacarme de dudas. ¿El que se muere, se muere para siempre, o puede revivir algún día?

-Amigo Hands -le contesté-, usted puede matar el cuerpo, pero no el espíritu; esto ya debe saberlo bien., O'Brien está ahora en otro mundo, desde el cual puede que esté contemplándonos.

-¡Ah! -dijo él- Según ese pensamiento, se me figura que matar gentes viene a ser casi... vamos a decir... como tiempo perdido. Con todo eso, y por lo que yo tengo de experiencia, los espíritus no cuentan ya por mucho en el juego. Ya no les tengo maldito el recelo, Jim. Bueno; pero, por ahora, ya ha hablado usted como un doctor, y creo que o se me pondrá bravo si le pido que baje otra vez a la cámara y me traiga de allá... pues... sí ...con mil demonios! ¿por qué no?... me traiga una botella de... Este cognac, Jim raspa mi garganta y fuerte para mí cabeza.

Ahora bien, la vacilación del timonel me parecía muy poco natural, y en cuanto a su preferencia del vino sobre el coganc la encontré de todo punto Increíble. Todo aquello me olía simplemente a pretexto. Lo que el quería era que yo me ausentara de sobre cubierta; eso era claro como la luz; pero, con qué objeto,,¡ esto era lo que yo no me podía imaginar. Sus ojos esquivaban tenazmente los míos; sus miradas se paseaban, de aquí para allá, de arriba abajo, ya con una ojeada al cielo, y con otra de soslayo, cadáver de O Brien. Constantemente veía sonreír o saca lengua de la manera más llena de embarazo, de suerte que sino podía haber conocido que aquél hombre meditaba al engañifa. Pronto estuve con mi respuesta, sin embargo, porque no se me ocultó de qué lado estaba mi conveniencia y que, más, con un sujeto, tan completamente estúpido, me era muy fácil ocultar mis sospechas hasta el fin.

-¿Quiere usted vino? -le dije-. Pues nada más fácil. ¿Lo quiere usted tinto o blanco?

-Pues mire usted, se me figura que maldita la diferencia, camarada -me replicó- Con tal de que sea fortalecedor y mucho ¿qué me importa el color?

-Está bien -le contesté-; le traeré a usted Oporto, amigo Hands. Pero tengo que desenterrarlo del fondo de la bodega.

Dicho esto bajé la escalera de la carroza con todo el ruido que pude; luego me descalcé rápidamente, y corrí por la galería que comunicaba la cámara con la proa, subí por la escalera de la escotilla y saqué cautelosamente la cabeza por la carroza de proa. Y sabía que Hands no se esperaba verme allí; pero, no obstante, tomé todas las precauciones posibles, y en verdad que aquello me sirvió para confirmarme en mis peores sospechas, que resultaron demasiado exactas.

Hands se había levantado de su posición, primero con las manos, luego poniéndose de rodillas y después, aunque su pierna le hacía sufrir agudamente al moverse y aun le oí articular más de un quejido, pudo, sin embargo, arrastrarse con bastante prontitud sobre cubierta. En medio minuto ya había llegado a los imbornales de babor y sacó de un rollo de cuerda un largo cuchillo, o más, un estoque corto, descolorido, y sucio de sangre hasta la empuñadura. Hands contempló aquella arma por un momento, hizo un gesto con la quijada inferior, probó la punta sobre la palma de su mano y, en se-

guida, ocultándola apresuradamente en el pecho de su jubón, se arrastró de nuevo hasta su lugar precedente, contra la barandilla de popa.

No necesitaba saber más. Israel podía moverse, estaba armado, y si había manifestado tal empeño en desembarazarse de mí, era claro que tramaba hacerme víctima de sus maquinaciones.

¿Qué sería lo que hiciera después? Si trataría de arrastrarse a todo lo largo de la isla hasta llegar al campo de los piratas, cerca de los pantanos, o si intentaría hacer señales, confiando en que sus camaradas podían llegar más pronto en su auxilio, eran cosas que, por supuesto, me era imposible adivinar.

Sin embargo, de una cosa me creí seguro, y fue de que nuestro interés común nos imponía la necesidad de orillar la goleta en un punto bastante seguro y a cubierto, de manera que, llegada la ocasión, pudiera ponérsela de nuevo a la mar con el menor trabajo y riesgo posibles. Hasta lograr esto, consideré que mi vida no correría el menor peligro.

Pero, mientras rumiaba estas ideas, no había permanecido ocioso. Había vuelto de nuevo, por el mismo camino, hasta la cámara, me calcé otra vez, apresuradamente, eché mano, al acaso, a la primera botella de vino que se me presentó, y con ella, para

servirme de excusa, hice mi reaparición sobre cubierta.

Hands estaba allí, donde lo había dejado, todo encogido y anudado, con los párpados caídos como si quisiera dar a entender que estaba bastante débil para que le fuese dable soportar la luz. Sin embargo, al sentir mis pasos alzó la vista, y luego rompió el cuello del frasco, con la naturalidad del hombre que está acostumbrado a hacer la misma operación con mucha frecuencia, y dio un gran sorbo con su frase favorita: ¡buena suerte! En seguida permanecido quieto por algún tiempo, y, después, sacando un paquete de tabaco, me rogó que le cortara una tajadilla.

-Córteme usted un pedazo de eso -dijo-, porque tengo navaja y apenas me siento con fuerza para menearme. ¡Ah, Jim, Jim, se me figura que todos mis estayes se han reventado! Córteme un pedacillo, que se me figura será ya el porque mi casco hace agua y creo que, sin remedio, me voy a pique.

-Está bien, no me resisto a cortarle a usted su tabaco si yo fuera usted y me sintiera mal hasta ese extremo, crea que lo que haría sería ponerme a pedir a Dios misericordia, como un buen cristiano.

-¿Por qué? -dijo-. ¿Quiere usted decirme por qué?

-Cómo por qué? -exclamé yo-. Hace un momento precisamente, que me preguntaba usted algo acerca de los que mueren,. Usted ha hecho traición a su fe. Usted ha vivido encenagado en, el vicio, en la mentira y en la sangre. Usted tiene aún allí, rodando, junto a sus pies, el cadáver de un hombre a quien ha asesinado hace pocos instantes... ¿y todavía me pregunta usted por qué?, Pues, por eso, amigo Hands, por todo eso!

-Mi palabra llevaba Impreso un sello de calor inusitado, gracias a que en el fondo, pensaba yo en aquél estilete que el canalla habría de ocultar en su jubón y con el cual se proponía dar buena cuenta de mí. Él, por su parte, me vio, tomó- un gran trago de vino y dijo con un tono de solemnidad desusada: - Durante treinta largos años he recorrido los mares, durante treinta años he visto bueno y malo, mejor y peor, tiempo hermosos y horrendas tempestades; víveres escasos a bordo; agua casi agotada zafarranchos Y rebeliones, y luchas, y muertes, y abordajes... ¡oh! ¡tantas cosas!... Pues ten, lo único que no he vien estos treinta años es que lo bueno produzca nada bueno. El qué, pega primero es el afortunado, y nada más. Los muertos no muerden, Jim; esa, es mi opinión, ésa es mi fe, y así sea.

Y cambiando instantáneamente de entonación, prosiguió: -Pero, vamos allá. Creo que ya hemos perdido bastante con esas tonteras. La bajamar está bastante propicia en este momento. Siga usted mis órdenes, capitán Hawkins, y pronto atracaremos y estaremos listos con la goleta.

Dicho -y hecho: nos quedaban sólo dos millas escasa recorrer; pero la navegación era delicada porque el acceso a del norte no solamente era estrecho y lleno de banco sino que serpenteaba de este a oeste, de suerte que el que ser justamente maniobrado para hallar el paso. Creó que fui en aquella ocasión, un subalterno pronto y bueno, y estoy bien de que Hands era un excelente piloto, porque el hecho es que pasamos y repasamos, recordando diestramente los peligros, casi desflorando los arrecifes, con una seguridad y una limpieza tales que, positivamente, daban gusto.

Acabábamos apenas de cruzar frente a los peñones de tierra, junto a nosotros. Las playas de la bahía norte estaban tan densamente arboladas como las del fondeadero del sur; pero el espacio era más largo y más estrecho, y más parecido a lo que era realmente, esto es, la desembocadura de un río. Exactamente junto a nosotros, hacia el extremo sur,

vimos los restos de un buque en el último período de destrucción. Se advertía que aquél había sido un gran navío de tres palos; pero había permanecido tan largo tiempo expuesto a los embates de los elementos, que se veía orlado aquí y allá por enormes colgajos, de algas marinas, y sobre su cubierta enarenada, hablan arraigado las ramas de los arbustos de la playa, que apretados y vigorosos, como si estuviesen en tierra, florecían allí sin embarazo alguno. Era aquél un espectáculo triste pero el nos daba la seguridad de que el fondeadero era perfectamente tranquilo y seguro.

-Ahora -dijo Hands-, allí tenemos ya un banco a propósito para atracar un buque; arena limpia y plana, jamás un soplo a flor de agua, árboles en todo el derredor, y un montón de flores reventando en la cáscara de aquel barco como en un jardín ... ¿qué más queremos?

-Bien está -le repliqué-; pero una vez atracados o encallados, ¿cómo hacemos para poner la goleta a flote otra vez?

-Muy fácil -me contestó- Largas un cabo allá, a la playa opuesta, a la hora del reflujo, le das una vuelta en torno de uno de los pinos más gruesos y traes la punta a bordo. Durante el reflujo, allí se está todo

quieto, pero viene la pleamar, lías tu cabo al cabrestante, todos a bordo se ponen a las barras, dan dos o tres vueltas y la goleta saldrá a flote tan dulcemente como por su voluntad. Y ahora, muchacho, para. Ya estamos cerca de nuestro banco y vamos demasiado a prisa... Un poco a estribor..., ¡eso es!... firme... ¡a estribor!... ahora un cuarto a babor... ¡firme... ¡ firmel!...

Así daba el sus voces de mando, que yo obedecía casi sin tomar aliento, hasta que, por último, gritó repentinamente: -¡Bien, muy bien!... ¡ Orza!

Obedecí una vez más y con todas mis fuerzas doblé el timón: "La Española" dio una vuelta rápidamente y con el branque a tierra se deslizó ligeramente hacia la arbolada playa.

El entusiasmo de estas últimas maniobras había sido causa de que me olvidara un poco de espiar atentamente como hasta allí los movimientos todos del timonel. En aquel mismo instante estaba todavía tan vivamente interesado en ver al buque tocar tierra, que hasta había olvidado el peligro que se cernía sobre mi cabeza, y permanecía yo de pie, embobado, sobre la balaustrada de estribor, contemplando los suaves escarceos del agua, que se despeinaba contra la proa y costados de nuestro buque. Pude

haber caído allí, lisa y llanamente, sin un solo esfuerzo para defenderme, a no ser por una inquietud repentina que se apoderó de mí y me obligó a volver la cabeza. Tal vez había llegado hasta mí algún ligero crujido; tal vez de reojo vi su sombra moviéndose hacia mí: tal vez no fue aquello más que un movimiento instintivo como el de un gato; pero el caso es que, al volver la cabeza, vi allí a Hands a medio camino, con la daga desnuda ya, en su mano derecha.

Ambos debemos haber lanzado un grito simultáneo cuando nuestros ojos se encontraron; pero si el mío fue el alarido del terror, el suyo no fue más que el espantable bramido de un toro salvaje a punto de embestir. En el mismo instante, Hands avanzó hacia mí, y yo salté de lado hacia la proa. Al ejecutar este movimiento dejé caer la caña del timón, que saltó violentamente a sotavento, y creo que esto salvó mi vida, porque el madero aquel golpeó a Hands con fuerza el pecho y lo detuvo, por un momento, paralizándolo por completo.

Antes de que hubiera podido volver en sí de semejante golpe yo había podido ya salirme del rincón en que me había acorralado, y pues tome en vía de tener toda la cubierta a mi disposición para escabu-

llirme. A proa del palo mayor me detuve, saqué una pistola de mi bolsillo, apunté fríamente, a pesar de que el había ya vuelto sobre sus pasos y se dirigía una vez más sobre mí; preparé mi arma y oprimí el disparador... El martillo cayó; pero no hubo ni relámpago ni detonación; ¡el cebo se había inutilizado con el agua del mar! No pude menos que condenar mi negligencia... ¿Cómo es que no se me había ocurrido, mucho antes, recargar y cebar de nuevo mis únicas armas? De haberlo hecho así no me hubiera visto reducido a ser un mero corderillo correteando frente a su carnicero.

Herido como estaba era asombroso cuán de prisa podía moverse; con su enmarañado cabello cayéndole sobre el rostro y con su cara misma tan enrojecida por la furia y la precipitación como una bandera de deg ello, Desgraciadamente, no me quedaba tiempo de ensayar mi otra pistola; esto era ya imposible, y, además, tenía la certeza de que debía estar tan inutilizada como la otra. Una cosa me pareció clara y fuera de duda, y era que yo debía hacer algo que no fuese simplemente retroceder ante el, porque, de seguirlo haciendo así, muy pronto me acorralaría a proa como un momento antes me tenía cazado a popa. Y una vez acorralado y con nueve o

diez pulgadas de aquella daga dentro de mi cuerpo, podría decir que habían concluido mis aventuras en este lado de la eternidad. Coloqué las palmas de mis manos contra el palo mayor, que era bastante grueso, y esperé con el alma en un hilo, como suele decirse.

Notando Hands que mi intención era sacarle las vueltas, el también se detuvo y un momento o dos se Pasaron en fingir el ataques y movimientos que yo eludía con la mayor ligereza. Era aquélla la repetición de un juego que muchas veces había yo ensayado en las rocas de la caleta de Black Hill; pero con toda seguridad, jamás lo hice con el corazón saltándome como entonces. Sin embargo, como acabo de decirlo, aquello era un juego de muchachos, en la forma, si no en el fondo, y creí que podría fácilmente llevar la ventaja en el, muchacho como yo era, sobre un hombre más viejo que yo y con un muslo herido. A la verdad, mi valor había comenzado a renacer de tal manera, que ya me permitía algunos pensamientos arrojados sobre el fin probable de aquella lucha; y eso que, aun admitiendo la seguridad que yo tenía de entretener la maniobra aquella por largo tiempo, no veía una posibilidad verdadera de escape definitivo.

Pues bien, en tal estado de cosas, "La Española" tocó repentinamente el banco a que la dirigíamos; se bamboleó, fue rozando la arena por un momento, y luego, rápida como una exhalación, se inclinó sobre babor, recostándose de tal manera que la superficie de la cubierta formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados. El chapuzón levantó una oleada que se coló por los imbornales y se estancó luego entre la cubierta y la balaustra.

Tanto Hands como yo, rodamos en un segundo, casi juntos, hacia los imbornales, revolviéndose con nosotros el cadáver de O'Brien, con su gorro encarnado y sus brazos siempre en cruz. Tan juntos rodamos ciertamente, que mi cabeza se encontró enredada en los pies del timonel, golpeando en ellos con un, sonido que hizo que mis dientes chocaran tiritando a causa del horror. Pero con golpe y todo, yo fui el primero en estar en pie, pues Hands estaba enredado estrechamente con los brazos y piernas de su víctima. La inclinación repentina del buque hacía que su cubierta fuera ya inútil para correr sobre ella. Tenía, pues, precisión de buscarme alguna nueva vía de escape, y eso en aquel instante mismo, porque mi adversario se había ya desligado del muerto y estaba de nuevo en pie, casi sobre, mí. Rápido como el

pensamiento, salté sobre los obenques de mesana, avancé una mano sobre la otra, y no tomé siquiera aliento, hasta que me encontré sentado en uno de los baos de gavia.

A la rapidez con que obré debí mi salvación; la daga había golpeado a medio pie de distancia, debajo de mí, mientras mi trabajo de ascensión iba en proceso; pero, al último, allí estaba Israel Hands, con la boca abierta y con la cara vuelta a mí, en una actitud que me hacía verle como la perfecta estatua de la sorpresa y la contrariedad.

Comprendiendo entonces que podía disponer de algunos instantes, no los desperdiicé, sino que, al punto, cambié el cebo de mi pistola, y ya con una lista para servicio, doblé las seguridades de mí defensa cargando de nuevo y bebando con cuidado la otra.

Aquella nueva operación mía impresionó a Hands en grado; comenzaba a ver que el juego se le volvía en con as fue que, después de una corta vacilación, saltó el tambien pesadamente sobre los obenques, y poniéndose la daga entre los dientes para dejarse las manos libres, comenzó una ascensión y penosa para el. Bastante tiempo y quejidos le costaba el traer consigo aquella pierna herida, así es

que tuve tiempo suficiente para concluir mis aprestos de defensa antes de que el h avanzado siquiera un terció el camino que tenía que recorrer. Empuñé entonces una pistola en cada mano y, apuntándole ellas, le dije:

-Un paso más hacia acá, amigo Hands, y le vuelo a la tapa de los sesos. Ya he aprendido de usted aquello de los muertos no muerden" -añadí con una entonación débil. Como por encanto, se detuvo en su marcha, por el miento de su rostro que estaba tratando de pensar; pero en cerebro estúpido, pensar era un procedimiento tan lento y curioso que, sintiéndome muy seguro, no pude evitar el reír el con todas mis ganas. Por último, no sin tragar saliva una o varias veces, hablo, conservando en su semblante las mismas seña perplejidad. Para poder hablar había tenido que quitarla de la boca; pero en todo lo demás permanecía in actitud.

-Jim -díjome-, confieso que hemos estado haciendo tonterías, tanto usted como yo, si señor. Es preciso que hagamos las paces; yo le hubiera cazado a usted con toda seguridad a no ser por esa barrera en que se ha colocado. Pero no tengo suerte, amigo, ¡digo que no! Se me figura, pues, que tengo que rendirme, lo cual es cosa dura, ya lo entiende usted, pa-

ra un marino viejo, tratándose de capitular con un chiquillo como usted, Jim.

Estaba yo gozándome de esas palabras y sintiéndome allí tan satisfecho y orgulloso como un gallo sobre una pared, cuando, en un instante casi inapreciable, vi que echaba hacia atrás la mano derecha y que la levantaba de nuevo sobre el hombro. Algo como una flecha silbó en el viento, experimenté un golpe horrible, un tormento agudo, y me sentí clavado contra el mástil por el hombro. En la espantosa sorpresa y dolor indecible de aquel momento, no sabré decir si fue con mi voluntad o lo que es más probable, con un movimiento inconsciente, y, sin hacer puntería alguna; pero el hecho es que mis dos pistolas dieron fuego, se me escaparon de las manos y cayeron sobre cubierta. Empero no fueron ellas las únicas que cayeron. Con el impulso que hizo su brazo derecho para lanzar la daga, el timonel relajó la presión de su mano izquierda sobre el obenque y, no sin lanzar un grito, cayó al agua.

27. "¡Piezas de a ocho!"

Debido a la gran inclinación en que había quedado la goleta, los mástiles se veían suspensos en gran parte encima del agua; así es que, desde mi asiento en el bao de las gavias, yo no veía debajo de mí sino la superficie de la bahía. Hands, que todavía no iba tan alto, estaba en consecuencia, más cerca del buque, y su caída se efectuó pasando su cuerpo entre mí y la balaustra. Pero una vez le vi alzarse a flor de agua en una mezcla de espuma y sangre y luego se hundió de nuevo para no reaparecer más.

Tan luego como el agua se serenó, pude verle tendido sobre la limpia Y brillante arena del fondo, y como protegido por la sombra que los costados del buque arrojaban sobre el agua. Uno o dos peces otearon su cuerpo al paso. Una vez u otra con el ondear del agua parecía como si se moviera un poco, como si estuviese tratando de levantarse. Pero bien muerto estaba para tales maniobras, habiéndole herido una de mis balas y ahogándose en seguida, por lo cual en poco tiempo ya no fue sino alimento de peces en el mismo sitio en que habla meditado acabar conmigo.

No bien estuve seguro de esto cuando comencé a sentirme enfermo, desfallecido, terrorífico. Mi sangre caliente corría copiosamente sobre el pecho y la

espalda. En el lugar en que la daga me habla clavado al mástil, la sentía yo arder como si fuera un hierro candente. Y, sin embargo, por grande que fuese ese sufrimiento no era el lo que me acongojaba, pareciéndome que podría muy bien sufrirlo sin quejarme; lo que me enloquecía era el horror que me inspiraba la idea de que podía, de un momento a otro, desprenderme del bao y caer en el agua, todavía mal sosegada, junto al cadáver del timonel. Me así al mástil con ambas manos, con tal fuerza, que las uñas me punzaban, y cerré los ojos como para no ver el peligro que corría. Gradualmente, empero, mi ánimo volvió, mis pulsos agitados se aquietaron un poco y una vez más me sentí en posesión de mí mismo.

Mi primer pensamiento fue sacar la daga; pero estaba muy adherida, o mi fuerza no era suficiente, por lo cual desistí con un violento estremecimiento. ¡Cosa extraña! Aquel estremecimiento hizo lo que yo no pude hacer. El puñal, en resumidas cuentas, había venido muy a punto de errar el golpe, tan a punto que apenas me había interesado la piel, por la cual la convulsión aquella bastó para sacar el arma de la herida. La sangre se escapaba más de prisa, pero, en cambio, Yo era de nuevo dueño de mi mis-

mo, y sólo quedaba clavado al mástil por el saco y la camisa.

Con una sacudida violenta desprendí estos últimos y acto continuo bajé sobre cubierta por los obenques de estribor. Por nada en el mundo me habría atrevido, conmovido como estaba, a bajar por los mismos obenques por donde subí, desde los cuales Hands habla caído directamente al agua.

Bajéme en el acto a la cámara y arreglé mi herida como Dios me dio a entender; sentí a causa de ella un dolor bastante agudo y todavía sangraba en abundancia; pero no era ni profunda ni peligrosa, ni sentí que me, embargara el libre movimiento de mi brazo. Eché luego una ojeada en mi derredor, y bien convencido de que el buque en cierto sentido era ya enteramente mío, e(meneé a pensar en desembarzarlo de su último pasajero, o sea, el cadáver de O Brien.

Este había recargado, a causa de la sacudida del buque, contra la balaustra, quedando en pie y en una posición horrible, parecida un tanto a la de un vivo; pero bien diverso de un cuerpo con vida en el color y en el donaire, ¡oh, bien diferente! En aquella postura me era muy fácil encontrar el medio de realizar lo que yo quería, y como ya la costumbre de las

aventuras trágicas había concluido por hacerme perder todo miedo a los cadáveres, lo agarré por la cintura como si hubiera sido un saco de salvado y haciendo un buen esfuerzo, lo arrojé al agua, La víctima de Hands cayó al mar con un sonoro chapuzón y el gorro encarnado salió a flote y quedó nadando sobre la superficie. No bien la agitación del agua se hubo calmado, pude ver al horrible muerto yaciendo sobre el cuerpo del timonel y ambos meciéndose suavemente con el meneo del manso fondo de la bahía. O'Brien, aunque todavía bastante joven, era en extremo calvo y yo veía muy bien aquella su cabeza desnuda descansando sobre las rodillas del hombre que lo había asesinado, en tanto que, rápidos y nerviosos, los peces pasaban azotando aquellas masas inertes.

Estaba enteramente solo, sobre la goleta; la marea había vuelto y el sol estaba a tan pocos grados de su ocaso que las sombras de los pinos de la costa occidental comenzaban ya a cruzar la anchura del fondeadero y a caer sobre la cubierta de "La Española". La brisa vespertina se había desatado, y aun cuando muy cubierto con la colina de los dos picos hacia el este, las jarcias empezaban ya a silbar un poco y las sueltas lonas a azotar de un lado para

otro. Comencé entonces a temer algún peligro; arrié los foques a prisa y los eché, sin trabajo, sobre cubierta; pero, en cuanto a la vela mayor, ésta va era materia mucho más difícil. Por supuesto que al ladearse el navío, el botalón se había colgado hacia afuera, al extremo de su remate y uno o dos pies de la vela colgaban sumergidos en el agua. Me pareció que esta circunstancia lo hacía todavía mucho más peligroso, y añádase aún que la compresión era tan fuerte que medio temía yo hacer algo en el asunto. Por último me resolví: saqué mi navaja y corté la cuerda de la verga. El pañol se abatió instantáneamente y una gran curva de la lona, ya suelta, flotó esparcida sobre el agua; desde aquel momento, abatido como lo estaba, ya no me era posible mover la cargadera; esto era todo cuanto estaba en mi poder ejecutar. Por lo demás, "La Española" debía confiar, como yo mismo, en nuestra buena estrella.

Entretanto, toda la bahía estaba ya sumergida en la sombra del pinar; recuerdo que los últimos rayos del sol acababan de penetrar por un pequeño claro del bosque. Y habían brillado como joyas resplandecientes sobre la diadema de flores de aquel destrozado casco de navío, con sus arbustos, líquenes y musgos marinos. El fresco era ya penetrante, la ba-

jamar iba rápidamente hacia afuera del ancladero, y la goleta quedaba más, a cada momento, descansando sobre las extremidades de los baos.

Subí en cuatro pies en dirección de proa Y lancé una ojeada en torno mío. Me convencí de que el fondo del agua que quedaba era insignificante, y así fue que, agarrándome con ambas manos a la cortada guindaleza, por una última precaución, me dejé deslizar suavemente hacia fuera del buque. El agua apenas me cubría las piernas, la arena era firme, cubierta con las ondulantes acentuaciones de la agitación suave de las aguas, por lo cual salí por fin a tierra lleno de alegría, dejando a "La Española" recostada sobre sí misma, con su vela mayor bañándose ampliamente sobre la superficie de las olas. En aquel mismo instante el sol se ponía definitivamente en occidente y la brisa murmuraba suavemente en el crepúsculo, jugueteando entre los ondulantes pinos.

Por último, a lo menos, me veía fuera del mar y no tornaba, por cierto, con las manos vacías. Allí estaba la goleta, libre al fin de todo pirata y lista para que nuestros hombres la tripularan una vez más y se hicieran a la mar de nuevo. Nada, por consiguiente, estaba más en mis intenciones que el volver a casa, como quien dice, esto es, a la estacada, y contar allí

con orgullo mis hazañas Y aventuras, No sería extraño que se me riñera un poco por mi travesura; pero haber recuperado "La Española" era una elocuente y significativa respuesta, que esperaba obligaría al capitán Smollet a confesar que no había yo perdido el tiempo.

Raciocinando de este modo y con el ánimo levantado en gran manera, púseme en camino de lo que he llamado mi casa, que era el reducto en que estaban mis compañeros. Me acordaba bien que el más oriental de los ríos que desembocan en la bahía del Capitán Sidd corría desde la montaña de los picos, sobre mi izquierda, por lo cual enderecé el rumbo en aquella dirección, seguro de poder cruzar el río en el punto en que era aún angosto.

Esto me puso muy cerca del punto en que encontré a Ben Gunn, el hombre aislado, y por lo mismo, mi marcha fue ya más circunspecta, teniendo siempre un ojo abierto para cada lado. La luz del crepúsculo iba ya cediendo el campo a las grandes sombras de la noche, y no bien hube franqueado el espacio necesario para poder ver entre la abertura que forman los dos picos, llegó hasta mi vista la ondulante claridad de un fuego que se destacaba sobre el fondo del horizonte. Supuse que el hombre de la

isla estaba allí cocinando su cena, al resplandor de una clara y alegre hoguera. Pero no dejaba de maravillarme que tan sin cuidado ni precaución alguna se mostrara, porque si yo veía aquel fulgor, ¿no era probable que también llegara hasta los ojos de Silver, en su campamento de la playa, entre los marjales?

Gradualmente, la noche había llegado más y más negra: y en las tinieblas que me envolvían, lo único que yo podía hacer era guiarme, y eso no muy seguramente, hacia mi destino, teniendo a mi espalda la doble cima de la altura, y a mí derecha la mole de El Vigía, que a cada momento se desvanecían más y más en los nimbos de la oscuridad. Las estrellas eran escasas y pálidas, y en el terreno bajo que yo recorría me era imposible evitar el enredarme al paso con zarzas y matorrales o caer en sinuosidades arenosas.

De pronto, cierta claridad inesperada cayó cerca de mí. Alcé la vista; el vislumbre pálido de los rayos lunares se dilataba sobre la cima de El Vigía, y muy poco después vi algo como un globo de plata alzándose lentamente sobre las copas de la arboleda: era la luna que salía.

Con esta ayuda ya pude franquear más fácilmente lo que me faltaba de andar y, a veces marchando a paso natural, a veces corriendo, me acercaba a cada momento más y más a la estacada. Sin embargo, como ya me encontraba en el bosque que limita la fortaleza no me pareció tan fuera de propósito el moderar mi paso y marchar con bastante precaución, pues cierto que hubiera sido un triste fin de mis aventuras el verme atravesado por la bala de un centinela de nuestro campo que hiciera fuego sobre mí, sin conocerme.

La luna se alzaba más y más alta; su luz se desparramaba ya aquí y acullá sobre los espacios que la arboleda del bosque dejaba limpios y, cosa extraña, frente a mí apareció un resplandor de tinte diferente entre los pinos. Aquel brillo era rojo y ardiente: pero, de vez en cuando, sé oscurecía como si fuera un brasero sofocado de tiempo en tiempo por la humareda.

Por vida mía que no podía atinar con lo que aquello pudiera ser.

Pero, al fin y al cabo, llegué a los límites de la parte de, bolada. Su extremidad occidental estaba a la sazón Inundada la claridad del astro de la noche; pero la parte restante, lo m que el reducto, todavía

quedaban envueltos en la sombra, si con una que otra lista de luz que lograba caer allí a través masa espesa del follaje. Al otro extremo de la casa, una in hoguera habla ardidado hasta tornarse en rescoldo puro, y su reverbero, acentuadamente rojo, contrastaba en gran manera como dulce palidez de la luna. Empero no había por todo aquello alma que se moviera, ni el menor ruido interrumpía la cadencia suave y monótona del soplo de la brisa.

Me detuve presa de la más grande extrañeza y quizá con a de terror en mi corazón. No había sido costumbre nuestra, cierto el encender grandes lumbradas, pues precisamente una las órdenes más terminantes del capitán era que economizara, la leña por lo cual comencé a temer que algo malo había sucedido allí durante mi ausencia.

Me deslicé con cautela dando vuelta por la esquina orie manteniéndome resguardado en la oscuridad, y en el lugar juzgué más a propósito por ser la sombra más espesa, salvé sueltamente la empalizada.

Para aumentar mis seguridades, me puse a recorrer el trayecto que me separaba del ángulo del reducto, andando sobre las rodillas y las manos, sin hacer el más pequeño ruido. Cuando, estuve bas-

tante cerca mi corazón se dilató con una expansión de gozo indecible. Lo que la causaba no era un rumor que pudo llamarse, de por sí agradable en manera alguna, y aun recuerdo haberme quejado de el en más de una ocasión; pero en aquella, lo percibí como si hubiera sido el eco de una música deliciosa. ¿era ello? ¡ Ah! Nada menos que el concierto sonoro de los ronquidos de mis amigos, durmiendo todos apaciblemente. El grito, centinela nocturno de a bordo que nos anunciaba a las altas horas que todo va bien. Pero jamás sonó más agradablemente a mi oído.

Por lo pronto en lo que no cabía la menor duda era en mí campo la vigilancia era, de todo punto detestable. Si sus hombres fueran en aquel instante los que hubiesen caído sobre mis amigos, de seguro que ni uno solo vería levantarse la luz del nuevo día. Eso era en lo que influía, pensé yo, el te al capitán herido; raciocinio que me hizo reprocharme, una más, el haberlo dejado en aquella situación peligrosa, con ¡ pocas personas hábiles para montar la guardia.

A la sazón ya había llegado aja entrada y estaba allí, de Todo era oscuridad adentro, y mis ojos no podían distinguir nada en la densa tiniebla de aquel

recinto. En cuanto a oír, ya se comprenderá que en aquel punto era, para mí, mucho más distinta y perceptible a la música de los ronquidos. A ella se añadía, aunque fuese del todo insignificante, un ruido ligero como de alas o picoteo casi imperceptible.

Con las manos hacia adelante, avancé resueltamente al interior. Mi intento fue acostarme en mi lugar de costumbre, y, añadí riendo para mis adentros: ¡Cómo me voy a divertir contemplando las caras que ponen mañana cuando me vayan viendo!

Mi pie tropezó con algo que cedía a mi paso: era la pierna de uno de aquellos descuidados dormilones, que, a mi contacto, no hizo más que murmurar y volverse del otro lado, pero sin despertar.

Mas en aquel instante, y como partiendo del rincón más oscuro de la pieza, una voz chillona y aguda prorrumpió desafortadamente:

-¡Piezas de a ocho! ¡ Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho! ¡ Piezas de a ocho! ¡ Piezas de a ocho!...

¡Aquél era Capitán Flint, el loro de Silver!

El era el que producía el rumor ligero que yo escuché, picoteando una corteza de los maderos del muro.

Era el que, ejerciendo una vigilancia mucho mejor que la de una criatura humana, acababa de anunciar mi llegada con su incansable refrán.

No tuve el tiempo siquiera indispensable para reponerme. Al grito agudo y penetrante del loro todos los roncadores se despertaron y se pusieron en pie, escuchándose al punto la voz imponente de Silver, que, con el acompañamiento obligado de una insolencia, gritó:

-¿Quién va?

Me volví para correr; pero di contra una persona; híceme a un lado para buscar nuevo camino y caí en los brazos de otra que, me estrechó violentamente, teniéndome bien apretado.

-Trae una antorcha, Dick -dijo Silver cuando mi apresamiento estaba asegurado.

Entonces, uno de aquellos hombres salió del reducto y, m después, volvió con un hachón, encendido.

PARTE SE TA
EL CAPITAN SILVER

28. El campo enemigo.

-La claridad rojiza de la antorcha iluminando el interior de la cabaña me hizo ver que cuanto de malo pude imaginar en aquellos momentos, era, por desgracia, demasiado cierto. Los piratas estaban en posesión del reducto Y de las provisiones: allí estaba la barquilla de cognac; allí las carnes saladas y los bizcochos como antes de mi ausencia y, cosa que acrecentó infinitamente mi terror, ni la menor señal de un prisionero. No era posible pensar otra cosa que todos hablan perecido y mi corazón se sintió angustiosamente oprimido *al* pensar que yo no había estado allí para perecer con ellos.

Seis de los piratas quedaban allí únicamente: ni uno más sobrevivía. Cinco estaban en pie, colorados, soñolientos y malhumorados por haberse tenido que arrancar al sopor de la embriaguez. El sexto se había medio incorporado, nada más, sobre uno de los codos; estaba mortalmente pálido, y el ensangrentado vendaje que rodeaba su cabeza daba a entender que aquel hombre había sido recientemente herido y aún más recientemente curado. Recordé entonces al hombre que en el ataque de la estacada había sido herido y escapándose por el bosque, y no me cupo duda de que éste era el mismo.

El loro había saltado sobre el hombro de su amo, peinando y componiendo su plumaje. En cuanto a Silver, me pareció más pálido, y como más severo que de ordinario. Todavía llevaba puesto el hermoso traje de paño que se endosó el día de las conferencias, sólo que ahora estaba en extremo manchado de arcilla y con bastantes desgarrones, causados por las espinosas zarzas de los bosques.

-¡El diablo me ayuda! -exclamó- ¡Vaya una sorpresa! Conque aquí tenemos a Jim Hawkins, entrando así, como quien dice sin cumplimientos, ¿eh? ¡Sea enhorabuena! ¡Recibámosle como amigos!

Dicho esto se sentó sobre la barriquilla del cognac y dio trazas de componer a llenar su pipa.

-Dick, presta acá tu eslabón y tu yesca por un momento -dijo.

Y cuando ya tenía una buena lumbre, añadió:

-¡Esto te saldrá bien, chiquillo! ¡Veamos, Dick, encaja eso antorcha en el montón de la leña! Y ustedes, amigos, pueden sentarse, no hay necesidad de estarse ahí de pie. El señor -Hawkins los dispensará a ustedes, no les quepa duda. Conque sí, amigo, Jim, aquí estás tú. ¡Qué sorpresa más grata para tu viejo John!, ¡Yo siempre he dicho que tú eras vivo como un zancudo, desde que te puse el ojo encima, pero la verdad, chico, esto se adelanta a- todos los pronósticos!

A esto, como se supondrá fácilmente, yo no contestaba una sola palabra. Habíame reclinado contra uno de los muros, y desde allí clavaba mis ojos en los de Silver, con bastante descaro y resolución aparentes; pero bien sabe Dios que, entretanto, la Más negra desesperación envolvía mi alma por completo.

Silver dio una o dos vigorosas fumadas a su pipa con la mayor compostura, y prosiguió:

-Ahora bien, Jim, puesto que ya estás aquí, voy a decirte algo de lo que pienso. Yo siempre te he querido y siempre te he tomado por un mozuelo de ánimo, y por el mismísimo retrato mío cuando era yo como tú, muchacho y buen mozo. Yo siempre quise que tú fueras de los nuestros y que tomaras la parte que te correspondiera para que pudieses vivir y morir siendo de veras. persona. Ahora ya estás aquí, pilluelo... ¡Tanto mejor! El capitán Smollet es un buen marino, no cabe duda, tan bueno como yo mismo lo sería, en cualquier tiempo: pero riguroso en achaques de disciplina. "El deber antes que todo" es su dicho favorito, tiene razón, ¡con cien mil diablos! Pero, hete aquí emancipado ya de tu capitán. Al doctor mismo, que te quería tanto, lo tienes ahora enojado a muerte contigo; "prófugo mal agradecido" dijo refiriéndose a ti. Así, pues, por más vueltas que le des al asunto el resultado es que tú ya no puedes ir de nuevo a reunirte con los tuyos, porque ya ellos no te quieren y así, a menos que te propongas encabezar una tercera facción de la isla, para lo cual tendrías el sentimiento de no tener más compañía que tu sombra, tienes por fuerza que alistarte bajo las banderas de tu viejo amigo Silver.

Aquel discurso me hizo un grandísimo bien. Por el supe que mis amigos aún vivían, y aun cuando no desconfiaba yo de que fuera cierto en parte lo que Silver decía acerca de los resentimientos del partido de cámara por mi desertión, me sentí mucho más consolado que afligido con sus noticias.

-Nada te diré respecto de que estás en nuestras manos -continuó Silver-. Supongo que ninguna duda te cabrá sobre este particular. Pero, mira tú si juego a cartas descubiertas: mi intención no es intimidarte, sino convencerte. Nunca he visto que las amenazas produzcan nada bueno. Si te gusta el servicio... bien, adelante; te afilias con nosotros y ya está... Ahora..., si no te conviene, muy dueño eres de tu voluntad y de tu boca para darnos aquí un no redondo, y lléveme el diablo si algo más claro que todo esto puede salir de escotilla humana.

-¿Puedo yo contestar? -pregunté con una voz trémula.

En el fondo de toda aquella charla burlona, bien claro vela yo que la amenaza de muerte estaba en suspenso sobre mi cabeza, por lo cual mis mejillas abrasaban y el corazón me latía dolorosamente dentro del pecho.

-Muchacho -contestó Silver-, aquí nadie te está urgiendo.

-Está bien -contesté Yo, sintiéndome con un poco más de brío y atrevimiento- Si debo elegir, declaro que me creo con derecho para saber primero cómo están las cosas y por qué están ustedes aquí y dónde paran mis amigos.

-Pues no quiere poco el niño! -dijo en tono gruñón uno de los piratas- No sería para el poca fortuna averiguar todo eso.

-Paréceme, amigo -dijo Silver al interruptor con tono demasiado agrio-, que harías mejor en tapar esa escotilla y guardar tus andanadas para cuando se te pidan y necesiten.

En seguida, volviéndose a mí, continuó con el mismo acento amable y gracioso de antes: -Ayer por la mañana, amigo Hawkins, a la hora de la segunda guardia, vino por acá el doctor Livesey, trayendo en la mano una bandera de paz.

"-Capitán Silver -díjome-, están ustedes vendidos; ¡el buque se ha marchado!

"Aquello podía suceder muy bien; nosotros habíamos estado echando un trago y acompañándolo de una ronda de canto por hacerlo pasar mejor. No dije que no. La verdad es que ni de nosotros había

apuntado sus vidrios para allá. Salimos a ¡ábrase el infierno!... Aquello era verdad..., ¡la goleta desaparecido! Jamás he visto en mi vida un puñado de h más dementes que éstos, puedes creer que sí... Parecían de remate.

"-¡Sea enhorabuena! -díjome el doctor-, creo que es caso de capitular.

"Y capitulamos, no hubo remedio, capitulamos el y yo, y nos tienes Instalados con reducto y cognac, provisiones y toda la leña que ustedes tuvieron la buena precaución de compila una palabra, el bote entero y completo, desde las crucetas hasta la sobrequilla. En cuanto a ellos, se han largado con viento fresco; pero lléveme el diablo si sé dónde han tirado el ancla.

Diciendo esto dio una buena fumada a su pipa con la mayor, calma, hecho lo cual prosiguió así:

-Y para que no te hagas la ilusión de que. se te ha en el tratado, voy a decirte cuáles fueron las últimas palabras que hablamos.

-¿Cuántos son ustedes para salir de aquí? -le pregunté yo-. Cuatro -me contestó-, y uno de esos cuatro, herido, cuanto a ese muchacho, yo no sé dónde está ni me importa saberlo; el diablo cargue con el,

aunque al principio lo sentimos mucho. Estas fueron sus últimas palabras.

-¿Eso es -todo? -le pregunté.

-Eso es cuanto tú tienes que oír, hijo mío -replicó Silver.

-Y, ahora... ¿debo ya hacer mi elección?

-Ahora tienes que elegir; sí, amigo mío, no te quepa la menor duda.

Está bien -continué-. No soy tan badulaque que ignore que me espera. Pero suceda lo que suceda, poco me importa sea lo peor posible. Desde que caí metido en esta aventura he visto morir a tantos hombres, que ya la idea de la muerte asusta tanto. Pero hay una o dos cosas que quiero decirles.

Mi palabra iba tomando un acento desusado de excitación. En ese tono proseguí:

-Lo primero que quiero decir es esto: están ustedes perdido está el buque, perdido el tesoro, perdidos los hombres ustedes. Todo el -proyecto que ha engendrado su rebelión no J ya más que un desecho... ¡está en pedazos! ¿Y quieren saber ustedes de quién es la obra de su destrucción? ... ¡Es mía! estaba oculto en el barril de las manzanas la noche en que y tierra y desde el té oí a usted, John, y a usted, Dick Johnson, no; ya Hands, que a la, hora ésta yace en el

fondo del océano; y después de oír cuanto decían lo repetí todo, palabra por palabra, antes de que hubiera transcurrido una hora, a quienes tenían el derecho de saberlo. Y, por lo que hace a la goleta, fui yo también el que cortó su cable; yo quien mató a los dos hombres que tenía usted a bordo, y yo, por último, el que la he llevado a un punto en que ninguno de ustedes volverá a verla jamás. Si alguien debe y puede reír en este negocio, ése soy yo..., yo, que desde un principio he tenido la ventaja sobre todos ustedes, de quienes no tengo, en este momento, más miedo del que me inspirarla una mosca. Mátenme, si gustan, o déjenme con vida. Pero una cosa diré solamente para concluir, y es que, si me dejan vivir..., servicio por servicio..., el día que ustedes, amigos, estén en una corte del crimen, acusados de piratería, yo salvaré de la horca, con mi testimonio, a todos los que pueda. Ustedes, pues, y no yo, son los que tienen que elegir. Maten uno más, y aumenten inútilmente, con eso, la lista de sus crímenes; o déjenme vivo y asegúrense de esa manera, el testigo que puede arrancarlos del patíbulo.

-Ahora bien, señor Silver, como creo que usted es aquí el hombre más de confiar, quisiera hacerle un solo encargo para el caso de que me acontezca lo

peor que acontecerme puede, y es que tenga la bondad de contar al doctor de qué manera he sufrido mi final destino.

-Lo tendré muy presente -contestó el pirata con un acento tan extraño que, por vida mía, me fue imposible decidir si estaba burlándose de mí o si se sentía favorablemente impresionado con mi valor.

Entonces tomó la palabra aquel Morgan, cara de caoba, a quien yo vi en la taberna de Silver, cerca de los muelles, en Bristol.

-Yo añadirle algo a todo eso -dijo-, y es que ese mismo muchacho es el que reconoció a Black Dog.

-Pues miren ustedes -añadió, a su vez, el cocinero-, yo puedo agregar aún algo más, ¡por vida del infierno! y es que el mismo muchachillo que ustedes ven es el que supo birlarnos la carta de Flint, que guardaba Billy Bones. Del principio al fin no hemos hecho más que estrellarnos contra Jim Hawkins.

-¡Pues aquí las pagarás todas juntas! -dijo Morgan con un horrible juramento y avanzando hacia mí con su gran navaja abierta.

-¡Aparta, allá! -gritó Silver- ¿Quién eres aquí tú, Tom Morgan? Figúraseme que te has creído ser el capitán. ¡Por Satanás", mi padre y señor, que prometo enseñarte a ser quien eres! Hazme enojar, y ya

verás si no te despacho adonde muchos hombres buenos han ido a parar, por mi mano, en estos últimos treinta años, algunos a mecerse en los paños; otros al agua, atados de pies y manos, y todos ellos a engordar a los peces del océano. Acuérdate de que no hay ni ha habido un hombre que se atreva a mirarme entre ceja y ceja, que haya podido jactarse de ver un día después de eso: Tom Morgan, ¡no eches eso en saco roto! -Morgan se detuvo, pero un murmullo ronco partió de todos los demás.

-Tom tiene razón -avanzó uno.

-Creo que he tenido más largo tiempo del regular a un hombre sólo por espantajo -aventuró otro- ¡Lléveme el demonio si un cojo como usted, John Silver, mete miedo a un hombre cabal como soy yo!

-¿Sería que alguno de ustedes, caballeros, siente ganas de, saber por sí mismo quién es John Silver?...

El cocinero, bramó más bien que dijo esas palabras saltando de sobre la barriquilla de cognac en que estaba sentado avanzando bastante hacia el grupo de los piratas y sin soltar que brillaba aún encendida en su mano derecha. Y, sin h pausa alguna, prosiguió: -¡Pues me parece muy bien! Que de no más un paso al frente el que quiera, y diga lo que se le ofrece, que me figuro ninguno es mudo. No tie-

nen más que pedir; yo doy lo que se demande. ¿Con todos los años que tengo, había de venir ahora un botarate, hijo de algún ladrón de agua dulce, a calarse el sombrero de través en mi presencia, como término a mi historia?

Por el santísimo infierno que se equivoca! Pero que haga la prueba el más gallito... ¡ya sabe el modo! Todos ustedes son caballeros de la fortuna según ustedes mismos... ¡Pues, a la e ¡Aquí estoy listo! ¡Descamíse el cuchillo el que sea hombre para ello, y por mi patrón Satanás que antes de que esta pipa acabe ya habré visto el color y el tamaño de su asadura!...

Ninguno de aquellos hombres se movió, ninguno murmuró una palabra. Entonces, el añadió, volviendo la pipa a la boca

- ¡Ah! ¡Gallinas!... ¡ Eso es lo que son ustedes! ¡ De ve que es una gloria el ver este montón de poltronas! ¡ Muy bravo, si se trata de batirse con una botella, pero muy sordos cuan se les llama a probar si son lo que parecen!.. . Veremos si entienden ustedes el inglés de nuestro rey Jorge: yo soy aquí el capitán por elección unánime. Yo soy aquí el capitán porque a legua soy mejor y valgo más que todos ustedes juntos. Así, pues, y ya que no quiere ninguno

salir conmigo a medirse como de los verdaderos "caballeros de la fortuna", a obedecer canallas, y sin chistar... ¿entendido? ... Yo quiero a este muchacho; yo no he visto jamás un chico que valga lo que vale el por quien soy afirmo que el es más hombre y vale el solo mucho más que el mejor par de todas estas ratas de navío amontonadas aquí. Ahora bien, lo que digo es esto y nada más esto: yo lo tomo a mi lado; yo lo protejo y cubro con mi ¡Eso es cuanto he de decir, y ténganlo bien entendido!...

Después de esto vino un largo silencio. Yo permanecía rígido apoyado contra el muro con el corazón latiéndome como un martillo de fragua.: pero con un rayo de esperanza comenzando a aparecer en el fondo de mi alma. Silver retrocedió también a su lugar primitivo, contra la pared, y estaba allí con los brazos cruzados, con la pipa en un ángulo de la boca, tan tranquilo y tan sereno como si hubiera estado en una iglesia. Sin embargo, su ojo pequeño pero sagaz vagaba furtivamente de uno a otro de sus subordinados secuaces, a quienes miraba incessantemente de través. Ellos, por su parte, fueron retirándose gradualmente hasta la extremidad opuesta del recinto, y allí comenzaron a murmurar en voz baja con un rumor que me parecía el de un torrente

lejano. Uno después del otro, todos volvían la cara de vez en cuando, hacia donde estábamos Silver y yo, y, al efectuar ese movimiento, la luz rojiza que cala en sus facciones les prestaba contornos y tintas espantables. Empero, sus ojeadas amenazadoras no eran para mí, sino para Silver.

-Me parece que tienen ustedes pudriéndoseles de calladas una sarta de cosas que buscan aire. ¡Pues a abrir las escotillas y a soltarlas sin melindres, amigos, o si no, a apartarse! -dijo Silver escupiendo con el más altivo desdén.

-Pues, con el permiso de usted, señor -saltó uno de los hombres-. Usted es bastante olvidadizo tratándose de algunas de nuestras reglas. Será, tal vez, con el fin de vigilar por el cumplimiento de las restantes. ¡Está bien! Pero esta tripulación que ve usted aquí, está descontenta; esta tripulación está resuelta a arriesgar el todo por el todo (dispensando la libertad), y así es que, conforme con nuestras propias reglas, según entiendo, nos retiraremos a celebrar consejo todos juntos.

Diciendo esto, hizo un respetuoso Y complicado saludo, a estilo de marineros, y con la mayor calma y sangre fría salió afuera del reducto. A ése, que era un sujeto alto, de aspecto enfermizo, con los ojos

amarillentos y como de treinta y cinco años, siguieron otro y otros de los de la banda, observando en todo su ejemplo.

-¡Conforme a reglamento! -dijo uno.

-Sesión de afiliados -añadió Morgan.

Y así, ya con una expresión, ya con otra, todos salieron del reducto, dejándonos a Silver y a mí iluminados por la antorcha.

El cocinero de "La Española" se quitó, al punto, la pipa de la boca, y, de una manera firme y resuelta, me habló así:

-Pronto, ven acá, Hawkins. Debes comprender que la cuchilla de la muerte está colgada de un solo cabello sobre tu cabeza, Y, lo que es todavía peor, acompañada de tormentos. En este instante van a deponerme de mi cargo. Pero no importa, fíjate en esto: yo permanezco firme a tu lado, venga lo que viniere. No era esto lo que yo me proponía al principio, ¿no, por cierto! Pero, después de que hablaste, ya fue otra cosa. Me desesperaba la idea de perder todas mis bravatas y salir derrotado en el negocio. Pero he visto que tú eres el hombre que yo necesito. Me dije, entonces, a mí mismo: John, tú ponte del lado de Hawkins, y el estará al lado tuyo del mismo modo. Tú eres, para el última carta de juego, y, ¡por

tu patrón Satanás, John, que puede ser también la tuya! ¡Ayuda por ayuda, me dije: tú, salvas a tu testigo, y el salvará tu pescuezo de la horca!

Aunque confusamente, comencé a comprender.

-¿Quiere usted decir que todo está perdido? -le pregunté ¡ Por el infierno que sí! -me respondió-. El bu ido cuesta el pescuezo; he ahí la situación, en dos palabras vez que yo eché una mirada a esa bahía, Jim Hawkins, y vi no había goleta sobre qué contar... yo soy duro y correoso; pe con todo, puedes creer que me sentí desorientado. En cuanto ese grupo y su consejo, te digo que no son más que unos estúpidos y cobardes. Yo te sacaré salvo de entre sus garras, cuanto de mí dependa; pero, lo dicho, Jim, servicio por servicio tú salvas a tu amigo Silver de la horca.

Me sentí anonadado y aturdido. Parecíame una cosa tan sin visos de esperanza, lo que el me pedía... el..., el viejo pira visos de esperanza lo que el me pedía... el cabecilla de la rebelión.

-Lo que esté en mi mano hacer, eso haré -le respondí.

-¡Pues, trato hecho! -exclamó John Silver-. Tú has sabido hablar con valor y con fiereza, y, ¡por el Infierno!, yo sabré cumplir tu palabra.

Se adelantó luego hacia la antorcha, que estaba, como dicho antes, encajada entre la leña, y allí volvió a encender a pipa, que se había apagado.

-Entiéndeme bien, Jim -prosiguió en seguida-; yo tengo una verdadera cabeza sobre mis hombros. Lo que es ahora, nadie es más partidario del caballero que yo. Comprendo muy bien q tú has puesto a salvo ese buque en alguna parte... ¿Cómo?, lo sé; pero sí afirmo que está en seguro. Tal vez lograste reducir y convencer a Hands y a O'Brien. Yo nunca tuve en el una gran fe. Pero, fíjate en esto; yo nada pregunto ni dejaré que los otros pregunten. Yo sé y conozco bien cuando un juego es a punto, ¡sí, señor! Pues te aseguro, chico, que lo, que es este ¡ya quema! ¡Ah! Tú eres un niño todavía; pero tú y yo juntos ¡cuántas y cuán buenas cosas pudiéramos haber hecho!

Diciendo esto abrió la llave del barrilillo y dejó correr poco de cognac en un vasito de lata.

-¿Quieres un trago, camarada? -preguntóme. Y como yo husase, prosiguió: Necesito un tónico, porque de esta hecha tendremos gresca dentro de pocos momentos. Y, a propósito de gresca, tú, ¿por qué me entregaría el doctor la carta de Flint?

Mi rostro expresó un asombro tan grande y tan natural Silver vio luego la inutilidad de hacerme más preguntas el asunto.

¡Ah, pues sí que lo hizo! -añadó-. Y no me cabe de que debajo de eso hay algo, Jim; bueno o malo, pero algo hay.

Dicho esto bebió un trago o dos de cognac, oprimiéndose después su grande e inteligente cabeza con el ademán de un hombre que prevé y teme todo lo que hay de más malo.

29. Otra vez el disco negro

La sesión de los filibusteros había durado ya un rato bastante considerable, cuando uno de ellos volvió a entrar al reducto, y, no sin repetir el mismo saludo o reverencia a que antes me referí, rogó a Silver, que, por un momento, se les prestase el hachón; John accedió, desde luego, y el emisario se retiró, dejándonos sumidos en la oscuridad.

-Ya comienza a soplar la brisa, Jim -dijo Silver, que, a la sazón, había adoptado un tono de todo punto amistoso y familiar conmigo.

Me aproximé entonces a la tronera que estaba cerca de mí y eché una ojeada hacia afuera. Los le-

ños de la gran hoguera se habían consumido casi por completo. Como a la mitad del declive de la loma de la estacada aparecían todos reunidos en un grupo; uno de ellos tenía la antorcha; otro estaba medio arrodillado en medio del grupo, y pude advertir que en su mano brillaba el acero de una navaja abierta, produciendo cambiantes de varios colores, a la doble claridad de la luna y de la antorcha. Los demás estaban un poco inclinados sobre el del medio, como si vigilasen o atendieran con interés a lo que hacía. Pude notar también que el mismo hombre de en medio tenía en las manos un libro, y todavía no volvía de la extrañeza que me causaba ver en poder de aquellos piratas una cosa tan ajena a su carácter y costumbres, cuando el personaje arrodillado se puso de pie, y todos con él, comenzaron a desfilar de nuevo hacia el reducto.

-Déjalos que vengan, muchachos, déjalos -exclamó Silver con confianza- Creo tener todavía un tiro en mi cartuchera.

La puerta dio entrada a los cinco hombres, juntos unos con otros en apretado grupo; pero, no dieron si no un paso adentro del umbral, y empujaron a uno de ellos, de modo que ocupase la delantera. En cualquiera otra circunstancia hubiera sido cómi-

co ver trastabillar a aquel pobre hombre en su avance lento y teniendo su mano derecha cerrada delante de sí.

-Avanza, muchacho, avanza -exclamó Silver-; no creas que te voy a comer. Entrega eso, haragán; yo sé bien las reglas, puedes creerlo, y no he de meterme a maltratar a una diputación.

Esto dio al pirata diputado un poco más de ánimo, y pudo ya adelantarse más fácilmente. Entonces, y cuando tuvo a Silver al alcance de su mano, pasó algo a la del cocinero, y en el acto retrocedió con la mayor ligereza hasta el grupo.

John Silver echó una ojeada sobre lo que se le acababa de pasar, y murmuró: -¡El disco negro! ¡Ya me, lo esperaba! Pero, ¿en dónde diablos han encontrado ustedes papel? ¡Ah! ¡Vamos! ¡Ya caigo! Aquí está el secreto: pero, chicos, esto es de mal agero; han Ido ustedes a cortar el papel de una Biblia. ¡Pues, vaya, que no podía darse nada más tonto!

-¡Ah! ¿Qué tal? -dijo Morgan-. ¿Qué tal? ¿No fue eso mismo lo que, yo dije? ¡De allí no puede salir cosa buena!

-Tanto peor para los profanadores: ¡ustedes mismos se han condenado a la horca! -continuó Sil-

ver-. Y, a todo esto, ¿quién era el santurrón holgazán que tenía una Biblia?

-Era Dick -dijo uno.

-Conque Dick, ¿eh? Pues, hijo mío, ya puedes encomendarte, a Dios me replicó John- Creo que con esto ha concluido ya tu lote de buena suerte, puedes creérmelo.

En esto, el pirata flaco, ojiamarillento, saltó diciendo:

-Basta ya de charla inútil, John Silver. Esta tripulación le ha pasado a usted el disco negro, en sesión plena, y conformé a, las reglas, usted no tiene más que hacer sino, volverlo, como las mismas reglas se lo mandan y leer lo que hay escrito en el.

-¡Gracias, Jorge, un millón de gracias! -replicó el cocinero de La Española -. Este muchacho siempre ha sido así para todos los negocios, vivo y enérgico. Además, se sabe de memoria todas nuestras reglas, lo cual me complace en sumo grado. ¿Fuiste tú quien escribió esto, Jorge? Pues, hombre, te felicito, porque, la verdad, se ve que ya te vas haciendo un personaje notable entre estos buenos chicos. ¿Qué apostamos a que tú vas a ser mi sucesor, nombrado -capitán con todos tus honores? Pero,

entretanto, ¿no me haces el favor de pasarme ese hachón? Esta pipa no arde bien.

. -Basta una vez más -dijo Jorge- Usted se tiene por muy gracioso, a lo que entendemos, pero, por ahora, ya no es usted nadie, con lo cual haría usted muy bien en bajarse de ese barril y ayudarnos a votar a otro jefe.

-Me pareció haberte oído decir que conocías nuestro reglamento -dijo Silver desdeñosamente-. Pero, si no es así, yo lo conozco. Digo, en consecuencia, que no me muevo de aquí, y añado que soy todavía el capitán de la banda, fíjense bien en esto, hasta que ustedes hayan desembuchado, una por una, todas sus quejas y no haya contestado a ellas. Mientras tanto, su disco"" negro no vale un ardite. Después de cumplir con este requisito ¡ya veremos!

-¡Oh, pues, en cuanto a eso, no hay inconveniente en darle a usted gusto! Aquí todos somos llanos y parejos. Y no nos mordemos la lengua. He aquí nuestras razones: Primera: usted ha convertido una expedición en un mero jigote; supongo que vio tendrá usted el descaro de negarlo. Segunda: usted ha dejado escapar de esta ratonera al enemigo, sin provecho alguno. .. ¿Por qué querían ellos salirse? No lo sé; pero lo que es evidente es que querían sa-

lir. Tercera: usted no nos ha permitido atacarlos después de salidos. .. ¡Ah! No se figure que dejamos de ver claro en esto; usted no juega limpio, John Silver, y eso es lo peor que puede hacer. Cuarta: ese muchacho que se nos ha colado esta noche y a quien usted defiende.

-¿Eso es todo? -preguntó tranquilamente Silver.

-Basta y sobra -contestó Jorge-. Me parece que tendremos que vernos colgados y secando al sol, todo por su culpa.

-Pues está bien. Voy a contestar a esos cuatro puntos, uno por uno. ¿Conque yo he hecho un jigote de esta expedición? ¡Vamos!... ¿Acaso ignoran ustedes lo que Yo quería y lo que había resuelto? Ustedes saben bien que si aquello se hubiera hecho, esta noche estaríamos todos a bordo de "La Española", como siempre, todos vivos, todos contentos, muy bien comidos, mejor bebidos y con el tesoro almacenado en la cala, ¡con mil demonios! Y bien, ¿quién se me interpuso? ¿Quién forzó mi mano, que era la del legítimo capitán? ¿Quién se hizo pasar el disco negro el mismo día que desembarcamos y comenzó esta danza?... ¡Ah! ¡bonita danza, por cierto! Ya me veo en ella con ustedes hasta el verdadero fin. Esto me parece tan gracioso y divertido

como si viera una gaita colgando en la punta de la horca en la Playa de los Ajusticiados. Pero, ¿de quién es la culpa? Pues bien, fueron Anderson y Hands y tú, Jorge Merry, los que determinaron aquello. Tú eres el único que quedas vivo de esos oficiosos impertinentes, y ahora te vienes con la insolencia estúpida y endemoniada de ponérteme enfrente para tomar el puesto de capitán... ¡ Tú, que has hundido a la mayoría de nuestra tripulación! ¡Por mi patrón Satanás! ¡Esto sí que es el más alto colmo de la desverg enza y del cinismo!

Silver hizo una pausa, durante la cual pude observar en los semblantes de Jorge y sus camaradas que aquella filípica tremenda no había sido pronunciada en vano.

-Eso es por lo que hace al cargo número uno -dijo el acusado endulzando un poco el ceño, terriblemente adusto con que hasta allí había hablado, y bajando el diapasón de aquella voz que acababa de hacer retemblar la casa- Es cosa que pone a uno enfermo -prosiguió-, el disgusto de tener que entenderse con ustedes. De todos no hay uno que tenga ni entendimiento ni memoria; y hasta me admiro de pensar cómo se les iría el santo al cielo a sus mamás, que los dejaron meterse a la mar. ¡A la mar!... ¡Mari-

nos ustedes!... "¡Caballeros de la fortuna!"... Sastres; ése debe ser su oficio.

-Siga usted, John -dijo Morgan- Pero, hábleles a los demás también, no a mí solamente.

- ¡Ah! ¡Sí! ¡Los otros! ¡Precioso hato de hombres!, ¿no es verdad? Dicen ustedes que esta expedición está desconcertada desencuadrada. ¡Oh! ¡Si pudieran ustedes comprender hasta que punto -está desencuadrada! ¡Ya verían ustedes entonces! Básteme decirles que tenemos toda la horca tan cerca que casi, huelo el cáñamo y siento el pescuezo oprimido, de sólo pensar en ello. Ya ustedes habían visto ese espectáculo... ¡ qué hermoso! ¿no es verdad? Un hombre cargado de cadenas, suspendido de una cuerda, rodeado de buitres que revolotean sobre su cadáver o almuerzan tranquilamente con sus entrañas. Y los marinero, horrorizados, señalándose con el dedo, unos a otros, cuando ala hora de la bajamar cruzan en sus barquillos- junto al patíbulo. "¿Quién es ése?" -dice uno-. "¿Ése? ¿Y lo preguntas? es John Silver; yo lo conocí muy bien" -le contesta el otro. Y entretanto, puede llegar hasta los oídos del trabajador marino que, cruza hacia la boya cercana, el ruido siniestro con que golpean, unas con otras las cadenas de aquel ajusticiado Pues

hay que, convencerse de que eso es lo que nos aguarda, a cada hijo su madre, en esta compañía, gracias a Jorge y a Hands y a Anderson? y a todos los torpes que han arruinado este negocio. Ahora, si quieren ustedes que conteste a su cuarto punto, es decir, ese muchacho Hawkins, ¡por el diablo en personal! ¿Se figuran ustedes que vamos a asesinar a un huésped? ¡No nosotros ,vida mía! Es muy posible que el sea nuestra última tabla en el naufragio, y no me sorprenderá que así sea. ¿Matar a este chico? ¡Repito que no, camaradas! ¿Y sobre el punto tercero? ¡Ahora hay que decir sobre el tercer punto.- Podrá suceder que ustedes nada significa tener un doctor entero y verdadero viene a visitarnos diariamente, a ti, John, con tu cabeza rota, o a ti, Jorge Merry, a quien la malaria ha puesto ahí con unos ojos amarillos como limón maduro y que todavía no hace seis horas estabas tiritando con el escalofrío y delirando con la fiebre. Podrá suceder también que ignoren ustedes que hay un segundo buque que debe venir a buscar a la tripulación de "La Española", si se retrasa por, cierto tiempo. Pues sí, señores, viene, y, para entonces, ya veremos quién se alegra o quién siente recibir una visita. Y, por lo que hace al número dos, esto es, cuál es la razón que tuve para

hacer un trato, no tienen ustedes más que ponerse todos aquí de rodillas, de rodillas como vinieron un día a pedírmelo, arrastrándose, para que lo hiciera yo. Pues ahí es nada, vean ustedes la causa... ¡ esa es!

Y diciendo esto, arrojó en medio del grupo, sobre el piso, un papel que yo conocí en el instante y que no era otra cosa que el mapa en pergamino, con las tres cruces rojas, que yo encontré en la tela impermeable, guardada en el fondo del cofre del capitán. Por qué razón el doctor había pasado aquello a Silver, era problema que yo no acertaba a resolver.

Pero, si bien, para mí, aquello no tenía explicación plausible, la carta fue en sí de un efecto increíble y mágico para los revoltosos. Todos a una saltaron sobre ella como gatos sobre un ratón. Pasáronse de mano en mano; pero casi arañándose unos a otros para arrebatársela.

-Todo esto está muy bueno -dijo Jorge-; pero la cosa es que, ¿cómo vamos a embarcar la hucha si ya no hay buque?

-¡Jorge Merry! -gritó Silver poniéndose violentamente de pie y apoyándose con una mano contra la pared-, voy a hacerte una prevención a tiempo. Si sueltas una palabra más, tienes que salirte de aquí allá abajo y verte la cara conmigo, que tengo la cer-

teza de aplastarte. ¿Cómo?... ¡Qué sé yo! Tú perdiste el buque, y yo encontré el tesoro. ¿Quién vale de nosotros dos, Jorge Merry? Y, ahora.. . presento mi renuncia. Pueden ustedes elegir a quien se les de la gana. Yo tengo ya bastante del cargo éste.

-¡Silver! -gritaron todos en coro- ¡Barbacoa ahora y siempre! ¡Barbacoa es nuestro capitán! ¡Viva Barbacoa!

-¡Enhorabuena! Esas tenemos, ¿no es verdad? exclamó el cocinero- Pues ya lo ves, Jorge, por hoy. me parece que tendrás que aguardar otro turno para tener tu capitanía. Y da gracias al demonio de que yo no sea un hombre vengativo. Pero, es la verdad, no es ése mi modo. Y, ahora bien, camaradas... ¿Este disco negro?... Me parece que por hoy no vale ya gran cosa, ¿no es verdad? Todo se reducirá a que Dick haya oscurecido su buena estrella y maltratado su Biblia... ¡nada más!

-¿No cree usted que la cosa se compondrá besando devotamente el libro? -exclamó Dick, que, positivamente, se sentía desazonado al pensar en la maldición celeste.

viene a visitarnos diariamente, a ti, John, con tu cabeza rota, o a ti, Jorge Merry, a quien la malaria ha puesto ahí con unos ojos amarillos como limón

maduro y que todavía no hace seis horas estabas titiritando con el escalofrío y delirando con la fiebre. Podrá suceder también que ignoren ustedes que hay un segundo buque que debe venir a buscar a la tripulación de "La Española", si se retrasa por cierto tiempo. Pues sí, señores, viene, y, para entonces, ya veremos quién se alegra o quién siente recibir una visita. Y, por lo que hace al número dos, esto es, cuál es la razón que tuve para hacer un trato, no tienen ustedes más que ponerse todos aquí de rodillas, de rodillas como vinieron un día a pedírmelo, arrastrándose, para que lo hiciera yo. Pues ahí es nada, vean ustedes la causa... ¡ esa es!

Y diciendo esto, arrojó en medio del grupo, sobre el piso, un papel que yo conocí en el instante y que no era otra cosa que el mapa en pergamino, con las tres cruces rojas, que yo encontré en la tela impermeable, guardada en el fondo del cofre del capitán. Por qué razón el doctor había pasado aquello a Silver, era problema que yo no acertaba a resolver.

Pero, si bien, para mí, aquello no tenía explicación plausible, la carta fue en sí de un efecto increíble y mágico para los revoltosos. Todos a una saltaron sobre ella como gatos sobre un ratón. Pasá-

ronsela de mano en mano; pero casi arañándose unos a otros para arrebatársela.

-Todo esto está muy bueno - dijo Jorge-; pero la cosa es que, ¿cómo vamos a embarcar la hucha si ya no hay buque?

-¡Jorge Merry! -gritó Silver poniéndose violentamente de pie y apoyándose con una mano contra la pared-, voy a hacerte una prevención a tiempo. Si sueltas una palabra más, tienes que salirte de aquí allá abajo y verte la cara conmigo, que tengo la certeza de aplastarte. ¿Cómo? ... ¡Qué sé yo! Tú perdiste el buque, y yo encontré el tesoro. ¿Quién vale de nosotros dos, Jorge Merry? Y, ahora... presento mi renuncia. Pueden ustedes elegir a quien se les de la gana. Yo tengo ya bastante del cargo éste.

-¡Silver! -gritaron todos en coro- ¡Barbacoa ahora y siempre! ¡Barbacoa es nuestro capitán! ¡Viva Barbacoa!

-¡Enhorabuena! Esas tenemos, ¿no es verdad? -exclamó el cocinero- Pues ya lo ves, Jorge, por hoy, me parece que tendrás que aguardar otro turno para tener tu capitanía. Y da gracias al demonio de que yo no sea un hombre vengativo. Pero, es la verdad, no es ése mi modo. Y, ahora bien, camaradas. .. ¿Este disco negro? ... Me parece que por hoy no vale

ya gran cosa, ¿no es verdad? Todo se reducirá a que Dick haya oscurecido su buena estrella y maltratado su Biblia... ¡nada más!

-¿No cree usted que la cosa se compondrá besando devotamente el libro? -exclamó Dick, que, positivamente, se sentía desazonado al pensar en la maldición celeste.

-¡Una Biblia con un pedazo recortado! -dijo Silver sarcásticamente- ¡Imposible! Entre ella y una simple colección de canciones no hay ya diferencia alguna.

-¿Cree usted que no? replicó Dick con cierta especie de alegría - ¡Bueno! Pues creo que todavía vale la pena guardarla.

-Y, ahora, Jim -dijo Silver-, aquí hay una curiosidad para tu colección de ellas.

Diciendo esto me pasó un pedacillo de papel: era éste como del tamaño de una moneda "corona". De un lado nada tenía impreso, porque era la última hoja del libro; del otro lado contenía un versículo de la Revelación, y en el me llamaron la atención estas palabras, de una manera particular: "Afuera están los perros y los asesinos". El lado impreso había sido ennegrecido con carbón de la hoguera, que, a la sazón, comenzaba ya a desprenderse y a manchar

mis dedos; en el lado blanco habíase escrito, con el mismo material, la palabra "Depuesto". Todavía al escribir este relato conservo en mi poder aquella curiosidad, y la tengo aquí, sobre mi mesa; pero no podría ya verse en ella la menor huella de escritura, si no es una especie de arañazo como el que alguien podría hacer con una uña de su dedo pulgar.

Con aquello terminaron los sucesos de esa noche. A los pocos momentos se sirvió a todos un vaso de cognac, y nos tendimos todos a dormir. La señal de venganza que dio Silver fue nombrar a Jorge para hacer cuarto de centinela, amenazándolo con la muerte si no obraba con lealtad.

Mucho rato se pasó para que yo pudiera cerrar los ojos, y bien saben los cielos que razón me sobraba al solo recuerdo de aquel hombre a quien por la tarde había yo quitado involuntariamente la vida, en el instante de mayor peligro para la mía. Pero lo que más contribuía a desvelarme era aquella partida terrible y sagaz que acababa de ver jugar a Silver, cuyos maravillosos esfuerzos tendían, por un lado, a mantener unidos y a la raya a los sublevados, y, por el otro, a intentar todos los medios humanos, posibles e imposibles, para obtener una reconciliación y salvar su miserable existencia. Pero el, por su parte,

se durmió al momento, de la manera más apacible, y muy pronto comencé a oír el estrépito de sus ronquidos. Entretanto, mi corazón se oprimía penosamente al pensar en los riesgos inminentes que rodeaban a aquel hombre, por más malvado que fuera, y en la horca infamante que tenía como última perspectiva de su triste carrera.

30. Bajo palabra

Una voz clara y alegre que sonaba a la orilla del bosque llamando a los del reducto me despertó, y despertó igualmente a todos los demás; y el centinela mismo, que se había buenamente recargado contra la puerta, se estremeció, enderezándose en su puesto.

-¡Ah del reducto! -gritaba la voz- Aquí viene el doctor.

Y el doctor era, no cabía duda. Yo sentía gusto ciertamente en escuchar aquel acento amigo; pero mi alegría no era muy pura que digamos. Recordé, al punto, con gran bochorno, mi insubordinación y conducta furtiva, y, al ver a qué extremo me había ello conducido, en qué compañía y de qué peligros

me rodeaba, sentí verg enza de mirar al doctor a la cara.

Él debía haberse levantado muy de madrugada, porque la luz no llegaba aún decididamente, y cuando yo hube corrido a una de las troneras para verle, le divisé allá abajo, de pie, como a Silver el día de su misión, hundido hasta las rodillas en una niebla rastrera.

-¡Es usted, doctor! ¡Santos y buenos días tenga vuestra merced! -dijo Silver perfectamente despierto y armado de excelente humor en un momento- Vivo y madrugador, no cabe duda; pero ya sabemos aquí que, como lo dice el dicho, "el pájaro madrugador es el que recoge las raciones". Jorge, muévete, muchacho, y ayuda al doctor Livesey a saltar a bordo de este navío. Por aquí todo va bien, doctor; todos sus enfermos van mejorando mucho y todos están contentos.

Hablando de esta suerte estaba allí, de pie en la cima de la loma, con su muleta bajo el brazo y con la otra mano apoyándose en una de las paredes de la casa. Su actitud, su acento, sus palabras, sus modales, ya eran, de nuevo, los del mismo John Silver que yo conociera en Bristol.

-Le tenemos preparada a usted, por hoy, una pequeña sorpresa, señor doctor -continuó-. Tenemos aquí un extrañito. Un nuevo comensal y huésped, sí, señor, tan listo o templado, como un violín. Aquí ha dormido toda la noche,- como un sobrecargo, al lado mismo del viejo John.

A este tiempo, el doctor Livesey había ya saltado la estacada y estaba muy cerca del cocinero, por lo cual pude observar muy bien la alteración de la voz en que preguntaba:

-¿Supongo que no será Jim?

-El mismo Jim en cuerpo y alma, sí, señor -contestó Silver.

El doctor se detuvo afuera, y aunque no respondió ya palabra alguna, pasaron algunos segundos antes de que pareciera poder moverse.

-¡Bien, bien! -dijo por último- Primero la obligación y luego el placer, como se diría usted a sí mismo. Vamos a ver y a examinar a esos enfermos.

Un momento después ya estaba adentro de la cabaña y sin tener para mí más que una torva inclinación de cabeza, se puso en el acto a la obra con sus enfermos. No parecía tener el más pequeño récelo, a pesar de que debía haber comprendido muy bien que su vida en manos de aquellos traidores y ende-

moniados piratas estaba pendiente de, un cabello. Con la misma naturalidad estuviera haciendo una ordinaria visita profesional a una tranquila familia de Inglaterra, iba de paciente en paciente, curando, componiendo y arreglándolo todo. Sus maneras, a lo que creo habían ejercitado una reacción saludable sobre aquellos hombres, porque el caso es que se comportaban con él como si nada hubiera sucedido, como si todavía fuese el mismo médico de a bordo y ellos marineros leales en sus puestos respectivos.

-Lo que es tú, vas, muy bien -dijo al individuo de la cabeza estrapajada-. Y si hombre alguno en el mundo recibió un porrazo peligroso, ése has sido tú: tu cabeza debe ser dura como el acero. Vamos a ver, tú, Jorge. ¿Cómo estás, hoy? Bonito color de limón e echando ahí, no te quepa duda: es que el hígado se te ha vuelto hacia abajo. ¿Tomaste esa medicina? A ver, muchachos, digan la verdad, ¿tomó Jorge su medicina?

-¡Oh!, en cuanto a eso, sí, señor, de veras que sí respondió Morgan.

La cosa es que desde que me he convertido en médico de rebeldes, o diré mejor, en médico de cárcel -continuó el doctoren el tono más afable-, vengo

considerando como un puesto de honor para mí el no perder ni un solo hombre para nuestro rey Jorge que Dios guarde, y para la horca.

Los malvados aquellos se miraron unos a otros, pero no hicieron más que tragar la píldora en silencio.

-Dick no está muy bien, señor -dijo uno.

-¿Esas tenemos? A ver ven acá, Dick -llamó el doctor-. Enséñame la lengua. No, no me sorprende que se sienta mal: esta le, de por sí bastaría para espantar a la armada francesa. ¡Otra malaria tenemos!

-¡Ah! -dijo Morgan- eso resulta de, andar profanando Biblias.

-Eso resulta de ser, como tú dices, unos asnos monteses -replicó el doctor-; o, para hablarte más claro, de no saber distinguir un aire viciado y ponzoñoso de un aire sano y vivificador, ni un pantano inmundo y envenenado de una tierra alta y seca. me parece lo más probable (sin que pase esto de una opinión⁴ por supuesto), que todos ustedes, sin excepción, van a tener qué pagar el duro tributo de la fiebre, antes de que logremos arrojar de sus cuerpos los gérmenes de la malaria que absorbieron por todos los poros. ¡Acampar en un marjall... Silver, me sorprende,, verle a usted autorizar tal disparate. Us-

ted es mucho menos tonto,, que todo estos juntos; pero no se me figura que tenga usted a los más pequeños rudimentos de higiene.

-Está bien -añadió, después que ya hubo medicado a todos y cuando ya cada uno había tomado su droga respectiva con humildad Infantil que distaba mucho de denunciar a aquellos hombres como sanguinarios rebeldes y piratas- Está bien; por hoy ya no hay nada más que hacer. Y ahora, desearía tener un rato de conversación con ese muchacho.

Y diciendo esto me señaló con un desdeñoso movimiento de cabeza.

Jorge Merry estaba en la puerta escupiendo alguna medicina poco agradable; pero, apenas el doctor dijo sus últimas palabras, se volvió con un movimiento brusco y casi bramó así:

-¡No!, ¡por cien mil diablos!

Silver golpeó sobre la barrica con su mano abierta y rugió estas dos palabras, tomando el aspecto de un verdadero león: -¡Silencio, tú!

Y luego, en su melifluo tono habitual, prosiguió: -Doctor, ya estaba yo pensando en ello, sabiendo lo mucho que siempre ha querido usted a este chiquillo. Todos nosotros le estamos a usted inmensamente agradecidos por su amabilidad, y, como usted

lo ve, ponemos la más grande fe en usted y tomamos sus drogas como empinaríamos un jarro de ron. Creo, pues, que he encontrado un medio que lo concilia todo. Hawkins, ¿quieres darme tu palabra de honor, como caballero, puesto que lo eres, aunque jovencito y pobre de nacimiento, de que no nos jugarás una mala pasada?

-Cuenta usted con mi palabra -le contesté sin vacilar.

-Pues, entonces, doctor -añadió Silver-, no tiene usted que hacer más sino salir afuera del recinto de la estacada, y una vez allí, yo personalmente llevaré abajo a Jim para que el de este lado y usted del otro, puedan conversar a través de los grandes claros de los postes. Que usted lo pase muy bien, doctor, y presente mis más humildes respetos al caballero y al capitán Smollet.

La expresión de descontento, mal reprimida por las miradas terribles de Silver, se produjo no bien el doctor salió del reducto. Silver fue rotundamente acusado de jugar doble; de intentar una reconciliación especial para sí; de sacrificar los intereses de sus cómplices y víctimas, y, en una palabra, de hacer precisamente lo mismo que en realidad estaba haciendo. Me parecía aquello, a la verdad, tan claro,

que no me era posible imaginar cómo podría el desarmar su furia. Pero lo cierto es que el solo valía más que todos aquellos hombres juntos, y que su triunfo de la víspera le había asegurado una sólida preponderancia sobre el ánimo de cada uno. Díjoles, muy formalmente, la mayor sarta imaginable de sandeces y tonterías para convencerlos; añadió que era preciso de todo punto que hablase yo con el doctor; les paseó, una vez más, la carta delante de los ojos y concluyó por preguntarles si alguno se atrevería decididamente a romper los tratados el día mismo en que se les permitía ponerse ya en busca del tesoro.

-¡No, por el infierno! -exclamó- Nosotros somos los que debemos romper el tratado; pero a su debido tiempo. Entretanto, yo he de mimar y embaucar a ese doctor, aun cuando, me viera obligado a limpiarle sus botas personalmente.

Dicho esto les ordenó que arreglasen el fuego y se lanzó afuera, sobre su muleta y apoyando una de sus manos sobre mi hombro, dejándolos desconcertados y silenciosos; pero más embotados por su palabrerío que convencidos con sus razones.

-¡Despacio, chico, despacio! -díjome moderando la rapidez de, mi marcha- . Podríamos hacerlos caer

sobre nosotros en un abrir y cerrar de ojos si viesan que nos apresuramos demasiado.

Ya entonces, deteniéndonos con toda deliberación, nos adelantamos a través de la arena hasta el punto en que, habiendo ya cumplido la condición, el doctor esperaba al otro lado.

-Usted tomará nota de lo que hago en este momento, doctor Silver en cuanto llegamos a distancia de poder hablar-. Además, Jim le contará a usted cómo he salvado anoche su vida, y cómo fui después por esa sola razón. No lo olvide usted, doctor. Cuando un hombre hace cuanto está en su poder por dar a su embarcación el rumbo cierto, como yo lo hago; cuando con sus postreros esfuerzos trata aún de jugar al hoyuelo, ¿Creé usted que será mucho conceder a semejante hombre el decirle una palabra de esperanza? Usted no debe perder de vista qué ahora no se trata ya simplemente de mí vida sino de la de este muchacho, que está comprometido en nuestro trato; así, pues, hábleme claro, doctor, y déme siquiera un rayo de, esa esperanza que solicito para seguir mi obra, hágalo usted, por favor.

Silver era, en aquel momento, un hombre totalmente diverso del que parecía antes de volver la es-

palda a sus amigos. Allí estaba ahora, con la voz trémula, con las mejillas caídas, y con toda la apariencia de una persona Irremediablemente condenada.

-¿Qué es eso, John? -dijo el doctor-. ¡Me figuro que tiene usted miedo!

-Doctor -replicó el-. Yo no tengo de cobarde ni tanto así. Si lo fuera no lo confesaría. Pero es el caso que creo ya sentir los horrendos estremecimientos del patíbulo. Usted es un hombre,, bueno y leal; yo nunca vi sujeto mejor que usted. Así, pues, lo que deseo es que usted no se olvide de lo bueno que yo haya hecho y procure olvidar lo malo. Con esto, me hago ya a un lado, vea usted, aquí, para dejarlos a ustedes hablar a, solas. Y quiero que añada usted esto a mi favor también, pues estamos por pasar una situación más que espinosa.

Diciendo esto se retiró un poco hacia atrás hasta colocar donde no pudiera oírnos, y allí tomó asiento en el tronco de uno de los abetos cortados y comenzó a silbar, girando en torno su asiento una y otra, vez, con el objeto de vigilar, tanto. Y al doctor, como a sus Insubordinados secuaces de allá que, se ocupaban en ir de aquí para allá -en la arena, arreglando el fuego y yendo y viniendo a la cabaña, de la

cual sacaban tocino y pan para confeccionar su almuerzo.

-Conque sí, amiguito -díjome el doctor en un tono triste-: por fin ya estás aquí, ¿eh? Lo que has sembrado, eso es lo que cosechas, muchacho. Bien sabe Dios que no me siento con, la energía necesaria para reñir en regla; pero no omitiré decir esto, ya sea que te parezca suave o duro: cuando, el capitán Smollet estaba bueno y sano, jamás te atreviste a, salir; pero en cuanto lo viste herido y que nada podía impedirte, ¡por San Jorge!, entonces te aprovechaste al punto. ¡Mira tú si conducta semejante no era ruin y cobarde!

Debo confesar que al oír esto me eché a llorar sin poderme contener. En cuanto pude hablar, dije:

-Doctor, usted puede disculparme; demasiados reproches me he hecho yo mismo; pero, como quiera que sea, mi vida está perdida, y ya hubiera yo muerto a la hora de ésta a no ser -porque Silver ha estado de mi parte, y, créame usted, doctor, yo puedo muy bien morir y aun me atrevo a decir que lo merezco; pero, francamente, la idea de ser torturado me aterroriza. SI, pues, llega el caso de que me den tormento.

-Jim -me interrumpió el doctor en una voz bastante cambiada ya-; Jim, no puedo consentir en semejante idea. ¡Salta al punto este cercado y correremos hasta ponernos en salvo!

-Doctor-le dije-: tengo empeñada mi palabra.

-Ya lo sé, ya lo sé -me replicó- No podemos evitar el faltar a ella, Jim, yo asumo toda la responsabilidad del acto sobre mí, hijo mío. Vergenza o castigo, yo me comprometo a sufrir lo que venga. Pero es imposible dejarte aquí. ¡Vamos!, date prisa... ¡Brinca!, de un solo salto ya estarás al otro lado, y te aseguro que correremos como antílopes.

-¡No! -le contesté- Usted comprende bien que usted mismo sería incapaz de hacer lo que me aconseja; y, como usted, no lo harían ni el caballero, ni el capitán... Pues ni yo tampoco. Silver ha confiado en mí. Me ha dejado sin más lazo que la garantía de mi palabra... Tengo, pues, que volver y volveré. Pero usted no me ha dejado terminar: si se llega el caso de que me den tormento, decía yo, podría suceder que se me escapara alguna confesión acerca del punto donde la goleta está ahora, puesto que yo he logrado capturarla, en parte por mi buena suerte y en parte, arriesgándome un poco. "La Española", doctor, está, e estos momentos, en la bahía norte,

hacia su playa meridional, abajo de la marca de la pleamar. A media marea debe encontrársela alta y en seco.

-¡La goleta! -exclamó asombrado el doctor.

Brevemente le referí mis aventuras de mar, que el escuchó con silencio.

-Hay en esto una especie de hado misterioso -díjome, cuando hube concluído- A cada paso eres tú el destinado a salvar nuestras vidas. ¿Y puedes suponer, por tanto, que vamos a dejarte aquí, a una perdición segura? Sería eso una gratitud de muy mala calidad, amigo Jim. Tú descubriste la conspiración; tú encontraste a Ben Gunn, hazaña la más notable que en tu vida has hecho y que harás aun cuando vivas más que Matusalén. ¡Oh! ¡Por el cielo!; y hablando de Ben Gunn, éste es el daño personificado, ¡Silver! -gritó-, ¡Silver!... -Y cuando el cocinero estaba bastante cerca para poder oírlo, prosiguió:- No tengan ustedes ninguna prisa respecto a este tesoro; es consejo que me permito dar a usted.

-Puede usted creer, señor -contestó John-, que hago todo cuanto está en mi mano para hacer tiempo. Pero tenga usted entendido que, de emprender la descubierta del tal tesoro, dependen mi vida y la de este muchacho; no hay que olvidarlo.

-Enhorabuena, Silver -replicó el doctor- Si ello es así, daré todavía un paso más en mis advertencias: cuidado con un chubasco posible, cuando se encuentre.

-Doctor -dijo Silver-, como de hombre a hombre debo decir a usted que sus palabras, o me dicen demasiado o bien poco. ¿Qué es lo que ustedes persiguen? ¿Por qué dejaron este reducto? ¿Por qué me dieron la carta? Todo eso lo ignoro, ¿no es verdad? Y, sin embargo, ya ve usted que sigo sus instrucciones a ojos cerrados sin haber recibido ni una sola palabra de esperanza. Pues bien, esto último es ya demasiado. Si no quiere usted decirme claramente qué es lo que usted quiere darme a entender, decláremelo así sin rodeos, y le ofrezco a usted que al punto suelto el Limón.

No-contestó el doctor-. No tengo derecho de decir nada más, no es un secreto mío, Silver que si lo fuera, le empeño a usted mi palabra de que lo diría. Sin embargo, me avanzo, en bien suyo, hasta donde creo que puedo atreverme, y un paso más todavía: porque me parece que el capitán va a ajustarse la peluca si no me equivoco. Pero, no importa: por primera vez, Silver, le doy a usted alguna esperanza; si ambos salimos vivos de esta lobera, le ofrezco a

usted que, menos perjurar, haré cuanto esté en mi mano para salvarle.

La fisonomía de Silver radió con una expresión brillante.

-Si fuera usted mi madre -exclamó aquel hombre-, no podría usted decir que me consolara más, estoy seguro.

-¡Bien! Esta es mi primera confesión -añadió el doctor. La segunda es algo como un nuevo consejo: guarde usted a este muchacho muy cerca de sí, y si necesitare alguna ayuda, no haga más que gritar. Yo voy a asegurársela a usted, y eso mismo le probaré que yo no hablo a la ventura. Adiós, Jim.

Diciendo esto, el doctor Livesey me apretó la mano al través de los mal unidos postes, hizo una inclinación a Silver y se alejó a paso vigoroso, perdiéndose luego entre la arboleda.

31. En busca del tesoro. El señalero de Flint

-Jim -díjome Silver en cuanto estuvimos solos- si yo salvé tu vida, tú has salvado también la mía, y te ofrezco no olvidarlo. Ya noté al doctor urgiéndote para que te fugases; lo he visto de reojo, sí, señor, y

he visto que tú no has querido; lo he visto tan claro como si lo hubiera oído. Jim, esto debo abonártelo en cuenta. Desde que el primer ataque falló, éste es el primer rayo de esperanza que me llega, y eso lo debo a ti. Ahora bien, es ya tiempo de que nos pongamos en marcha en busca de ese tesoro, llevando pliegos cerrados, como quien dice; lo cual no es de mi gusto; pero, sea como fuera, tú y yo debemos mantenernos juntos, casi espalda con espalda, y yo te aseguro que salvaremos nuestros pescuezos, a despecho del hado y de la fortuna.

En aquel mismo instante un hombre nos dio voces desde arriba, gritando que el almuerzo estaba listo; por lo cual, sin más deliberaciones, llegamos cerca de la hoguera y nos sentamos todos aquí y allá, sobre la arena, haciendo los honores al bizcocho-, y, al tocino frito.

Habían encendido los piratas, una hoguera capaz de asar buey, entero y verdadero; y esa hoguera se había puesto tan ardiente, que no era posible acercársele sino por el lado que soplabla el viento, y eso con bastantes precauciones. Con el mismo espíritu de desperdicio, a lo que supongo, habían cocinado una cantidad de carne por, lo -menos tres veces mayor que la que necesitábamos y podíamos comer;

por lo cual uno de ellos, con una, estúpida risotada, arrojó a la hoguera todo cuanto quedó sobrante, alzándose en gran manera el fuego con este nuevo pábulo. Nunca en mi vida he visto hombres más descuidados del mañana; "mano a la boca" es lo único que puede describir su manera de ser y obrar. Con desperdicio de víveres y centinelas que se dormían, podían aquellos hombres estar buenos, quizás, para una escaramuza de momento o salir con bien de ella; pero era evidente que no servían en manera alguna para algo que se pareciese a una, campaña prolongada.

El mismo Silver, corriendo con su Capitán Flint posado su hombro, no tenía una sola palabra de reproche para su faltas,, de previsión y de cuidado. Y esto me sorprendió tanto más cuanto, que me parecía que aquel hombre jamás sé había mostrado a ti: astuto y marrullero corno aquel día.

-¡Ah!, camaradas -dijo-: deben ustedes tenerse por muy felices con tener por capitán a este Barba-coa para que piense en vez de ustedes, con. esta cabeza que Dios le ha dado. Ya he dado, con lo que quería -prosiguió- . Estas gentes tienen, el buque; ¿en dónde?, aún no lo descubro; pero, una vez que demos con lucha, ya sabremos descubrirlo. Además,

muchachos, nosotros, tenemos los botes, es decir, les llevamos la ventaja.

Sobre este tema continuó disertando, sin esperar a que su boca estuviese libre de los tremendos bocados de tocino que llevaba a ella. Esto sirvió para restablecer la esperanza y la fe de los piratas; pero yo, en cambio, tornándome desconfiado, sentí rebajarse mucho las que había cobrado, poco rato hacía.

-En cuanto a nuestro huésped -continuó-, me parece que no volverá a tener otra conversación con aquellos a quienes tanto quiere. Ya he recibido unas cuantas noticias, y gracias le dadas por ello; pero eso ya está hecho y pasado. Por ahora me llevo entre filas mientras dura nuestra busca del tesoro, pues es que el guarda caldo con nosotros es tanto como guardar oro mol por -lo que pudiera suceder", ¿no es verdad? Pero, una vez que tengamos el dinero y el navío, las dos cosas, y nos demos a mar como buenos camaradas, entonces, ¡qué!, nos despediremos del señor Hawkins, sí señor, y le daremos su parte, sin que quepa la menor duda, agradeciéndole todos sus servicios y amabilidades para con sus amigos.

No era de sorprender que aquellos hombres estuvieran de buen humor; mas por lo que a mí res-

pecta, me sentía terriblemente descorazonado. Me parecía que en el caso de que el proyecto que acababa de bosquejar pareciese factible, Silver, doblemente traidor, no vacilaría ciertamente en adoptarlo. En aquellos momentos en que preferiría la riqueza y la libertad con los piratas, a la débil probabilidad de escapar al verdugo, lo cual era lo que mas esperaba de nuestra parte.

Pero aún suponiendo que los sucesos se presentaran de tal manera que aquel hombre se viese constreñido a guardar la fe del pacto con el doctor Livesey; aún suponiendo esto, ¡qué peligro tan horrible se cernía sobre nosotros! ¡Qué momento tan crítico aquel en que las sospechas de sus secuaces y cómplices se trocaran en perfecta realidad! ¡Qué lucha tan a muerte y tan desigual, la de cinco marineros vigorosos, ágiles Y decididos, contra un viejo inválido y un débil niño!

Añádase a esta doble preocupación el misterio que aún envolvía, a mis ojos, la conducta de mis compañeros; su inexplicable abandono de la estacada; su no menos extraña cesión del mapa de Flint, o, lo que todavía era para mí más incomprensible, aquella última prevención del doctor a Silver: Cuidado con un chubasco posible cuando se encuen-

tre". Añádase -todo esto y se comprenderá sin dificultad qué poco sabor pude tomar a mi almuerzo y con qué poca tranquilidad me puse en marcha con mis capturadores en busca del dicho tesoro.

Nuestro aspecto era bien curioso, y hubiera divertido a cualquiera que hubiese podido vernos: todos con trajes de marino, sucios, y todos, excepto yo, armados hasta los dientes. Silver llevaba dos fusiles colgados, uno sobre el pecho y el otro a la espalda, ambos en bandolera; al cinto llevaba un gran cuchillo y en cada bolsa de su saco una pistola. Para completar esta extraña figura, Capitán Flint iba posado sobre su hombro, chapurreando toda clase de tonterías y frases incoherentes de charlas marinas. Yo marchaba atado a la cintura por una cuerda cuyo extremo llevaba el cocinero, a ratos con su mano desocupada, a ratos sujeta a su poderosa dentadura; no me quedaba más recurso que seguirle humildemente; pero la verdad era que parecía un oso de feria.

Los restantes iban diversamente cargados: unos con picos, palas y azadones que habían cuidado de sacar de "La Española" desde el primer momento; y otros con víveres para la comida de mediodía. Todas las provisiones eran las nuestras; lo que probó

que Silver había dicho la verdad la noche anterior. Si el doctor y el no hubiese concluido un verdadero convenio, tanto el como sus secuaces se verían precisados a subsistir con agua clara y con el producto de sus cacerías. El agua había sido bien poca cosa para su paladar, y, por lo que hace a la caza, un marinero no era precisamente lo que se llama un buen tirador; a lo cual hay que añadir que es muy probable que si andaban escasos de provisiones, no debían estar más bien provistos de pólvora y municiones.

Ahora bien; así dispuestos y equipados, nos pusimos en camino. Uno tras de otro fuimos hasta la playa en que estaban amarrados los botes. Aun notábanse en ellos las huellas de las brutales borracheras de los piratas. Por vía de precaución, se tomaron ambos esquifes, dividiéndose la banda en ellos, y ya embarcados en esa disposición, nos pusimos en movimiento hacia el centro del ancladero.

Al ponernos en movimiento se suscitó una discusión acerca del mapa. De cualquier modo, la cruz roja era lo suficientemente grande para que por sí sola pudiera servirnos de guía, y los términos en que estaba concebida la nota, a espaldas del pergamino, no dejaba de contener alguna ambigüedad. Como se

recordará, decía así: "Arbol elevado en el declive de El Vigía, en dirección de norte a nor-nordeste. Is-lote del Esqueleto, este-sudeste, cuarta al este. Diez pies .

Un árbol elevado era la señal principal, Ahora bien, precisamente frente a nosotros el ancladero estaba ceñido por una meseta de doscientos a tres-cientos pies de elevación, juntándose, hacia el porte con la pendiente sur de El Vigía, alejándose otra vez en dirección sur, hacia la eminencia abrupta y roca-llosa designada con el nombre de Cerro de Mesana, Toda la cima del declive estaba espesamente arbo-lada con pinos de diversas alturas. Aquí y allá algu-no, de especie diferente, se alzaba cuarenta o cincuenta pies sobre las cumbres de los que lo ro-deaban ... ¿Cuál de éstos era el que estaba especial-mente designado por el capitán Flint, con el nombre de "árbol elevado"? Esto no podía decirse sino so-bre el mismo lugar, con las indicaciones precisas de la brújula.

Pero, aunque esto último era palmario, cada uno de los que tripulaban los botes eligió su árbol favo-rito, antes de que estuviéramos a medio camino, y sólo John Silver permanecía encogiéndose de hom-

bros y diciendo a sus gentes que se esperasen hasta estar en tierra.

Remamos sin hacer grandes esfuerzos, conforme a las instrucciones de Silver, para no cansarnos prematuramente, y después de una travesía no muy corta por cierto, desembarcamos cerca de la boca del segundo riachuelo, el que corría tierra abajo por una de las más arboladas cuencas de El Vigía. Una vez desembarcados, volvimos nuestros pasos sobre la izquierda y comenzamos a ascender el declive del terreno hacia la meseta superior.

Al principio, un terreno pesado y cenagoso y una tupida vegetación de marjal demoraron en gran manera nuestra marcha; pero, poco a poco, la loma se iba escarpando algo, ofreciéndonos ya camino un tanto pedregoso, al par que la vegetación aparecía con carácter diverso, presentando sus árboles en una disposición más abierta y ordenada. Sin duda, la parte de la isla en que íbamos entrando era la más agradable de toda ella. Finas retamas de aroma delicioso y arbustillos vestidos de flores, habían ocupado casi enteramente el lugar del césped. Pequeños boscajes de verdeantes mimosas se apretaban aquí y allá entre las erguidas columnas de los pinabetes, y bajo su sombra protectora, mezclando todos aque-

llos vegetales y flores sus esencias y sus perfumes, en un solo perfume que embriagaba los sentidos. La brisa, además, era fresca y regeneradora, lo cual, bajo los destellos clarísimos del sol refrigeraba y tonificaba nuestros sentidos.

Los expedicionarios se desparramaron en forma de abanico, gritando y saltando como chicuelos. Hacia el centro y bastante atrás del cuerpo expedicionario, seguíamos Silver y yo; éste tropezando a cada paso en las resbaladizas piedras, y yo, tras el, tirado por la cuerda a que me he referido. Empero, de cuando en cuando me veía precisado a sostenerle, porque de lo contrario hubiera perdido el pie y caído loma abajo. De esta manera habíamos avanzado como una media milla y ya casi tocábamos el borde de la meseta, cuando el hombre que caminaba más alejado hacia nuestra izquierda comenzó a gritar con todas sus fuerzas, con un marcado acento de terror. Llamaba insistentemente a sus compañeros, y ya éstos comenzaban a correr hacia el.

-Se me figura que no ha de haber encontrado el tesoro -dijo el viejo Morgan pasando del lado derecho junto a nosotros, en dirección del que gritaba. Esta es una cumbre muy pelada para haber hecho tal descubrimiento.

Y, en verdad, cuando Silver y yo llegamos al sitio aquél, nos encontramos con que era algo totalmente distinto. Al pie de un pino bastante alto y medio envuelto en las espirales de una verde trepadora se hallaba un esqueleto humano, y a su lado, en el suelo, uno que otro andrajo de vestidos. La exuberancia de la enredadera había ya cubierto algunos miembros de aquella osamenta. Un escalofrío involuntario se apoderó de todos nosotros, llegándonos hasta el corazón, en aquel momento.

-Este era un marinero -dijo Jorge Merry, que, menos aprensivo se había acercado y examinaba los andrajos esparcidos por el suelo- Por lo menos, esto es de buen paño marino.

-¡Por vida mía! -dijo Silver- ¡Me gusta el descubrimiento! ¿Acaso esperan encontrar aquí el cuerpo de un arzobispo? Pero, ¿qué postura es ésa para un cadáver? Me parece poco o nada natural, ¿no creen ustedes?

Una segunda ojeada nos convenció de la inverosimilitud de aquella postura. Por quién sabe qué causas, tal vez por la obra de los pájaros que habían comido sus carnes, tal vez por la acción de crecimiento de la enredadera, el hecho es que el hombre aquel yacía perfectamente recto, con sus pies apun-

tando en una dirección, y sus manos tendidas paralelamente sobre su cabeza, señalando rígidamente en dirección opuesta.

-Esta vieja calavera me acaba de dar una idea -dijo Silver. Aquí está la brújula: allí se ve la cima principal del islote del Esqueleto: sigan ustedes la dirección marcada por los huesos y tomen una visual hacia aquella punta.

Hízose como lo ordenó Silver. Las manos del esqueleto apuntaban directamente hacia el islote y la brújula marcó, con toda claridad: este-sudeste, cuarto este.

-Bien me lo figuré -exclamó el ex cocinero-; este sujeto es una señal. Allí derecho tenemos la línea que nos guía hacia la estrella polar y las benditas taglegas. Pero, ¡léveme el diablo si no me da escalofrío el pensar en el amigo Flint! Esta es una de las bromas que el acostumbraba hacer, no cabe duda. Él y sus seis marineros vinieron solos hasta aquí: los seis murieron en sus manos, sabe el demonio de qué manera, y a éste le cupo en suerte ser colocado aquí, de apuntador, con todas las medidas náuticas muy bien tomadas, ¡voto al infierno! Esos huesos son muy largos y el cabello parece haber sido amarillo.

De seguro que éste era Alan... ¿Te acuerdas de Alan, Tom Morgan?

-¡Vaya si me acuerdo! -contestó Morgan- Por cierto que me debía algunas guineas que le presté, sí, señor; y además, se trajo consigo mi cuchilla cuando bajó a tierra.

-Y. a propósito de cuchilla -dijo otro-, ¿por qué no encontramos la de Alan, por aquí, cerca de el ni su dinero? El capitán Flint no era hombre que se entretuviera en recoger la bolsa de un marinero, y en cuanto a los pájaros, no me parece que excitara su apetito semejante hallazgo.

-¡Por mi patrón Satanás! -exclamó Silver- eso me parece muy racional.

-Pues no hay por aquí ni trazas de cosa alguna -dijo Merry, que registraba en derredor de la osamenta-; ni un pobre penique de cobre, ni nada parecido. Pues esto sí que no es natural.

-¡No, por vida mía! -agregó Silver-: ni natural ni tranquilizador, ni agradable en manera alguna. ¡Mil carronadas! Compañeros..., la verdad es que si Flint estuviera vivo, ya tendríamos aquí cuentas largas que presentar. Seis eran los que le acompañaron; seis como nosotros, y de aquéllos, ya los hemos visto, no quedan mas que osamentas.

-Yo lo vi muerto con estos ojos que se ha de comer la tierra -dijo Morgan- Billy Bones me llevó a verlo. Estaba tendido. con un penique de cobre sobre cada ojo.

-¡Muerto, sí!, ya lo creo, y sepultado en los infiernos -dijo el herido en la cabeza- Pero yo creo, de veras, que si alguna vez hubo ánima en pena, ¡ésa ha de ser el alma condenada de Flint! ¡Cáspita! ¡Pues vaya si tuvo una mala y horrible muerte aquel hombre!

-En cuanto a eso, ni dudarlo -observó un tercero- En su agonía, ya blasfemaba como un condenado, ya deliraba con el ron, ya prorrumpía, con una voz hueca como si saliera de la sepultura, en su canción eterna:

Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto.

Dijérase que no sabía otra canción más que ésa, y, la verdad, camaradas, desde entonces no es mucho lo que me divierte esa cántiga. Hacía un calor terrible; la ventana donde se encontraba el agonizante estaba abierta y yo podía oír clara, cada vez más clara, la lúgubre tonada que el hombre dejaba

escapar, interrumpida por el hijo del muerto, y ya con las sombras de la muerte sobre el rostro.

-¡Vamos, vamos! -dijo Silver-, ¿quieres dejar semejante conversación? Muerto está, muy bien muerto, y los que se mueren no vuelven, que yo sepa; o, si vuelven, no pasean de día; a lo menos, estoy seguro. Se acabó el cuento: "¡entro por un caño dorado y salgo por otro y basta!" ¡Adelante! ¡Adelante, que la hucha nos espera!

Diciendo y haciendo, partimos otra vez. Pero, a despecho del ardiente sol y de la deslumbrante claridad, los piratas ya no marcharon separados, corriendo y gritando por la espesura, sino todos juntos, apretados unos contra otros, con la respiración agitada. El terror del filibustero difunto había caído como una sombra densa sobre sus espíritus.

32. La voz del alma en pena

En parte por la influencia aterrorizada de aquella alarma, y en parte para que descansaran Silver y sus compañero enfermos, todos los expedicionarios tomaron asiento en cuanto hubieron ganado definitivamente el borde superior de la meseta. Estando

ésta un poco empinada hacia el oeste, el lugar en que nos habíamos detenido nos descubría un ancho panorama de un lado y otro. Frente a nosotros, sobre las cumbres de los árboles, mirábamos el cabo de la selva con su inmensa franja de espumantes ondas. Detrás, no solamente dominábamos el ancladero y el islote del Esqueleto, sino que podíamos divisar, por su otra punta arenosa en que estaba la Peña Blanca, y por encima de las tierras bajas, una gran extensión de mar abierto hacia Oriente. Por encima de nosotros destacaba El Vigía, Ya matizado a trechos por pinos aislados, ya negreado con profundos barrancos y desfiladeros. Ningún ruido llegaba hasta allí, a no ser el monótono golpear de las rompientes lejanas subiendo en oleadas de rumor incesante hasta nuestros oídos, y el zumbido de insectos incontables bullendo en la espesura. Ni un hombre ni una vela en el océano. Lo inmenso de aquel vasto panorama parecía aumentar su triste soledad.

En cuanto Silver se hubo sentado, hizo ciertos cálculos con la brújula.

-Hay tres "árboles elevados" -dijo- hacia la dirección de la línea marcada rectamente del islote del esqueleto. La vertiente de El Vigía, ya lo entiendo;

esto significa aquel punto en declive hacia allá. Pues ahora ya es un juego de niños el encontrar el tesoro. Me parece, sin embargo, que haríamos bien en comer.

-No me siento muy filósofo -murmuró Morgan- Este pensamiento de Flint me ha quitado el apetito. ¡Ah!, si Flint estuviera vivo, yo podría darme ya por muerto.

-¡Ah, vamos hijo mío! -dijo Silver-, dale gracias a tu buena suerte, Flint no tiene nada que hacer ya en este mundo.

-Era un diablo bien horroroso el tal Flint -exclamó el tercer pirata- ¡Con aquella eterna cara de murria!

-Fue el ron el que le produjo aquel tinte azulado y aquella expresión de esplín; aunque "murria como dices tú, me supongo que es, una mejor palabra.

Desde que habíamos descubierto el esqueleto de Alan y dado margen con el a esta clase de pensamientos, la voz de los piratas` no era más que un ligero murmullo, cuyo sonido escasamente interrumpía el silencio misterioso de la selva.

De repente, como del medio de los árboles que había frente ti nosotros, una voz aguda, penetrante,

temblona, prorrumpió en la lúgubre y conocida, cantilena.

*Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto,
Son quince, ¡oh, oh, oh!, son quince; ¡viva el ron!*

Jamás, he visto ni espero volver a ver hombres más horriblemente asustados que los piratas,- Como por arte de encantamiento, sus caras se quedaron, de súbito, lívidas como la cera; algunos se pusieron de pie; otros se asieron, trémulos y trastornados, al brazo o a la ropa del más cercano. Morgan murmuró, sin levantarse, palabras sin sentido.

-¡Ese es Flint, por el infierno! -exclamó Merry.

La canelón - aquella había cesado de una manera tan súbita como empezó, cortada, podía decirse, como si alguien hubiera cubierto bruscamente con su mano la boca del cantor. Viniendo de la distancia en que venta a través de la atmósfera clara y luminosa y de entre las sombras de los árboles, me pareció a mi que la voz aquella había sonado dulce y airosa, y lo que había que extrañar era el efecto producido sobre mis compañeros.

-¡Vamos! -dijo Silver, pugnando con sus labios cenicientos por hacer salir las palabras-. ¡Esa no pe-

ga! A otro perro con ese hueso. Ese es alguno que comienza a ponerse borracho y se va por allí haciéndonos de calandria; es alguno que tiene carne y hueso, no lo duden ustedes.

Conforme hablaba le iba volviendo más y más el alma al cuerpo, y con ella, el color al rostro. Los otros ya comenzaban también a prestar oídos a su envalentamiento iban recobrándose d poco a poco, cuando el mismo acento prorrumpió esta vez ya no cantando, sino con un voceo lejano los ecos de las cuencas en El Vigía repetían muy débilmente

¡Darby Grow! -gimió aquel acento-. ¡Darby Grow ! ¡ Darby Grow! -y seguía repitiendo aquel nombre; y luego, en un diapasón un poco más alto y no sin acompañar un horrible juramento, concluyó así: -¡Corre a traerme ron, pronto, Darby!

-Eso no deja duda -murmuró uno, ¡Vámonos -Esas fueron las últimas palabras de Flint -murmuró Morgan-; sus últimas palabras al borde de este mundo.

Dick había sacado su Biblia y leía mecánicamente, como un maniático. Este pobre muchacho había recibido una mediana educación antes de unirse con tan malas compañías.

Sin embargo, Silver aún permanecía luchando. Sus dientes casi castañeteaban de cuando en cuando; pero el no se rendía al terror ni mucho menos.

-Nadie ha podido oír hablar en esta isla acerca de Darby -exclamó-; nadie más que los que aquí estamos.

Pero luego, como para contrapesar estas palabras, prosiguió, haciendo un esfuerzo:

-Camaradas: yo he venido aquí para encontrar ese tesoro, y ni alma en pena. ni hombre de carne y hueso, podrán impedírmelo. Jamás, durante su vida, tuve miedo al viejo Flint, y, ¡por Satanás, mi patrón! yo le haré frente hasta su misma alma condenada. A menos de un cuarto de milla de aquí están setecientas mil libras de oro... ¿Cuándo se ha visto que un "caballero de la fortuna" haya dado la espalda nada más que por miedo a la memoria de un viejo borracho, con su cubilete de ron, y ya muerto y enterrado?

Los piratas no daban señal alguna de reanimarse con este discurso; antes bien, pareció que la notoria irreverencia de aquellas palabras aumentaba su terror.

-¡Cuidado, cuidado, John! -dijo Merry- .¡No es bueno enojar a los espíritus.

En cuanto a los otros, estaban sobradamente aterrizados para que pudiesen contestar. Varios habrían emprendido una retirada a carrera abierta, si hubieran encontrado valor siquiera para esto; pero el miedo los hacía querer estarse juntos en torno de John, como si encontraran ayuda en el valor de este. Silver, por su parte, había logrado sobreponerse bastante a su debilidad.

-¿Espíritus? -dijo-, ¡Bueno! Podría ser. Pero noto una cosa que no me parece muy clara, y es que la voz del espíritu ha tenido eco. Ahora bien, yo digo que ningún hombre ha visto que las almas hagan sombra. ¿Cómo podía, entonces, su voz hacer eco? Quisiera averiguar esto. A mi, por lo pronto, no me parece natural.

Aquel argumento me pareció a mí bastante débil. Pero es imposible decir qué costa afectarán a la superstición; así es que, con no poca sorpresa de mi parte, vi que Jorge Merry se mostraba consolado:

¡Vaya, pues, de veras! -exclamó- John, usted lleva una verdadera cabeza sobre sus hombros, no hay duda en eso. A propósito, camaradas: esta tripulación lleva su vela sobre una mala amura. Decíamos que esa voz se parece a la de Flint; un poco, digo yo,

pero a esta distancia no es fácil juzgar el parecido. Puede ser y buena voz de otro...

-¡Por el infierno! -gritó Silver-; ¡ese fue Ben Gunn!

Ben Gunn ha sido, le ha acertado usted -dijo Morgan incorporándose ¡Ben Gunn y muy Ben Gunn!

-Pues ahora no tiene ya mucho de extraordinario -dijo Dick- Ben Gunn no anda entre nosotros, es verdad; pero supongo que tampoco andará con Flint.

Los de más edad de la compañía recibieron la sosa observación de Dick con el más marcado desprecio.

-¡Y que nos importa Ben Gúnn! -exclamó Merry-Vivo o muerto, aquí nadie le tiene miedo a Ben Gunn.

Era cosa sorprendente el ver hasta qué punto había vuelto el ánimo a sus cuerpos y el color a sus caras, poco antes cadavéricas por el terror. Poco después ya estaban charlando unos con otros, si bien todavía de cuando en cuando prestaban oído atentamente; mas como no percibiesen sonido alguno, concluyeron por echarse auestas todos sus aperos y la caravana se puso nuevamente en marcha.

Merry iba a la vanguardia, llevando consigo la brújula de Silver a fin de seguir, sin desviarse, la línea recta tirada del islote del Esqueleto. Jorge había dicho la verdad; vivo o muerto, allí nadie tenía miedo a Ben Gunn.

Dick, sin embargo, todavía conservaba su Biblia en la mano como un amuleto, y echaba en torno ojeadas llenas de temor; pero su cobardía no encontró ya prosélitos, y Silver no le hizo poca burla a causa de sus precauciones.

-Ya te había dicho yo, Dick -exclamaba el cocinero-; ya había dicho yo que tu Biblia estaba profanada, y si tal como está ya no, sirve ni para jugar con ella, ¿qué fuerza quieres tú que tenga para librarte de un espíritu? ¡Ninguna por cierto!

Pero Dick no estaba para oír razones; la verdad era, que, según pude notar, el pobre muchacho *se* estaba poniendo mal; la fiebre que el doctor le había anunciado en la mañana se apoderaba de él a toda prisa, espoleada por el susto, el calor y la fatiga.

Ya sobre la cima, el terreno era abierto, y nuestro camino descendía un poco, porque, como he dicho antes, la meseta se inclinaba pronunciadamente en dirección al oeste. Los pinos, pequeños y grandes, crecían a buena distancia unos de otros, y aún entre

los espesos lunarcillos de azaleas y mimosas quedaban grandes claros al descubierto en que el sol reverberaba con inusitada fuerza. Prosiguiendo como íbamos, en dirección noroeste, a través de la isla, nos acercábamos cada vez más, por una parte, a los declives de El Vigía, y, por una, a aquella bahía occidental formada por el cabo de la Selva, en la cual había yo pasado tantas angustias a bordo del llevado y traído coracle.

Llegamos al primero de los grandes árboles; pero tomada la dirección con la brújula, resultó no ser aquél el que buscábamos. Lo mismo sucedió con el segundo. El tercero se alzaba como a unos doscientos pies de la cima de un bosque de arbustos. Era éste un verdadero gigante de los bosques, con una columna recta y majestuosa como los pilares de una basílica y con una copa ancha y tupida bajo cuya sombra podía muy bien haber maniobrado una compañía de soldados. Tanto desde el este como del oeste podía distinguirse muy bien, en el mar, aquel coloso, y pudiera habersele marcado en el mapa como una señal marítima.

Pero no era por cierto, su corpulencia imponente lo que nos impresionaba a los compañeros, sino la seguridad de que nada menos que setecientas mil

libras en oro yacían sepultadas en -un punto cualquiera bajo el círculo extenso de su sombra. La, idea de las riquezas que les aguardaban concluyó de dar por tiempo, con todos sus temores precedentes en tanto se acercaban al sitio codiciado. Sus G»S, lanzaban rayos; sus pies parecían más ligeros y expeditos; sus almas enteras, estaban absortas en la expectativa de aquella riqueza, fabulosa que había de asegurarles, para toda la vida, una no interrumpida serie de extravagancias y placeres sin límite cuyas imágenes danzaban tumultuosamente en sus imaginaciones.

Silver gruñía, cojeando más que nunca, sobre su muleta; su nariz aparecía ancha y dilatada estremeciéndose de cuando en cuando; si una mosca se paraba sobre cualquier parte de su rostro, juraba y maldecía como un poseído; tiraba furiosamente de la cuerda con que me llevaba sujeto, y, de tiempo en tiempo, echaba sobre mí ojeadas con que hubiera querido aniquilarme. La verdad es que no se tornaba ya el menor trabajo para. disimular sus pensamientos y a mí me era fácil leerlos -como si los llevara escritos sobre la frente a la aproximación del oro todo otro pensamiento se había borrado de su memoria; su promesa, las advertencias del doctor, ha-

bía dejado de existir, y no me cabía la menor duda de que su esperanza, en aquellos, momentos, era apoderarse del tesoro, encontrar y fletar "La Española" a favor de la oscuridad de la noche, y degollar sin compasión a cuantas gentes honradas había en la isla y hacerse a la mar, copio 19 había meditado, con su doble cargamento de crímenes y de oro.

Impresionado con pensamientos tan poco consoladores, era para mí cosa difícil seguir el paso rápido y agitado de los buscadores de oro. De vez en cuando tropezaba, y entonces era cuando Silver daba violentos tirones a la cuerda con que se me conducía y me arrojaba, como dardos, sus miradas asesinas. Dick, que se había quedado a nuestra espalda, y que a la sazón formaba en retaguardia de la caravana, venía murmurando para sí, todo mezclado, oraciones y juramentos. Esto no hacía más que aumentar mi desazón y malestar y, como corolario, recordé en aquellos momentos la tragedia. que se había desarrollado una vez en esa misma meseta, cuando aquel pirata sin Dios que murió en Savannah cantando y pidiendo ron, había asesinado allí a sus seis cómplices. Ese bosque, tan tranquilo y silencioso a la sazón, debió resonar entonces con los alaridos de terror y de agonía de las víctimas sa-

crificadas, alaridos que, el terror hacía. resonar a los oídos Pe mi imaginación.

Nos encontrábamos, en aquel momento, al borde del bosque.

-¡Hurra, muchachos! -gritó Merry-; ¡todos juntos!

Y, al decir esto, el hombre de vanguardia echó a correr.

Repentinamente, y antes de que hubiera avanzado diez yardas, vimos al grupo detenerse. Un grito ahogado se escapó de cada pecho. Silver aceleró el paso, empujándose con el apoyo de la muleta a distancias inverosímiles, y, un momento después, tanto el como yo, habíamos tenido que hacer alto como los demás.

A nuestro pies se vela una gran excavación nada reciente, porque se veían los costados de la fosa desprendidos, y en el fondo había ya brotado el césped. Allí yacía, roto en dos pedazos, el mango de una azada, y las tablas de varias cajas de empaque se miraban esparcidas aquí y acullá. En una de esas tablas pude leer esta marca, hecha con un hierro candente: "Walrus", nombre del buque de Flint, como se recordará.

Aquello era claro como la luz del día. El escondite había sido descubierto y explotado. ¡Las setecientas mil libras hablan desaparecido!

33. La caída de un caudillo

Jamás trastorno alguno en la vida ha sido más sentido que aquél. Se diría que un rayo había herido a todos aquellos hombres. Pero, a Silver, el golpe le pasó en un instante. Todas las facultades de su alma se habían encontrado por un rato en aquel tesoro, es verdad; pero el instinto le hizo recobrase en un segundo: su cabeza se alzó firme, su valor apareció al instante y ya había formado todo un plan cuando los otros aún no acertaban a darse cuenta exacta del terrible chasco.

Y, al punto, dándome una pistola de dos años me dijo:

-Toma esto, Jim, y preparémonos para una querrela.

Al mismo tiempo comenzó a trasladarse sin precipitación- hacia el norte, y a pocos pasos, ya había puesto la excavación entre nosotros y los otros cinco. En seguida me dirigió una mirada y me hizo con

el dedo una señal muy significativa, como diciendo: "Aquí se juega el pellejo", en lo cual estaba yo de acuerdo. Empero, sus miradas eran ya amistosas, y yo me sentí tan indignado con estos frecuentes cambios, que no pude menos que decirle:

-Por lo visto es usted de los nuestros otra vez.

No tuvo tiempo para contestarme. Los filibusteros, con gritos y maldiciones de todo género, comenzaban a brincar adentro del hoyo unos tras otros, cavando rabiosamente con sus propias uñas y haciendo caer los bordes de la fosa al hacer esto. Morgan se encontró una pieza de oro. Alzóla en sus manos con una verdadera explosión de juramentos: era una moneda de valor de dos guineas, y pasó de mano en mano durante unos quince minutos.

-¡Dos guineas! -rugió Merry enseñando aquella pieza a Silver y sacudiéndola en alto- ¿Son éstas tus setecientas mil libras? ¡De veras que eres tú el hombre para hacer contratos! Tú eres el que asegura que jamás empresa se ha echado a perder entre tus manos, viejo imbécil, haragán, cabeza de alcoroquel!

-¡Escarben, muchachos! -gritó Silver con la más fría insolencia-; no me sorprenderá que aún encuentren algunos maníes.

-¡Maníes! repitió Merry con un grito salvaje- Camaradas, ¿lo han oído ustedes? Pues ahora tengo la seguridad de que ese infame lo sabía todo. No hay más que mirarle la cara; allí leo su traición.

¡Hola, Merry! -le gritó Silver-; ¿ya piensas proponerte de nuevo para capitán?

Pero, esta vez, todos estaban decididamente del lado de Merry Uno tras de otro, fueron echándose fuera de la excavación, arrojando miradas furiosas tras de sí. Una cosa observé en aquellos críticos momentos, que por cierto nos favorecía en gran manera, y es que todos saltaban del lado opuesto al que ocupábamos Silver y yo.

Por fin estábamos allí frente a frente, dos de un lado y cinco del otro, con el socavón separando ambas facciones y sin que ninguna de ellas pareciera resuelta a dar el primer golpe. Silver permanecía inmóvil, observando simplemente al enemigo, erguido sobre su muleta y con una frialdad que parecía inverosímil. Aquel bandido era valiente, no cabía duda. Merry, al cabo, creyó que un discurso acelerarla la conclusión de la escena.

-Camaradas -dijo-, allí están dos individuos solos, de los cuales el uno es el viejo derrengado, a quien trague el infierno que se ha burlado de noso-

tros trayéndonos a soportar una decepción inmerecida. El otro no es más que ese cachorro del diablo a quien pienso arrancarle esta vez hasta las entrañas. No hay temor, ¡a ellos, camaradas!

Al decir esto, alzó la voz y el brazo como para guiar el ataque; pero, en aquel instante... ¡crac! ¡crac! ¡crac! tres detonaciones de mosquete sonaron casi simultáneamente y tres relámpagos se vieron brillar en la espesura más cercana. Merry se desplomó de cabeza dentro de la excavación; el hombre de la cara vendada dio vueltas girando como una peonza y cayó cuan largo era, muerto. En cuanto a los tres restantes, volvieron la espalda y emprendieron precipitada fuga, corriendo como ciervos espantados.

En un abrir y cerrar de ojos, Silver había disparado los dos cañones de una doble pistola sobre el agonizante Merry, y como este desdichado levantase hasta el los ojos en sus últimas convulsiones, le gritó el implacable cocinero: -Me parece, Jorge, que te he ajustado las cuentas.

En el mismo instante, el doctor, Gray y Ben Gunn salían, a reunírse nos, de un bosquecillo de mimosas, trayendo entre las manos sus mosquetes humeando todavía.

-¡Adelante, muchachos! -gritó el doctor- Hay que impedirles que se apoderen de los botes: ¡Adelante! ¡Adelante!

Con esta incitación tan apremiante partimos velozmente, sumergiéndonos, algunas veces, hasta el pecho, en las espesuras de retamas y matorrales de toda clase de hierbas.

Silver, en aquellas circunstancias, demostraba el mayor empeño por no separarse de nosotros. Y lo que aquel viejo inválido hizo, abriéndose paso por donde nosotros íbamos saltando frenéticamente sobre su muleta hasta hacer casi que se destrozaran los músculos de su pecho, todo eso no lo habría podido hacer con más energía y resolución un hombre sano. El doctor fue de mi misma opinión en este particular. Con todo, cuando llegamos a la ceja de la meseta en trance de descender, el hombre venía a unas treinta yardas tras de nosotros y su fatiga era tal que parecía a punto de ahogarse.

¡Doctor! -gritó- Mire usted allá; no hay prisa ninguna.

En efecto no la había. Por un claro bastante grande de la meseta podíamos divisar a los tres fugitivos corriendo todavía en la misma dirección en que habían partido, esto es, directamente hacia el

cerro de Mesana. Nosotros nos encontrábamos entre ellos y los botes, por lo cual nos sentamos, en tanto que John Silver, enjugándose el rostro, llegaba ya, lentamente, hasta nosotros.

-Doy a usted las más rendidas gracias, doctor -dijo- Ha llegado usted en el momento crítico, a lo que creo, para Hawkins y para mí. ¡Hola! Conque Ben Gunn está también por aquí, ¿eh?

-¿Y qué tal está usted, señor Silver? Muy bien, dirá usted ¿no es cierto? ¡Pues me alegro!

-¡Ah! ¡Ben! ¡Ben! -murmuró Silver- ¡Y pensar en la que nos has jugado!

El doctor envió a Gray a que recogiera uno de los picos abandonados por los piratas en su precipitada fuga, y fuimos bajando despacio hacia el punto en que los botes yacían amarrados, mientras el doctor nos refería, en pocas palabras; lo que habla pasado. Pero su narración interesó profundísimamente a Silver; sobre todo al ver que, desde el principio hasta el fin, era el único héroe de ella aquel Ben Gunn, el semiidiota abandonado hacía tres años en la isla.

Ben, en sus solitarias y vagabundas excursiones por la isla, había encontrado el esqueleto de Alan y lo había despojado de sus armas y dinero. Después

había encontrado el tesoro; había hecho la excavación dejando en ella, por último, su azada rota y ya inútil; había cargado sobre sus hombros todo el oro, en incontables penosísimos viajes, desde el pie del gigantesco pino hasta una gruta que el tenía en la loma de las dos puntas, en el ángulo nordeste de la isla, y allí, por último, lo tenía todo almacenado, dos meses hacía, perfectamente a salvo.

Cuando el doctor estuvo al tanto de este secreto, en la tarde del día del ataque, y al ver a la mañana siguiente desierto el ancladero, no vaciló en ir a ver Silver, darle el mapa, que era ya inútil, y cederle todas las provisiones, puesto que la gruta de Ben Gunn estaba abundantemente surtida con carne de cabras monteses y de venados, salada por él; sin reservarse, en una palabra, cosa alguna, a fin de asegurarse la retirada del reducto hacia la colina de las dos puntas, donde no había el menor peligro de malaria, manteniéndose una vigilancia efectiva sobre el tesoro.

-En cuanto a ti, Jim -dijo-, la cosa me apenaba; pero hice lo que me pareció mejor para los que habían permanecido fieles a, su deber, y si tú no estabas entre ellos, no era nuestra la culpa. Pero aquella mañana, comprendiendo que iba yo a verme ex-

puesto a las represalias que el horrible desengaño que había preparado para los rebeldes haría despertar, había corrido, hasta la gruta, y, dejando al caballero para cuidar al capitán, había traído consigo a Benn Gunn y a Gray, y describiendo una diagonal a través de la isla, trató de acercarse hasta el gran pino. Pronto vio, sin embargo, que los sublevados le llevaban ventaja; por tanto Ben Gunn, que casi volaba en aquellos terrenos, fue despachado, vanguardia para que hiciese lo posible por detener el avance de los sublevados. En esas circunstancias fue cuando al hombre de la isla se le ocurrió aprovecharse de la superstición de los piratas, y el éxito de su ensayo permitió que el doctor y Gray pudieran llegar a destino y emboscarse cerca del pino antes de que se presentaran los buscadores del tesoro.

¡Ah! -dijo Silver- por lo visto ha sido para mi una gran fortuna el tener a Jim conmigo. A no ser por el hubieran ustedes dejado hacer picadillo al pobre viejo John sin consagrarle un pensamiento siquiera, ¿no es verdad? ¡Ni un pensamiento! -dijo el doctor jovialmente.

Mientras tanto habíamos llegado a los botes. El doctor, sirviéndose del pico, destruyó uno de ellos, y luego nos pusimos con el restante y, nos arregla-

mos para Ir hasta la bahía del Era aquel un viaje de unas ocho o nueve millas. Silver, aunque mi muerto de fatiga, fue asignado a uno de los remos como todos. nosotros, y pronto nuestro esquife se deslizó ligero sobre un mar terso y -favorable. Pronto pasamos el estrecho y doblamos a punta sudoeste de la Isla, en torno a la cual, cuatro días antes, habíamos remolcado tan penosamente La Española .

Cuando pasamos frente a la colina de los dos picos pudimos ver, la negra boca de la gruta de Ben Gunn y una figura humana, de pie, cerca de ella, recargándose sobre un fusil. Era el caballero, a quien saludamos ondeando nuestros pañuelos y lanzando tres, hurras, a los cuales la voz de Silver se unió tan calurosamente como la de cualquiera de nosotros.

Tres millas más lelos y muy, cerca de la entrada de la bahía del norte, ¿qué otra cosa habíamos de encontrar, sino La Española navegando sola? La última creciente la había levantado de la posición en que la había dejado. Tal como la encontramos, hubo Muy, poco que reparar y componer, excepto el destrozo de la vela mayor. Alistóse una nueva ancla y la tiramos a braza y media de agua y, en seguida, todos volvimos al bote, remando Caleta del Ron, que era

el abrigo más próximo a la gruta del tesoro de Ben Gunn.

Un ligero declive llevaba desde la playa de la caleta entrada de la cueva. En la parte más alta apareció el caballero que salió a nuestro encuentro. Fue cordial y amable conmigo, omitiendo toda referencia a mi escapatoria, lo mismo para alabarla que para condenarla. Al recibir el saludo cortés de Silver, se puso como la grana y dijo: -John Silver, es usted el más prodigioso villano e impostor que jamás vivió sobre la tierra..., un impostor monstruoso, sí señor. ¿Se me ha dicho que debo renunciar a perseguir a usted ante los tribunales? Enhorabuena: no la haré. Pero eso no impedirá que todos esos hombres que han perecido pesen sobre usted como piedras de molino.

-Gracias de nuevo, gracias muy cordiales, señor -exclamó Silver saludando otra vez.

-Le prohibo a usted que vuelva a pronunciar esas palabras -dijo con vehemencia el caballero- He aquí una parodia de mi deber. ¡Quédese usted detrás de todos!

Dicho esto, entramos en la gruta. Era ésta una gran estancia, bien ventilada, con una fuentecilla y una represa pequeña de agua clara circundada de

helechos. El piso estaba enarenado. Ante un grande y confortable fuego estaba el capitán Smollet. En un rincón, más apartado, mal iluminado por los resplandores de la hoguera, advertí un gran montón de monedas y un cuadrilátero formado con barras de oro. Aquél era el tesoro de Flint, que, desde tan lejos, habíamos venido a buscar y que, desde entonces, había costado ya las vidas de diecisiete de los tripulantes de "La Española". ¡Cuántas más habría costado el reunirlo, cuánta sangre vertida, cuántos amargos duelos ocasionados, cuántos buques arrojados al fondo del mar, cuántos hombres realizando, con los ojos vendados, el horrible "paseo de la tabla", cuántos cañonazos disparados, cuánta mentira, cuánto engaño, y cuántas crueldades! ... He aquí una cosa imposible de calcular. Y, sin embargo. allí mismo, en aquella isla, andaban aún tres hombres que habían tenido su participación en aquellos crímenes: Silver, el viejo Morgan y Ben Gunn, y cada uno de ellos había esperado en vano tener su participación en la recompensa.

-Ven acá, Jim -díjome el capitán- Tú eres un buen muchacho, en tu clase; pero no creo que tú y yo volvamos juntos a la mar de nuevo. Eres demasiado lo que se dice un niño mimado para que pu-

dieras estar bajo mis órdenes por mucho tiempo. ¿Es usted, John Silver? ¿Que; vientos lo arrojan a usted por acá?

-Vuelvo a mis obligaciones, señor -contestó Silver.

-¡Ah! -dijo el capitán, y no añadió una palabra más.

¡Dios mío! ¡Qué cena tuve aquella noche, junto a todos mis amigos, con las carnes saladas por Ben Gunn y golosinas exquisitas traídas de "La Española"! Estoy seguro de que jamás hubo gentes más alegres y felices. Y, con nosotros, estaba allí Silver, sentado detrás de nuestro grupo, casi fuera del radio de luz de la hoguera,- pero comiendo con gran apetito, listo para levantarse y servir algo que hiciera falta y hasta uniéndose a nuestras risas de una manera poco ruidosa; en una palabra, el mismo hombre obsequioso, comedido y agradable que salió con nosotros de Bristol.

34. En donde se relata el fin de esta verdadera historia

A los primeros albores de la mañana siguiente, todos estábamos en movimiento, pues no era trabajo sencillo el trasbordo de toda aquella masa de oro desde cerca de una milla en tierra, y tres millas en el borde, hasta "La Española", siendo como éramos tan escasos en número. Los tres rebeldes escapados la víspera y que forzosamente permanecían aún en la isla no nos dieron ningún que hacer. Pusimos un centinela en el declive de la loma para evitarnos una sorpresa, aunque nos tranquilizaba la idea de que ya no deberían tener muchos deseos de pelear después de tantas tentativas infructuosas.

Así, pues, la obra del transporte fue activada vigorosamente. Gray y Ben Gunn iban y venían con el bote, mientras los restantes, durante sus ausencias, apilaban oro en la playa. Dos de aquellas barras, atadas con un cabo de cuerda, hacían una carga suficiente para un hombre, y puede creérseme que nos sentíamos contentos de ir marchando lentamente con semejante carga. Por lo que hace a mí, como no les era muy útil para el acarreo, me ocuparon todo el día en la gruta, en empacar las monedas en cajas y sacos que habían traído expresamente en "La Española".

Como en la talega de Billy Jones, había allí la más extraña colección de monedas, sólo que en cantidad infinitamente superior, y en mucha mayor variedad, al punto de que no creo haber gozado más en mi vida que al separarlas y arreglarlas. Monedas francesas, inglesas, españolas, portugueses; jorges Y luses, doblones y dobles guineas, moidores y zequíes, con los retratos de todos los soberanos de Europa, lo menos de un siglo atrás; y extrañas piezas orientales marcadas con lo que parecían haces de cuerdas o trocitos de telaraña, piezas circulares, y otras agujereadas como si se las hubiera destinado a llevarlas al cuello a guisa de collar; casi todas las variedades de moneda conocida, en una palabra, tenían sus representantes en aquella colección. En cuanto al número, tengo por cierto que eran tan incontables como las hojas que el otoño esparce; de tal suerte que la espalda me dolía ya terriblemente de tanto estar inclinado y las uñas me punzaban con el trabajo de la separación.

Un día y otro día repetíamos el mismo trabajo, y a la llegada de cada noche una verdadera fortuna se había llevado a bordo de "La Española", en tanto que otra fortuna quedaba aún esperando para el día

siguiente. En cuanto a los tres rebeldes sobrevivientes, para nada nos molestaron.

Por último -y creo que ésta fue la tercera noche, el doctor y yo viajábamos por el declive de la loma en el punto en que pueden dominarse desde ella todas las partes bajas de la isla, cuando, en medio de la oscuridad de la noche, el viento trajo hasta nosotros un rumor entre aullidos y canto. Fue una mera ráfaga lo que llegó a nuestros oídos, y luego se restableció de nuevo el silencio.

-Dios los tenga en su mano -dijo el doctor-; esos son los rebeldes.

-Borrachos, sí, señor -añadió la voz de Silver tras de nosotros.

Aprovecharé aquí para decir que a Silver se le había otorgado libertad absoluta y que, a pesar de que tuvo que sufrir continuos desaires, parecía considerarse, una vez más, como un dependiente querido y privilegiado. La verdad que era de admirar la prudencia con que sobrellevaba todas sus humillaciones y la invariable urbanidad con que trataba de congraciarse con todos. Sin embargo, tengo entendido que nadie lo trató mejor que si hubiese sido, un perro; a no ser Ben Gunn, que continuaba sintiendo un terror pánico por su antiguo contramaestre, y yo

que, en realidad, tenía algo que agradecerle, si bien es cierto que aun en esto podía y haberme sentido tan predispuesto como otro cualquiera en contra suya, puesto que recordaba muy bien haberle visto meditando, en la meseta una nueva traición en contra mía. En virtud de esto, no fue sino ásperamente que el doctor le respondió:

-Borrachos o delirando, ¿qué sabe usted?

-Tiene usted razón que le sobra -replicó John Pedro lléveme el diablo si ni a mi ni a usted nos importa que sea lo uno o lo otro.

-No creo que tenga usted muchas pretensiones de ser considerado un miembro real de la humanidad -o el doctor con una mirada de desprecio para su interlocutor-; por lo mismo, maese Silver, es muy probable que mis sentimientos le sorprendan a d; pero sí yo tuviera -la certeza moral de que los tres están delirando, como la tengo de que uno, por lo menos, debe estar postrado, por la fiebre, crea usted que dejaría al punto este campo ya riesgo de mi propio pellejo, iría a llevarle los auxilios de mi profesión.

-Usted me perdonará mucho, señor, si le digo que ése sería un gran. error -añadió Silver-; Usted perdería, con toda certeza, su preciosa vida, y no le

quepa. a usted duda de ello. Yo estoy ahora en las de ustedes en cuerpo y alma, y no con. sentiría jamás en que se debilitara nuestra fuerza dejando ir solo a usted, a quien muy bien sé todo lo que debo. Además, aquellos hombres no sabrían mantener nunca. su palabra, aun suponiendo que se lo propusieran, y, lo que es peor todavía, nunca rían tener fe en la promesa de un hombre de honor como usted.

-Es verdad -dijo el doctor-; pero, en cuanto a hombres que cumplan su palabra, ahí está usted que se pinta solo para ello.

Aquellas fueron casi las últimas noticias que tuvimos de, los tres piratas. Sólo una vez oímos un disparo lejano, y supusimos que andarían cazando. Celebramos, a propósito de ello, consejo de guerra, y se les sentenció a ser abandonados en la Isla, con Indecible regocijo de Ben Gunn y la más cordial aprobación de Gray. Les dejamos un abundante surtido de pólvora y balas, todos sus provisiones de carne salada por Ben Gunn algunas medicinas, topa, una pequeña vela, algunas brazas de cuerda, aperos de labranza y otros muchos útiles y, por de expreso del doctor, -una buena cantidad de tabaco como el mejor regalo, según el.

Esto fue casi lo último que hicimos en la Isla del Tesoro. Antes de esto ya habíamos embarcado cuidadosamente todo el oro, lo mismo que agua en abundancia y víveres de sobra para el caso de algún accidente, por lo cual en una mañana, por cierto muy hermosa, levamos el ancla que era todo lo que nos restaba por hacer; y levantando al tope de nuestro palo mayor la misma bandera que izara el capitán en la empalizada y bajo la cual peleamos, salimos mansamente fuera de la bahía del norte.

Los tres rebeldes deben haber estado a la mira de nuestros movimientos más cerca de lo que nosotros creíamos. Comprobó este aserto el hecho de que, al cruzar el estrecho que da paso al mar abierto, tuvimos que ir costeano la punta sur, y allí los divisamos a los tres en una pequeña eminencia de arena, arrodillados y tendiéndonos los brazos con aire suplicante. Lo que hacíamos era muy en contra de nuestros sentimientos, dejándolos en aquella isla salvaje y abandonada; pero era imposible exponernos a los riesgos de un nuevo motín a bordo, y llevarlos a bordo para entregarlos al verdugo en Inglaterra hubiera sido una compasión de una especie enteramente cruel. El doctor les dio voces avisándoles de las provisiones de todo género que les

dejábamos y el punto en donde podrían encontrarlas. Empero, ellos continuaban llamándonos a todos por nuestros nombres, con . sus gritos que partían del corazón, y pidiéndonos que por el amor de Dios no los condenáramos a morir en semejante paraje.

Por último, viendo que el buque seguía inflexiblemente su marcha y se iba poniendo fuera del alcance de la voz, uno de ellos, que bien sé cuál fue, se puso de pie de un salto; lanzando Un grito ronco, apoyó el mosquete en su hombro, apuntó e hizo fuego, lanzando una bala que pasó casi rozando la cabeza de Silver y perforó la vela mayor.

Después de esto nos pusimos al amparo de la balaustrada de cubierta, y cuando, algún rato después, saqué la cabeza para verlos, habían ya desaparecido de sobre la eminencia de arena, y la eminencia misma se fue perdiendo, poco a poco, en la bruma de la distancia. Aquel fue en realidad, el fin del drama presentado en la Isla del Tesoro; y como a eso de mediodía, con indecible regocijo de mi alma, la punta más elevada, la de El Vigía, se sumergía, por fin, en la azul inmensidad del océano.

Nuestra tripulación era tan escasa que cada uno de nosotros debía prestar su ayuda a la maniobra excepto el capitán, que, tendido a popa sobre un

colchón, daba órdenes con toda propiedad, y aunque muy mejorado de su herida, debía guardar una inmovilidad casi absoluta.

Pusimos la proa a uno de los puertos más inmediatos de la América española, porque no nos era posible arriesgarnos a hacer todo el viaje sin tripulantes de refresco, pues bastaron uno o dos días de malos vientos para que casi todos quedáramos extenuados por el esfuerzo.

El sol comenzaba a ocultarse en el Poniente cuando arrojamos el ancla en un precioso golfo, admirablemente protegido, y al punto nos vimos rodeados por lanchones de indígenas, negros y mestizos que vendían frutas y legumbres de toda especie. La vista de tantos rostros placenteros y amigos, especialmente los de los negros; el gustar de las deliciosas frutas tropicales y, sobre todo, las luces que comenzaban a brillar en la población, en calles, puertas y ventanas, me hacían sentir la inmensidad del contraste más grato con nuestra sangrienta estancia en la isla. El doctor y el caballero, llevándome consigo, bajaron a tierra con el ánimo de pasar en ella las primeras horas de la noche. Pero, una vez allí, encontraron al capitán de un buque de guerra inglés anclado en la bahía, y, en una palabra, se di-

virtieron tanto y tan bien que sería como al amanecer del día siguiente cuando volvimos a bordo de "La Española".

Ben Gunn estaba sobre cubierta, y no bien hubimos subido a bordo, cuando comenzó con las más estrambóticas contorsiones, a hacernos una confesión. Silver se había marchado. El hombre de la isla habla favorecido su escape en un lanchón costanero, hacía algunas horas, y nos aseguraba que lo había hecho así con el sólo ánimo de salvar nuestras vidas, que, de seguro, habrían corrido riesgo inmenso si aquel "marino de una sola pierna" hubiera seguido a bordo. Pero no era ego todo. El cocinero no se había marchado con las manos vacías. Había hecho un agujero disimuladamente y se había sacado uno de los sacos que contenían unas quinientas guineas, para ayudarse, seguramente, en sus correrías posteriores. Creo, de veras, que todos nos sentimos archisatisfechos de vernos libres de él a tan poco costo.

Ahora bien, para abreviar el relato, diré que contratamos allí algunos nuevos y honrados marinos para completar nuestra tripulación; que hicimos una travesía feliz, y que "La Española" ancló en Bristol, precisamente en momentos en que ya el señor Blan-

dy comenzaba a pensar en la necesidad de enviar otro buque en busca nuestra. Sólo cinco de las personas que habían partido en la goleta volvían en ella.

El diablo y la bebida habían hecho el resto, con el agregado de una venganza. Sin embargo, nuestra condición no era tan mala, ni se le parecía, a la de aquel navío del que decía la canción que

*No tornó a bordo sino un hombre vivo,
Cuando eran, al zarpar, setenta y cinco.*

Todos nosotros recibimos una porción considerable del tesoro, y la usamos, ya cuerda, ya tontamente, según nuestras respectivas inclinaciones. El capitán Smollet vive ahora retirado del mar, en una posición cómoda y desahogada; Gray, no sólo guardó su dinero, sino que, sintiendo deseos de aumentarlo, estudió cuidadosamente su profesión y ahora es piloto y propietario, en parte, de un magnífico buque mercante. Además, se ha casado, y es padre de una familia enteramente dichosa. En cuanto a Ben Gunn, le tocaron cinco mil libras, que dilapidó con una prontitud asombrosa, encontrándose, al cabo de pocas semanas, pidiendo limosna para po-

der vivir. Entonces se le dio lo que a el tanto repugnaba según manifestó en la isla, esto es, la conserjería de una casa, en la cual vive a estas horas, siendo el gran favorito de todos los chicuelos de la vecindad, -a quienes embelesa con la narración de sus hazañas y aventuras. Por lo demás, su piadosa costumbre de orar los domingos, en el agreste cementerio de la isla, le ha llevado a ser actualmente un excelente cantor en, la iglesia, lo mismo los domingos que en las fiestas de los grandes santos.

De Silver jamás volvimos a saber una palabra. Aquel formidable "marino de una sola pierna" había desaparecido del escenario de mi vida. Pero no sería extraño que, al cabo, se hubiese reunido con una mulata y, tal vez, actualmente, viviese cómodamente con ella y en la inseparable sociedad de su loro. Quiero creerlo así, porque si en esta vida no le es dable gozar algo, en la otra mucho me temo que no le espere cosa alguna que sea de envidiarse.

La gran barra de plata y las armas aún permanecer; creo, en el lugar en que el terrible pirata las sepultara, y permanecerán allí ciertamente, hasta que yo vaya por ellas. Empero, ni monjas ni frailes descalzos, me persuadirán de que vaya de nuevo a aquel maldito lugar. Créaseme que las más siniestras pesa-

dillas que suelen aún turbar el reposo de mis tranquilas noches, son aquellas en que me veo transportado a la Isla del Tesoro y escucho el sordo mugido del mar estrellándose en sus escarpadas costas, hasta que me despierto sudoroso sobre mi lecho no bien escucho la voz aguda y penetrante de Capitán Flint, gritando desaforadamente: ¡Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho!